LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

En este número:

LA MUÑECA SANGRIENTA

famosa novela de misterio, de **GASTON LEROUX**

LA CAIDA DE LIDOCHKA

novela corta de **ALEJANDRO KUPRIN**



Servicios de Onda Corta de la BBC de Londres



Consulte cambios de frecuencias y detalles completos sobre nuestros programas en **LA VOZ DE LONDRES,** boletín semanal que se remite gratuitamente solicitándolo a Corrientes 485, Bs. Aires.

B. B. C.
PROGRAMA TRIMESTRAL

EN CASTELLANO

Transmitido en Onda Corta desde Londres
(Hora Argentina)

FRECUENCIAS

Horas	Ondas	Mgcs.	Mts.
12.00 - 12.30	GVT	21.75	(13.79)
18.00 - 23.30	GRV	12.04	(24.92)
18.00 - 23.30	GRI	9.41	(31.88)
19.00 - 23.45	GWN	7.28	(41.21)

DOMINGO	LUNES	MARTES	MIERCOLES	JUEVES	VIERNES	SABADO
12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta	12.00 Noticias 12.15 Radio Gaceta
18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 Música ligera 18.30 Juan de Castilla 18.45 Música ligera	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 Bailables 18.30 "Conferencia de Paz". Comentarios de Harold Nicolson 18.45 Bailables	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 "Ecos de América latina" 18.30 Ritmos latinoamericanos 18.45 Escritores del imperio	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 Lecc. de inglés (x) 18.30 Suites populares 18.45 Informe Industria	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 Lecciones de inglés 18.30 Música ligera 18.45 Actualidades	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 Wickham Steed 18.30 "Las naciones y su música"	18.01 Resumen de noticias 18.07 Resumen del programa. Prólogo musical 18.15 La semana en Gran Bretaña 18.30 "Sobre música" (x)
19.01 Resumen de noticias 19.07 "La voz de Londres"	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa	19.01 Resumen de noticias 19.07 Revista de prensa
19.15 Banda militar 19.30 Novedades científicas 19.45 Banda militar	19.15 Instrumentalistas 19.30 Serie radioteatral: "Historia del teatro inglés" 19.45 Piano - Música ligera	19.15 Album de discos 19.30 Serie radioteatral: "El capitán Veneno" 19.30 Album de discos	19.15 Cantante destacado 19.30 S. de Madariaga 19.45 Bailables	19.15 "Fred Hartley y su orquesta" 19.30 Radioteatro: Temas industriales 19.45 Recital de piano	19.15 Recital de órgano 19.30 Radioteatro (x)	19.15 "El arte del canto" 19.30 "Vamos al cine" 19.45 Música ligera
20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS	20.00 NOTICIAS
20.15 Francia 20.30 Música de cámara 21.00 Reseña musical de la semana	20.15 Alemania 20.30 Orquesta sinfónica de la B. B. C.	20.15 "Industrias británicas" 20.30 Solista destacada 21.00 Lecciones de inglés	20.15 Rusia 20.30 Conjunto londinense de cuerdas 21.00 Progreso de la Medicina y Cirugía en G. Bretaña	20.15 "Conferencia de Paz". Comentarios de Harold Nicolson 20.30 Música orquestal	20.15 Revista Parlamentaria 20.30 Vocalista e instrumentalista 21.00 Lecc. de inglés (x)	20.15 Italia 20.30 Pianista célebre 21.00 "Conferencia de Paz". Comentarios de Harold Nicolson
21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta	21.15 Radio Gaceta
21.30 Música orquestal	21.30 Calendario musical	21.30 Banda militar	21.30 Compositores famosos	21.30 Evocación de comedias musicales 21.45 Foro libre (*) 21.45 Debate libre (*)	21.30 "Sobre música"	21.30 Música ligera
22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS	22.00 NOTICIAS
22.15 Juan de Castilla (x) 22.30 Música ligera 22.45 Novedades científicas (repetición) 23.00 Música ligera	22.15 "Conferencia de Paz". Comentarios de Harold Nicolson 22.39 Bailables (x) 22.45 "Historia del teatro inglés" (x) 23.00 Bailables (x)	22.15 J. L. PLAZA 22.30 Música ligera 22.45 Serie radioteatral: (x) "El capitán Veneno" 23.00 Ecos de América latina (x)	22.15 S. de Madariaga (x) 22.30 Ritmos latinoamericanos (x) 22.45 Radioteatro	22.15 Actualidades (x) 22.30 Banda 22.45 Radioteatro: Temas industriales (x) 23.00 Banda	22.15 Wickham Steed 22.30 "Las naciones y su música" (x) 23.00 "Ciudades británicas"	22.15 "La semana en Gran Bretaña" (x) 22.30 "El arte del canto" (repetición) 22.45 "Vamos al cine" (x)
23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS	23.15 NOTICIAS
23.30 "La voz de Londres" 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista Prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana	23.30 Revista prensa (x) 23.45 Epílogo y programa para mañana

ESTE PROGRAMA REGIRA PARA EL TERCER TRIMESTRE DE 1946

* Quincenal. (x) Repetición

LEOPLÁN

Magazine Popular Argentino

UNA PUBLICACION DE LA EDITORIAL SOPENA ARGENTINA

AÑO XIII - Nº 294
21 de agosto de 1946

CORREO ARGENTINO | Central B | FRANQUEO A PAGAR CUENTA 78 | TARIFA REDUCIDA CONCESIÓN 3016

ESMERALDA 116
U. T. 33 - 0063
BUENOS AIRES

Registro Nacional de la Propiedad Intelectual Nº. 218.846

SUMARIO

Págs.

En este número:

Literarias

Notas y artículos

Secciones

RISA Y SONRISA

ILUSTRACIONES DE:

- BERNABO - ARTECHE - FAIHURST - VALDIVIA - MARIANO ALFONSO - VILLAFAÑE - RAUL VALENCIA

HISTORIETAS Y DIBUJOS DE:

VALENCIA - VILLAFAÑE - GONZALEZ FOSSAT - IANIRO - CHRISTIE - JAN KIEL - ANDRINO - RODRIGUEZ - MARTINEZ -



La ciudad presenció esta escena: la de los indígenas del Malón de la Paz, que bajo la protección de la Virgen, vinieron a pedir justicia para ellos.

En el próximo número:

LA MAQUINA DE ASESINAR

obra apasionante de **GASTON LEROUX**, donde vuelven a actuar los personajes de **"La muñeca sangrienta"**.

LOS AMOTINADOS DE LA "BOUNTY"

una página de la historia del mar, relatada, sobre la base de acontecimientos reales, por **JULIO VERNE**.

LEOPLÁN aparece el 4 de septiembre • **40 cts.** en todo el país

La caída de



Lidochka

célebre novela corta, de

ALEJANDRO KUPRIN

ILUSTRACIONES DE ARTECHE

I

DESPUÉS de terminar mis estudios en la Universidad en 18..., comencé a ejercer mi carrera en una pequeña villa cercana a la frontera del sudoeste.

Era en verdad un rincón de provincia, con sus calles llenas de baches y charcos de agua sucia, por los que se paseaban a sus anchas muchos cerdos y gallinas. Las casas eran en su mayoría chozas hechas de paja amasada con barro.

En estas villas de Rusia, la *sociedad* la forman siempre los mismos personajes: el juez de paz, el escribano, el comisario de policía y los empleados del municipio. Pero en esta población de que me ocupo, hasta estos elementos estaban desunidos, pues eran muy numerosas las familias que estaban enemistadas entre sí.

Las causas de estas disidencias habría que buscarlas, sobre todo, en las mujeres; unas veces era un adulterio; otras, un conflicto de carácter envidioso, que surgía al disputarse la prioridad de recibir la bendición en la misa; otras, chismes y habladurías que provocaban la formación de bandos de Montescos y Capuletos locales, cuya lucha seguía con evidente interés toda la villa. En una palabra, puede decirse sin exageración, que todos estaban reñidos entre sí, o, por lo menos, moralmente distanciados.

Un día llegó a esta villa un nuevo juez de instrucción.

Hay gente de tal modo sociable, que desde las primeras palabras posee el don de hacerse simpática a la sociedad más heterogénea. El secreto es muy sencillo; consiste solamente en el arte de saber escuchar. Basta que se posea el instinto de adivinar el lado flaco de cada individuo, se lleve la conversación hacia ese punto y se deje hablar al interlocutor, que mostrará los repliegues más recónditos de su corazón y las más delicadas perlas de su alma, mientras uno se limita a escuchar, o aparenta que escucha, pensando en lo que a uno le place.

No se limitaban a esto sólo las brillantes cualidades del juez de instrucción, sino que además sabía hacer reír a las damas hasta desternillarse; y en una reunión de solteros bebía como el que más y contaba con sumo arte cuentos de color subido.

Dicho juez de instrucción fué el lazo de unión de todos aquellos dispersos elementos. Puede ser que involuntariamente, porque las miradas de todos fijáronse desde luego en él como esperando algo nuevo y alegre que viniese a poner paz a la villa.

La unión tuvo por comienzo las representaciones de obras teatrales por aficionados. Cuando todo estuvo organizado por completo, también me atrajeron a mí para que, como actor,





Llegó el día tan deseado, y tan temido por mí, del estreno. Yo temblaba de miedo, y cuanto más se acercaba la escena citada, veía más patente mi inevitable fracaso. Al fin, el director, dándome un empujón en la espalda, me lanzó a la escena, en la que entré como una flecha y con los ojos desorbitados por el espanto. Acordándome de las indicaciones del director, hice mi primer "gesto de desesperación"; pero en aquel instante sentí con terror que las malditas palabras se habían borrado por completo de mi memoria. ¡Nada, que no podía acordarme de nada!

Así pasó un minuto, quizá dos, que a mí me parecieron años enteros; me quedé como petrificado en un "gesto de desesperación" sin oír otra cosa que el zumbido de mis oídos. Al fin, desde la escotilla del apuntador me llegó, como tabla salvadora: "¡Oh maldición! ¡Cada vez que!..."

Hice un último esfuerzo, me mesé los cabellos, y con una voz horrible grité con todas mis fuerzas:

—¡Oh maldición! ¡Cada vez que me acuerdo de mi *Tresor*, pío de ira!

Ya es de imaginar que aquella misma noche me despidieron de la compañía con gran algazara. Mi frase equivocada transformóse en anécdota, y no me extrañaría que alguno de los lectores la hubiese oído referir.

A cambio de esto, conseguí algo muy importante: que me dejasen en paz. Después decidieron, por acuerdo general, estrenar un drama penosísimo, escrito en un estilo pesado y, como es de rigor, a continuación un sainete.

No faltaron las intrigas para la designación de papeles. Dos damas pretendían desempeñar el primer papel dramático. Una de ellas fundaba su derecho en que había visto representárselo a la actriz Fedotova la otra, manifestaba que había encargado, especialmente para este papel, un vestido de damasco con entredoses de encaje. Repetidas veces se desorganizó todo y volvió a organizarse y, por último, días antes de la representación, una damita caprichosa y susceptible, que tenía un papel en el sainete, se ofendió y, haciéndose la interesante, fingióse enferma y se negó a tomar parte en la velada.

Era imposible suprimir del programa el sainete; los carteles ya estaban impresos y vendida parte de las localidades. Por otro lado, nadie quería servir de tapón y aceptar un papel

tomase parte en los espectáculos; pero, afortunadamente, desde el primer día demostré mi absoluta incapacidad para el tablado.

Todavía recuerdo que en un absurdo drama traducido me asignaron el papel de marido celoso, que era el más largo e insulso de la obra.

Nadie se imagina la docilidad con que soportaba las burlas durante los ensayos. El director de escena, el apuntador, los aficionados y hasta recuerdo que un colegial del cuarto año, que llevaba grandes anteojos y hablaba siempre con voz de bajo, creíanse con derecho a reprenderme unas veces, a aconsejarme otras y siempre a reírse de mí.

Una escena desastrosa había para mi amor propio artístico, si acaso lo hubiera tenido alguna vez, en la que, al enterarme de la infidelidad de mi mujer, tenía que gritar "con gestos terribles de desesperación" (así decían las acotaciones):

—¡Oh maldición! ¡Cada vez que me acuerdo de mi deshonor, ardo de ira!

Apenas llegaba a esta frase, los aficionados se echaban a reír y el director me gritaba:

—¡Usted se mueve como un muñeco! ¿No ve lo que dice la acotación? "Gestos de desesperación." ¡Fíjese en mí! ¡Así es como tiene que gesticular usted!

que quedaba vacante por la negativa de la señorita a quien se le asignara.

Entonces, alguien propuso que se le ofreciese a Lidochka Gnetneva.

* * *

Es posible que a alguno de los lectores le haya sucedido, por lo menos una vez, encontrar una mujer que aparece en la vida como la sombra de Osián y queda para siempre grabada en la memoria, como un ensueño lejano y querido. Quizá no haya hecho ningún caso de vosotros, y ni vosotros mismos hayáis pensado en amarla; sin embargo, aunque luego encontréis mujeres bellas e inteligentes, ninguna logrará borrar la fina imagen de aquella aparecida.

De este tipo era Lidochka. Todavía hoy, a pesar del tiempo corrido, puedo recordar, con extraordinaria precisión, toda su figura: su talle era delgado y flexible; sus cejas de acusado dibujo; los cabellos eran negros y rizados; azules las venas de sus sienes; la boca, fea y nerviosa, y, como formando contraste con ésta, unos bellísimos ojos obscuros, severos, casi tristes, que nunca sonreían.

El padre de Lidochka, que era recaudador de contribuciones, siempre tenía su casa abierta a todos. Durante mucho tiempo los visité con frecuencia, y ante mis ojos Lidochka transformóse de niña —gatito juguetón con trajecitos cortos y claros—, en una linda jovencita.

En ella todo era encantador. El sencillo y simpático interés con que acudía a remediar el dolor ajeno, la gracia de sus caprichos, su ingenua y brusca rectitud, su excesiva timidez y, al mismo tiempo, algo que no puedo decir si era audacia o curiosidad para todo lo extraordinario. No me es posible describir con palabras toda la profundidad de su alma, pero puedo asegurar que uno no se encuentra a cada paso con mujeres como ella.

* * *

Al principio, Lidochka negóse categóricamente a desempeñar el papel que le proponían y accedió sólo después de muchas súplicas. Durante los ensayos casi no la vi, pero desde lejos adivinaba que Lidochka ponía en juego todo su amor propio. Tenía costumbre de contarme sus impresiones, y con una precisión y lucidez extraordinarias sabía transmitir los más pequeños detalles de lo oído, visto o sentido.

El mismo día de la representación, segundos antes de salir a escena, tropecé con ella en un angosto pasillo, formado por la pared y los bastidores, donde yo tenía entrada libre gracias a que había ayudado al pintado de las decoraciones. Vestía un traje blanco, ceñido a la cintura por una cinta azul. Su rostro había cambiado de tal modo con el maquillaje, que me parecía desconocido; las facciones, al acusarse más, habían ganado en belleza, y sus ojos, enormes por el carbón que oscurecía las ojeras, relucían vivamente, trasuntando una gran emoción interior.

—¿Qué — le pregunté —, tiene miedo?

Apretó las manos contra su pecho y me miró con una cara que parecía pedir socorro o valor.

—Tengo miedo... Aquí hay algo que late... Me parece que no podré salir a escena. ¿Qué voy a hacer con los brazos y los pies? ¡Dios mío, qué sufrimiento tan grande!

En ese momento, el director la llamó. Me puse a escuchar; en lugar de las alegres frases de su papel y de la "sonora carcajada" exigida por la obra, oí una voz tímida y temblorosa, que yo desconocía por completo. Involuntariamente cerré los ojos, me avergoncé por ella y tuve miedo. Conocía sus nervios y su amor propio y comprendía cuánto debía estar sufriendo por su torpeza.

Durante unos cuantos segundos, penosísimos, no oí nada; pero cuando al fin miré tímidamente por un agujero que había en una de las paredes laterales de la escena, quedé asombrado. Lidochka no solamente había recobrado el domino sobre sí, sino que estaba desconocida. Cada uno de sus movimientos y gestos estaba lleno de la graciosa y fina desenvoltura que le era peculiar, y las frases las decía con la mayor naturalidad. No fuí yo el único a quien Lidochka produjo esta impresión; eché una mirada por la sala y pude ver, animados y sonrientes, los rostros de todos los espectadores conocidos.

Todo el papel de Lidochka reducíase a unas dos o tres docenas de réplicas extraordinariamente vivas y expresadas con coquetería, y cuando al concluir se dirigió a la puerta del foro, cantando a media voz una canción y lanzando al aire, mientras caminaba, una gran pelota, la sala entera estalló en gritos y ruidosos aplausos.

Ella dióse vuelta y saludó aturdida como una colegiala. La

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 96)



IGUAZU, UN

FUE PARA ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA, QUE DESCUBRIO LAS BELLAS CATARATAS, APENAS UN "MAL PASO", EN MEDIO DE SU OSADA AVENTURA

Por

Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

LA MASA DE AGUA DESPEÑASE RUIDOSAMENTE LEVANTANDO NUBES DE ESPUMA.



OTRO ASPECTO DE LOS MAJESTUOSOS SALTOS.

El Iguazú no ha tenido, a semejanza del Niágara, una cantor como José María de Heredia, gracias al cual resuena su nombre en las antologías, en cascadas de versos, al igual que sus aguas:

Corres sereno y majestuoso, y luego
en ásperos peñascos quebrantados,
te abalanzas violento, arrebatado,
como el destino irresistible y ciego.

. . . .

Al golpe violentísimo en las peñas
rómpese el agua, y salta, y una nube
de revueltos vapores
cubre el abismo en remolinos, sube,
gira en torno, y al cielo
cual pirámide inmensa se levanta...

Estas rotundas estrofas del poema de Heredia al Niágara, valen también para el Iguazú, como lo prueba su confrontación con los conceptos del libro dedicado a este último por el escritor uruguayo Manuel Bernárdez, y del cual entresacamos el siguiente fragmento: "Las aguas, que ya vienen hostigadas, corriendo en frenesí sobre un plano vastísimo, llegan a la arista inmensa y se deslizan al vacío, o chocan, antes de saltar, en enormes peñascos, y rebotan y en los aires hacen juegos atléticos que la luz colorea con mágicos cambiantes. Efusiones de plata, chorros ingentes, surtidores sonoros que saltan en arco, anchos desbordamientos de aguas plomizas que se desploman, pesadamente, con un mugido sordo, y al estrellarse en la roca aplanada y fortísima, se deshacen en gigantescas nubes de vapor, de un blanco inmaculado cuando surgen flotantes del hervoroso abismo, y luego teñidas de rosa, de carmín, de violeta traslúcido, o hechas como de polvo de oro por el mágico sol."

Dijérase que se trata de la repetición de un mismo espectáculo, de una duplicada maravilla, para que nada tuvieran que envidiarse en este sentido los dos hemisferios del continente americano, si bien se advierten en cada uno características propias.

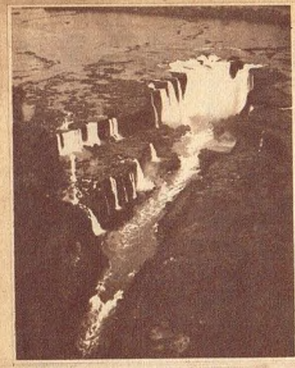
Los bosques que otrora circundaban las cataratas del Niágara y a los que

MAL PASO DE ALVAR NUÑEZ

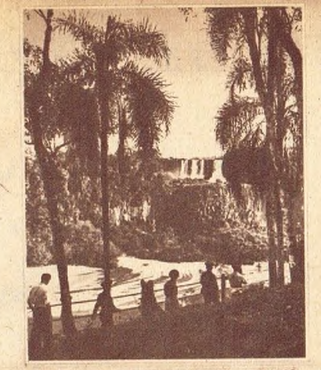


COMO EN LOS DIAS DEL DESCUBRIMIENTO, LA MISMA NATURALEZA RODEA EL ESPECTACULO MARAVILLOSO.

FOTO TOMADA DESDE DONDE DESEMBOCA LA GARGANTA DEL DIABLO.



UNA INCOMPARABLE VISTA AEREA DE LAS CATARATAS DEL IGUAZU



BELLISIMO PAISAJE TROPICAL PRESTA SU MARCO A LA CAIDA DEL RIO IGUAZU.

ESTE PUENTE PERMITE LA APRECIACION CERCANA DE LA MAGNIFICA CATARATA.

Heredia alude en sus versos, han sido transformados en parques públicos, para mayor comodidad de los turistas, y se ha aprovechado para fines industriales la fuerza de su corriente. Las del Iguazú, en cambio, siguen despeñándose en medio de una primitiva vegetación, sin provecho alguno, como si sus aguas cayeran de aquel modo fantástico con una finalidad puramente estética, sólo para el goce supremo de la contemplación.

Abundan, además, los medios de comunicación para llegar a las cataratas del Niágara, cosa que no ocurre con las del Iguazú, por todo lo cual aquéllas tienen un carácter urbanizado, se nos aparecen más cerca de la civilización, más dentro del mundo actual, en tanto estas otras, las nuestras, permanecen como en tiempos pasados, casi como las encontró, en un día del mes de enero de 1542, Alvar Núñez Cabeza de Vaca.

El segundo adelantado del Río de la Plata no era hombre iletrado, como Pizarro y otros grandes conquistadores de América, sino que tenía estudios, a semejanza de Gonzalo Jiménez de Quesada, el conquistador de Colombia. Los dos se embarcan por primera vez a América con parecido carácter, que si Pedro Fernández de Lugo lleva en su expedición a Santa Marta a Gonzalo Jiménez de Quesada como justicia mayor, Pánfilo de Narváez lleva en la suya, cuando va a la conquista de la Florida, a Alvar Núñez Cabeza de Vaca como alguacil mayor. Lo mismo uno que otro truecan en América su condición de letrado por la de conquistador. Como Quesada, Alvar Núñez Cabeza de Vaca es aficionado a escribir. Y de la infausta expedición a la Florida, a la que sobrevive milagrosamente, escribe una impresionante crónica titulada *Naufragios*.

Aquel primer contacto trágico con América, en vez de curar su anhelo de aventura lo acrecienta. Y el 2 de diciembre de 1540 sale del puerto de Cádiz, esta vez al frente de una lucida expedición, como adelantado del Río de la Plata. También de este viaje, en el que su talla se eleva hasta poder hombrearse con los grandes conquistadores, deja una cumplida crónica en su "Relación general" y los "Comentarios", que trasladó al papel Pero Hernández. Y es precisamente en estos últimos donde se halla el capítulo en que nos refiere su encuentro, mejor diríamos su tropiezo, con las cataratas del Iguazú.

¿Qué impresión es la que Alvar Núñez Cabeza de Vaca

nos trasmite de su descubrimiento? ¿Cuál es su actitud ante este prodigio de la naturaleza?...

El título del capítulo, que es el undécimo, donde nos lo cuenta, resulta ya bastante significativo por sí mismo: "De cómo el gobernador caminó con canoas por el río de Iguazú, y por salvar un mal paso de un salto que el río hacia, llevó por tierra las canoas una legua, a fuerza de brazos".

Así, pues, las cataratas del Iguazú significaron para su descubridor sólo un mal paso, que fué preciso salvar del modo que en su relación deja constancia, motivo por el cual figuran en ella, que de no haber sido por eso, acaso no las hallaríamos mencionadas en sus "Comentarios"

El relato no se altera en lo más mínimo al llegar a ellas.

"E yendo por el dicho río de Iguazú abajo —dice—, era la corriente del tan grande, que corrían las canoas por él con mucha furia, y esto causólo que muy cerca de donde se embarcó da el río un salto por unas peñas abajo, muy altas, y da el agua en lo bajo de la tierra tan grande golpe que de muy lejos se oye, y la espuma del agua, como cae con tanta fuerza, sube en alto dos lanzas y más, por manera que fué necesario salir de las canoas y sacarlas del agua e llevarlas por tierra hasta pasar el salto y a fuerza de brazos las llevaron más de media legua, en que se pasaron muy grandes trabajos; salvado aquel mal paso, volvieron a meter en el agua las dichas canoas y proseguir su viaje y fueron por el dicho río abajo hasta que llegaron al río del Paraná..."

Ni una palabra de asombro ante lo que había de ser el asombro de las gentes en el futuro. Y esto es lo pasmoso, lo que nos muestra más a las claras hasta qué punto el descubrimiento y la conquista del nuevo mundo es algo tan maravilloso, que los que los llevaron a cabo no podían asombrarse de ninguna maravilla particularmente, pues por grande que ésta fuera, parecía cosa natural en aquel vasto escenario de continuos prodigios.

¿Y no tenían acaso ellos mismos, descubridores y conquistadores, algo de prodigioso? Porque con la misma naturalidad que cuenta su encuentro con las cataratas del Iguazú, Alvar Núñez Cabeza de Vaca nos dice que caminó cinco meses, abriendo y talando cañaverales y bosques muy espesos, y que durante ellos siempre a pie y descalzo, para animar a la gente y que no desmayase; que se vieron con necesidad de hambre y la remediaron con gusanos que sacaban de las cañas...

Ese viaje de cinco meses, a través de tierras ignoradas y de selvas vírgenes, para llegar, desde la costa brasileña hasta Asunción del Paraguay, escapa del marco de la realidad, para situarse en el plano de lo fabuloso, que es donde se encuentran también las cataratas del Iguazú, descubiertas en esa legendaria travesía por Alvar Núñez Cabeza de Vaca. ◈



LA GARGANTA DEL DIABLO, UNO DE LOS SALTOS MAS BELLOS.





JOSE MATIAS

¡HERMOSA tarde, mi amigo! Aquí estoy aguardando el entierro de José Matías, del José Matías de Albuquerque, el sobrino del vizconde de Garmilde...

Usted, seguramente, lo conoció. Era un mozo arrogante, más rubio que una espiga, con un crespo bigote de luchador sobre una boca indecisa de ensimismado. Un hábil caballero, de elegancia sobria y fina y espíritu curioso, tan dado a las ideas generales y tan sutil que comprendió perfectamente mi *Defensa de la filosofía hegeliana*...

Claro, amigo mío, que esta estampa de José Matías data del año 1865, porque la última vez que lo vi, en una rigurosa tarde de enero, estaba dentro de un portal de la calle San Benito, tiritando envuelto en su levita color de miel, gastada por los codos, y hediendo escandalosamente a aguardiente...

¡Pero ahora caigo en que usted cenó una vez con José Matías en el Pazo del Conde la noche en que él, regresando de Oporto, se detuvo en Coimbra! Si hasta recuerdo que Craveiro, que preparaba a la sazón, para exacerbar más aun la disputa entre las escuelas Purista y Satánica, las *Ironías* y *Dolores de Satán*, recitó aquel soneto fúnebremente idealista:

En la jaula de mi pecho, el corazón...

Paréceme ver aún a José Matías, con la gran corbata de seda negra alborotada entre el cuello de lino blanco, sin alzar la mirada de los candeleros, sonriendo con sonrisa pálida a aquel corazón que rugía dentro de la jaula...

Lucía una luna llena en aquella noche abrileña. Luego paseamos en grupos, pulsando guitarras, por el Puente y por el Choupal. Januario recitó con ardor las románticas endechas de nuestra época:

Ayer, al atardecer,
contemplabas silenciosa
la corriente caudalosa
que murmuraba a tus pies...

Y José Matías, mientras tanto, permanecía inclinado sobre el parapeto, perdidos en la luna los ojos y el alma.

Tengo un coche de plaza, con número, cual cuadra a un profesor de Filosofía. ¿Por qué no me acompaña usted a llevar hasta su postrer morada a este interesante muchacho? ¿Que no, por los pantalones claros? Pero... amigo mío, ¿no sabe usted que de todas las materializaciones de la simpatía el casimir negro es la más grosera, la más inaguantablemente material? ¡Y el mozo que vamos a acompañar al Cementerio de los Placeres fué un gran espiritualista!

El ataúd salía en aquel instante de la iglesia... Apenas había tres vehículos prestos a formar cortejo...

—En realidad, mi caro amigo, José Matías murió hace ya seis años, en pleno auge. Este que acompañamos ahora, este que va ahí, medio descompuesto entre cuatro tablas ribeteadas de amarillo, es la ruina de un borracho sin nombre y sin historia que el cierzo de febrero asesinó en un portal.

¿Que quién es aquel individuo de lentes de oro que va en la berlina? Pues no lo sé. Acaso un pariente rico, de esos que

sólo se dejan ver, correctamente cubierto de gasa negra el parentesco, en los entierros, cuando el difunto no puede ya importunar ni comprometer.

El otro, el sujeto obeso de rostro amarillo que marcha en la victoria, se llama Alves *Copao* y posee un periódico denominado "La Piada", en el que la filosofía no abunda, por desgracia. ¿Qué relaciones unían a José Matías con semejante ejemplar? También lo ignoro. Quizás se emborrachaban en las mismas tabernas; quizás José Matías había dado últimamente en colaborar en "La Piada"; quizá, también, bajo aquella obesidad y aquella literatura, tan sórdida la una como la otra, alentaba un alma compasiva...

He aquí nuestro coche. ¿Prefiere que baje la ventanilla? ¿Un cigarro? Bueno. Yo tengo fósforos. Pues bien: este José Matías no podía menos que desconsolar a un hombre que como yo ama en la vida la evolución lógica y entiende que la espiga debe nacer coherentemente del grano. Allá en Coimbra todos lo juzgamos siempre un alma terriblemente trivial, pero justo es reconocer que a aquel concepto contribuía en forma muy notable su escandalosa corrección. ¡Jamás ostentó un desgarrón en la sotana, ni un poco de polvo en los zapatos, ni un pelo rebelde desconcertó nunca aquel estricto aliño que tanto nos desolaba en él!

Fué, por otra parte, el único intelectual de nuestra vehemente generación que no rugió con las miserias de Polonia; que leyó las *Contemplaciones* sin estremecerse y llorar; y que no se mostró mayormente afectado en su sensibilidad por la herida de Garibaldi. ¡No obstante, carecía José Matías de toda sequedad, desafecto, dureza o egoísmo! Era, por el contrario, un excelente camarada, siempre suave y cordialmente risueño.

Su invariable imperturbabilidad provenía, aparentemente, de una gran superficialidad sentimental. Tal vez por ello, viendo a aquel muchacho tan suave, tan rubio y tan ligero, empezamos a llamarle *Matías - Corazón de Esquilo.*

Al doctorarse, como fallecieran su padre primero y en seguida su madre, bella y delicada señora de quien heredara cien mil pesos, salió hacia Lisboa, a animar la soledad de su tío, el vizconde de Garmilde, que lo quería entrañablemente. Usted recordará, sin duda, aquella estampa perfecta de general clásico, con los bigotes siempre terroríficamente encerados, las calzas color de romero estiradas desesperadamente sobre las botas brillantes, y el látigo asomando la punta por debajo del brazo, como ávido de azotar al mundo. Grotesco y deliciosamente bueno: tipo de guerrero...

Vivía entonces el vizconde en Arroyos, en una vieja casa de azulejos en cuyo jardín cultivaba con pasión dalias soberbias. Aquel jardín ascendía suavemente hasta una pared revestida de hiedra que lo separaba de otro, del extenso y hermoso jardín de rosas del consejero Mattos Miranda, cuya casa, con una luminosa terraza entre dos torrecillas amarillas, levantábase en la cima del otero y era conocida por el nombre de "La Casa de la Parreira".

Usted conoce, desde luego —al menos por tradición, como se conoce a Elena de





Troya o a Inés de Castro—, a la bellísima Elisa de Miranda, es decir, Elisa de la Parreira... Fué, en los finales de la Regeneración, la suprema belleza romántica de Lisboa, y eso que, en realidad, Lisboa apenas alcanzaba a adivinarla a través de los cristales de su carruaje o en alguna que otra noche de iluminación del paseo público, entre la turba y el polvo, o en los dos bailes de la Asamblea del Carmo, de la que Mattos Miranda era tradicional y venerado director.

Por paternal imposición de su marido sesentón y diabético, por friolero gusto de provinciana o por imperativos de las costumbres de aquella seria burguesía que conservaba aún en la capital de Portugal viejos hábitos severamente respetados, muy raramente emergía de Arroyos la diosa para brindarse a la contemplación de los mortales.

Quien la vió a placer, constante y casi irremediablemente, fué José Matías, pues alzándose la mansión de su tío el vizconde en la falda de la colina, a los pies del jardín y de la casa del Consejero Mattos Miranda, no podía materialmente la hermosísima Elisa asomar su rostro a una ventana, cortar una flor de entre las calles de boj sin ofrecerse a la vista del muchacho, vista de la cual no era obstáculo, en ambos jardines, un solo árbol.

Usted ha tarareado alguna vez, seguramente, como lo hemos hecho todos, aquellos versos viejos, pero inmortales:

Era en otoño, cuando tu imagen
a la luz de la luna...

Bien. Como el poeta ve a su musa en esa estrofa, vió José Matías a Elisa una noche de otoño, en la terraza, a la luz de la luna. Usted no vió nunca aquel hermoso tipo lamartiniano de mujer. Alta y esbelta, ondulante y grácil, digna de la bíblica comparación de la palmera acariciada por el viento. Una negra y lustrosa cabellera partida en ondeados bandos. Una fragante carnación de camelia. Unos ojos negros y húmedos, rasgados y tristes. ¡Hasta este servidor de usted, amigo mío, hasta este servidor que ya a la sazón anotaba concienzudamente a Hegel, habiéndola encontrado una lluviosa tarde inolvidable aguardando el coche a la puerta de Seixas, se apasionó de ella durante tres inflamados días y llevó su ardor a consagrarle un soneto...!

Yo no sé si José Matías le dedicó también sonetos y romances. Lo que todos sus amigos percibimos inmediatamente fué el hondo, absorbente, absoluto amor que concibió por ella desde la noche de otoño en que la contemplara a la luz de la luna aquel corazón que nos habíamos habituado a considerar de *Esquilo* en el ambiente turbulento de Coimbra...

Deducirá usted, mi caro amigo, que hombre tan sereno y comedido no dió en suspirar pública y ruidosamente su pasión. Desde los tiempos de Aristóteles se sabía ya, sin embargo, que amor y humo son imposibles de esconder, y el amor empezó así a escapar de nuestro hermético Matías, como el humo leve sale por las invisibles rendijas de una casa cerrada que

arde interiormente...

Me viene ahora a las mientes una tarde en que le visité en Arroyos al volver del Alemtejo. Era un domingo de julio e iba yo a comer con una tía abuela, doña Mafalda Noronha, que moraba en Bemfica, en la quinta de los Cedros, en la que acostumbraban almorzar igualmente los domingos Mattos Miranda y la hermosa Elisa. Es mi creencia que sólo allí encontrábanse Matías y ella, sobre todo, dadas las facilidades que ofrecen por doquier en la finca recoletas alamedas y plácidos rincones en penumbras. Abríanse sobre el jardín de la casa de su tío y sobre el jardín de los Miranda la ventanas de la habitación de José Matías, y cuando yo llegué vestíase él lentamente aun. Sonreía iluminado, con una sonrisa que le subía de lo más hondo del alma regocijada, cuando me abrazó; sonreía feliz, en tanto yo le relataba mis dificultades y mis disgustos en Alemtejo; sonreía extasiado hablando del calor mientras armaba distraídamente un cigarro, y sonreía continuamente, rezumando felicidad, mientras en el cajón de la cómoda elegía, con vacilaciones casi religiosas, una corbata de seda blanca.

A cada instante, instintivamente, por un hábito ya tan consubstancial con él como el pestañear, sus ojos risueños, luminosamente enternecidos, se volvían hacia las ventanas cerradas... No tuve, pues, más que seguir la trayectoria de aquel rayo dichoso para descubrir en la terraza de la casa de la Parreira a la bella Elisa, vistiendo un traje claro, luciendo un blanco sombrero, paseando con perezosa languidez, calzándose románticamente pensativa los guantes y espiando igualmente las ventanas de mi amigo, que un rayo de sol llenaba de manchas de oro.

Mientras tanto, José Matías charlaba, o mejor dicho, murmuraba entre su eterna sonrisa eufórica cosas cordiales e inconexas. Delante del espejo, se había concentrado toda su atención en el alfiler de corbata, adornado de coral y perlas, en el blanco cuello, que abotonaba y ajustaba con el reverente cuidado con que un sacerdote novel podría revestirse de la estola y del amito en la mística exaltación de la primera misa.

¡Nunca hasta entonces había visto yo a un hombre echar con tan ensimismada gravedad agua de colonia en el pañuelo! Luego, vestida ya la levita, ensartada con indefinible emoción una magnífica rosa en el ojal de la solapa, exhalando un hondo y largo suspiro, abrió despaciosamente, solemnemente las ventanas.

Introito ad altarem Dei!

Por un elemental sentido de la discreción, yo me mantuve hundido en el sofá. Y créame usted, mi buen amigo, que envidié con toda el alma a aquel hombre inmóvil ante la ventana, rígido en su éxtasis de sublime adoración, con la mirada, y el alma, y todo el ser vagando por la terraza, en busca de aquella hermosa mujer blanca que se calzaba indolentemente los guantes, tan indiferente al mundo como si el mundo no fuera otra cosa que el pedazo de suelo que ella pisaba y cubría con los coquetos pies...

Puro, lejano, romántico e inmaterial, este éxtasis, amigo mío, ¡duró diez años! No lo tome a broma; no se mofe. Es cierto que se encontraban en la quinta de mi tía abuela doña Mafalda; es cierto que se escribían cartas apasionadas que se tiraban por encima del muro revestido de hiedra que separaba las dos fincas. Pero jamás sobre ese muro vestido de verde gozaron el raro encanto de un diálogo pro-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 103)

EN ESTA ESCUELA DE MODELOS DE HOLLYWOOD SE APRENDE BAILANDO. HE AQUI A LA PROFESORA DE *BALLET* DANDO CLASE A DOS BELLAS Y AVENTAJADAS ALUMNAS.



¡LA MODA

En Hollywood no sólo hay estudios de cine, *night-clubs* y residencias de estrellas. Existen también otros edificios que nada tienen que ver con el Séptimo Arte, aunque sí con un arte: el de representar correctamente el papel de maniquí viviente.

Se trata en este caso de una escuela donde cualquier señorita que reúna ciertas condiciones indispensables y tenga vocación, puede llegar a ser una modelo de primera categoría.

Empero, si las alumnas del establecimiento La Roy — nombre de su directora, la ex actriz cinematográfica Rita La Roy — quieren triunfar, han de cumplir a conciencia las directivas de la profesora. De otro modo, nunca arribará para ellas el ansiado día de intervenir en los suntuosos desfiles de las casas más prestigiosas de los maestros de la moda y aparecer en las páginas de las revistas femeninas lu-

LAS MODELOS DEBEN SABER DESFILAR Y ADOPTAR ACTITUDES ELEGANTES ANTE LA CAMARA FOTOGRAFICA. AL PARECER ESTUDIAN LA LECCION A CONCIENCIA. LAS REVISTAS DE MODAS NO TARDARAN EN ENRIQUECERSE CON LAS FOTOS DE ESTAS MUCHACHAS.

DANZA!

ciendo magníficas creaciones. Según se advierte en algunas de las presentes fotos, antes de permitirles vestir los primeros *dernier cri* de la moda, a las chicas las hacen "bailar" de lo lindo, ya que, al parecer, el *ballet* es el ejercicio ideal para actuar con soltura y gracia en la profesión de maniquí viviente.

Y observando cómo estudian las lindas niñas, a través de lo que ha captado la cámara curiosa, se deduce que la Escuela en cuestión es también un centro de belleza muy vigilado por los magnates de la Meca del cine.





"Fué ansina..."

Boceto escénico, por ***R. Acosta***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

PERSONAJES: *Pantaleón Lucero, el comisario, un cabo.*

DECORACIÓN: *"Oficina" de cualquier comisaría de campaña, a comienzos de este siglo; vale decir, un rancho con paredes de adobe y techumbre de totora, cuyos únicos muebles son la mesa de pino, que sirve de escritorio al comisario, la silla donde éste se repantiga, y un par de bancos. Un cartelón de vivos colores, que exagera melodramáticamente los peligros del alcoholismo, hace simétrico juego con un mapa de la provincia; otros marcos, más pequeños, encuadran edictos y ordenanzas. Promedia la tarde de un húmedo día otoñal. Por la puerta que mira al patio, y custodia un cabo de tipo achinado, entra el sol, amarillento, débil, cuyo haz luminoso se alarga de minuto en minuto.*

COMISARIO. — ¿Y?... ¿Vas a confesar?

PANTALEÓN. — Véia, comesario, si es por mí, no lo vi'a cargosiar demasiado.

COMISARIO. — Desembuchá, entonces.

PANTALEÓN. — Usté ha sido muy cristiano con este criollo. Me gritó un rato; era su deber.

COMISARIO. — Naturalmente...

PANTALEÓN. — Pero ni me rempujó ni me rebenquió.

COMISARIO. — ¡Claro!

PANTALEÓN. — Y yo, que hast'ayer no más supe ser hombre decente, pagaría mal sus atenciones, gambetiándole al ñudo.

COMISARIO. — Me gusta que lo comprendás.

PANTALEÓN. — Guapo con los guapos, manso con los mansos, comedido con los comedidos. Esa es la lay. Y es lay, ansina mesmo, qu'el que l'hace, la pague, ¿no?...

COMISARIO. — Sí, Panta.

PANTALEÓN. — Me la enseñó mi tata, a grito, sopapo y chirlo, cuando yo abultaba menos que cuzco.

COMISARIO. — ¡Mirá que andás con vueltas!...

PANTALEÓN.—Güeno... Asigún le'iba rilatando, lo despené al mozo ése, —¡ni su nombre me arricuerdo de tanto llamarle "niño"! —, que Dios tenga en su santa gloria... ¡Por favor, cabo!... ¿Me alcanza un jarro de agua?... *(A un gesto afirmativo del comisario, sale el cabo. Pausa).*

COMISARIO. — Continuá, Panta.

PANTALEÓN. — No malicée, comesario, que busco aliveadas. Le contaré la purita verdá, dende el principio al fin. *(Al cabo, que regresa y le ofrece un jarro de hojalata):* ¡Gracias!... *(Bebe ansiosamente.)* ¡La pucha qu'está fresquita!... *(Bebe de nuevo, hasta la última gota.)* De pozo, ¿no?... Linda... p'a cortar jabones!... *(Devuelve el jarro al cabo, que torna a su puesto.)* ¡Ajah!... Andaba por decirle, comesario, que fuí yo quien lo provocó al finao, en cuanto me facilitó. ¡Se la tenia jurada!...

COMISARIO. — ¡Así se habla, Panta!... Ningún hombre debe mentir para retacear su responsabilidad. Por lo tanto, hubo premeditación...

PANTALEÓN. — ¿Qué?.... Y... ¡pongalé!... Cuando lo provoqué n'el patio de l'estancia, me miró fierazo, con hambre... Mantuve la parada —a lo pior, la redoblé! —, y se arrolló hasta darme vergüenza... ¡Tan grandote qu'era!... Dijo que ahicito, en la galería, estaban los patrones y la niña...

Que me callara... Que supiera rispetar... Estuve por dejarlo, por dirme, dispués de lonjiarlo a lo mocoso mal criao...

COMISARIO. — ¡Hubiera sido mejor, Panta!

PANTALEÓN. — En eso me ricordé que le arrastraba el ala, que le hablaba bajito, que la manosiaba con los ojos... ¡Tan luego él, pidiéndome que supiera rispetar!... Y me dentró una rabia bárbara... Lo envité de nuevo, chuciándolo a disprecios, chapaliándole la dinidá remolona... Y, ¡al fin!, se encocoró...

COMISARIO. — ¡También!...

PANTALEÓN. — ¡Bienhaiga!... Parecía toro endeveras, cuando, empacao y arisco, dijo sí con la cabeza a mi convidada' muerte: a las nueve, en el rincón de los ceibos... Calculé, ¿sabe?, que a las nueve saldría la luna, llena y redonda, como panza'e vasco, p'a darnos luz suficiente. Además, a es'hora, la gent'e la estancia aun sab'estar sentada a la mesa.

COMISARIO. — Como todos los puebleros.

PANTALEÓN. — Lueguito, en la cocina, mate en mano, a l'hora de apilar pensamientos y buscarles contras, se me ocurrió de golpe que no iría y el corazón me pegó un barquinazo... ¡Qu'iba dir el flojo'e porra!... ¡Agarró viaje de vacido, p'a tener tiempo a disparar a l'estación!... Segurito d'ello estaba cuando enderecé p'al potrero. ¡Y claro!... ¡Ni una lechuza en los postes encontré p'acompañarme!... ¿Sabe?... Sentí qu'el chambergo me cinchaba la cabeza, mesmo que un fleje... Me dije qu'era un sonso, un chiquilín, un mamao d'esos que cualquier gringo engatusa... Junté una parva d'odio... Ya ib'a prenderle fuego con el pucho del cuarto cigarrillo que armara, cuando lo vi venir, trompezando en los terrones de la güella.

COMISARIO. — A propósito, Panta, ¿querés pitar? *(Le ofrece su atado de cigarrillos).*

PANTALEÓN *(tomando uno).* — ¡Gracias, comesario!... *(Con un ademán respetuoso, rehusa el fósforo encendido que le extiende éste):* ¡No faltaba más, don! ¡Usté primero!... *(Aguarda, sin servilismo, a que el comisario se lo ofrezca nuevamente):* Con su permiso... *(Enciende su cigarrillo):* ¡Chas gracias, señor comesario!... *(Aspira, durante una breve pausa, dos o tres bocanadas de humo):* Como le decía, cuanti lo vi venir a los trompezones, se m'hizo alegre el coraje... ¡Muchacho cumplidor!... Estuve por acortarle camino y darle las güenas noches, como a un amigo... Me sofrené, porque las personas formales, las que s'han emplazao, no han de andar macaquiando. ¿No le parece? A cinco o sáis metros, me las desió él — p'a su mal —, plantándose en firme. Agatas le contesté, demientras me abajaba de la tranquerita ande me sentara, como sobre varas de cinacina. Pensé arreglarlo — ¡se lo juro! — con un barbijo en la jeta o un hachazo en la muñeca. Pero dentró a charlar y eso fué lo malo.

COMISARIO. — ¿Por qué?

PANTALEÓN. — Porqu'esa labia era una de las mañas tramposas y ventajeras que más odiaba en él. Dentró a querer explicarme, a decir que por encontrarse dos miradas d'hombre sobre una misma mujer, no era motivo p'andar a tiros o puñaladas. ¿Cuándo, entonces? — pregunté.

CABO *(sin poderse contener).* — ¡Lindo!...

COMISARIO *(al cabo).* — Callate, vos... Seguí, Panta.

PANTALEÓN. — ¡La de cosas que dijo!... Golvió a hinchárseme la cabeza con tanto palabrerío... Como si la vida de uno valiera esas feas agachadas al cuete... Le contesté que se vive todos los días y sólo se muere una vez, y qu'es costumbre de chanchos conservar el cuero... sucio. Dió un paso atrás y siguió alegando no sé qué macanas sobre los hombres y las fieras... ¡Valiente diferencia!... ¡Apenitas el filo de un cuchillo!... Y por último dijo lo más ruin: que ninguna mujer, ninguna, valía una pitada...

COMISARIO. — ¡Perdulario!...

PANTALEÓN. — Me le arrimé con la boca llena de palabras que pinchaban, enconándose. ¿Y tu madre?... ¿Y tus hermanas?... ¿Y ella?... Hizo un gesto, que me pareció de burla... Ya no aguanté más, y antes de amagarlo, demientras manotiaba el cabo'el cuchillo, le chicotié la cara con el fleco del poncho, mesmo que si se la escupiera.

CABO *(como antes).* — ¡Bien hecho!

COMISARIO. — ¡Cabo!... *(Este se cuadra por unos segundos).*

PANTALEÓN. — ¡Vay'a saber si fué l'insulto o el relumbrar del fierro lo que l'hizo pelar el revólver!... Me alegré d'alma: la ventaja del arma nos igualaba... ¿Qu'ib'hacer un pueblero tan cajetilla con un cuchillo en la mano?

COMISARIO. — ¡Lástima que nadie pueda atestiguar eso!

PANTALEÓN. — L'hice un dentre, cuerpiándole al caño del 38, que chumbó al pepe... Deseguida, con angurria de voltiarme, me menudió otros tres plomos, tomándome los puntos... Luego malicié que la prudencia l'enfrió las ganas de darle gusto al dedo... Le quedaban dos balas, dos esperanzas, dos ucasiones de salvarse, abriéndome un buraco serio... Lo apuré con un puntazo largo, con más parada que intención, y el quinto plomo me rozó

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 90)

CINE
por AMELIA MONTI

UN RECORD

"Donde mueren las palabras", la superproducción de Artistas Argentinos Asociados que sigue afirmando en cartelera su calidad artística, constituye el récord de taquilla de la producción local: ¡$ 300.000 en las primeras doce semanas de exhibiciones, y aun sigue la serie!...

Anotamos el dato por lo que tiene de ilustrativo y alentador.

ENTRE ASTERISCOS



Red Skelton tocó el banjo por primera vez en público a los diez años de edad, en una compañía ambulante. Su gran ingenio y su inagotable energía han hecho de él el brillante cómico que es hoy.



Una cosa que también no es muy conocida es que Spencer Tracy fué un pésimo alumno durante la enseñanza primaria. No tenía ningún interés en las clases y hacía muy a menudo la "rabona". Ya adolescente se dedicó al estudio con un entusiasmo enorme.



Al comenzar la filmación de una de sus últimas películas para Metro, Lucille Ball descubrió que en la mesilla de su camarín había un hermoso jarrón con flores, con una tarjeta firmada por Katharine Hepburn, deseándole buena suerte a Lucille en su nuevo papel.



Marlene Dietrich ha resuelto trabajar simultáneamente en el cine y en el teatro, repartiendo sus temporadas entre París y Londres. Se adjudica el derecho de elegir sus obras y sus galanes.



EN RODAJE

Comenzó hace días el rodaje de "Madame Bovary", versión cinematográfica de la novela de Gustavo Flaubert, a cargo de Carlos Schlieper, en San Miguel. Mecha Ortiz y Roberto Escalada, que ya trabajaron en "Safo", actúan de nuevo juntos en este film. El tercero en discordia, esta vez es Enrique A. Diosdado, galán incorporado definitivamente a nuestro séptimo arte.

"LA VIDA DE ALBENIZ"

Amadori ha realizado ya varias escenas de "La vida de Albéniz", producción de Argentina Sono Film, con libro debido al poeta Pedro Miguel Obligado. Sus protagonistas son Pedro López Lagar y Sabina Olmos, con el nuevo galán Amadeo Novoa. Completa el reparto, en forma excepcional, la concertista argentina Marisa Regules.

ANGULOS Y ENFOQUES



Malisa Zini vuelve a la pantalla después de una ausencia prolongada. Intervendrá en uno de los personajes centrales de "Nunca te diré adiós", cuya pareja romántica está a cargo de Zully Moreno y Angel Magaña. El rodaje se ha comenzado ya activamente.

Se preparan en E.F.A. para comenzar el rodaje de "El jugador", donde iniciará sus tareas como director León Klimoski. Judith Sulián y Carlos Cores van al frente del reparto.

Ha sido designado jefe de publicidad de Artistas Argentinos Asociados, Elías Zagalski, de destacada actuación en esa especialidad. Patricia Palmer, que abandona dicho cargo, queda vinculada a la producción del sello.



La productora local SUR ha renovado su contrato de exclusividad con Francisco de Paula, galán de tan rápida y brillante carrera en nuestro cine y teatro.



Otra nueva película de carácter extraordinario se ha comenzado a filmar en Lumiton. Trátase de "Treinta segundos de amor", basada en la obra teatral del mismo título y cuya parte central ha sido encomendada a Mirtha Legrand y Roberto Escalada. La dirección está a cargo de Luis Mottura.



LAS PIERNAS MAS BELLAS DE HOLLYWOOD

Leslie Brooks, la bella artista de la Columbia, que vuelve de nuevo a la pantalla, es la artista cuyas piernas fueron declarados como las más bellas de Hollywood por los fabricantes de medias, en el año 1944, habiendo confirmado la misma Asociación de Fabricantes de Medias el título de Leslie Brooks en el año actual.

Pero no solamente las piernas es lo más bello en Leslie Brooks. Su espalda fué considerada como la más hermosa de Hollywood hace tres años.

Para lograr toda esta belleza, Leslie Brooks recomienda un cuidado especial en la dieta y una constancia ejemplar en el ejercicio.

Se ha visto a la artista almorzar en el "set" donde filma, para la Columbia, la película "It's Great To Be Young", y el mismo consistió en langostinos con salsa, un plato de fresas y una taza de café negro.

Como el mejor ejercicio para las piernas, Leslie Brooks recomienda caminar, bailar y subir escaleras.





INGENUA... Y VAMPIRESA

He aquí, en donosa actitud, a la rubia y dulce estrella Evelyn Keyes, una de las figuras del cine que con más frecuencia es solicitada por los maestros de la fotografía de Hollywood. Y, por cierto, que no nos sorprende —como seguramente tampoco al lector— que los ases de la cámara tengan especial predilección por esta chica, cuyo principal encanto consiste, a nuestro juicio, en que pareciendo muy vampiresa parece, al mismo tiempo, deliciosamente ingenua. ¿No es verdad?...

La madre Crisanta

Cuento, por
Helvecia Hirt

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE MARIANO ALFONSO



¡CHÍSSS...!

En esa soledad, envuelta en el manto cálido de una siesta estival, bajo inmensa sombrilla de nubes de tormenta, tan inesperado chistido por poco encabrita a mi enervado caballo. Descubrí, parada sobre la tapia del cementerio, una lechuza que me enfocaba con las luces verdes de sus redondos ojazos. Y palmeando el cogote del malacara, comenté con fingida jocosidad:

—¡Tonto, cierto que es un bicho feo, pero no para asustarse!...

La aludida, o entendió mis palabras, o no le agradó mi voz, porque volvió a chistarme... Y aunque parezca mentira, callé tragando saliva.

Mi cabalgadura, resoplando, se movía pidiendo rienda para alejarnos al galope; su puro instinto animal lo inducía al temor junto a los muros del aislado camposanto, cuyas partes derruídas permitían ver cruces, lápidas y ángeles de piedra destacando sus antaño blancuras, hogaño manchadas por las temperies, entre yuyos espinosos y tétricos cipreses, máxime bajo la amenaza de un cielo tempestuoso. Mas yo era también dominada por un instinto: el de la curiosidad, y para peor, depravado por la cultura y la civilización, tanto que ahogaba mis congénitos pavores al fúnebre lugar, a los rayos estando a caballo en campo abierto, a todo, en fin, por intentar satisfacerlo.

Al cabo, una gota ancha y fría se me aplastó contra la frente, mientras caían otras aquí y allá sobre la tierra expectante. Entonces comenzó mi tarea más ardua: la de conducir al rebelde malacara a lo largo del muro que nos ocultara hasta ese momento, y doblar por el ladero contra el cual se recostaba el rancho de la "madre" Crisanta. ¡Oh!, era como para arredrarse, pues sorprendía a semejanza de un fantasma, tan blanqueado de cal resaltaba entre dolientes sauces llorones. Y, ¡colmo de los colmos!, lo vigilaba un perro-lobo que, rechinando los dientes, forcejeaba por zafarse de su cadena...

Ante esa bienvenida, me hubiera sido imposible evitar que mi caballo huyese a la vareada, de no salir del rancho una mujer que, a no dudar, era la buscada "madre" Crisanta. A pesar de su avanzada edad, su poca estatura, su humilde vestimenta y su silencio, algo de superior y majestuoso la rodeaba como un aura mágica, tanto, que los animales se aquietaron y quien sintió inquietud fuí yo...

Luego de un breve aunque agudo examen, me invitó:

—¡Abájese!...

Desmonté balbuciendo un agradecimiento ininteligible. Condujo por las riendas al malacara a un cobertizo contiguo, atándolo entre un caballejo y un sulky derrengado, hecho lo cual me indicó con un gesto volviésemos al rancho; aunque la cadena del feroz cancerbero le permitía guardar la única puerta de entrada, se apartó sin un gruñido al pasar su dueña, a cuyas faldas me pegué precavidamente.

—¿Lo crió con carne cruda y pimienta, no? — pregunté por quebrar el hielo.

—¡Ajá! Cuando se vive sola... — contestó con su voz profunda, baja y retumbante como un trueno lejano —. Mitá por el perro, mitá por el camposanto, no tengo que temerle a lo'hombres... Adelante, está en su casa...

—Gracias...

Pero no bien hube dado dos pasos en la penumbra del interior, pegué una espantada, porque una sombra misteriosa surgió como por encantamiento del suelo a mi lado y pasó rozándome el pecho...

—¡No se asuste, po! Es mi cuervo...

La "madre" Crisanta encendió una vela y antes que nada pude ver al avechucho del inmortal "nunca más" posado sobre su hombro y mirándome diabólicamente. Asimismo, ominosa intención animaba los ojos aindiados de la mujer, encaramados como diablillos en lo alto de su nariz brujesca... Con un irreprimible estremecimiento, desvié mi vista por la habitación; era espaciosa, aunque parecía pequeña de tan sobrecargada; una mesa pelada en el medio, contrastaba con otras varias arrimadas a las paredes, unas desbordando de objetos heterogéneos, entre los que se destacaban grasientos juegos de naipes de distintas clases y paquetes de velas y de yuyos que saturaban el ambiente, otras oficiando de altares para infinidad de santos cubiertos de ex-votos, y, por fin, una inconfundible de tres patas. Un tabique con una abertura que ostentaba a guisa de cortinado una cretona descolorida, la separaba sin duda del dormitorio, y a un lado, una puerta entreabierta permitía distinguir una cocinita ahumada... Todo como lo imaginara: pobre, abarrotado, extraño; decorado especial, ingenuo en el dibujo y colorido, para impresionar a la "clientela".

—Siéntese...

Como ahora voz y gesto parecían amistosos, me senté en la retacona silla de paja ofrecida. Ella hizo lo propio en otra cercana, avivando las brasas de un brasero...

Un gato negro me miraba como sin verme, en postura estatuaria de alcancía; en una jaula colgada en la ventana, un caburé malhumorado maldeciría tal vez la superstición de quienes lo desplumaban sin compasión; contra una pared reflejaba monstruosa sombra una tortuga perdida en un rincón. Y, por capricho de la oscilante llama, todo danzaba como en un aquelarre...

—Asigún colijo, usté's la de Güenos Aires que stá 'e visita en "La Herradura", pero ha nacío en el campo y le gustan loh amargos...

Y me tendía uno, espumoso, que tomé asombrada.

—¿Cómo lo sabe...?

—¡Por las pilchas, m'hija! No va disfrasada 'e gringo, con esas bombachas feasas que loh'acen parecer cuises en doh patas...

—¡Ah, se refiere a los "breeches"! —Reí, palmeando orgullosamente mis bombachas que se desbordaban generosas de las botas bajas y arreglándome luego el pañuelo blanco sobre la camisa de hombre —. Efectivamente, nací en el campo y aunque vivo desde hace muchos años en Buenos Aires, por mis estudios primero y ahora por mi trabajo, tengo el corazón enterrado en la tierra, por eso aproveché tan gustosa la invitación de veranear en la estancia de los Bernárdez, viejos amigos de mi familia. Es muy buena observadora usted.

—¿No piensa como tuitos que soy... a-di-vi-na...?

Un relámpago vivísimo, oportuno, me relevó de responder. Ella se santiguó musitando: "Santa Bárbara donceya, si en el Cielo fuist'estreya, libráme d'esta centeya". ¡Ahura nu hay peligro! — Y retomó el hilo, tranquilamente, a pesar del trueno estremecedor.

—¿Usté cre'en la magia...?

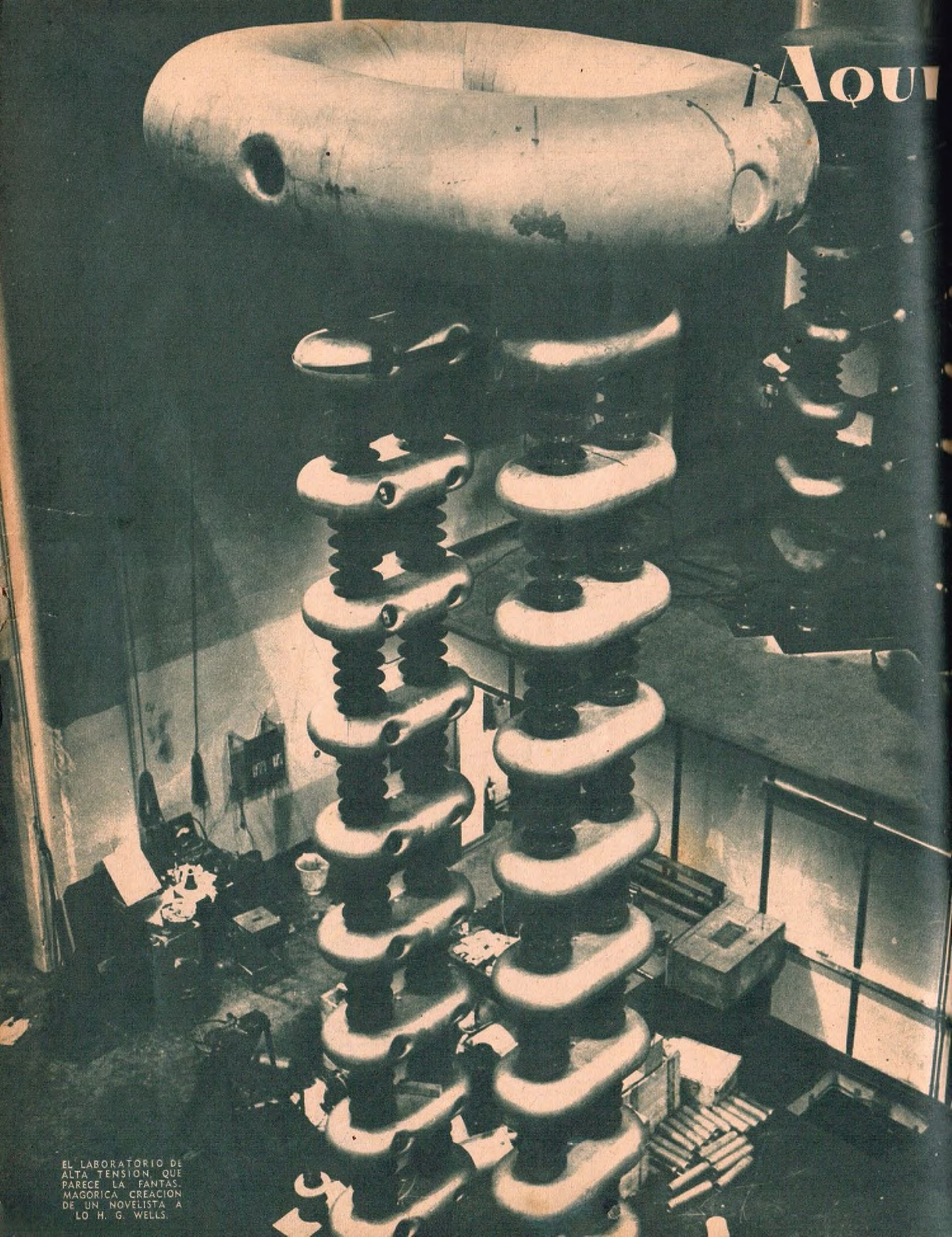
—¡Yo... no sé qué pensar desde que leí a Charcot, Lombroso, Lenormand, Balzac...

—¿Quiéne'son esos...?

—¡Oh... hombres...! ¿Cómo le diré...? ¡Eminentes!...

—¡Ah, léidos y escrebidos! ¿Usted tamién es léida, no...?

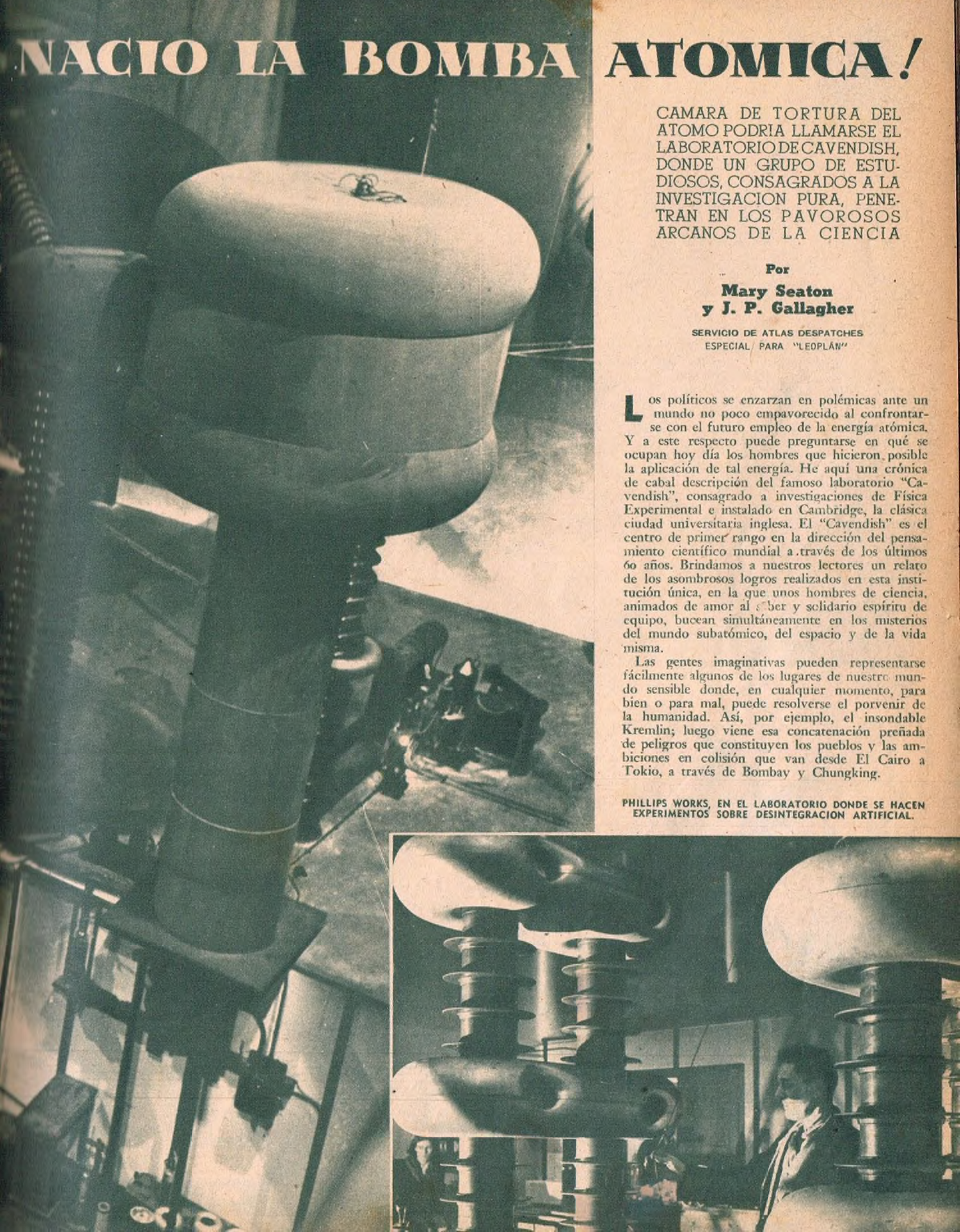
(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



¡Aqu

EL LABORATORIO DE ALTA TENSION, QUE PARECE LA FANTASMAGORICA CREACION DE UN NOVELISTA A LO H. G. WELLS.

¡NACIO LA BOMBA ATOMICA!



CAMARA DE TORTURA DEL ATOMO PODRIA LLAMARSE EL LABORATORIO DE CAVENDISH, DONDE UN GRUPO DE ESTUDIOSOS, CONSAGRADOS A LA INVESTIGACION PURA, PENETRAN EN LOS PAVOROSOS ARCANOS DE LA CIENCIA

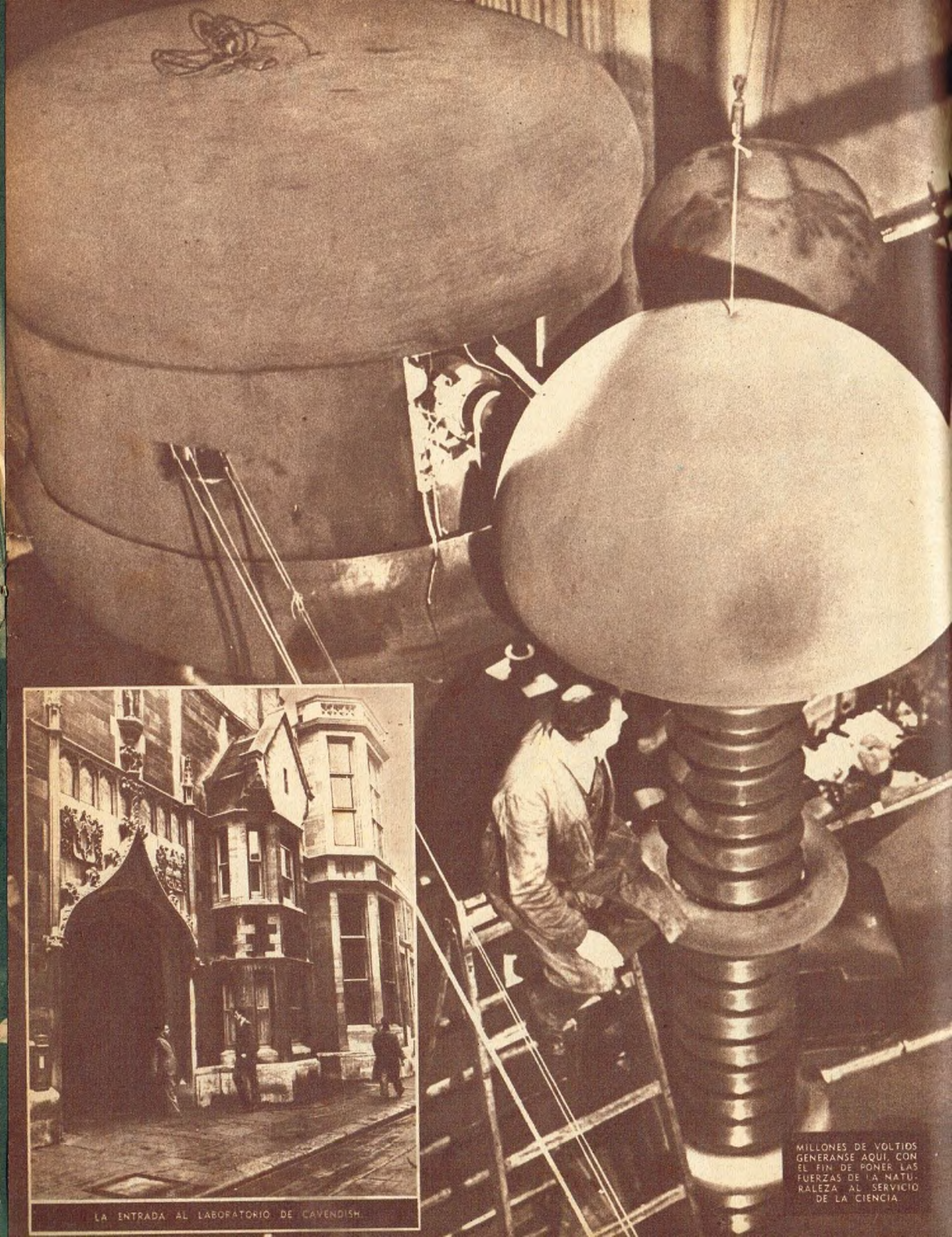
Por
Mary Seaton
y J. P. Gallagher

SERVICIO DE ATLAS DESPATCHES
ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

Los políticos se enzarzan en polémicas ante un mundo no poco empavorecido al confrontarse con el futuro empleo de la energía atómica. Y a este respecto puede preguntarse en qué se ocupan hoy día los hombres que hicieron posible la aplicación de tal energía. He aquí una crónica de cabal descripción del famoso laboratorio "Cavendish", consagrado a investigaciones de Física Experimental e instalado en Cambridge, la clásica ciudad universitaria inglesa. El "Cavendish" es el centro de primer rango en la dirección del pensamiento científico mundial a través de los últimos 60 años. Brindamos a nuestros lectores un relato de los asombrosos logros realizados en esta institución única, en la que unos hombres de ciencia, animados de amor al saber y solidario espíritu de equipo, bucean simultáneamente en los misterios del mundo subatómico, del espacio y de la vida misma.

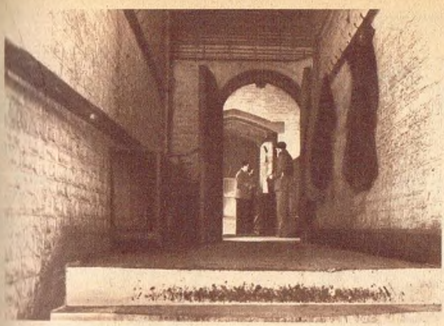
Las gentes imaginativas pueden representarse fácilmente algunos de los lugares de nuestro mundo sensible donde, en cualquier momento, para bien o para mal, puede resolverse el porvenir de la humanidad. Así, por ejemplo, el insondable Kremlin; luego viene esa concatenación preñada de peligros que constituyen los pueblos y las ambiciones en colisión que van desde El Cairo a Tokio, a través de Bombay y Chungking.

PHILLIPS WORKS, EN EL LABORATORIO DONDE SE HACEN EXPERIMENTOS SOBRE DESINTEGRACION ARTIFICIAL.



MILLONES DE VOLTIOS GENERANSE AQUI, CON EL FIN DE PONER LAS FUERZAS DE LA NATURALEZA AL SERVICIO DE LA CIENCIA

LA ENTRADA AL LABORATORIO DE CAVENDISH.



PASADIZOS HACIA LA CAMARA DE TORTURA DEL ATOMO.

Pero ¿podríamos añadir a la lista un nada estético amontonamiento de edificios que se alzan en una calle descentrada de la vieja ciudad universitaria de Cambridge?

Un edificio antiguo

No obstante, el Laboratorio de Cavendish, el más avanzado de los centros de física experimental, puede perfectamente reclamar un lugar en tal lista. Es relativamente poco importante que el Cavendish haya sido la tímida cuna de la bomba atómica; esta crónica no se refiere tanto a su maravilloso pasado como a su futuro, imposible de predecir. Aquí se congregan unos setenta hombres de ciencia consagrados a la causa de la "investigación pura", quienes trabajan en proyectos que casi desafían la comprensión del profano; y los resultados a que lleguen, acaso vengan a superar un día la Edad Atómica que sus predecesores coadyuvaron a iniciar.

Porque en el gabinete contiguo a aquel en que labora un hombre que se ocupa en experimentar con lo infinitamente pequeño se halla otro dedicado a explorar las fuerzas eternas que rigen el universo. Tal es el Cavendish hoy día, a tiempo que emerge de la densa capa de secreto impuesto por las necesidades de la guerra y se apresta a reemprender su constante aventura de proseguir sus excelsos descubrimientos.

Aventura y ciencia

Precisamente, por los muchos informes referentes a los trascendentales avances en el campo de la ciencia que habían surgido del Laboratorio de Cavendish, así como por la consideración de que casi todos los eminentes hombres de ciencia del Imperio Británico — y no pocos de otros países — parecían haber pasado por esta descollante institución, nos resolvimos a averiguar cuanto a título de información nos fuese posible; tanto acerca de la institución misma, como respecto a los sabios que en ella laboran, hoy presididos por sir Lawrence Bragg, a quien, en razón a los eximios servicios prestados a la ciencia, se le otorgó tal distinción en 1941. Ostenta además la Cruz del Mérito Militar, pertenece a la Orden del Imperio Británico y es miembro de la "Royal Society".

Para comprender cabalmente la historia del Cavendish se requiere recordar algunas definiciones. Y en primer término, ésta: "La física es la ciencia de la medida de precisión". Tenerlo en cuenta es bien importante, porque los hombres de ciencia del Cavendish no hacen otra cosa que medir cosas y cosas, tan superlativamente pequeñas que incontables millones de ellas podrían alojarse en la cabeza de un alfiler. Y de sus estimaciones y cálculos aciertan a derivar las más estupendas entre las fuerzas de la Naturaleza que rigen el mundo.

Horizontes cerrados y horizontes abiertos

Por consiguiente, los cultivadores de la "investigación pura" laboran sobre una rama rigurosamente científica del saber físico. La frase misma "investigación pura" nos impone un poco. Porque ha de entenderse que los hombres que descubrieron el *neutrón*, y con él la disociación del átomo, carecían de toda perspectiva específica orientada hacia la bomba atómica, que había de finalizar la guerra, entenebrecer de preocupación el mundo y prometernos una verdadera nueva edad en la historia de la humanidad. Aquellos hombres jamás enfocaron su visión hacia el remoto fin a que sus afanes podían conducir. "Incluso en 1938, los mismos hombres que trabajaban incesantemente en la tarea de conseguir la bomba atómica hubieran podido decir con verdad

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 90)



I

—¡JUIRA, Puma! ¡Camine, Resero!

Erguido sobre los estribos, Miguel Cayulef revolea el rebenque y se desata en una serie de invectivas hasta espantar a los perros que se ensañan con una oveja descarriada.

Echa pie a tierra luego, y tras una breve requisa por los alrededores, se interna, abriéndose paso con el cabo del rebenque, en un matorral de espinosos "michays", para reaparecer, en seguida, trayendo en sus brazos un trémulo corderito que vacila sobre sus patas al ser depositado en el suelo.

Monta de nuevo y, con lentitud que se aviene admirablemente con su cachaza india, arrea la oveja y su cría hasta incorporarlas al grueso de la majada, que ha aprovechado el alto para desparramarse, ramoneando las tiernas matitas de pasto que crecen, al

El malón blanco

Cuento, por ***Pedro Inchauspe***

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

reparo de los vientos, en las junturas de los enormes pedruscos que pueblan los faldeos de las montañas. Un silbido estridente, coreado por el ladrido de los hábiles ovejeros, basta para acuciar a los animales, que se agrupan a la carrera y emprenden la marcha llenando el valle con sus lastimeros balidos.

Escapando a la nube de polvo que lo ahoga, Cayulef sofrena a su "tordo" panzón y perezoso, bolea una pierna, se cruza sobre el apero y enciende un cigarrillo "de armado", un cigarrillo de paquete, que constituye para él un lujo que no ha podido permitirse en mucho tiempo.

—¡Pues, señor! —monologa tras de saborear la primera bocanada de humo—. ¡Había que ver lo que es la vida cuando se tiene un poco de plata! Durante años se lo ha pasado como un animal salvaje, perdido en los valles cordilleranos con su majadita, sin crédito, sin una cebadura "'e yerba" muchas veces, sin tabaco, vendiendo algún cordero cuando la necesidad apretaba demasiado y moviéndose de aquí para allá ante los reclamos de los poseedores de campo, que no admiten a un pobre en sus concesiones de leguas, y obligado a desprenderse de varios animales cada vez que lo denunciaban a la policía.

Y los gruesos labios del indio se entreabren, bajo la cerda rala del bigote, en una sonrisa satisfecha.

—Pero ahora, ¡adiós andanzas e intranquilidades! Han bastado dos años buenos para que las cosas cambien por completo. Es decir... no alcanzan a dos; el año anterior contaba señalar cuatrocientos corderos y al final se encontró con que no tenía sino doscientos cincuenta. ¡Claro! Es lo que le pasa al pobre; el Huenchoeque le prestó la casa y ¡vaya a saber cómo fué eso! Pero ya no hay peligro; tiene casa, tiene buen corral de "palo a pique" y su lote de más de media legua, que es suficiente por un tiempo; ochenta capones por año ha de pagar, según trató con don Juan de Dios, más "seis uvecos con cría que le cobró la cuez" por el certificado. ¿Y qué más precisa? También tiene crédito... ¡No va a tener!

Cayulef se ríe con una risa ronca, desabrida, y se relame los labios que se le han resecado, de golpe, al recuerdo de la feno-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 111)

BERNARD SHAW CON LA ESTRELLA INGLESA WENDY HILLER

DEL LIBRO AL

COMO "ARROWSMITH", DE SINCLAIR LEWIS, MUCHAS NOVELAS FAMOSAS ADAPTADAS AL CINEMATOGRAFO FIGURAN ENTRE LOS EXITOS QUE MAS PRESTIGIO OTORGAN A HOLLYWOOD



SINCLAIR LEWIS ABRAZA A HELEN HAYES DURANTE UNA FIESTA REALIZADA EN HOLLYWOOD

LA novela y el cinema tienden a unirse cada vez más fuertemente. En los Estados Unidos sobre todo, tal unión asume caracteres importantes. Las miradas de Hollywood van dirigidas hacia los grandes novelistas de hoy. Y la mayoría de los novelistas, que se saben blanco de esas miradas, las reciben de buen grado e incluso los hay que las retribuyen muy cordialmente.

Muchos se preguntan: ¿quién gana a quién? ¿Los Cronin, Caldwell, Steinbeck a los Warner, Goldwyn-Mayer, Selznick, o viceversa?

En todo caso, no se trata seguramente más que de buena política de acercamiento por parte de ambos. No busquemos, en consecuencia, ni vencedores ni vencidos.

Los consejos de Bernard Shaw

Un caso curiosísimo a este respecto lo tenemos en Bernard Shaw. El famoso escritor británico, tan excéntrico como inabordable, fué, sin embargo, conquistado por el séptimo arte. Primero con "Pigmalión", y después con "La comandante Bárbara". El monarca de la ironía tiene, no obstante, el privilegio de poder poner sus colosales "peros" al productor de sus obras. Este hombre que sabe cómo contener al anciano maestro, es Gabriel Pascal, quien conoce bien a fondo el carácter de su ilustre amigo.

"—Me olvidaba de decirle que no fume cigarros — le decía Shaw a Pascal antes de que fuera llevada a la pantalla su "Pigmalión" —. Si pierde usted la

"MEDICO Y AMANTE", ADAPTACION DE LA NOVELA DE SINCLAIR LEWIS, CUYO PRINCIPAL INTERPRETE ES RONALD COLMAN

CELULOIDE

Por
Alfonso S. Betancourt

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

voz, perderá toda la autoridad en el estudio. Su encanto se esfumará para siempre y mis obras — proseguía — desaparecerán de la pantalla. ¿Por qué no prueba tejer?... Yo jamás he fumado. A la edad que tengo, mi voz no ha perdido una sola nota y su calidad no es peor de lo que era antes".

La pluma y la cámara

Recomendaciones como la que transcribimos abundan en las relaciones literariocinematográficas entre los dos destacados personajes.

Uno de los artistas de la pluma que primero entablaron conversaciones con los magnates hollywoodenses, fué Sinclair Lewis. Precisamente la Guaranteed Pictures ha anunciado la próxima reposición de "Médico y amante", título que corresponde a la adaptación cinematográfica de "Arrowsmith", famosa novela del genial autor yanqui. "Dodsworth" es otro de los libros de Lewis que también fuera elegido por los productores de películas hace ya algunos años.

Existen novelas que no se hacen populares hasta que son filmadas. "Lo que el viento se llevó" es, sin duda, un ejemplo elocuente. En cambio, sucede a menudo que obras que editorialmente constituyeron verdaderos triunfos, en su versión "made in Hollywood" resultaron auténticos fracasos.

Hasta el presente, ni Bernard Shaw ni Sinclair Lewis han tenido motivos de queja en este sentido. Y sabido es que tanto el uno como el otro son bastante exigentes. En lo que respecta a Pearl S. Buck, Somerset Maugham, Cronin, Hemmingway y otros por el estilo, nada digamos, porque de sobra conocemos sus éxitos, ciertamente considerables.

La labor armoniosa de la pluma y la cámara es, pues, una realidad tangible. Algunos podrán mirar con malos ojos esa realidad; otros podrán afirmar que ya pasará la fiebre. Pero la verdad es que todos han de aceptar que es un hecho.

Hollywood se vuelve intelectual

Desdichadamente, no son mayoría las novelas que se adaptan perfectamente al dinamismo del cine, por más que se esfuercen los directores y sus vastas cohortes en lograr que "entren". Ocurre, entonces, que al querer adaptarlas a todo trance, el argumento original, de tan arreglado, resulta irreconocible para el que leyó de antemano la obra.

No vamos a decir cuáles son esas cintas surgidas de las plumas de los creadores de la ficción sometidas a desastrosos cambios. Más bien diremos que obras como "Arrowsmith" o "Médico y amante" — que tendremos el placer de ver nuevamente — constituyen la ideal conjunción, si la hay, de lo literario y lo cinematográfico. Ojalá todas las producciones que salen de los estudios norteamericanos tuvieran la belleza, la emoción y la fuerza de este film, que, al igual que "Fuego otoñal" (Dodsworth), obtuvo resonante éxito en las salas porteñas en la fecha de su estreno.

Sí, Hollywood se está volviendo intelectual. Las novelas se tornan celuloide... Y los escritores contemplan, cual niños gozosos, cómo las criaturas de su creación se mueven en la pantalla, animadas por la luz y la sugestión del séptimo arte. ◈

OTRO PASAJE DE LA NOTABLE CINTA QUE REPONDRA LA GUARANTEED PICTURES

Suicida perfecto

Cuento, por **M. Fuentes Jorge**

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"
ILUSTRACIONES DE VILLAFAÑE

Los motivos que tenía Juan Pollo para poner fin a su mísera existencia eran, poco más o menos, los que podían alegar la mayor parte de los suicidas. Por causas análogas, muchos hombres se habían quitado la vida. Y Juan Pollo se disponía también a hacer lo mismo. Nadie, ni nada, podría evitarlo ya. Ni siquiera la perenne adolescencia de su apellido había ejercido sobre él el menor influjo en sentido contrario.

Ahora bien, Juan Pollo no era un suicida cualquiera. Era un suicida razonador y consciente. Y llegado el momento de ejecutar la dramática decisión hizo, como correspondía, sus reflexiones. Quería tener la seguridad de morir a la primera vez. Mejor dicho, de una vez: de repente, perfecta y definitivamente. Acto tan solemne y trascendental no podía dejarse al resultado azaroso de las circunstancias. Correr este albur no era cosa seria para un suicida que se estimase en algo.



Y púsose a examinar, uno por uno y con sereno detenimiento, todos aquellos procedimientos que ofrecían, bien por el crédito de que gozaban, bien por sugestión personal, mayores garantías de seguridad. Pero la duda surgía siempre, inquietante y torturadora, al final del frío examen. El temor de no acertar lo desazonaba cruelmente.

Entregado a tan aleccionadoras meditaciones, el tiempo pasaba y la realización del fatal designio se demoraba indefinidamente. Esto tampoco podía admitirse. Significaría una falta de formalidad. Teniendo en cuenta la fuerza moral de este argumento, Juan Pollo tomó, sin más espera, una nueva determinación, a todas luces pundonorosa: decidió llevar a cabo todo en el improrrogable plazo de veinticuatro horas. Y, acto seguido, salió a la calle con el firme propósito de no volver vivo a su domicilio.

Al bajar las escaleras dió un traspiés, no exento de comicidad por cierto, como la mayor parte de estos accidentes, y rodó hasta el último peldaño. El golpe había sido lo suficientemente violento como para desnucar a cualquier mortal, pero lo cierto fué que él no sufrió lesión ni magulladura alguna.

Juan Pollo interpretó esta caída como un aviso simbólico, del que se desprendía claro significado. Y púsose a contemplar con inefable sonrisa el sitio donde había quedado tendido. ¡Era necesario extremar las seguridades para no quedar a merced de una falla deplorable y ridícula! Se reafirmó entonces en la idea de que sus precauciones estaban justificadas. Sí, había obrado muy cuerdamente al pensar en estos detalles que se les pasan inadvertidos a muchos suicidas.

Puesto en pie en seguida, recobró su habitual continente y salió a la calle. Como la mañana era de primavera, compró una flor y se la puso en el ojal de la solapa: mientras se está en la vida deben cumplirse los deberes de ornato que la misma impone. Con paso vivo se dirigió después al primer agente de orden público que encontró, y con suma cortesía le hizo una pregunta. La índole de ésta debió de ser un tanto extraña; el agente, al tiempo de excusarse por no poder contestar satisfactoriamente, miraba a Juan Pollo con gesto de sorpresa. Algo contrariado, pero sin perder su aire natural, Juan Pollo siguió su camino. Más adelante repitió la pregunta a otro agente; el resultado fué idéntico. No se desanimó por ello. Seguro de que hallaría la dirección que buscaba, continuó la caminata repitiendo la pregunta en todas las esquinas.

Al cabo de una hora había llegado a los barrios bajos. Una vez más obtuvo el mismo resultado adverso. Pero una mujeruca, entre bruja y fisgona, que pasaba



en aquel momento, oyó el deseo de Juan Pollo. Y no bien éste se hubo adentrado algo por aquellos lugares sórdidos, le salió al paso con sigilo y misterio. La mujeruca, con voz seca y no sin cierta repugnancia, le dijo:

—Allí, en el recodo . . . , en aquella casita terrera.

No tuvo tiempo Juan Pollo de contestarle nada, ni siquiera de darle las gracias. La mujeruca había desaparecido en la misma forma en que se presentara: silenciosa y velozmente. Entonces él se encaminó a la casita, llamó y saludó a su morador:

—Buenos días, amigo. Vengo a visitarle como cliente.

Fuese por haberse oído llamar amigo, quizá por primera vez en su vida, fuese porque el objeto de la visita era un tanto insólito, el morador de la casita lanzó a Juan Pollo súbita mirada de desconfianza. Era un hombre de más de cuarenta años, no muy aventajado de estatura, más bien delgado y de carne en apa-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 107)

UNA OBRA ES COMO UN RIO...

ESO DICE MONTEIRO LOBATO, EL ESCRITOR BRASILEÑO QUE NOS VISITA Y CUYA OBRA YA CAUDALOSA TRASUNTA UN ESPIRITU INQUIETO, DONDE LA TERNURA Y EL AMOR NO ESTAN REÑIDOS CON LA ENERGIA Y LA DECISION

Por Julio Bernal

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



MONTEIRO LOBATO, EL ESCRITOR BRASILEÑO.

UNAS cejas enormes en un cuerpo pequeño y nervioso. Enormes cejas que, por su negrura, resaltan aún más en el marco de su cabello cano, y bajo las cuales se acentúa el intenso fulgor de sus ojos, negros también. Cejas enormes, como expresión cifrada de la espesura de las selvas de su tierra natal, pues hemos de decir que estas cejas identifican al escritor brasileño Monteiro Lobato.

Quien escriba su biografía, habrá de recurrir forzosamente a su libro *A Barca de Gleyre,* publicado no hace mucho y en el que se reunen las cartas cambiadas entre él y su amigo Godofredo Rangel.

—Están en ese libro las cartas que nos escribimos durante cuarenta años — nos dice Monteiro Lobato, a quien entrevistamos a poco de su llegada a Buenos Aires. Y agrega —: Son cartas que no fueron escritas para su publicación, sinceras, espontáneas, que reflejan exactamente nuestro pensamiento y nuestro estado de ánimo; por eso tienen más valor que unas memorias o una autobiografía, escritas siempre con la preocupación de que van dirigidas al público.

En este libro están sus primeras páginas, ya que esa correspondencia se inicia cuando apenas tenía veinte años. Y, según nos confiesa, su vida de escritor empezó bastante tarde.

—¿Cuándo? — le preguntamos.

—En 1918, a los treinta y cinco años.

—¿Y cuál fué su primer libro?

—*Urupés.*

La obra del escritor es como un río...

No corresponde esta obra, conocida de los lectores de habla castellana desde hace varios años, en que fué traducida, y donde se descubre a un cuentista de fuerte y personal estilo, a la literatura infantil, de la que es hoy maestro indiscutido.

—El escribir para los niños vendría luego — nos explica.

—¿Respondiendo a un plan determinado?

—No. Creo que la obra del escritor es como un río, que al nacer es sólo un hilo de agua, y es imposible saber entonces cuál será su extensión y su caudal... Puede morir apenas nacido, puede convertirse en el Amazonas... Cuando escribí *Urupés,* no imaginaba que un día escribiría un libro para niños, y cuando escribí el primer libro para niños, no imaginé tampoco que había de entregarme tan plenamente a la literatura infantil. Pero, debo confesar que se lo debo a ellos mismos. Los niños son mis colaboradores. Una de las impresiones más profundas de mi vida de escritor, fué la experimentada el día en que recibí la primera carta de una niña, en la que me hablaba de *Las travesuras de Naricita,* que acababa de leer, y se refería a mis personajes como a criaturas existentes, con tanta o más realidad que cualquiera de sus amiguitos.

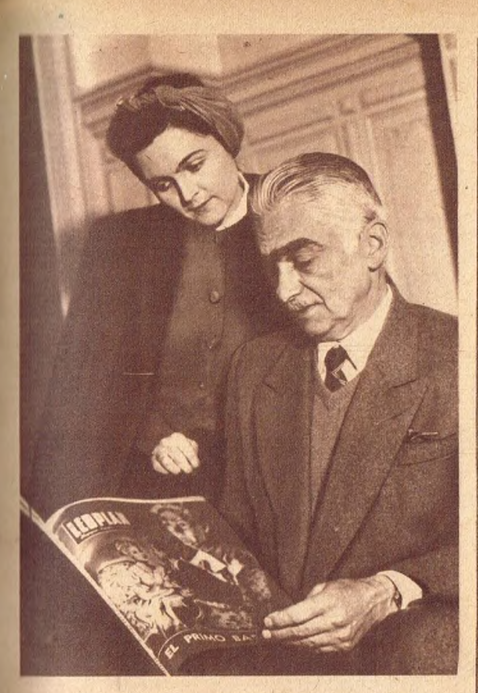
Miles de cartas de sus pequeños lectores

A aquella primera carta, según nos explica, siguieron otras y otras, aumentando a cada nuevo libro que publicaba, hasta llegar a recibir de tres a cuatro mil cartas de niños por año. Y comenta:

—Más que los beneficios que me producen mis obras, más que los elogios de la crítica, me interesan esas cartas. Las considero el mejor premio para mi labor: no puede recibir un escritor homenaje más sincero y espontáneo, más puro.

—¿Y qué le dicen en esas cartas?

—Generalmente les impulsa a escribir el deseo de participar en las aventuras de mis personajes; quieren que



EL MAGO DEL MUNDO INFANTIL, CON SU SEÑORITA HIJA.

les ponga en mis historias, o que haga intervenir en ellas a figuras que les son familiares, a sus juguetes favoritos. A mis corresponsales les debo algunos personajes y situaciones de mis obras, pues presto siempre una gran atención a lo que me dicen, y en no pocas ocasiones me dejo guiar por ellos.

—¿Contesta usted esas cartas?

—Contesto a todas. La carta de un hombre puede dejarse sin contestar; pero la de un niño, no. Porque es un deber el fomentar la ilusión en los niños y un crimen matar en ellos una ilusión, y esto significaría dejar una carta suya sin contestación. El escritor, en estos casos, es como un mago, por el cual se ponen en contacto con el mundo de lo sobrenatural, el mundo de la fantasía.

Con alegre gesto saca Monteiro Lobato de su bolsillo algunas cartas, que nos enseña con un orgullo que tiene mucho de infantil.

—Mire —nos dice—, no he hecho más que llegar y ya me escriben los niños argentinos...

La historia del petróleo

Hasta ahora, Monteiro Lobato sólo nos había mostrado una faceta de su personalidad, y vamos en busca de la otra, con un viraje en nuestra conversación.

—Nos imaginamos — le decimos — que no serán sus historias para niños las que le ocasionaron persecuciones y encarcelamientos durante la dictadura de Getulio Vargas...

—No. Esa es otra historia... — comenta riendo el autor de *Geca Tatu* —. Esa historia — agrega — tiene algo más de diez años, pues comienza con mi campaña sobre el petróleo...

Hace una pausa y, a modo de reflexión, continúa:

—El petróleo, amigo mío, es hoy una cosa fundamental en la vida de los pueblos... Puede decirse que buena parte de la

política internacional gira alrededor del petróleo, y que los países son libres en la medida que lo tengan o no... ¡Ah! Fué una gran suerte para la Argentina encontrar petróleo en su suelo. Yo quería esa suerte también para mi país. Y me preguntaba: ¿cómo es posible que no haya petróleo en el Brasil? ¿Qué se ha hecho para encontrarlo? Indagué. No se había hecho nada. Y no tardé en descubrir que si nada se había hecho para encontrarlo, se hacía en cambio mucho para que no se encontrara.

—¿Se dedicó usted a su busca?

—Con alma y vida. Y fué precisamente entonces cuando pude apreciar la dificultad de la empresa y el poder de los enemigos que era preciso vencer para llevarla a término.

—¿Y esos enemigos, quiénes eran?

—Aunque su oposición se manifestase solapadamente y no diesen la cara en la lucha, era fácil identificar a esos enemigos en las grandes compañías de petróleo que monopolizan su suministro al Brasil. Es claro que esos poderosos enemigos no hubiesen podido triunfar sin la ayuda del Estado. Por expresarlo así fuí perseguido y encarcelado.

—¿Hubo algún motivo concreto para su prisión?

—Efectivamente: una carta que dirigí a Getulio Vargas, exponiéndole las dificultades y obstáculos que encontraba en mis indagaciones acerca del petróleo brasileño. Ingenuamente, le denunciaba lo que a mí me parecía fruto de una sombría conspiración contra los más alto intereses nacionales. Y digo ingenuamente, porque imaginé que ordenaría una información sobre mis acusaciones, para ver qué había de verdad en ella. En cambio, lo que ordenó fué mi prisión, al mismo tiempo que ordenaba recoger la edición de mi libro *Saboteadores del petróleo*, que acababa de aparecer.

—¿Y ahora, con el nuevo gobierno?

—Se ha hecho una nueva edición, muy numerosa, de ese libro, que actualmente lo está leyendo todo el Brasil.

—¿Y en estas circunstancias es cuando usted se ha marchado?

—Sí. No quise irme de mi patria cuando estaba perseguido y se procuraba hacerme imposible la vida, porque me hubiese parecido una deserción ante el enemigo, un signo de debilidad. Ahora que mi libro puede circular libremente, yo me marcho. Así mi persona no puede interponerse de nuevo en este asunto. Dejo a mi idea sola para que ella haga su camino independiente de mí.

—¿Confía usted en que al fin se encontrará petróleo en suelo brasileño?

—No es que confíe en que se encuentre, ¡es que se ha encontrado ya! Exactamente a los diez años de iniciada mi campaña, ha aparecido petróleo en un lugar del Estado de Bahía, que se llama Lobato.

—¿Como usted?

—Exactamente. Lo que no deja de ser curioso, si se tiene en cuenta que es el único lugar del Brasil y del mundo, que lleva ese nombre.

Este detalle parece remachar la teoría de Monteiro Lobato, según la cual todos los seres nacen con una predestinación y el hombre no es más que un instrumento del destino.

Dos millones de ejemplares

Acaso lo más interesante en Monteiro Lobato es que pueda cumplir esta misión, o predestinación, que lo convierte en una especie de Quijote brasileño del petróleo, escribiendo libros para los niños, a los cuales debe su independencia económica. Los beneficios que ellos le producen, son los que le permiten entregarse ampliamente a una causa que él cree beneficiosa para su país.

Por otra parte, ellos le dan la magnífica armadura de su popularidad, avalada por dos millones de ejemplares, cifra a que ascienden las numerosas ediciones de sus libros en el Brasil, con cuya traducción al castellano su popularidad se ha extendido a todos los países de habla española.

—En realidad —nos dice— son mis pequeños lectores argentinos los que me han traído. No podía pasar más tiempo sin conocerlos, sin venir hacia ellos, para corresponder al interés que han demostrado por mis libros.

—¿Piensa quedarse mucho tiempo entre nosotros?

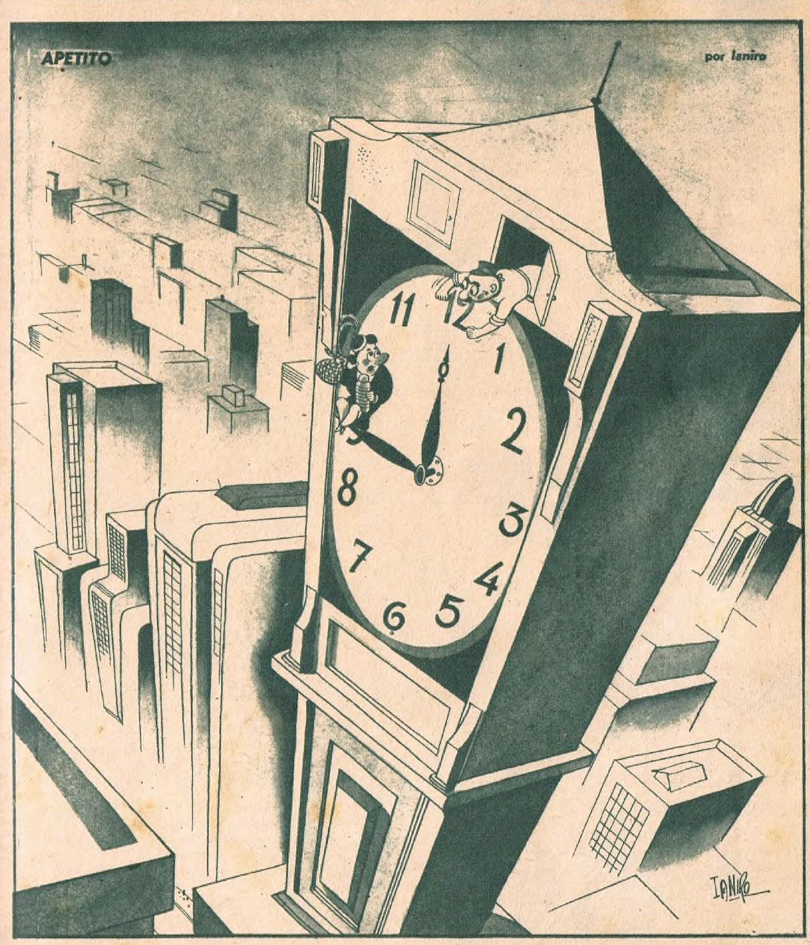
—Por lo menos dos años, que es la duración del contrato del departamento que acabo de alquilar en Buenos Aires. Aquí tendré mi casa, pero pienso viajar por toda la Argentina; quiero recorrerla de norte a sur, no dejar de ver nada.

—¿Tiene el propósito de escribir alguna obra de ambiente argentino?

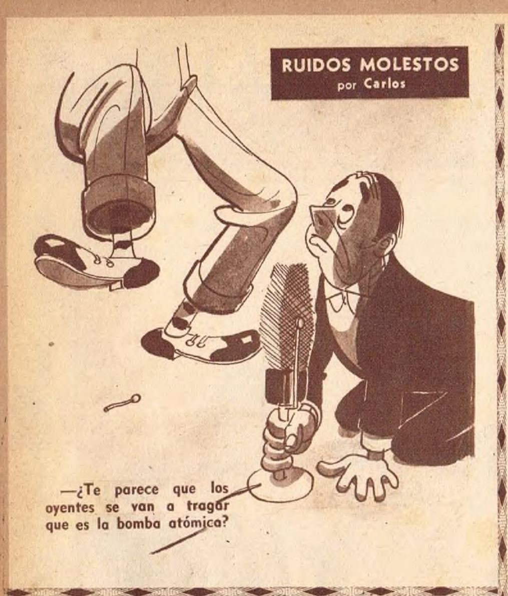
—Espero que la obra nazca de un modo espontáneo viviendo yo aquí. Una obra en la que intervengan niños argentinos. Y confío en que ellos me ayuden a conocer su patria y a escribir esa obra, de la que van a ser, sin duda, excelentes colaboradores...

Al decir esto, vuelve Monteiro Lobato a referirse a las cartas que ha recibido desde su llegada. Se le ilumina el rostro con una sonrisa. Y el arco de sus inmensas cejas negras se distiende, como las alas de una golondrina que va a iniciar el vuelo hacia el milagroso país de los cuentos infantiles... ◈

RISA Y SONRISA



—¡Bah, bah!... ¿No puedes esperar un cuarto de hora?



—¿Te parece que los oyentes se van a tragar que es la bomba atómica?



—Su señora le manda esta aspirina.

LEVE EQUIVOCACION

Cuentan que, cuando era dictador de Grecia, y hacía una visita de inspección a una base aérea del Mediterráneo, a Juan Metaxas lo invitaron a probar un nuevo tipo de hidroavión.

Quiso conducirlo él mismo, y todo marchó bien hasta que el comandante que lo acompañaba observó que estaban a punto de aterrizar en el aeródromo.

—Perdóneme usted, pero sería mejor bajar en el mar porque se trata de un hidroavión —le dijo.

—¡Naturalmente, comandante! ¿En qué estaría pensando? —exclamó Metaxas abandonando su distracción.

Bajó al agua sin dificultades, y estando en ella abandonó el manejo del aparato y dijo:

—Le agradezco mucho el tacto con que usted evitó que cometiese el increíble error que estuve a punto de hacer, comandante.

Y al terminar de hablar abrió la puerta y saltó al mar.



¿SERA CIERTO?

He aquí una opinión de Bernard Shaw:

—La mujer miente mejor cuando habla, y el hombre, cuando escribe.



"DOLICOCEFALA, SEÑORA"

Asistía don Enrique Rodríguez Larreta a una conferencia pronunciada por Ortega y Gasset en Amigos del Arte. A su lado hallábase sentada una dama que se pasaba el tiempo haciendo comentarios y exclamaciones con otra compañera, a medida que disertaba el conferenciante:

—¡Qué profundidad de pensamiento! ¡Qué dicción extraordinaria! ¡Qué talento!...

El autor de "Zogoibi" la miraba de soslayo y hacía grandes esfuerzos para no verse en la necesidad de llamar la atención a la parlanchina señora. Pero de pronto, ésta exclamó nuevamente:

—¡Qué cabeza, querida! ¡Qué cabeza!

Entonces don Enrique, con una sonrisa a flor de labios, completó:

—Dolicocéfala, señora; dolicocéfala!

La dama en cuestión lo miró con evidente desagrado, y creyéndose objeto de alguna broma, caló sus impertinentes y no charló más.



EL CAÑON DEL GENERAL ROCA

Siendo presidente de la República el general Roca, recibió cierto día la visita de una dama, que hizo entrega al presidente de un regalo, con estas palabras:

—General, sírvase aceptar este cañoncito como recuerdo simbólico de sus magníficas campañas militares.

El presidente agradeció el obsequio, y tan pronto la donante se retiró, dió orden a su sirviente de que lo colocara apuntando a la pared.

Pasó algún tiempo, y los parientes y amigos del general extrañábanse de que aquel cañoncito permaneciera apuntando a la pared. Cuando le preguntaban la causa de ello, el general limitábase a sonreír socarronamente.

Cierto día, la dama que le hiciera el regalo, volvió a visitar al general, y le pidió un favor. Entonces, no bien abandonó el despacho, Roca ordenó a su sirviente:

—¡Déle vuelta al cañón, ya disparó!



DISCRECION

La escena en casa del médico de la familia:

—El novio de mi hija sabe que tenía ataques y que usted la curó por completo.

—¿Está enterado también de que es sonámbula?

—¡Oh, no, doctor! En cuanto a eso, preferimos darle la sorpresa...



CON Y SIN... ESPERANZA

El señor Jacques Dourdin que se ocupa en hacer estadísticas sobre la opinión pública, acaba de declarar que en una encuesta realizada entre dos mil quinientas mujeres, averiguó que un 57 % de ellas se pintan los labios, y un 43 % no.

Las solteras se pintan más los labios que las casadas, y el uso del *rouge* aumenta con la esperanza del casamiento y desaparece con él.

COSA DE PERROS

Un perro enorme se arroja sobre un hombre, que grita al que lleva al animal:

—¡Oiga, llámelo que me va a morder!

—Imposible.

—Pero, ¿acaso no es suyo?

—Sí, es mío; pero es que acabo de comprarlo y no puedo acordarme de cómo se llama.

FIESTA EN EL PAGO

por **Rafael**



—¡Oiga, mocito!... ¡Usted vendrá de la ciudad y todo lo que quiera, pero le repito que la cueca se baila suelta!



EL HONOR DEL TENIENTE PAMELO GARDEN PARTY

El palacio de verano del Virrey de la India en Simla, brillaba aquella noche con todas sus luces, como una enorme joya caída de la corona del Imperio en el abismo azul del cielo indostánico.

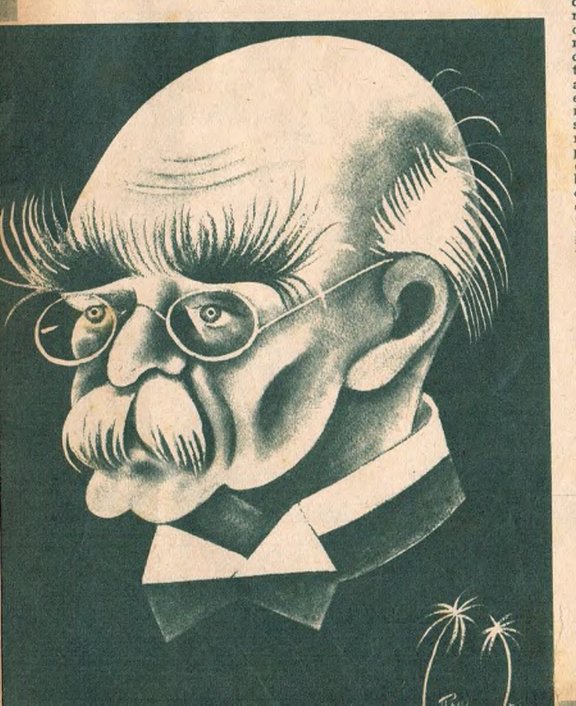
Se bailaba. Todo el gran mundo colonial estaba presente, a juzgar por la enorme cantidad de choferes, portadores de palanquines y asistentes que aguardaban a la puerta contando chismes de sus amos en cuatro mil dialectos hindúes y siete u ocho de los barrios bajos de Londres.

Cuando Pamelo Garden Party, teniente de la cuarta compañía de Lanceros de Bengala, cruzó el salón para ir a besar la mano de lady Violeta Corned Beef, joven y encantadora esposa del viejo sir Reginaldo Corned Beef, Virrey de la India, sintió que todas las miradas estaban fijas en él. Pero no era como otras veces la mirada de admiración de las damiselas y de gula de las jamonas. Era la mirada de horror que lanzan las damas coloniales cuando se encuentran su primera serpiente de cascabel dentro de un zapato, o cuando su cocinera anamita les comunica —ya con la mesa llena de invitados— que el "curry" se ha convertido en una pasta innoble o que no hay hacha capaz de partir la torta.

Como si esto no bastara para confundirlo, detrás de un centenar de abanicos, igual cantidad de bocas de rosa exclamó: *shocking!*

La actitud de los hombres no era más tranquilizadora.

Corrió al tocador de las damas, al que siempre entraba como Peter por su casa, y resueltamente se encaró con el espejo. Pero a su uniforme de gala no le faltaba un detalle; al cinto llevaba la espada de reglamento y no una sombrilla de Coromandel, como pensó en un principio; todos sus botones estaban castamente abrochados en sus respectivos ojales y por ninguna parte le salía la camisa.



Desde que su aspecto era correcto, había que buscar por otro lado la causa del repudio de la sociedad colonial femenina y del ejército en general.

Un golpe de abanico lo hizo saltar, como mordido por una serpiente. Ante él estaba la anciana lady Vellorita Ponney:

—¡Niño, niño— murmuró lady Vellorita—, lo que acabas de hacer te puede costar la carrera!

—¿Pero qué diablos pude hacer, por vida del Bramaputra? —exclamó el joven.

—Casi nada; presentarte fresco en la fiesta del Virrey cuando toda la sociedad colonial está en su más alto grado de presión alcohólica, romper de un torpe manotazo la página más respetada del código de las conveniencias sociales, más severo que el mismo código militar. Semejante falta de respeto y consideración a tus semejantes, te coloca al margen de la sociedad. ¡Mira que es audacia pasar derecho como un criado indio, cuando tus superiores se daban de cabeza contra las columnas del salón! Procediste como un boy-scout. ¡Bien pudiste disimular tu reprochable estado, tropezar con las alfombras, hacer unas eses discretas! ¡Qué diría el rey Arturo si levantara la cabeza!

Pamelo Garden Party, de la cuarta compañía de Lanceros de Bengala, tuvo súbitamente la visión de su falta y de su ruina.

—Trata de rehabilitarte —le dijo lady Vellorita Ponney, sacando del cálido nido de su seno una botella de whisky.

El teniente Pamelo se la bebió sin respirar, pues tenía un excelente declive y, besando en la frente a su anciana bienhechora, corrió al salón. Pero ya era tarde. La fiesta había terminado, se apagaban las luces y los *boys* anamitas recogían a sus amos de detrás de las butacas.

Regresó a su casa agarrado a la cola de su caballo, pero no tuvo la suerte de que alguien lo viera.

Sobre la mesa de luz encontró una carta de sus compañeros del cuarto de Lanceros de Bengala, en la que le prometían ocultar a su madre su deshonor, cosa fácil, pues se ignoraba su paradero, y un revólver de reglamento. Comprendió. Pero su brazo, ya levantado, cayó con desaliento a lo largo de la franja dorada de su pantalón de gala: desde el espejo lo miraban dos Pamelos. Bien sabía él que uno era el doble alcohólico, el fantasma de la borrachera, ese otro yo que todo inglés lleva a su lado en las grandes solemnidades y que permite decir a los redactores de "The Times" que para las fiestas de la coronación o para

la Navidad, la multitud se superó en mucho numéricamente. Bien sabía que se trataba de su cuerpo astral-alcohólico y que era el mismo que su padre, que también tomaba lo suyo, vió en su cuna y que hizo que lo anotara como mellizo en el registro parroquial del condado de Kent. Lo que tenía que hacer era primero matar a su doble y después matarse él. Pero, ¿cómo identificarlo? Porque si por un error se mataba primero él, su fantasma vagaría errante y estúpido por los lugares en que vivieron, asustando a los niños, y dando origen a una inaceptable leyenda escocesa.

Renunció al doble suicidio por falta de datos y porque se caía de sueño. Cuando despertó le comunicaron que su coronel quería verlo.

En contra de su costumbre, el anciano héroe lo recibió en la cocina, con un delantal a cuadritos y las manos en la masa de un budín de ciruelas.

Pamelo Garden Party comprendió que era una discreta estratagema para no estrechar la diestra de un hombre deshonrado y tragó con sereno estoicismo la humillación.

—Tengo una delicada misión que confiarle, teniente Garden; si la cumple como es debido, volverá a ocupar el lugar de honor que siempre tuvo en el ejército. Salga hoy mismo para el sur y demuestre al rajá de Fajala, que anda haciéndose el loco, que lo que más le conviene es acatar las órdenes de la corona. Hágale ver, sin derramamiento de sangre, la superioridad del Imperio.

—Gracias, mi coronel —respondió el teniente Pamelo, y partió inmediatamente para el lejano Estado de Fajala, montado en su elefante Jumbo.

Ocioso sería describir las penalidades del largo viaje; los tigres que mató, los cocodrilos a los que les bajó los dientes, las hordas de leprosos que tuvo que afrontar...

El viejo rajá de Fajala lo escuchó impasible, y cuando hubo terminado de enumerar los jinetes, los infantes, los cañones y aviones de que disponía el Imperio, sin olvidarse de mostrarle una fotografía de la columna de Nelson, le dijo:

—Sois fuertes como el cocodrilo y el rinoceronte de doble cuerno, pero nosotros disponemos de fuerzas y flúidos espirituales contra los que chocará siempre vuestro ejército.

Después, con fina sonrisa y largos dedos color de dátil, sacó de entre los pliegues de su turbante de seda color pecho de faisán venerado, el reloj del joven oficial que había hecho pasar por allí valiéndose de las oscuras potencias que el indio conoce y domina, y, devolviéndoselo, le dijo:

—Esto es la India.

—¡Bah! —dijo el teniente Garden, por decir algo—: atrasa de un modo asqueroso.

Pero no se dió por vencido, y apelando a recursos que le enseñara su asistente, que antes de ser lancero de Bengala había sido lancero en las aglomeraciones londinenses, hizo pasar a sus manos el hermoso reloj de oro y diamantes del rajá. Pero no se lo devolvió, sino que guardándoselo en el bolsillo le dijo:

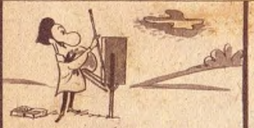
—Esto es el Imperio.

El rajá de Fajala, viendo la diferencia, se entregó a discreción. Y Pamelo Garden Party pudo volver a Simla, donde fué ascendido y pronto se olvidó el triste incidente del baile del Virrey.

Siempre que Pamelo Garden Party contaba esta historia, daba cuerda distraídamente al valioso reloj del rajá de Fajala. ❖



PINCELITO PURAPOSE — **Realismo** — **Por DOMINGO VILLAFAÑE**






¡QUE CONTRATIEMPO!



—¿Ven? Esto es lo malo que tienen las aves de paso...

LENGUAJE JURIDICO



—¿Qué quiere usted decir con eso de que estoy absuelto? ¿Acaso que debo entregar el reloj?

EN EL TRIBUNAL



—Vamos a ver — dice el presidente —. Según consta en el expediente, usted ha roto una silla en las costillas de este señor...

—Pero fué un accidente — replica el acusado.

—Tenga la bondad de aclarar.

—Sí, señor juez. Yo no tenía intención de romper la silla...

◆

EN ALTA MAR



En medio del océano, a bordo de un trasatlántico:

—¡Capitán, un hombre se ha caído al agua!

—¿Alguno de la tripulación?

—No, señor; era un pasajero.

—¿Había pagado el pasaje?

◆

CALUMNIA



ÉL. — *¡Tú, tú, que te casaste conmigo porque tenía dinero!...*

ELLA. — *¡Eso no es cierto! Me casé contigo porque yo no tenía, que es muy distinto...*

DESCONSUELO



—¡Qué disgusto! Jorge ha roto conmigo... y quiere que le devuelva las medias de nylon que me regaló.

DIFERENTES PUNTOS DE VISTA



—...y esta noche el tema de nuestra audición de preguntas y respuestas ha sido "Cómo ganar la paz".

OJO POR OJO!..., — **Por González Fossat**





AGALLITA — **¡Véndame uno!** — **por J. CHRISTIE M.**








TOXICO Y BIBERON

por Janiro



















SANATORIO
por Raúl Valencia

—No se asuste, señorita; es el ilusionista, que todas las noches duerme así.

ACTUALIDADES GRAFICAS





HOMENAJE DE LOS INDIOS COYAS. — Poco después de arribar a nuestra ciudad, la caravana de indios coyas procedente de Jujuy se trasladó a la plaza de Mayo donde su jefe, el teniente Mario Augusto Bertonasco, depositó un ramo de flores al pie de la Pirámide de Mayo.

EXPOSICION. — En uno de los salones de la Galería Müller, el conocido artista Tito Menna inauguró, con mucho éxito de público y crítica, una exposición de obras pictóricas.



BODAS DE PLATA. — En ocasión de cumplir sus bodas de plata matrimoniales, el señor Rafael Vaccaro y señora ofrecieron en su residencia una reunión íntima que resultó muy animada.



CONFERENCIA. — Con los auspicios del Comité Juvenil del Ateneo Ibero Americano, y en ocasión de celebrarse el Mes del Teatro Independiente, el destacado periodista Bernardino Marcelo Porto pronunció una conferencia sobre el tema "Función y acción de los Teatros Independientes".



LITERARIAS. — El distinguido escritor don Enrique Larreta, a quien han llegado numerosas felicitaciones con motivo de haber sido designado miembro de número de la Academia Argentina de Letras para ocupar el sillón "José Hernández", que, como se recordará, quedó vacante al fallecer don Eleuterio Tiscornia. Tal nombramiento ha sido recibido con general beneplácito en los círculos literarios del país.



PINTURA. — En la sede de la Asociación Cristiana Femenina, el joven pintor peruano Raúl Echave realizó una interesante exposición de cuadros que fué muy visitada. La foto muestra al artista rodeado de público en el día de la apertura.



ANIVERSARIO. — Para conmemorar el vigésimo aniversario de la fundación de la Cámara Argentina de Especialidades Medicinales, sus directivos y socios se reunieron en un banquete que fué presidido por el señor Dupont.



TEATRALES. — Se encuentra actualmente en jira por los Estados Unidos de Norteamérica la celebrada bailarina argentina Cecilia Ingenieros, cuyo brillante recital de danzas, efectuado en la escuela española Middlebury College, ha sido elogiosamente comentado en los diarios de aquel país.



ESCULTORA. — La señora Herminia Baglieto de Alió, escultora de reconocidos méritos y fecunda obra, que presentó en las Galerías Van Riel una notable muestra de piezas que confirman los juicios elogiosos que ha merecido por parte de la crítica autorizada.



POETISA. — Paulina Medeiros, conocida poetisa uruguaya que ha dado a publicidad un nuevo volumen de poemas reunidos bajo el sugestivo título de "Fronda Sumergida", mereciendo los encomios de la crítica y del público.



LA MUÑECA SANGRIENTA

famosa novela de misterio, de **GASTON LEROUX**

TAPA E ILUSTRACION DE BERNABO

I

BENITO Masson tenía su taller en un paraje de los más apacibles, más apartados y también más vetustos de la Ile-Saint-Louis. Masson era encuadernador artístico, lo que no le impedía, sin embargo, vender tarjetas y sobres y dedicarse al negocio de papelería en aquel barrio recoleto, especie de cuña provinciana en la Ciudad Luz, y que parece defendido, por su cinturón de agua, de la eterna frivolidad mundana que reina en la vida parisiense.

En aquella calleja de la isla, cuyo nombre fué cambiado posteriormente, y que era — aun no hace mucho tiempo — calle del Santísimo Sacramento, se han abierto, o, mejor dicho, entreabierto una media docena de comercios, entre ellos una relojería, con la desmedida pretensión de mantener apariencias de vida.

Pues bien, de aquel callejón donde vivía Benito el encuadernador; de aquel barrio que parecía existir merced a sus recuerdos, salió una de las más asombrosas aventuras, y hasta casi diría la más sublime, de la época actual. La aventura de Benito Masson fué, sin duda alguna, sublime, porque constituyó una Fecha (con mayúscula, sí) en la historia de la humanidad; pero, al mismo tiempo que sublime, también fué espantosa... Y París, que conoció principalmente la parte de espanto, todavía se estremece al recordarla.

Para juzgarla debidamente, debe arrancarse desde sus principios. Atravesemos el puente Marie y miremos a nuestro alrededor. Admitiendo que la vida no se traduce exclusivamente por el movimiento, podemos decir que en la Ile-Saint-Louis, más que en cualquiera otra parte, hay siempre una vida intensa: pero en el dominio intelectual. Sin evocar las lejanas sombras de Voltaire y de madame Du Châtelet, puede afirmarse que en todo tiempo pintores, poetas, escritores, tuvieron allí su domicilio. George Sand, Baudelaire, Teófilo Gautier, Gerardo de Nerval, Daubigny, Corot, Barge, Daumier, instalaron allí sus bártulos. En la confluencia con la calle Le Regrattier, que antaño era la calle de la Mujer sin Cabeza, existe, en una hornacina, una Virgen mutilada que ha visto desfilar a toda la pléyade romántica. ¡Nuestro Benito Masson, que no era solamente encuadernador artístico, sino poeta — extraño poeta, como tantos otros de aquellos turbios tiempos —, aseguraba vivir en la misma habitación donde algún tiempo había morado — y sufrido — Baudelaire, el autor de *Las flores del mal*!

Y, como es natural, su misma humildad experimentaba por ello un singular orgullo.

Ahora bien: para conocer a Benito Masson, nada mejor que acercarse a él mismo. Como todos cuantos se creen agitados por algún demonio superior, complacíase en registrar los menores acontecimientos de una vida que, *aparentemente*, se diría haberse desarrollado en la más triste monotonía, hasta el día en que lo traemos a estas páginas (Benito Masson podía tener treinta y cinco años). Y subrayo la palabra *aparentemente* porque hubo personas, según las cuales todas las memorias de esta especie fueron redactadas con el fin más interesado, y no relatan sino lo que podía hacer creer en la inocencia de un monstruo que vivía en el permanente temor de que descubrieran sus crímenes. Quienes han asegurado esto tenían muchas excusas y quizá hasta razones; pero



¿tenían razón? Algún día lo veremos.

En cuanto a mí, siempre me ha conmovido el tono de sinceridad que trasciende de las Memorias de Benito Masson, aun en sus más desordenados pasajes.

El tiempo de donde arrancamos era a fines de mayo. El día había sido caluroso. Aquel día la primavera habíase presentado con una precocidad desconocida en París desde mucho tiempo atrás.

Eran las nueve de la noche. En aquel rincón de calleja desierta, envuelto en sombras, el último ruido que se dejó oír fué el timbre de la puerta del comercio de la señorita Barescat, paquetera, la cual cerraba ella misma y con toda precaución...

Aun había luz en dos puertas vidrieras: la del encuadernador y la del relojero...

El taller de Benito Masson hallábase enfrente, poco más o menos, del negocio del viejo Norbert, el relojero, a quien apenas se veía salir, salvo los domingos, para oír misa, acompañado de su hija y su sobrino, en Saint-Louis-en-l'Ile.

El resto del tiempo lo pasaba oculto tras las cortinas de sarga verde, inclinado sobre sus lupas, pinzas y martillos, misteriosamente dedicado a trabajos que, por cierto, ya le habían dado celebridad en cierto modo. Había inventado una especie de regulador que hubiera podido enriquecerle, pero que sólo había servido para hacerle aborrecer a los hombres de negocios. A la sazón no parecía trabajar más que por amor al arte y tras una quimera en que otros, antes que él, habían perdido el juicio.

Sus colegas, con quienes había roto toda relación, se referían a él con una melancólica condescendencia. Los más enterados citaban una especie de *escape* contraria a todas las leyes conocidas de la mecánica, y merced a la cual pretendía el iluso llegar al movimiento continuo. ¿Para qué más?

Mientras tanto, en su vidriera podía verse un extraño mecanismo de relojería, cuyos engranajes externos afectaban formas desconocidas hasta entonces. Entre otras piezas curiosas, había ruedas cuadradas. Y el caso era que los vecinos de la isla afirmaban que aquel *movimiento* duraba años enteros sin necesidad de darle cuerda de nuevo. La señorita Barescat, la paquetera, hubiera puesto la mano en el fuego para asegurarlo. Total: que entre el puente Marie y el puente Saint-Louis, al viejo Norberto se le tenía por un personaje algo diabólico.

Aquella noche, Benito Masson, detrás de sus cortinas, no sacaba los ojos de la relojería. Y podemos afirmar que no era la vista del viejo Norberto lo que lo atraía con tal fuerza: era la hija del relojero, que acababa de penetrar en el taller.

Recorramos ahora las Memorias, un poco desordenadas, de Benito Masson. Al instante nos enteraremos de muchas cosas.

He aquí — dice el encuadernador en tales Memorias — la mujer a quien he de dar mi vida. Y hela tal como siempre la imaginé y tal como Dios la creó para mi corazón, ávido de belleza y de misterio. Puedo asegurar que no hay en el mundo, no, nada más bello ni más misterioso que Cristina. Tampoco nada más sereno. ¿Qué hay más misterioso, más profundo, más insondable que lo sereno? Me interesan las olas enfurecidas, pero los mares en calma me espantan. Los tranquilos ojos de Cristina me espantan y me atraen a la vez. En semejantes ojos puede perderse uno, porque son como el abismo.

Sin embargo, los imbéciles no comprenden eso. ¿Quién comprendería a Cristina? Desde luego que no ese viejo embrutecido relojero de su padre, siempre encorvado sobre ruedas cuadradas y que tal vez no ha *visto* a su hija desde hace años. Tampoco ese petulante de Jaime, su primo y prometido, fenómeno de la Escuela de Medicina, individuo excepcional, al parecer, y que en la Facultad es prosector, algo así como carnicero, pobre chico, en una palabra, que hace cuanto se le antoja a ella, que cuando no está trabajando en el aula pasa el tiempo mirándola, y que tampoco la *ve*. Son muchos los que, como ése, la miran porque es bella. Pero yo, Benito Masson, ¡soy el único que la ve!

Esa mujer no tiene nada que ver con las jóvenes de hoy. Tiene aire y apostura de archiduquesa, ni más ni menos (si acaso, quizá más que menos). Sobre su nuca de diosa enróllase una cabellera con tonos de oro viejo. Cuando, como ahora, cuelga el sombrero que acaba de sacarse, tiene en el brazo la línea de la amazona del Capitolio, lo cual, para mi gusto, no es poco, ya que en todos mis viajes nunca vi una Diana tan hermosa. El pensamiento no puede pensar, a poco que la haya visto caminar, moverse, qué serán sus piernas, sus nobles piernas. Es como para besar la huella de sus pasos.

En cuanto al rostro, es de una perfección acabada, si bien la nariz tiene, por fortuna, una ligera curva que resta frialdad a lo regular. La línea de la boca tiene una dulzura angelical; el labio no es carnoso. ¡Oh, la belleza ideal y viviente! Esta bella mujer, que es una artista y que, para vivir, da lecciones de modelado, no debiera tener más modelo que su propia persona.

Pero todo eso lo ve todo el mundo. Lo que no se ve es lo que hay en el fondo de su mirada, serena y fatal; lo que hay en el abismo de sus ojos, sombríamente verdes e irisados de oro, es... es... — ¡voy a decirlo! — el asombro inmenso, prodigioso, y que jamás cesará de vivir — ella, que estaba destinada para el Olimpo — en lo profundo de aquella mísera tienda de la Ile-Saint-Louis, entre ese relojero y ese estudiantón. El caso es que quiere mucho a su padre y a su primo, con quien terminará por casarse, esperemos que tarde. ¡Oh! ¿Cómo no se suicida?... Porque al mismo tiempo es la Belleza y la Virtud. ¡Magnífica como una estatua pagana, sabia como una imagen de misal!... No cabe duda: ¡es la Virgen de la Ile-Saint-Louis!... Y he aquí lo que me ha acontecido...

El viejo Norbert, su hija y su sobrino no viven en la calle. En ella no está más que la tienda. Ocupan un pabellón separado de la tienda por un jardín. Por cierto que yo no había visto nunca el pabellón. Allí dentro no penetra nadie, como no sea una asistenta, una mujer que hace la limpieza. Y he aquí que hallé la manera de distinguir el pabellón. Esta misma noche, después que se apagaron las luces de la calle, subí por una escala al granero de la casa donde vivo, y por una guardilla ¡pude ver!

El pabellón consta de dos pisos... El segundo está transformado en una especie de estudio acristalado, al que se sube por una escalera exterior de madera. El relojero y su sobrino duermen en el primer piso; Cristina, en el estudio. Lucía una luna deslumbrante. Cristina permaneció más de una hora apoyada en la barandilla que corre, a modo de balcón, a lo largo del estudio. ¡Qué noche para un poeta y un enamorado! De pronto, retiróse del balcón, y con paso furtivo descendió varios peldaños de la escalera. Luego se detuvo y aplicó el oído a la habitación de su padre y de su prometido. Después volvió a subir, siempre con grandes precauciones; penetró en el taller, dirigióse hacia un armario que se hallaba en el fondo, sacó una llave del bolsillo y lo abrió. Y del armario vi salir a un hombre al que ella abrazó. Después ya no vi nada, porque se apresuró a cerrar la puerta-ventana del balcón y a correr las opacas cortinas.

II

Fácil es imaginar la noche que pasé. Yo, que en la mirada de Cristina lo había visto todo, no había previsto ni por asomo aquello: ¡un hombre oculto en un armario! Decididamente, yo no seré más que un poeta, es decir, lo más lamentable que hay en la tierra.

"Para mí, amor mío, lo eras todo. Por ti languidecía mi espíritu. Lo eras todo para mí: una isla verde en el mar, una fuente y un altar adornado con frutas y flores maravillosas. Pero yo no había previsto eso de que dentro del armario pudiese haber un hombre. ¡Ya se ha quebrado la copa de oro! ¡Suenen fúnebres campanas! ¡Otra alma santa que flota sobre el negro oleaje!... ¡Una más!... ¡Oh, las hijas de Lucifer!..."

Aquella noche de insomnio no se llenó solamente con la desesperación y la rabia contra mi natural estupidez, sino también con una especie de diabólica alegría. Al instante se comprenderá el complejo sentimiento que me dominaba. Adoraba a Cristina no sólo como un ángel a quien toda mi vida continuaría llorando, sino también como a una mujer, como a la más bella de las mujeres... Y de ahí mi suplicio, por cuanto yo sabía que aquella mujer jamás me pertenecería y jamás me amaría, y que tal vez yo jamás me acercaría a ella. Pero la atrocidad de tal certeza aumentaba aún con la idea de que un buen día el estudiantón de enfrente, el carnicero modelo, el carpintero de la cirugía, se pondría en el dedo aquella joya del Señor y se encaminaría al juzgado para contraer nupcias con ella.

Ahora bien: el hombre del armario, a quien, de mediar la ocasión, yo hubiera matado como a un perro, era menos odiado por mí que el otro, porque me vengaba. ¡Y de qué manera!...

En fin, ya es hora de que diga la razón de que yo no tuviera ninguna esperanza sobre Cristina. Está contenida en dos palabras:

¡Soy feo!...

Tampoco el primo es bonito; pero es alguien, lo cual, a mi juicio, es peor... Su Jaime — a quien observo cuando pasa debajo de mis balcones — es más bien grueso, y, desde luego, bajo. Tiene veintiocho años. Es miope, de frente ancha y blanca, de pómulos salientes, de boca fresca y no muy grande, rodeada de una barbita rubia que parece tener la dulzura y la debilidad de los cabellos de los niños pequeñitos. Cuando se saca el sombrero, descubre un cráneo ya pelado por el estudio. ¡Ese es el héroe! No se trata de gran cosa; pero, en verdad, no es un monstruo, y, teniendo un título facultativo, puede constituir un marido apetecible. En cambio, yo soy un monstruo, soy horriblemente feo. ¿Horriblemente? Sí, *porque todas las mujeres huyen de mí.*

¿Hay en el mundo algo más terrible que eso? Nunca se cerraron mis brazos sobre una mujer. Ellas no lo hubieran tolerado. La idea de que yo pueda abrazarlas, solamente la idea, las espanta. Y al decir esto, no exagero nada... ¡Miseria

de miserias!... Como alguien dijo: "¡Bulle en mis venas una vida de fuego!... ¡Cada mujer equivaldría para mí al regalo de un mundo!... Oigo simultáneamente mil ruiseñores... En el banquete de la vida podría deglutir todos los elefantes del Indostán y tomar como escarbadientes la flecha de la catedral de Estrasburgo. ¡La vida es el supremo bien!" Y yo no puedo vivir...

¿Por qué tendré este horripilante reborde en torno a mi cerebro? ¿Por qué la asimetría entre las dos partes de mi cara (¡mi cara!), la prominencia espantosa de mis ojos, la brusca avanzada de la mandíbula inferior? ¿Para qué tal caos? *El hombre que ríe* era muy feliz. Al menos, ¡reía, reía para los demás!... Pero ¿yo qué soy para el prójimo?... ¡No el que ríe ni el que llora! ¡Mi rostro es un espantable misterio!

¿Me decidiré a confesar una cosa que quizá me arrastre más lejos de lo que yo deseo?...

Pero, ¡no!, dado el estado de espíritu en que me hallo, ¿qué puedo temer? Aunque me sucediera la peor y más extraordinaria aventura, no superaría a la de aquella noche... Yo sólo tenía un motivo para vivir: ¡ver a Cristina!... Y desde que la vi abrazando a un hombre al que ocultaba en un armario, todo se ha perdido para mí...

Por cierto que no hace mucho tiempo que me encuentro tan feo como soy. Hace dos años aun me figuraba que mi cara no era, necesariamente, un motivo de horror para todo el mundo. Bien sabía, ¡ay!, que no podía gustar a las mujeres; pero aun abrigaba ilusiones... Refugiado en mi torre de marfil, ante el espejo, me ponía a calificar de sublime mi fealdad. Me miraba de perfil y de frente, me hacía gestos, ensayaba diferentes maneras de peinarme, buscaba modelos de fealdad con los cuales no fuera deshonroso compararme... Llegué, por ejemplo, a decirme que no era mucho más feo que Verlaine, el cual, según él, fué amado y supo qué es el amor, todo el amor...

"¡Oh las hermosas jornadas de felicidad inefable en que uníamos nuestras bocas, en que el cielo era azul y grande la esperanza!...", etc.

¡Oh la boca de Verlaine!... Pero ¡paz a sus cenizas! Era *mi* más grande poeta...

Sin embargo, yo me decía que si en realidad fué amado, no se debió precisamente a su belleza. Hay, pues, mujeres capaces de dejarse seducir tan sólo por el ensueño, por la ilusión de un poeta, por lo que de divino licor contiene el vaso burdo que una Naturaleza irónica y madrastra creara en un cruel día. ¡Todo consiste en tener ocasión para hacerse comprender! Y he aquí cómo provoqué yo esa ocasión...

En la última Exposición de encuadernadores tuve yo un excelente triunfo. Mis encuadernaciones románticas consiguieron un primer premio. Entonces en los periódicos publiqué unos anuncios solicitando alumnos femeninos. No hube de esperar mucho tiempo. Al día siguiente presentóse una muchacha, la señorita Enriqueta Havard, bellísima, muy inteligente, al parecer, y que, según sus manifestaciones, había perdido sus padres; estaba recogida en casa de una vieja tía y quería ganarse la vida. Proponíame ser al mismo tiempo mi alumna y mi empleada. Pronto llegamos a un acuerdo.

En los alrededores de París poseo una pequeña quinta, junto a un bosque, a pocos pasos de un estanque, en un paraje bastante desierto. Como gusto de la soledad, me imaginaba que la saborearía mejor con la joven. Por lo demás, allí era donde trabajaba todos los veranos. Y allí cité a Enriqueta para el siguiente día.

Aquella noche que hablé con ella me había mantenido en la semioscuridad. Al día siguiente pudo verme en el campo, al aire libre. Así que al otro día... ¡no apareció!... La esperé tres días. Como me diera la dirección de su tía, fuí a casa de ésta y le pregunté por la sobrina. Me respondió, con indiferencia, que no la había vuelto a ver. No insistí. Pues no quería parecer más preocupado que ella lo estaba.

En el ínterin, presentóse otra alumna, la señora Clara Thomassin, viuda, también joven y bonita... Estuvo un día en mi casa... Cuarenta y ocho horas después, un caballero cincuentón vino a hacerme preguntas sobre Clara. Yo le respondí que no tenía noticias de ella desde que salió de mi casa. Y se marchó muy triste.

Tuve cuatro alumnas más... Una asistió cinco días, dos de ellas no pasaron de las veinticuatro horas y la última estuvo veintidós días. Con ésta pude creer que el milagro iba a realizarse; pero a última hora eclipsóse como las demás.

Respecto a esta última, quise tener la conciencia tranquila e hice indagaciones... No pude, nadie ha podido saber qué fué de ella... A decir verdad, una angustia sorda y desmesurada comenzó a ahogarme... *No me atreví a llevar mis indagaciones* más adelante, por temor a enterarme de que también las otras tres habían desaparecido. Que yo supiese, ya había tres. ¡Bastantes!...

Comprendo que las mujeres huyan de mí, porque soy feo; pero que me huyan hasta el fin del mundo, que me huyan hasta desaparecer, que me huyan hasta el suicidio, ¡es algo superior a todo!... ¿Qué pensar?... ¿Qué imaginarse?... Quien lo desee, póngase en mi lugar. ¡Espantoso, espantoso!... Si por una causa o por otra, *por otras seis causas*, las seis se hubieran suicidado, hubiesen sido encontrados sus cadáveres; pero *¡no fueron encontradas ni muertas ni vivas!*

Hablo, ¡Dios mío!, como si estuviera seguro de la muerte de las otras tres... Y es que, en el fondo de mí mismo, creo que el mismo misterio une a las seis... ¡El mismo misterio de muerte!... Nadie, excepto yo, sospecha eso... ¡Afortunadamente!... Todo es tan enorme y tan absurdo, que ni pensar en ello quiero... Para olvidarlo había encontrado un buen procedimiento, que era sumirme en la visión y en el amor de Cristina... ¡Y ahora!...

Ahora no saco la vista de la puerta del relojero... Hoy, domingo, *ella* saldrá dentro de poco para ir a misa, entre su padre y el estudiantón... ¡Ya está ahí, ya está ahí, con su arrogancia de archiduquesa, con su frente virgínea, con su tranquilo mirar!... El estudiante le lleva el devocionario... ¡Oh! ¿Qué no haría yo por ella?... Hoy no les seguiré... Me quedaré tras las cortinas... Con seguridad veré salir al hombre nocturno... ¡Quiero saber quién es su amante! Y después, veré lo que hacer.

Ya hace más de media hora que espero... ¡Nada!... La parte delantera de la tienda, como es domingo, está cerrada. Hasta la puerta de cristales está oculta por la de madera. Pero ¡no se abre!... ¿Qué espera?... La calle está solitaria, completamente solitaria... Y no puede salir más que por esa puerta... Esa parte del edificio ocupado por esa extraña fa-

milia está dispuesta de manera que no ofrece otra salida que la que yo vigilo. En realidad, viven encerrados ahí dentro como en una cárcel, y el jardín interior, si es que tal nombre puede darse a un cuadrilátero con tres árboles, me produjo el efecto, entre los dos altos muros que lo oprimen y le ocultan a las miradas, de un patio carcelario. Ese rincón de edificio y de jardín, habitado por el relojero y su familia, antaño formó parte del famoso palacio de Coulteray, cuya entrada principal aun da al muelle de Béthune y pertenece todavía — caso único, no repetido entre todos los antiguos palacios de la Ile-Saint-Louis — al último representante de una familia ilustre: al actual marqués Jorge María Vicente de Coulteray, quien recientemente, al regreso de un viaje a la India inglesa, casó con la hija menor del gobernador de Delhi, miss Dessie Clavendish.

Sólo una tarde, al pasar por el muelle, vi a la marquesa y al marqués, los cuales salían en su magnífico automóvil, iluminado por una lamparita interior. La marquesa es una mujer muy joven, que me pareció demasiado lánguida, aunque no desprovista de interés, a causa de cierta diáfana belleza, propia de algunas inglesas, pero que en esta época deportiva tiende a desaparecer día a día.

El marqués, al lado de aquella heroína de Wálter Scott, tenía un aspecto fuerte y vital, a pesar de sus cabellos precozmente blancos. En su rosada cara, por la que corre una sangre generosa, brilla una mirada de acero azul, asombrosamente joven todavía y emocionante en un hombre de cincuenta y pico de años. Jorge María Vicente es el último retoño del célebre marqués de Coulteray, que, bajo Luis XV, entre otras genialidades, apartóse de su mujer, que no quería oír hablar de divorcio ni abandonar el domicilio conyugal; apartóse, repito, mediante el alto muro que aun divide en dos la finca, dejando a la desgraciada en el pabelloncito donde se había refugiado y donde murió, secuestrada por propia voluntad. Allí es donde, por la noche, la virtuosa Cristina, cuando descansan su padre y su prometido, recibe a su amante.

Este, de quien sigo vigilando la aparición en el umbral que forzosamente ha de franquear para salir de su prisión de amor, me hace esperar mucho tras las cortinas. Y el tiempo pasa sin que vea entreabrirse la puerta de la relojería. He aquí que el relojero regresa de misa con la altiva Cristina y el intrépido prometido.

Por lo que veo, el sujeto de marras pasará otro día en su armario esperando la noche próxima y el natural desquite.

Este pensamiento, en verdad, no contribuye mucho a calmar mis ánimos, pues si bien es cierto que no he visto salir al misterioso huésped de Cristina, tampoco lo vi entrar, lo cual hace que me pregunte a mí mismo desde cuándo dura el extraño idilio dentro de un armario.

Me sorprendo en una feroz carcajada al pensar en las mujeres en general y en ésta en particular. A la hermosa Cristina, que llena mi corazón, le deseo una buena catástrofe para alivio de mi alma y de la conciencia universal. Hoy no saldré...

Las cinco. — ¡Acaba de pasarme lo que menos esperaba! ¡Ha venido! ¡Ha venido aquí! Pero no anticipemos nada, ya que vale la pena que lo cuente todo, y me figuro que no he llegado aún al límite de mi asombro.

Los Norbert, padre e hija, y Jaime Cotentin, el prometido, suelen salir, los domingos a la tarde, para dar un pequeño paseo. Pero hoy salieron solos el viejo y Jaime. La hija los acompañó hasta el umbral, les dirigió unas cuantas palabras subrayadas con su sonrisa de soberana y después cerró la puerta del establecimiento. Yo, de un salto, por decirlo así, llegué a mi observatorio bajo las tejas.

Y llegué a tiempo para ver cómo cruzaba el jardín y subía la escalera exterior que lleva al taller, en el segundo piso del pabellón del fondo. Como la puerta-ventana estaba ya abierta de par en par sobre la barandilla, veía el armario, que ella abrió sin titubear. Y salió el hombre.

Ella lo tomó de la mano y le dijo unas palabras al oído. Sin duda le comunicaba que la casa estaba libre de toda odiosa presencia y que les pertenecía por algunas horas, pues él dirigióse inmediatamente al balcón, en cuya barandilla se apoyó mirando hacia el jardín con aire de profunda meditación.

Entonces lo vi bien, detalladamente. ¡Caramba! ¡Cómo sabía elegir sus amantes la bella Cristina! Era hecho a su medida. Ninguna hija de Eva podría desear uno más bello. ¡Ay! ¡Juro que al ver aquella majestuosa cara, aquel magnífico trozo de humanidad, maldije al Creador que me hizo como soy y que reservó para el otro un rostro victorioso!

Ese hombre se halla en la flor de la edad; una armonía perfecta rige sus movimientos; nada parece emocionarlo; a su lado, Cristina, que siempre me impresionó por su serena impasibilidad, me resulta una desequilibrada. Cierto es que la desconozco y que parece haber cambiado. Con su más radiante sonrisa y con gestos infantiles lo llama:

—¡Gabriel!

¡Oh! Ese hombre de treinta años es bello como el ángel Gabriel. Los dos, los dos son hermosos. ¡Qué pareja!

Ahora debo decir cómo va vestido Gabriel, porque se trata de algo que se sale de lo corriente. Va envuelto de pies a cabeza con una capa como las que se usaban en tiempos de la Revolución, y lleva, según la moda de entonces, botas pequeñas y vueltas. Así que al verle salir del armario, en el fondo de la vieja y escondida morada de la Ile-Saint-Louis, me parecía que estaba asistiendo a una aventura del caballero de Fersen, llegado misteriosamente a la capital para contribuir a la evasión de la regia prisionera. Y hasta el atavío de Cristina se presta a la ilusión, con ese dichoso María Antonieta que cruza sobre su pecho medio desnudo.

¿Qué comedia representan? ¿Cómo ha empezado? ¿Cómo terminará? ¿Adónde se ha llegado? ¡Lo ignoro en absoluto!

Ese hombre aun no le dirigió la palabra; pero ha obedecido a sus llamadas. Gabriel baja la escalera delante de Cristina...

Ambos ya están en el jardín. El se sentó bajo el plátano y ante una mesita con mantel donde todavía hay frutas y botellas. A él lo veo mal; a ella, en cambio, mejor. Da vueltas en torno de él, le habla, se sienta a su lado, apoya la cabeza en su hombro. Están de espaldas, y el árbol intercepta mi visual. No se mueven. Unidos así permanecen durante minutos que yo no sabría contar, pero que son de los más crueles que hay en mi vida.

¡Oh, una cabeza de mujer en su hombro! ¡Y nada menos que la cabeza de Cristina!

¡Ay, si pudiera arrancarle el corazón a ese hombre!

Por fin se levantaron, tomados de la mano. Sin soltarse, subieron la escalera. Y ella lo introdujo en el taller y cerró la puerta.

Yo bajé como loco. Y lloré. ¡Lloré, sí, de dolor e impotencia! Esos idiotas de poetas dicen que han llorado lágrimas de sangre. ¿Qué saben ellos?

De pronto, golpearon en los cristales de mi taller. Era ella. ¡Ella, ella! Era ella, que jamás me había dirigido la palabra. Era ella, que siempre había pasado junto a mí como si yo no existiese.

Abrí la puerta, agarrándome al marco para no caer. Ella me vió titubeante, trastornado, con los ojos inyectados de sangre. Soy horrible, pero en aquel momento debía estar repugnante.

Ella tuvo la infinita piedad de no darse cuenta de nada. Con ese aire de serena nobleza que tan pronto me encanta como me aplasta o me horripila, dijo:

—Como usted es un artista, vengo a confiarle lo más preciado que poseo en mi biblioteca: estos cinco ejemplares de Verlaine, para que los arregle a su gusto, que es perfecto. Lo que le pido es que haga el favor de mostrarme uno de estos días las pieles, con el fin de elegir un color diferente para cada tomo.

Y como yo me lanzara torpemente hacia las pequeñas existencias de pieles que me quedaban, levantó su bella mano pálida y exclamó:

—No, hoy no... ¡Perdóneme, que tengo cierta prisa!

Y fuése con su celestial mirada y su angélica frente.

Yo no había pronunciado una palabra. Estaba como aniquilado. En mí habíase roto todo equilibrio. Ella, en cambio, sí que lo tenía. Y lo necesitaba para navegar tranquilamente por tan agitados acontecimientos.

Las dos de la madrugada. — ¡Espantosa!... La comedia, decentemente, no podía durar. Acabo de presenciar el más rápido y sombrío drama. Era poco más de medianoche. Yo estaba arriba, sufriendo toda clase de suplicios, mientras una luz revelaba en el segundo piso del pabellón que Cristina aun no descansaba. De pronto, en la claridad lunar que bañaba el jardín, vi aparecer al viejo Norbert, que comenzó a subir la escalera como un felino, y dando un golpe con un hombro hundió la puerta. Oyóse un agudo grito de Cristina:

—¡Papá!...

Pero Norbert levantaba sobre su cabeza un arma formidable, algo así como un morillo, que se desplomó mientras Cristina suplicaba:

—¡No lo mates, no lo mates!

Un bulto — el hombre — dió un salto, y alargando los brazos llegó hasta el balcón, mientras el arma terrible seguía golpeándole.

¡No se movió más! Cristina, delirante, habíase abalanzado sobre su pecho.

Luego reinó un silencio sepulcral.

El viejo, cruzado de brazos, mostraba una cara de loco.

En aquel momento, Jaime salió de su habitación e intervino también en la escena. Entonces Cristina levantóse y dijo:

—¡Papá lo ha matado!

El anciano pronunció con toda claridad y aplomo:

—*No me obedecía. Y la culpa era tuya. ¡Debí sospecharlo!*

Jaime, el prometido, no dijo una palabra. Tiró del cadáver y lo introdujo en el estudio, donde todos se encerraron y donde todavía se encuentran cuando trazo estas líneas de mi vida.

III

¡Gabriel ha muerto! ¡Ha muerto! ¡El viejo Norbert lo hizo polvo! Para mí, eso es lo único importante. Lo demás ya se explicará después si es muy necesario; mas, para mí, repito, sólo es necesaria la muerte de Gabriel. Ya no está entre Cristina y yo. ¿Habré adelantado mucho con su desaparición? ¡Poco importa! Mi corazón se ha refrescado con la sangre derramada por el viejo.

Ella ya no apoyará su cabeza en el hombro del joven, bello como un semidiós; ya no les veré abrazados. ¿Qué harán del cadáver? He esperado toda la noche, pero la puerta del taller no se abrió.

No pudiendo ya con la fatiga y la emoción, descendí, me tiré en la cama y me dormí con una inmensa alegría. Al despertar, aún tenía en fiesta el alma. ¡Ha muerto Gabriel!

¡Oh, el grito de triunfo en el umbral de la vida nueva!

El corazón que bulle en mi pecho está grave y jubiloso. Pero ¿cómo me atrevo a escribir semejantes palabras ardorosas? ¿Festejo un cobarde asesinato? ¡Bah! Yo también opto por el principio de Schelling: "Los espíritus superiores están por encima de las leyes". Pero ¿soy yo, por ventura, un espíritu superior? Quizá sí y quizá no. Desde luego, *soy un maldito superior.*

Y eso implica derechos que los demás seres no comprenden... ¡Cuánto me ha tentado Dios desde que llegué al mundo!... ¡Cuidado! Basta de divagaciones, basta de sacrilegios... Volvamos a la tierra... He aquí que la mujer que hace la limpieza llama en la puerta de la tienda.

Generalmente, a esta hora — las ocho — el viejo Norbert ya está detrás de sus cortinas, inclinado sobre sus ruedas cuadradas, y la señora Langlois, que es la que ahora llama, no tiene más que empujar la puerta cristalera. Pero hoy aun está cerrada la puerta. La señora Langlois, a la que conozco bien, pues también hace la limpieza de mi casa, está desconcertada. Llama y vuelve a llamar con su puño seco e impaciente. Por fin le abren. Es el viejo. Al entrar ella, Jaime, el carnicero facultativo sale inmediatamente, casi corriendo, a la calle. Temerá llegar tarde a clase. Cuando pasa lo observo bien. Aparte de su ceño fruncido, me parece tan insignificante como siempre.

La puerta del taller está entreabierta. Ya no veo al viejo. ¡Ay, si yo, que estoy enterado, entrara ahí, qué podría ver!... Porque ya se las arreglarán para que la señora Langlois no vea nada... Pero yo... Y de repente, sin pensarlo, recojo mis existencias de pieles, cruzo la calle y entro en la casa del crimen... Atravieso luego el taller y el comedorcito que hay a continuación, y en el cual se halla la señora Langlois realizando su tarea. Escoba en mano, me interpela al pasar; pero yo penetro en el jardín.

Allí tropiezo con el viejo Norbert, estupefacto y anonadado ante el acontecimiento extraordinario de un audaz que se ha atrevido a franquear los cinco metros cuadrados de la tienda y se pasea por el jardín como si fuese por su casa.

—¿Qué desea usted? — acaba por rezongar fijando en mí sus ojos grises con aguzada hostilidad.

—Soy el encuadernador, señor.

—Creí que mi hija ya se había entendido con usted.

Y entre dientes añadió unas cuantas palabras, por las cuales creí comprender que Cristina había dado a la visita que había hecho una importancia *que le había servido de pretexto para no acompañar al relojero y a su sobrino en el paseo del domingo.*

Entonces, detrás de nosotros, sonó la voz de Cristina, diciendo:

—Deja subir al señor, papá...

No me lo hice repetir. Y sin aguardar el permiso del viejo, a quien dejé boquiabierto, subí apresuradamente la escalera que llevaba al taller, a cuyo balcón estaba asomada Cristina.

Hallábase tan tranquila como la víspera en mi casa. Nada en su fisonomía ni en su exterior ofrecía el menor reflejo del terrible drama de la noche pasada.

¿Cuáles eran mis pensamientos en aquellos instantes? ¿Acaso me daba cuenta de ellos? Iba a entrar en la habitación, donde, según me constaba, no penetraban más que Cristina, su padre y su prometido, aparte de la víctima. Iba a entrar, además, varias horas después del asesinato. Y, para colmo, era la propia Cristina quien, del modo más natural del mundo, me abría la puerta.

Mis ojos fijáronse inmediatamente en los balaustres del balcón, en el suelo del estudio, en la mesa, en el armario, como si fatalmente tuviera que encontrar las huellas sangrientas del crimen. ¡Qué puerilidad! Desde el momento que me recibía allí es porque ya se había hecho *lo preciso.* ¿Lo preciso? Ni tan siquiera parecía barrido el suelo... En aquella larga habitación, donde la luz penetraba a raudales, nada, absolutamente nada, hubiera podido llamar la atención de la mirada más recelosa, como por ejemplo la

mía, *que había visto asesinar a Gabriel.*

Es más: por especiales confidencias de la señora Langlois, yo sabía que el viejo, la chica y el novio encerrábanse allí horas y horas después de haber corrido las cortinas, para una misteriosa ocupación que, como ya he insinuado, comenzaba a preocupar a algunas pobres cabezas del barrio. Y luego de echar un vistazo a aquella habitación vulgarísima, cabía preguntarse si, en verdad, la señora Langlois no había soñado.

En un rincón, un gran diván, cortinajes, unas cuantas telas, estudios, modelos de la antigüedad colgados de la pared, dos pedestales con arcilla confusa envuelta en telas blancas, una biblioteca acristalada, en la que no había libros, sino unas cuantas estatuillas policromas que me recordaron que dos años antes la señorita Cristina Norbert había expuesto en el Salón de los Independientes un pequeño Antinoo de belleza singular, aunque había dado que hablar principalmente por la materia nueva de que estaba hecho, y a la cual se buscaba un nombre, cuando la artista, una buena mañana, retiró su Antinoo sin dar explicaciones.

En el fondo de la habitación, un cortinaje levantado a medias revelaba un cuartito que seguramente era la alcoba de Cristina.

Mis ojos, que no podían detenerse en nada, volvieron al armario.

Pero Cristina me recordó tranquilamente el objeto de mi visita, rogándome que me sentara en el sillón donde la antepenúltima noche yo había visto que se sentaba el bello Gabriel.

Si ella estaba tranquila, yo, en cambio, no lo estaba. Mi cerebro ardía y temblaban mis manos.

Sentóse frente a mí. Yo no me atreví a mirarla. A pesar de que la noche pasada le habían asesinado al amante, interesábase por la finura y el color de las pieles que yo le mostraba.

Luego me dijo que me facilitaría unos cuantos dibujos, con arreglo a los cuales yo tendría que hacer una encuadernación estilo mosaico.

—¿Es, pues, un trabajo de lujo? — pregunté.

—Sí — me contestó —. Y debo confesarle que esos libros no son míos ni son para mí. Traiciono un secreto; pero estoy segura de que usted no me delatará. Pertenecen al señor marqués de Coulteray, dueño de nuestra casa, a quien vi hace poco, y que anda en busca de un encuadernador artístico que se dedique a su biblioteca, en condiciones muy excepcionales, sí, pero tal vez no muy molestas para usted, que es vecino. Yo le hablé de usted y se ha servido de mí para ponerle a prueba. Perdóneme.

Como un niño tímido y confuso le di las gracias. Poco me interesaban los libros. Mucho la idea de que había pensado en mí, de que yo existía para ella, de que ella había intervenido para hacerme un favor. Estaba como embriagado. Poco antes me había acercado a la hermosa mujer y me preguntaba con horror qué impasible metrónomo palpitaba bajo su corpiño. Y ahora hubiera besado el ruedo de su falda como a la diosa de la Piedad.

Sí, sí. Era adorable porque se inclinaba sobre mi abominación, porque sonreía a mi asquerosidad. Pues aquel ángel sonreía...

Y el caso era que en aquel mismo lugar la noche anterior le habían asesinado al amante.

Al resurgir de súbito este pensamiento, me tambaleo. Mi estúpida mirada da una vuelta más a la maldita habitación, que nada me revela de su secreto, y luego detiénese nuevamente en el armario: en el armario de donde salió y donde quizá lo han vuelto a meter mientras le hacen otra tumba... Porque quizá esté aún ahí el muerto magnífico...

¿Quizá? ¡No! Estoy seguro de ello.

Una fuerza de la que no soy dueño impulsa mis pasos hacia el mueble fatal.

—¿Adónde va, señor?...

Esta vez me parece que su voz es menos segura y que el gesto con que me detiene fué un poco precipitado.

Ahora me corresponde el turno de tener lástima. Y recobrándome digo:

—Es un viejo armario normando, ¿verdad?

—Es un viejo arcón completamente auténtico del Renacimiento provenzal... No me queda otro mueble de mi madre. Ella lo heredó de su abuela... En él guardo ropa blanca y fuerte como ya no se fabrica ahora.

Me inclino para despedirme. Me tiende la mano. Comprendiendo que si la toco con mis labios voy a hacer locuras, echo a correr... En fin de cuentas, Gabriel ha muerto. ¡Ha muerto! Y eso es lo principal... El viejo Norbert estaba en su perfecto derecho, en el derecho romano, que es el único derecho en la casa de uno... Cierto es que si bien mató al hombre de la capa, no ha tocado un pelo de su hija... Pero ¡hizo bien!... Una criatura semejante es sagrada, haga lo que haga. ¡Buen *pater familias!* En el taller le estrecho la mano antes de correr a encerrarme en el mío. ¡Qué terrible es todo esto!...

IV

—Como le digo, señor Benito... Ahí pasan cosas extrañas. Cuando esta mañana lo vi a usted atravesar el comedor, estuve a punto de salirle al paso para que no siguiera, porque temía alguna desgracia. Un día que entré en el jardín sin que me dieran permiso creí que me comían. Son peores que salvajes, ¡peores que salvajes!

"No quieren a nadie a su alrededor, absolutamente a nadie. Yo hasta me asombro de que me hayan llamado para hacer los quehaceres, si bien es cierto que hay cosas que la señorita no puede hacer. Fregar la vajilla, por ejemplo, le repugna a esa muñeca con manos de gran señora que no tiene un cobre. ¡Porque no tiene un centavo! Y está tan orgullosa como si no lo hubiera ido vendiendo todo. Estos ojos míos que la tierra se ha de comer, vieron cómo se marchaba la vajilla de plata, compuesta de piezas que parecían antiguas y que seguramente eran recuerdos de familia. También salieron cuadros, muebles... Hace tres años que la casa se va vaciando. ¿Cómo? ¿Por qué?

"Dicen que el viejo Norbert busca el movimiento continuo. ¿Qué es eso del movimiento continuo? ¡Yo sí que he encontrado el movimiento continuo! ¿Acaso no estoy siempre de arriba para abajo? Los pobres jamás tenemos un minuto de descanso.

"Pero si es que el señor Norbert está chiflado, los otros debieran tener el sentido común que a él le falta. Pero ¡no! El médico parece tan chiflado en su laboratorio del fondo del jardín como el viejo y la señorita en el taller. Precisamente hace poco se lo decía a la señorita Barescat: cuando llego por la mañana y sale de allí para dirigirse al aula ¡tiene una cara!... ¿En qué pasará la noche?

"En cuanto a la señorita, siempre parece que estuviese paseando por el mismísimo paraíso. Pasa junto a una como si una fuera un insignificante animalillo.

"Sin embargo, hace un par de días le vi los ojos colorados y llorosos.

"¡Ay, señor Benito! Esa casa me da miedo. A menudo siento tentaciones de no volver... A no ser por la señorita Barescat, que es tan curiosa como yo, hace mucho tiempo que los hubiera dejado."

Estas palabras fueron pronunciadas en la trastienda de la señorita Barescat, la paquetera. Yo fuí allí con una excusa cualquiera, para ver a la señora Langlois. La conversación de estas dos mujeres me parece terrible *para los demás...*

La señorita Barescat escucha a la señora Langlois moviendo la cabeza y acariciando sin cesar a su gato... Por nada del mundo accedería la señorita Barescat a separarse de su gato. Sólo podrá desunirles la muerte; pero la ausencia no los separará jamás. Juntos reciben todas las confidencias, acompañan a las personas hasta la puerta y, cuando se quedan solos, traman pequeños complots que pueden llevar a las personas más tranquilas a la locura o al suicidio.

De todos modos, procuro tranquilizarme; lo que en la casa de la paquetera se dice no va más allá de lo que suele ir la chismorrería. Finalmente, hago una declaración destinada a tranquilizar en mi espíritu las inquietudes de la señora Langlois.

—La imaginación es una gran cosa, señora, porque adorna las inteligencias más rústicas y da, concretándome a la conversación de usted, un carácter que me gusta, porque siempre fuí aficionado a los cuentos un poco temerosos. En ese aspecto continúo siendo muy niño. Así que no me cansaré de oírle hablar del viejo Norbert, de su sobrino y de su hija, como también de la extraña vida que llevan. Además, tampoco he de negarle que a sus cuentos se debe en gran parte que yo haya penetrado tan bruscamente en el jardín prohibido y que haya subido con tanta prisa la escalera que lleva al misterioso estudio. Pero, la verdad, señora Langlois, me obliga a decirle que en casa de los Norbert no encontré nada que pueda justificar los escrúpulos con que mira usted a esas personas. El estudio es vulgarísimo; por lo menos vi veinte como él.

—Entonces — objetó ella dirigiendo una mirada maliciosa a la señorita Barescat —, ¿por qué se rodean de tanto misterio que ni siquiera quieren que yo vaya a pasar la escoba?

—Los artistas tienen manías — repuse.

—¡Ya, ya! Y entre ellas tienen la de que les agrade el polvo... La cosa es tanto más extraña cuanto que la bella Cristina es más limpia que los chorros del oro... Tengo la seguridad de que no es ella la que barre... Antes de usted sólo vi entrar en el estudio a un hombre, descontando, desde luego, al viejo Norbert y a su sobrino. De ello *hace dos meses...* Ya se lo dije a la paquetera... ¡Qué tipo!... *Llevaba una capa que lo envolvía de pies a cabeza y calzaba botas...*

—¿Ve usted, señora Langlois, cómo reciben a gente de fuera de casa? — dije, procurando darle a mi voz el tono más natural, aun cuando me hallase singularmente emocionado por la última declaración de la asistenta.

—¿De fuera?... Quizá sí... Lo parecía... No viste como por aquí... Llevaba un sombrero negro como los que se ven en las películas del tiempo de la Revolución... Se le podía tomar por cómico... Y era bello, aunque, a la verdad,

no tuve tiempo de verlo bien... Era una tarde en que me presenté por casualidad. Y como no me esperaban le hicieron salir en seguida... Estaba sentado en el jardín... La señorita Cristina se lo llevó al instante al taller... El sobrino los siguió... En cuanto al viejo, me había agarrado de la muñeca y me llevaba a la tienda. Nunca me olvidaré del tono con que me dijo: "¿Qué quiere usted, señora Langlois?" ¡Ay, qué miradas me lanzó!

"Yo le respondí:

"—¡Perdone que lo haya molestado, señor Norbert!... No sabía que tuviera visita.

"Gruñó no sé qué entre dientes, le dije lo que tenía que decirle y me fuí... ¿Lo recuerda, señorita Barescat?"

¡Claro está que lo recordaba! También el gato parecía recordarlo. Ambos ronronearon en señal de asentimiento, mientras la mujer acariciaba al felino.

—Esperamos que saliera... ¡Pero no salió! —añadió la señora Langlois—. Y nunca volví a ver a ese hombre.

—En cuanto a mí, ni tan siquiera le vi entrar —manifestó la paquetera echándose las gafas a la frente y mirándome con sus ojos color de polvo.

Entonces dije:

—¡Ya sé, ya, de quién quieren hablar!... Es un amigo de la familia... Yo lo vi entrar algunas veces, y recuerdo perfectamente que le vi salir hace unos dos meses, hacia las diez de la noche...

¡Oh, miento, miento!... ¡Me hago cómplice de ellos!... Quiero salvarla aunque ella, aunque ellos haya hecho cualquier barrabasada!...

El fin de la jornada lo paso bastante mal... Procuro concentrar mi pensamiento en el drama de que he sido testigo, procuro iluminarlo con algunos resplandores de las conversaciones oídas en la paquetería...

¿Conque hace dos meses ya Gabriel estaba en casa del relojero?... ¡Y yo no sabía nada!... ¡Y a su alrededor estaba toda la familia!... ¿Conque Cristina no le recibía a escondidas?... No, no... A pesar de eso, lo tenía oculto en el armario... ¡Eso es evidente!...

Los demás creían que se había marchado, ¡y estaba en el armario!...

Todo eso es muy extraño, porque... ¡no llevaría dos meses en el mueble cuando lo asesinaron!...

¿Cómo ha escapado a la atención *sostenida*, al constante espionaje de la paquetera, de la asistenta y el mío, siempre al acecho tras las cortinas?

Cuando recuerdo la escena atroz, me veo obligado a reconocer que los dos hombres no parecieron demasiado sorprendidos del hecho...

Las palabras del padre, que desde entonces resuenan en mi oído con un tono singular, al que inútilmente me esfuerzo en dar un sentido, prueban cuando menos que no se sorprendió mucho al encontrar a su hija en compañía del misterioso visitante:

—*¡No me obedecía! Y tenías la culpa tú. ¡Debí sospecharlo!*

Pero el hecho es que el viejo lo mató... ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Porque lo había encontrado con su hija?... ¿Porque no le obedecía?... Quizá por ambas cosas... Pero ¿en qué no le obedecería?... ¿Qué exigiría el viejo al desgraciado joven a quien vi asesinar con una furia tan súbita?...

En cuanto al prometido, también debía de saber de qué se trataba, porque conservó una perfecta sangre fría.

El viejo Norbert, después de haber matado, parecía un loco. Cristina suspiraba como si fuera a morirse. Pero Jaime Cotentin había recogido el cadáver sin esfuerzo aparente y se lo había llevado al taller sin pronunciar una palabra.

¿Qué harán ahora con el cadáver... Aun no lo enterraron en el jardín... Quizá lo dejen para esta noche. La pasaré en la buhardilla... ¡Presiento que esta noche veré algo!... Los dos hombres parecen muy preocupados. Adivino lo que les preocupa... "La roja gota de sangre pesa más que el mar enfurecido..." Lady Macbeth lo ha experimentado antes que mis vecinos de la Ile-Saint-Louis...

Aquella noche... Aquella noche gravitará mucho en mi memoria. ¡Noche pesada, con sus nubes de hollín, su agua de plomo, porque llovió un poco, llovió lágrimas ardientes y sus fulgores son de azufre!

Aquella noche la "Virgen" también se levantó y se me apareció nuevamente con su armonioso dolor.

Hablo de Cristina. ¿Por qué no continuar llamándola la "Virgen"? Porque mis ojos vieron. ¿Y qué han visto? ¿Acaso sé lo que mis ojos vieron? ¿Acaso lo saben ellos? En fin de cuentas, se puede tener escondido a un hombre en un armario y permanecer pura... ¡Me gusta esta consideración!... Me place que el horrible drama —del cual lo desconozco todo— no haya rebajado a mi divinidad...

¡Atención, atención!... También yo tengo mi drama, del cual lo ignoro todo asimismo... Es un drama que me oprime con sus

invisibles tentáculos, que poco a poco acabarán absorbiéndome el pensamiento; un drama, al fin del cual, *si el azar lo quiere, quizá se halle el patíbulo*... Y, sin embargo, ¡yo también soy puro!...

¡No juzguemos a nadie, Señor!... Temamos las formas que las cosas toman al rozarnos y no digamos en voz alta, con el triste orgullo del ser que no tiene los sentidos cabales, "esto es" o "esto no es"... ¡Desconfiemos, desconfiemos!... El universo es como una inmensa celada a nuestro alrededor... Antes que yo, otros han pronunciado la palabra "farsa"...

Yo no llegaré a esa palabra mientras crea en Cristina.

La noche es tan pesada y tan densa la oscuridad en torno de la isla, que ésta parece más separada que nunca de la ciudad.

Parece una campana que quisiese ahogarme... Apenas puedo respirar...

De pronto oí la voz que llenaba todo el silencio aplastante que me envolvía.

Es la primera vez que oigo su voz a esta distancia. Y a lo mejor solamente me figuro haberla oído... ¡No, no! Quien pronunció estas palabras fué ella... Yo no hubiera podido inventarlas... Quiero decir que no tenía ninguna razón para inventarlas... Eran palabras muy sencillas. Decía:

—¡Adiós, Gabriel!

No se movía. Estaba en el balcón. Su voz resonaba solemnemente en el aire pesado y en la noche sulfúrea... Y ante ella pasó el cortejo, formado por el viejo Norbert y su sobrino, que llevaban el cadáver enrollado con una manta...

El armario quedaba abierto... Por lo tanto, yo había adivinado... Cuando subí al taller, ¡aun estaba allí el cadáver!

¿Es sobrehumana Cristina?... ¡No, no eres una muñeca sin corazón, oh celestial criatura!...

Ahora que ya oí tu voz de oro en esta agobiadora noche de silencio, tu voz, que decía "adiós" a los sangrientos despojos de uno de los más bellos hijos de los hombres, comprendí tu impasibilidad de estatua... ¿Acaso estarás resuelta a reunirte con él en el fondo de ese elemento incógnito donde hay promesa de unión de las almas, pero donde quizá también reina el gran Pan de antaño, revestido con su piel de leopardo, de pagana Cristina?...

Desaparece, pues, y también yo desapareceré de esta tierra en cuyo seno tengo tanta ansia de depositar mi abominable carroña.

Desearía ser el cadáver que lloras... y que bajan al jardín...

No quisiste ver más, te has incorporado en la noche amarilla y desapareciste mientras se hundían en el pozo de sombras...

Pero en el fondo de las sombras no se mueve nada... Si abriesen una fosa, yo vería sus gestos negros...

La planta baja del pabellón siempre fué algo oscuro y mal definido para mí. Tres puertas angostas y con arco de medio punto dando al jardín y no abriéndose jamás, completamente forradas de metal. Dos ventanas, una a cada lado, ocultas por persianas. Durante mi acecho, dos o tres veces hubo una especie de resplandor interno, atravesando todo aquello, como una chispa eléctrica filtrada por los intersticios de tabiques mal unidos... Pero luego todo volvía a la plena oscuridad...

Allí trabaja el prometido cuando no está encerrado arriba con Cristina y el viejo Norbert... Seguramente se dedicará a experimentos de radiografía... También sé (chismorrerías de la señora Langlois) que a la derecha de esa planta baja hay un gran hornillo con toda clase de instrumentos, retortas, probetas y globos de cristal, como los que el cinematógrafo presentaba en los laboratorios de los antiguos hechiceros y brujos.

Y esta noche, el resplandor viene a través de las persianas de la parte derecha... Pero no es un chispazo eléctrico, sino un resplandor de llama ardiente que parece lamer por dentro las paredes y que después se apaga súbito..., para renacer de pronto y extinguirse otra vez... Combustión extraña, desordenada, activada seguramente por el caño de algún líquido inflamable.

Y luego, de repente, sobre el techo, en la noche lívida y plomiza, hierve un torbellino sombrío, espeso, fúnebre, que vacila ante la dirección a seguir y, finalmente, extiéndese sobre la isla, derrama sus escorias en los solitarios muelles, los envuelve con un velo de siniestro luto al mismo tiempo que con una inquietante atmósfera en que persiste un hedor insoportable.

¡Oh, qué imprudentes!...

V

Miércoles. — ¡Cristina no murió de desesperación! Está en mi taller y bien viva, por cierto. ¡Doy fe de ello! *Realmente, fué una gentileza suya esto de venir a tranquilizarme*... Porque esta vez, si ha traspuesto el umbral, fué por mí y como adivinando que sólo podía calmar mi angustia su presencia, como adivinando que yo sabía...

Ha venido, sí; pero ¿adónde quiere llegar, adónde?

Está llena de encantos y luce con suma gracia un precioso vestido primaveral, que seguramente confeccionó ella misma con sus dedos de artista *que no preveían el luto*...

¡Oh, lo que una joven bella puede hacer con linón blanco y azul y unos bordados!...

Claro está que el vestido no se hizo por mí, pero no me cabe duda de que se lo puso por mí.

Si es que su cuerpo está verdaderamente enlutado, ¡muy terrible ha de resultarle su vestido de claridad!... ¿Qué designio abrigará Cristina para ser coqueta con el monstruo?

Procuro no perder de vista semejante pregunta, para pisar tierra firme en la nueva revuelta de la inexplicable aventura. Pero pronto abandono la pregunta, prescindo de todo y me siento dar vueltas en el fondo del abismo, horriblemente feliz al verme hundido por ella, bajo su mirada que me sonríe, que me necesita... Porque si no me necesitara, no se hallaría aquí a mi lado, con toda su coquetería... ¡Me necesita *para su crimen!*...

¡Que haga de mí cuanto le plazca!... ¡Estoy presto a cargar con todas las responsabilidades!...

No puedo concebir que ningún peligro amenace a esta muchacha admirable, cuyas manos sutiles revolotean entre las páginas de Verlaine.

Durante más de dos años vi pasar frente a mi taller a esta duquesa despreciativa. Y para que su gracia zalamera venga a sentarse ante mí, ante mi mostrador, algo fabuloso tuvo que haberse producido.

¡Bendito sea el crimen!... y el horrible hedor que esta noche me desasosegaba bajo el techo, el maldito hedor del holocausto que había de perseguirme toda la vida!... Ya no lo noto, porque el perfume de ella se adentró en mi cuerpo...

¡Oh, el olor de su carne viva y desnuda bajo los linones con bordados!

¡La vida es más fuerte que la muerte!

¡Habla, mujer!

Espera un poco. Primero voy a enviar a un mandado al aprendiz, que anda atisbando por el fondo del taller... Y luego voy a cerrar la puerta para que la calle no entre en mi casa. ¿Comprendes?... Esto será tema de conversación en las veladas de la isla... La nariz de la señorita Barescat ha avanzado entre los inquietantes vidrios de sus gafas y bajo el arco de triunfo de su planchado gorro; la cara de pan de la señora Langlois refleja una puesta de sol en el horizonte limitado por la salchichería... Tras los cristales, las cortinillas tiemblan bajo dedos ágiles...

—Me acerco a usted como a un amigo...

Intento sonreír.

—¿Como a un amigo? Pero ¡si no me conoce!...

—Sí, señor, lo conozco... Por de pronto, usted es mi vecino desde hace años. Y como soy curiosa, quise saber quién es mi vecino...

—Un pobre encuadernador, señorita...

—¡Un gran poeta, caballero!

He quedado inmóvil. Mi silencio no la turbó lo más mínimo. Apoyó su codo ebúrneo (porque las mangas de la blusa de linón son muy cortas) en los volúmenes amontonados ante ella, colocó suavemente su adorable cabeza en los pétalos de su mano no deshonrada por ninguna alhaja, y mirándome — *¡mirándome!* — recitó:

—"*Dedicado a la que pasa.* — Cuando pasas cerca de mí, no muevas, por amor de Dios, las cejas; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil; si quisieras, los visajes de tus ojos beberían la sangre de mucha gente. ¡Oh, dulce amada! En nombre de tu juventud, ¡no me hagas llorar!... Soy un huérfano, soy un niño... ¡Nada podría retenerme!... ¡No me atraigas a tu fuego!... Tu amor me ha vuelto semejante a las nubes desgarradas por la tempestad."

—¡Basta! — interrumpí con una agitación rayana en la locura. — ¡Basta! Esos versos son muy malos. Olvida usted que, si bien la encuadernación que los adornaba en la última exposición obtuvo el primer premio, ellos no tuvieron ningún éxito... Y así había de ser, ya que, en fin de cuentas, no los firmaba ningún nombre conocido...

—No llevaban firma alguna — dijo ella sin conmoverse por el estado en que me veía —; pero pensé que serían suyos...

Palidecí atrozmente, sin atreverme a mirarla. A la embriaguez de momentos antes sucedía una rabia que me ahogaba... Aquella mujer, sin duda alguna, estaba burlándose de mí. Y ¡con qué tranquila audacia! Por fin pude hablar, y le dije:

—¡Qué cruel es usted!... A decir verdad, yo siempre pensé que usted era demasiado hermosa para no ser la crueldad personificada, quizá sin figurárselo, lo cual es su única excusa...

—Prosiga — repuso ella lentamente —. Yo no vine aquí en busca de cumplimientos.

—*¿En busca de qué ha venido?*...

Luego de pronunciar tales palabras, hubiera querido comerlas. Pero yo estaba fuera de mí. Y como sucede a todos los tí-

midos cuando dan un inesperado escape a su atrevimiento, perdí toda noción de la medida. Sin esperar su respuesta, la abrumé con estúpidos reproches, como si me hubiera dado algún derecho sobre ella mediante su anterior conducta para conmigo...

Yo, sí, había hecho versos, pero para mí solo. Y nadie, ni ella, podía venir a burlarse de mi soledad y de mi desgracia...

—Asegura usted conocerme —añadí—, y antes de entrar aquí no encontró nada mejor que tomar por cómplice mi vanidad de autor, ¿eh? Si usted sopechara el desprecio que siento por mí y por los demás, *por todos los demás*, se hubiera abstenido de aprender de memoria un mal secreto olvidado hacía tiempo por mí.

No repuso nada; pero cuando yo terminé continuó diciendo tranquilamente versos míos, y hasta prosa, lo cual es bastante raro... ¿Dónde, en qué cajón del mueble había podido encontrar los miserables opúsculos?... Conocía toda mi obra, mi pobre obra desgarradora, blasfematoria, enternecedora e indignante... y la conocía igual que yo, mejor que yo, pues su modo de decir demostraba que a veces añadía un sentido superior a un texto cuyo valor yo no había percibido en su totalidad...

Decididamente, la inteligencia de Cristina es prodigiosa. Lo digo sencillamente, sinceramente, porque soy muy difícil de comprender y es ella casi la única persona que me ha comprendido. De todas maneras, esa revelación me anonada. Desde un tiempo que yo no podía calcular, esa mujer que pasaba cerca de mí sin mirarme jamás, ¡vivía con mis pensamientos!...

¿Por qué esperó tanto para revelármelo? ¿Por qué? ¿Por qué hoy y no ayer?...

Seguramente lee en mí como en un libro, porque al instante responde:

—Hace poco, caballero, me preguntó qué venía a buscar. Pues bien: ¡vine para pedirle un gran favor!... Mi padre, mi primo y yo atravesamos en este momento una crisis atroz... (¡Hola, hola! —pensaba yo—. ¡Ya está en claro todo! Ella sabe que yo sé, que yo he visto. Siente la necesidad de explicarse, cede a la necesidad de entrar en negociaciones con el vecino de enfrente. ¿Qué mentira voy a oír?...) Una crisis atroz —repitió ella. Bajó la cabeza y sus ojos apartáronse de mí, y la sala se llenó de una sombra opaca—. Estamos arruinados... Hace tiempo que hemos comido todo lo heredado de mi madre... Y lo que ganamos es una insignificancia... Veo en esa estantería los *Estudios filosóficos*, de Balzac. ¿Leyó usted *La investigación de lo absoluto*? Claro está que la habrá leído. No sé si usted opinará como yo; pero estimo que esa novela y *Luis Lambert* son las obras más bellas, más nobles y también más dramáticas de Balzac. ¿Qué cosa más angustiosa, en verdad, que la suerte de aquella familia burguesa y próspera, arruinada poco a poco por una idea genial? Nada resiste a la sublime locura del inventor, y los hijos se ven obligados a sufrir el desastre del viejo Claës como... ¡Ya me entiende usted, caballero! Ahora bien: con respecto al relojero de la Ile-Saint-Louis hay una pequeña diferencia... Los hijos del héroe de Balzac no creen en su genio; su esposa tampoco (lo cual hace más emocionante su abnegación); en cambio, los hijos de Norbert, o sea su sobrino y yo, tienen la más absoluta fe en él, y de ser necesario no hubieran vacilado en obligar a su padre a seguir el camino emprendido en el caso de que hubiese vacilado...

—¡Caramba! —exclamé—. ¿Y todo eso por el movimiento continuo?

—Por el movimiento continuo o por otra cosa, señor.

—No me tenga por indiscreto, señorita. Ya sabía que al hablarle del movimiento continuo no le manifestaba ninguna novedad, puesto que son los rumores que corren por las trastiendas del barrio.

Cristina alzó la cabeza, sonrió y todo quedó nuevamente iluminado *a giorno*.

—Hablemos seriamente, por favor... Le voy a decir de qué vivimos... Ya le demostré que lo conocía a usted mejor de lo que se figuraba... Ahora voy a demostrarle que lo considero como a un amigo... (Su cara se puso extraordinariamente seria.) ¡Sí! Voy a hablarle como a un amigo, *como a un hermano*... (¡Ah! Ya está aquí lo que yo esperaba... ¡Como a un hermano!... Estas mujeres siempre me hablan como a un hermano...)

"Estamos —prosiguió— a merced del propietario de nuestra casa, el marqués de Coulteray... Le debemos muchos meses... Si se le ocurre puede arrojarnos mañana mismo a la calle. Y no lo hace por mí... *El marqués de Coulteray me festeja*... (¡Cómo! ¡Otro! ¿Y ha venido para decirme eso?... Me parece que la Virgen de la Ile-Saint-Louis tiene bastante que hacer con su prometido, el cadáver de su Gabriel, su marqués y *su hermano* el encuadernador artístico. ¡Oh, Cristina, enigma cada vez más indescifrable!) Me festeja de una manera muy discreta..., al menos hasta ahora... Mi presencia en su casa le agrada, y hasta asegura que le es necesaria... Todos los días paso algunas horas en su palacio con excusa de trabajillos a realizar, como por ejemplo, aplicaciones para viejos facistoles, cierres para antifonarios... Su biblioteca es única, no tiene par... Ya lo verá usted.

—Ya lo veré —dije por decir algo, con aire desconcertado.

—Al menos así lo espero, porque en caso contrario no habría razón para que yo viniera a hacerle tales confidencias.

—Está bien, está bien... Prosiga...

—Al final de la biblioteca hay un cuartito de unos cuantos metros cuadrados, que el marqués convirtió en taller para mí, y que también le servirá a usted si... acepta la proposición que el otro día le hice... Tengo confianza en usted, Benito Masson, y se lo he dicho todo... (¡Oh, cómo mienten las mujeres!) ¡Ayúdeme! Si rompo con el marqués, no solamente perderé el pequeño sueldo de que vivimos, sino que seguramente no vacilará en arrojarnos a la calle... Y *sería una verdadera catástrofe que abandonáramos nuestro domicilio de la Ile-Saint-Louis*.

Silencio. Ya habíamos llegado a lo más interesante. Siempre es peligroso abandonar un sitio donde recientemente se ha cometido un asesinato. Un cadáver suele dejar huellas, aun cuando lo hayan sometido a la acción del fuego. ¡Cuántos ejemplos de esto trae la sección de sucesos de los diarios!... Porque el caso era que, mientras la joven me hablaba de un asunto no esperado por mí, yo no pensaba más que en el drama que había visto y del que ella parecía no acordarse... Pero, en fin, ¿vamos a entrar ya en lo interesante?... ¡Nada de eso! Me he equivocado otra vez. Gabriel, ni de cerca ni de lejos, será tema de la conversación. Cristina, muy triste, prosiguió:

—Sería una verdadera catástrofe *para nuestros trabajos*... No podemos llevarlos a otra parte, porque nos es imposible material y financieramente... Sería el fin de todo. Sería el fin de tres vidas, *y quizá de más*.

¡Hola, hola! ¿Conque Gabriel no entra en la cuenta? La joven se imagina que yo no sé nada... De todos modos, ella está enterada y no parece preocupada en absoluto. Pero ¿qué cosas imagino? A lo mejor, ella, con su radiante rostro y su vestido claro, no piensa más que en aquello... Sería, en caso contrario, un monstruo... ¿Por qué no?... Con ella voy del cielo al infierno tan rápidamente como una onda hertziana. Somos dos monstruos hechos para comprendernos... Y le digo:

—Si no me equivoco, usted me pide que acepte ser algo así como bibliotecario encuadernador del señor marqués de Coulteray. Y me pide eso porque teme quedarse a solas con él...

—¡Eso, eso es!... ¿Ve usted qué confianza?

—Veo, en efecto, la confianza... ¡Oh, la confianza!... Pero el marqués me considerará en seguida como un enemigo...

—No, porque yo le impuse condiciones. Lo mejor es que usted lo sepa todo... Yo quería irme o hacía como que quería irme para no volver... Me había dicho cosas que me desagradaron... Es un gran señor sumamente cortés, y a veces terriblemente audaz... Llegó a creer que yo no volvería... Y entonces me suplicó... Yo le dije que no me quedaría si no había una tercera persona... Y aceptó... Pero todo esto es muy reciente, ¿eh? De esta misma mañana. Y vine a verle a usted, porque al instante pensé en usted...

—Como en un viejo amigo, como en un hermano, ¿verdad?... Pero —pregunté de repente— ¿la marquesa qué papel representa en todo esto?

—*La marquesa* —respondió Cristina frunciendo el ceño—, *también me rogó que me quede*. (Siempre sucede lo mismo, pensé.)

VI

Cristina hará de mí lo que quiera. Acepto todo cuanto me propone. Soy el último de los cobardes, porque ahora ya sé por qué ha venido a buscarme y por qué me aguantará cerca de ella... ¡Porque soy feo!...

Cuando pensaron en la necesidad de poner a una tercera persona en su intimidad, me eligieron a mí inmediatamente. ¿No soy yo esa "tercera persona" ideal? Piensan que nada tendrán que temer de mí. Pero los monstruos no gustan de que se abuse de ellos.

En fin: veremos. Dejémonos llevar, ya que me es imposible hacer otra cosa.

Henos a los dos en el callejón que conduce al muelle, en el callejón que no suele ser más que una corriente de aire y que esta mañana es azotado por un ventarrón que limpia furiosamente toda la isla de las escorias de la noche. ¡Oh, polvo nocturno, fúnebre hedor! ¡Que se lo lleve el viento, que se lo lleve! En el viento no veo más que las piernas de Cristina enfundadas en medias de seda, dando con taconcitos Luis XV sobre el viejo pavimento del rey. "Bajo tus zapatos de satén, —bajo tus delicados pies de seda —pongo mi gran alegría— mi genio y mi destino."

Esta decrépita mansión que se levanta ante nosotros como una sombra fastuosa del pasado, aun conserva señorío... El palacio Coulteray y el palacio Lauzun son seguramente los más hermosos de la isla. Y el primero, uno de los mejor conservados en su ancianidad, el que fué menos retocado por nuestros modernos arquitectos. Por un portillo de la enorme puerta con grandes clavos y dos hojas, penetra-

mos bajo esas bóvedas. Y hemos encontrado a un noble anciano con una gorra galoneada que parecía aguardarnos. El portillo produjo tras de nosotros un ruido sordo, y entramos en una oscuridad en la que el peso de varios siglos gravitaba terriblemente.

Luego llegamos al patio de honor, que Cristina me hizo atravesar con presteza. Sobre las losas con borde musgoso, ella era la única que no titubeaba...

No me dió tiempo para admirar la curva armoniosa de la escalinata... Ya estamos en el despejado vestíbulo, donde fuimos acogidos por una especie de gato humano, que salió de no sé qué recoveco y cuya cara de bronce bruñido, con dos enormes ojos de jade, estaba ceñida por un turbante de seda inmaculada...

Cristina me dijo:

—Es Sing-Sing, el lacayo indio del marqués, muchacho muy simpático y servicial, pero un poco molesto, porque se entromete en las piernas, se coloca en una cornisa o se balancea del montante de una puerta "para dar bromas de miedo"... Apártelo palmoteando, como a un animalito, como lo que es... ¡Vete, Sing-Sing!...

Sing-Sing se va y en tres saltos llega a una especie de hornacina muy adornada, que tiene algo de garita y de canastilla, y donde, envuelto en mantas, espera órdenes, mientras maquina sus pequeñas farsas terroríficas.

Cristina empuja una puerta y cruzamos muchos salones con artesonados incomparables, con antiguos dorados, con muebles de grandes paramentos, que sólo asoman los taraceados pies... ¡Oh, el pasado intacto y glorioso!... Y he aquí que, de pronto, en el vano de una puerta, surge una estatua del Pendjab, un Hércules indio que nos saluda fríamente abriéndonos con un gesto augusto la puerta de la biblioteca.

—Este —dice Cristina— es Sangor, el primer camarero del marqués, su sirviente de confianza. Sangor tiene algo de divinidad. Siempre parece salir de una conferencia con Buda. Y trae un vaso de agua azucarada como si viniese a ofrendar todos los tesoros de Golconda. Fíjese en él. Se le tomaría por un bruto, cuando en realidad es inteligente. Ciertamente, no se sabe si comprende a uno, pero le adivina. ¡Y es tan fuerte como un toro!

—Pero, ¿aquí sólo hay servidumbre india?

—No. El portero, a quien usted ya vió, es francés. El único. La servidumbre de la marquesa es de Inglaterra. Los servidores del marqués, sí, son indios... Como usted sabrá, se casó en el Indostán...

—Lo sé... Pero esta biblioteca ¡es prodigiosa!... En realidad, usted no había exagerado nada...

—¡Nunca exagero nada!

En aquella biblioteca pálida, muy pálida, de viejas maderas oscuras, de molduras gastadas, de celosías con el dorado perdido y ligeras como los primeros enlaces de una canastilla destinada al tocador de una coqueta, había millares y millares de volúmenes con encuadernaciones centenarias... Imaginé, desde luego, maravillas en todo lo que veía sobre mesas y en facistoles...

—¡Oh, ya verá, ya verá! —me dijo Cristina—. Hay libros valiosísimos y autógrafos muy raros, como no los posee ni el Arsenal. En este cofrecillo flordelisado se guarda el libro de horas de Blanca de Castilla, que legó al santito de su hijo... Lea: "Es el salterio del señor don Luis, que había pertenecido a su madre." Procede de los desperdiciados tesoros de la Santa Capilla. Esta es la biblia de Carlos V, en la que el rey escribió: "Este libro es de mí, el rey de Francia"... Y este misal, cuyas hojas tienen sendas guirnaldas, se debe al incomparable pincel del "maestro de las flores", el gran artista de nombre desconocido... ¡Oh, querido encuadernador, qué manantial de inspiración es esto!... En esta arqueta se conserva la carta de amor de Enrique IV abrazando un "millón de veces" a la marquesa de Verneuil... El marqués quiere reunir los autógrafos, si encuentra un encuadernador digno de reunirlos. ¡No lo olvide, Benito Masson!

Yo estaba anonadado. De mí solamente quedaba el artista... Hasta el enamorado parecía haber huído... De pronto, en aquella habitación lívida, por la que vagaba una luz mezquina, noté que el drama (olvidado por un instante) penetraba con aquella figura de ensueño, envuelta en pieles blancas, que caminaba hacia nosotros... Pero, ¿qué drama?... ¿El que en parte había visto desarrollarse ante mis ojos?... ¿Otro de aquí que aun no conocía?... A lo mejor los dos...

Cuando evoco aquella primera hora singular pasada en el viejo palacio de Coulteray, lo que prevalece en mí es la impresión de que quizá uno de los dos dramas pudiera explicarse algún día por el otro y de que no eran independientes del todo entre sí... El muro levantado antaño para separar la vieja morada, no dividía ya desde que Cristina daba tan fácilmente la vuelta.

¿Qué había de verdad en cuanto me había referido por la mañana? Tal vez iba a saberlo de la propia boca del pálido fantasma que avanzaba hacia nosotros... Era la marquesa. La reconocí, aunque me pareció mucho más exangüe que cuando la vi por primera vez. Su aparición me

sumió al instante en ese indefinible ensueño que nos produce una música dulce y triste traída a nuestros oídos por una brisa lejana, a través de un gran silencio... ¿Qué hálito del más allá levantaba aquella frágil imagen?

Así como Cristina parecía la realización ideal de la vida por su parecido con las más suaves figuras del Renacimiento italiano, el rostro de la marquesa tenía una expresión de sueño con transparencias tan delicadas, que se hubiera temido profanarlas al examinarlas. Yo no me cansaba de mirar a Cristina; pero ante aquella lánguida *lady*, no se podía hacer otra cosa que bajar la vista por temor a rozarla o quizá por compasión..., máxime que aquella forma fugitiva estaba iluminada dulcemente por la triste llama de una mirada llena de dolor e inquietud.

Pude observar en seguida que se me esperaba, porque apenas Cristina me hubo presentado, la marquesa me agradeció con efusión el haber acudido. Por cierto que lo hizo con gran rapidez, como si temiera ser sorprendida. Con voz que recordaba el piar de un pajarillo aterido, me dijo:

—La señorita Norbert nos habló de usted... El marqués necesita un hombre como usted para sus colecciones, que estima muchísimo... ¡Figúrese que la señorita Norbert quería abandonarnos!... ¡Es tan triste esto!... Pero en compañía de un artista como usted, con seguridad tendrá paciencia... También yo amo los libros... Y vendré a verles de vez en cuando... Me aburro... ¡Ay, si usted supiera cómo me aburro!... Perdón... Fuí educada en la India... No hay que dejarme sola, no hay que dejarme sola...

Dicho esto, se marchó apresuradamente. Y desaparecía como si se filtrara a través de las paredes, repitiendo las palabras "No hay que dejarme sola".

No me había mentido Cristina. Si se quedaba en aquella casa, no era tanto por el marqués como por la marquesa, que le inspiraba lástima... Claro está que de tratarse de una intriga con aquel hombre, no me lo diría... Y Cristina murmuró:

—¡Pobre mujer!

Permanecimos callados un momento. Yo, a través de los cristales, miraba el jardín que se extendía detrás del palacio, y que me pareció algo abandonado, lo que, ciertamente, no era para desagradarme. El ya próximo verano reflejábase en las frondas de verdura y en la libre eclosión de las flores. Me volví hacia Cristina para decirle:

—La salud de la marquesa no me parece muy buena.

Apoyando la frente en los cristales, repuso:

—Eso depende de los días. A veces parece a punto de expirar... Luego, con jugo de carne, recobra fuerzas y se muestra normal...

—¿Cómo normal?... ¿Qué quiere usted significar?...

—Nada... *Lo único que creo es que la marquesa tiene demasiada imaginación...* Sí; hay días en que se cree más enferma de lo que en realidad está... Y esto basta para que efectivamente enferme...

Y sin pausa, Cristina agregó:

—¡Ay, señor Masson!... Quería decirle una cosa... ¿Ve aquella pequeña puerta del fondo del jardín?... Da a la calle que hemos seguido para venir aquí... Está a unos cincuenta metros de su casa... Le sería mucho más cómodo venir aquí por esa puerta y penetrar por la puerta de la biblioteca que da al jardín, en vez de dar la vuelta por la entrada principal y tener que aguardar al cancerbero... Le indicaré al marqués que le facilite la llave.

—¿Cree usted que el marqués se la facilitará a un desconocido?

—En primer lugar, usted no es un desconocido... Además, el marqués no me negará la llave, desde el momento en que soy yo quien se la pide para usted. Ahora bien: cuando la tenga, usted me la dará...

—¿A usted?

—¡A mí!... ¿Por qué pone esos ojos de asombro, esos ojos que reflejan los peores pensamientos? Si necesito esa llave, no es para venir aquí a escondidas..., puede usted creerlo. Es para huir, si lo necesito.

¡Apenas podía creer lo que oía!

—¿Acaso el marqués es un hombre tan terrible? — pregunté.

—Ya lo verá.

Nuevo silencio... Lo veré si quiero, porque, en fin de cuentas, aun no se ha convenido conmigo nada. Pero me guardo mucho de expresar esta opinión, juzgándolo vano e inútil debido al poco caso que hago de mi voluntad frente a la de Cristina... Sin embargo, no puedo disimular mi inquietud. Hace algunos minutos la marquesa y Cristina ¡me pasearon por una atmósfera tan insegura! La hija del relojero adivina mi vacilación:

—Aquí no sucede nada más que lo que le dije, y que, en verdad, no tiene nada de excepcional...

—¿Veré ahora al marqués?

—Hoy quizá no... Creía que lo encontraríamos aquí... Pero seguramente estará algo avergonzado de la escena de esta mañana...

—¿Esta mañana?

—Sí; quiso abrazarme... Es lo único grave que ocurrió entre nosotros... Es perdonable...

—¿Cómo?

—Se lo perdono... Pero tomo mis precauciones para el futuro. Nada más.

—¡Ya!... La llave... *y yo*...

Cristina comprende mi asombro y entonces, ¡cosa excepcional!, me toma la mano y la conserva entre las suyas, como si le perteneciera. Era un gesto con el que tomaba definitiva posesión de mi persona. Y me susurra:

—Sea mi amigo... *¡Hace mucho tiempo que lo deseo!*

¡Mucho tiempo!... Sin embargo, cuando durante meses y años pasó cerca de mí, ni tan siquiera pestañeaba, y su mirada había permanecido "helada en el lago inmóvil"... ¡Ten compasión, Cristina!... "No me hagas llorar", como dicen mis pobres versos... Soy huérfano... Soy un niño... No me atraigas a tu fuego... *Nada puede contenerme*... Y quizá no me perdonarás tan fácilmente como perdonaste a tu marqués...

Yo no me atrevía a hablar ni a moverme por miedo a una catástrofe, a una imprudencia, a una torpeza, a una caricia por mi parte, que aun cuando la ofreciese del modo más delicado, no podía ser, procediendo de mí, más que una brutalidad... (En cuanto a eso, juro que sabía a qué atenerme.) De todos modos, mi mano debió quemarla, porque de pronto la soltó como se suelta un hierro candente. Pero encontró una excusa a su gesto demasiado brusco:

—¡La marquesa!

Yo no había oído nada. Pero, en efecto, las pieles blancas habían vuelto. Estaban detrás de nosotros, envolviendo una cara inquieta, sonriente y lejana, como un viejo dibujo al pastel.

—¿Se queda, señor Masson? —preguntó.

¡Sí, sí, me quedo!... Pueden estar tranquilas...

VII

1º de junio. — Vi al marqués; la primera impresión que saqué de él es que se trata de un hombre campechano. Pero antes había visto *sus retratos*. Es una anécdota muy peregrina que conviene contar aquí, porque para mí representó la primera luz proyectada sobre la singular intelectualidad de la marquesa.

Como Cristina no estaba presente, yo me encontré muy cohibido. Era la segunda vez que me presentaba sin hallar a nadie, pues no considero al felino Sing-Sing y al hercúleo Sangor. No me atrevía a tocar nada, y para calmar mi impaciencia trataba de fijar mi atención en cuatro retratos que representan al padre, al abuelo, al bisabuelo y al trisabuelo del actual marqués, o sea toda la serie de los Coulteray hasta Luis XV... Los otros, según parece, se hallan en la galería del primer piso... Pero de momento me bastaban aquéllos...

Estas cuatro imágenes me ofrecían la historia del vestido masculino en Francia durante un período de ciento cincuenta años, con la extraña particularidad de que los diferentes atuendos parecían vestir a la misma persona: de tal modo se parecían los Coulteray.

Casi me atrevo a decir que hasta en el tono y en los modelos se asemejaban. Bajo los encajes y los faldones del traje Luis XV, bajo la corbata a la Garat, el traje y las polainas a la inglesa del año IX, bajo la levita de amplio cuello del tiempo de Carlos X, bajo el traje a la francesa del segundo Imperio, encontrábase al mismo Coulteray subido de color, de nariz fuerte, de boca carnosa, aunque no carente de finura, de ojos preñados de un fuego extraño y turbador, de frente algo estrecha, pero voluntariosa, subrayada por cejas unidas por su nariz y, sobre todo, de un gran aire de audacia algo insolente que parecía pregonar: ¡el mundo es mío!

La visión que yo había recibido del marqués actual, sentado dentro de un coche veloz, había sido muy fugaz para que pudiese decir que continuaba tan de cerca como los demás la semejanza con el trisabuelo. Y expresé en voz alta:

—Falta aquí el retrato de Jorge María Vicente.

Apenas acababa de expresar mi pensamiento, cuando una voz dijo detrás de mí:

—¡Está!

Me di vuelta.

La marquesa estaba allí, siempre tiritando en sus pieles. Yo me incliné.

—¿No lo ve? — me preguntó.

—¿Dónde? — repuse, un poco asombrado por el modo con que me preguntaba aquello. Parecía hablar como soñando, y sus ojos eran inmensos...

—¿Dónde?... ¡Ahí!...

Y con el dedo me señalaba los cuatro retratos.

—¿Cuál? — interrogué cada vez más asombrado.

—*No importa cuál* — me contestó con voz muy suave.

Y como vencida por un gran esfuerzo, dejóse caer en un sofá.

Entonces abrióse la puerta y penetró el marqués.

No sé si vió a su esposa. Creo que no se percató. Estaba colocada de manera que él podía no verla. De todos modos, ella no hizo ningún movimiento. Quedó acurrucada en su rincón, como un blanco animalillo, tímida, sin atreverse a respirar...

En cuanto vi de cerca al marqués, com-

prendí lo que había querido decir la marquesa con su "no importa cuál". En realidad, parecíase a cualquiera de los colgados en la pared.

—¡Ah!... Sin duda será usted el señor Benito Masson... No puede imaginarse cuánto me alegro de verle... La señorita Norbert me habló frecuentemente de usted, y le estoy muy agradecido porque quiere dedicarme parte de su tiempo... Tiempo que aquí será muy bien empleado...

"¡Ah!... ¿Estaba contemplando los Coulteray?... Vale la pena... ¿Verdad que no parecen hombres aburridos?... Realmente, tuvieron mala fama... No me quejo, ¿eh?... ¡Vaya una estirpe!... Eso sí, siempre fieles a su rey... ¿Conoce usted nuestra divisa? Es ésta: *Mas de lo justo.*

"¡Hermosa divisa! Siempre más de lo justo, tanto en el bien como en el mal, tanto en la guerra como en la paz, tanto en el dolor como en el placer... Hablo del tiempo en que había placeres, ¡claro está!... Esos señores conocieron aquellos tiempos... ¡Los envidio!... Hoy sólo tenemos contadas distracciones; ¡ni tan siquiera se puede cazar!...

"¡Oh, Luis Juan María Crisóstomo, primer caballerizo de Su Majestad, qué hombre extraordinario era!... Hemos hecho grandes cosas. No cabe duda... Nos maldicen en todos los manuales de Historia de Francia, redactados por los masones de hoy..., porque en cuanto a los de antaño... ¡todos fuimos más o menos masones!... Recuerdo, y ello sucedió a mi bisabuelo, que era el primer gentilhombre de cámara de Luis XVIII; *recuerdo*, repito, *que aquella noche se rió más y mejor*... Era una noche de iniciación en que mi bisabuelo pasó "de veras" su espada a través del neófito que había dicho palabras muy desagradables para el honor de una dama que tenía el de ser a la vez amante de Su Majestad y de mi bisabuelo. "¡Era una *prueba*!" Como es natural, el pobre neófito murió. Como ve usted, no se portó mal...

Y al pronunciar estas últimas palabras, volvíase hacia mí, de manera que, a decir verdad, yo no sabía de quién hablaba cuando decía "como ve usted". ¿De su bisabuelo? ¿De sí mismo?...

Y reía, reía de todo corazón y con toda su boca de dientes blanquísimos, de agudos colmillos... ¡Oh, era un hombre de buen humor, que tomaría bebidas secas y comidas sangrientas!...

—¿Observó usted cómo nos parecemos todos?... Se conserva la estirpe, se conserva la estirpe... (Creo que aquel día el marqués debió de beber, para hacer honor a su divisa, "más de lo justo".)

De todos modos, era un hombre nada misterioso, y que no suscitaba, como la marquesa, "ideas de fantasmas", dicho sea hablando como las beatas...

Y allí nos dejó, mientras Sing-Sing corría delante de él abriendo puertas, y oíamos sus enormes carcajadas, que parecían lo único vivo en aquel añejo palacio dormido.

Después todo volvió a sumirse en el silencio, todo se borró nuevamente. Y la nubecilla blanca que había detrás de mí, preguntó:

—¿No lo encuentra terrible?

—Nada de eso — respondí sonriendo —. Encuentro que el señor marqués es un hombre vigoroso y pletórico de salud...

—¡Quizá, quizá! — bisbiseó ella —. Justamente eso quería decirle yo: "*¡Es terrible por su vigor y su salud!*"

Cada vez comprendía menos las palabras de aquella mujer. Y el aire de misterio con que me decía todo aquello me pareció totalmente pueril. ¿Qué podía querer darme a entender con aquel "¡quizá, quizá!"?...

Echándose las pieles sobre el hombro desnudo, añadió tiritando:

—¿Notó usted que el marqués, cuando habla de los Coulteray, de éste, de ése, de otro, pronuncia frecuentemente la palabra "yo"?...

—¡Oh, señora!... Seguramente dice "yo" como podría decir "nosotros los Coulteray"...

—¡No es eso! ¡No es eso!... Dice *yo me acuerdo de tal cosa*... Y, por lo tanto, cuenta la anécdota *como si le hubiera ocurrido a él*...

¿Adónde iría a parar?... Siempre tenía muy abiertos los ojos, que reflejaban un pensamiento que sólo ella veía...

—¡Oh, señora!... Cuando el marqués dice "yo me acuerdo", hay que traducir "yo me acuerdo de que me han contado"... No puede ser de otro modo... El señor marqués no puede acordarse de una cosa que ocurrió cuando él no había nacido aún...

—¡Claro! —dijo ella suspirando—. ¡Claro!...

Y se incorporó, agregando:

—Se ha marchado en seguida porque no estaba aquí Cristina... Le ruego, señor Masson, que cuando Cristina esté aquí no la deje sola con ningún pretexto... ¡Hasta la vista, señor Masson!... ¡Ah! Sing-Sing estaba detrás de nosotros, escuchándonos...

Me di vuelta... En efecto, tras la puerta entreabierta brillaban los ojos de jade del monito indio... Y lo despedí palmoteando, según me había recomendado Cristina...

La marquesa, antes de irse, me tendió la

mano con un gesto que revelaba extraordinario cansancio...

—Tengo una gran confianza en usted, señor Masson... Le hablo de cosas cuya importancia no comprenderá hasta más tarde... *Cristina no quiere comprender...* Me satisface mucho que se halle usted aquí...

Y, resbaladiza, desapareció aquella figurita que tiritaba en el hermoso día del tibio mes de junio... Por un entreabierto balcón penetraba en la biblioteca el perfume del jardín, como la vida entra en una tumba privada de su momia... Y precisamente la vida entró con Cristina, resplandeciente de juventud, con las mejillas purpúreas y la boca en flor...

Me dió ambas manos.

—¿Se aburrió mucho sin mí?...

No le contesté. ¿Qué hubiera podido decirle? ¿Que para mí no había vida más que a su lado? Mi tumultuoso corazón me ahogaba.

¿Vió mi turbación?... Sin duda... Pero, de todos modos, no reveló nada...

Sacóse el sombrero en una actitud deliciosa, en aquella actitud especial que ponía en torno a su cabeza la luminosa corona de su rosado brazo...

—¡Vamos a trabajar! —me dijo—. ¿Vió usted a la marquesa?

—¡Sí! Y también al marqués... El marqués no me parece hombre de grandes complicaciones... Pero ¡la marquesa!...

—¡Oh!... *¿Ya ha empezado?*... Cuénteme lo que le dijo...

Le narré con todo detalle la entrevista...

—¡Pobre mujer! —suspiró—. ¿No le ha parecido un poco... un poco... loca?...

—Por lo menos, rara... ¿Qué le pasa que tiene frío?...

—Ya le dije que es una mujer de gran imaginación... Se imagina que tiene frío, ¡y lo tiene de verdad!... ¿Sabe usted cuál es la preocupación que la obsesiona, la preocupación que le hace pasear como una sombra por este palacio de la bella durmiente en el bosque?... Es cosa de no creer... Y yo no la hubiera creído si el mismo marqués no me hubiese abierto los ojos sobre la extraña monomanía de su mujer... Monomanía de la que él fué el primero en sufrir, porque amó mucho a su esposa... Pues bien: la marquesa se figura que todos los marqueses que usted ve en las paredes y el de ahora, o sea Jorge María Vicente, son... *¡el mismo!*...

—¡Ah!... Ahora comprendo...

—Ahora comprenderá seguramente su "no importa cuál", que ya me dijo a mí y que yo repetí al marqués, el cual me lo explicó con una gran tristeza...

—Está loca, entonces.

—Sí... En concepto de ella, el marqués Luis XV que está en esa pared, el famoso Luis Juan María Crisóstomo, ¡no ha muerto!... Y los demás, tampoco... El Jorge María Vicente de hoy es aún y será siempre Luis Juan María Crisóstomo... Y digo que será siempre, porque ella está convencida de que su esposo no puede morir... *a menos que*..., *a menos que*...

—Diga...

—¡Oh! — exclamó Cristina —. ¡Usted quiere saber demasiado!... Sería entrar en un orden de ideas que no tengo derecho aun a tratar con usted... El marqués, a quien vió tan contento y tan encantado de la vida, *no gusta de que conozcan todas sus miserias*... Precisamente, cuando le veo tan eufórico, creo que trata de olvidarlas... Ya le digo que quiso mucho a su esposa... Y estoy segura de que aun la quiere... Es más: ¡creo que sólo a ella ama!...

"A veces intenta reír conmigo de lo que le sucede... Pero no me engaña con su jocosidad... "¡Míreme! —me dice—. Y dígame si parezco un Cagliostro o un conde de Saint-Germain... ¿Verdad que tiene gracia?... Pues eso se le ocurrió a mi esposa... Y no hay manera de disuadirla. Antes de tener tal creencia me miraba con cariño; ahora no puede verme sin espanto. ¡Es tan gracioso esto, Cristina, que no tengo más remedio que abrazarla a usted!..." Así las gasta, señor Masson... Lo que sucede es que yo no quiero que el marqués me abrace...., porque tengo novio...

—¡Ah! Sí, es verdad... Hace tiempo, ¿no?...

—Mucho tiempo.

—¿Y ha de durar mucho tiempo el noviazgo? —me atreví a preguntar.

En vez de responderme, volvió al tema de antes.

—La marquesa — dijo — es una sentimental inglesita, educada en la India, donde las más extravagantes teorías espiritistas causan estragos en los salones de la alta sociedad. Seguramente ha asistido a sesiones de ese fakirismo que trastorna los cerebros inseguros, y la marquesa, créamelo, es un cerebro inseguro.

"Además, lee mucho; se atiborra de novelas del "más allá". Por otra parte, el marqués, pletórico de vitalidad, quizá no comprendió que había que tratar con la mayor delicadeza a esa mujercita colocada entre dos mundos. Total: que en la actualidad la ruptura es completa, o está a punto de serlo. Son muchas las cosas estrambóticas que se cuentan del célebre compañero de orgías del Parc-aux-Cerfs, del famoso Luis Juan María Crisóstomo, que, como todos los señores de su época, practicaba más o menos el ocultismo. La pobre marquesa las ha leído y vió esos cuatro retratos que, en efecto, tanto se parecen entre sí. Nada más. Ahora ya conoce usted a la marquesa. Procure, señor Masson, curarla, si puede, de su idea fija.

—Debo hacerle otra pregunta, señorita Cristina... La marquesa... ¿es celosa?

—No. ¿Por qué?

—Porque al irse me dijo que, cuando usted estuviera aquí, yo no la dejara sola.

—Ya sé por qué se lo dijo. Los celos no tienen nada que ver con ello. Es una cosa sin importancia... Pero, de todos modos, prefiero que, dentro de lo posible, se halle usted aquí cuando yo esté.

En fin de cuentas, Cristina no me explicó la causa o razón de que la marquesa me hiciese tal sugerencia.

VIII

4 de junio. — ¿Cómo había de esperar yo que las cosas ocurrieran así?

Ante todo, conviene decir que "mi aventura" produjo una pequeña revolución en todo el barrio.

La Ile-Saint-Louis se enteró con verdadera emoción de que la señorita Norbert me hacía frecuentes visitas. Y cuando se supo que yo acompañaba a la hija del relojero a casa del marqués de Coulteray y que juntos pasábamos horas enteras en la biblioteca de éste (indiscreción del noble anciano de gorra galoneada que guardaba la puerta principal), se rumoreó largamente en todas las tiendas, desde la calle de Le Regrattier hasta el puente Sully, y desde el muelle de Anjou al de Béthune. Como además se sabía que yo no visitaba la iglesia, al verme entrar un domingo en San Luis de la Isla, siguiendo las huellas de la familia Norbert, dedujeron que yo estaba completamente loco.

Todas las comadres opinaban que la archiduquesa del gran empaque me había "reducido a cero", me había "hechizado". Yo ya no comía, ni dormía, ni hablaba.

Lo cierto era que dos o tres veces —¡acontecimiento grave! — había descuidado la respuesta a insidiosas preguntas de la señora Langlois. Supongo que al mismo tiempo no se descansaría en la trastienda de la señorita Barescat y que se trazarían apropiados planes para salvarme de los maleficios de "la familia del brujo".

¿Cómo le ocurría tal cosa a un hombre tan tranquilo, tan arreglado, tan puntual y siempre tan cortés con su asistidora?

La señora Langlois se había jurado demostrarme que aun existía, y he aquí cómo lo logró.

Ayer, a eso de las once de la mañana, entré en mi casa procedente del palacio de Coulteray, donde no vi a Cristina, lo cual me había puesto de un humor del diablo, porque, además, mi prolongada conversación con el marqués (que también parecía esperar a Cristina) no había podido calmar mi impaciencia... Y hallé a la señora Langlois, que ya había concluído su trabajo hacía rato, pero que, incansablemente, lo volvía a recomenzar.

Al instante vi que la buena mujer tenía algo que decirme. Su manera de cerrar la puerta, el modo de ponerse en jarras y toda la emoción que rebosaba me anunciaban que iba a enterarme de algo nuevo. No me engañé.

—¿Y *su* princesa? —comenzó diciendo—. ¿Verdad que esta mañana no la vió en casa de *su* marqués?...

—Supongo, señora Langlois, que usted se referirá a la señorita Norbert... Perdone, pero ha de saber de una vez por todas que la señorita Norbert hace lo que quiere... Es más: lo que haga o deje de hacer, a mí no me interesa en modo alguno... Y adiós, señora Langlois. Recuerdos a la señorita Barescat...

La pobre mujer se puso primero roja como la grana y luego lívida. Se mordió los labios, cruzóse febrilmente el mantón sobre el pecho plano y se encaminó hacia la puerta. Pero antes de salir, me disparó:

—Sepa usted, señor Benito, que el joven ha vuelto.

No pude menos de preguntarle:

—¿Qué joven?

—El de la capa, botas y sombrero de la Revolución...

Creí que todo giraba a mi alrededor. Y balbuceé:

—El que...

—El que usted nombró un día en casa de la señorita Barescat... ¡Ha vuelto!... *¡El joven Gabriel ha vuelto!...*

La miré con ojos alterados.

La señora Langlois, como yo no podía ocultar mi emoción, gozaba intensamente del efecto que había producido.

—¡Ja, ja!... ¿No me despedía?... Le advierto que a la joven princesa le conviene él... Con esas trazas tan señoriles...

Me daban ganas de estrangular a aquella horrible mujer. Tenía que esforzarme para no echarle las manos al cuello...

Con una suprema violencia sobre mí mismo, llegué a pronunciar con voz casi normal, mientras me enjugaba el sudor que corría por mi frente:

—Me asombra usted, señora Langlois... Creí que ese joven estaba muy enfermo...

—Cierto es que no tiene buen aspecto... Pero ya se acerca el buen tiempo... Y los cuidados de ella servirán mucho para su total restablecimiento...

—¿Le vió usted entrar en casa de Norbert?

—¿Entrar?... ¡No!... Ya le dije que nadie lo había visto salir... Nadie sabe cómo se las compone... Diríase que lo tienen oculto. ¡A lo mejor es que la policía lo persigue!... Siempre dije que, teniendo en cuenta cómo va vestido, seguramente es un extranjero... ¿Halla usted natural todo eso?... Voy a decirle una cosa... Hace tres días me dieron las gracias...

—¿Le dieron las gracias, señora Langlois?... Pero ¿cómo se entera usted de las cosas?...

—¿Cómo me entero?... Cuando me propongo saber alguna cosa, siempre consigo enterarme... Se lo puedo demostrar cuando usted quiera... Cuando me despidieron no me di por satisfecha, ni mucho menos... Le advierto que ya antes había observado que desde una buhardilla de esta casa podía verse perfectamente lo que ocurría en casa de ellos... Esta mañana vi salir al estudiante, que se iba a clase, como de costumbre... Luego salió el viejo Norbert... También esperaba ver salir a Cristina rumbo a la casa del marqués, donde siempre está metida... No es un secreto para nadie..., ni para usted, dicho sea sin ofenderle... Pero los minutos y los cuartos pasaban sin que Cristina apareciera... Entonces me dije: ¿qué puede hacer sola ahí dentro?... Quizá esté instruyendo a otra mujer para que le haga los trabajos de la casa... ¡Habrá que verlo!...

"Como lo pensé lo hice... Trepando por una escalerilla, llegué al granero... Me aposté en la buhardilla... Y ¿sabe lo que vi?... A Cristina y al joven de marras arrullándose... Daban tranquilamente la vuelta al jardín... Ella lo llevaba del brazo y le decía: "Por aquí, Gabriel", "Por allá, Gabriel".

"El no me pareció lo mismo que la primera vez que le vi... Entonces estaba tan tieso, tan tieso, que parecía haberse tragado el cucharón de la sopa... Y ahora ella le hablaba suavemente, como cuando se le habla a un enfermo, dándole ánimos... Se sentaron detrás del árbol... El se dejó caer en el banco de madera rústica... Y ella lo besó...

—Si es un pariente — dije con la voz apagada —, tal cosa no tiene nada de extraordinario.

—¡Oh, es que no lo besa como se besa a un pariente!... Además, ¡lo mira de una manera más extraña!...

—¡Usted tiene muy mala lengua, señora Langlois! La señorita Norbert es de una conducta intachable...

—No digo lo contrario, no digo lo contrario... De todos modos, me imagino que no le habrá contado a usted que mientras la espera en casa del marqués, ella se dedica a cuidar al pariente, a ese pariente que nadie conoce...

—Quizá esta tarde me lo cuente... Y tenga la seguridad, señora Langlois, de que se lo comunicaré inmediatamente, ya que ahora me doy cuenta de que nada se le puede ocultar...

—¿Se ha enojado conmigo, señor Masson?...

—¿Yo?... ¿Por qué me iba a enojar, buena mujer?... Y dígame, ¿estuvieron mucho tiempo en el jardín?...

Media hora escasa... Ella fué la primera en levantarse, y dijo: "Metámonos dentro, que papá no tardará en venir..." El parece muy dócil... ¡Claro está que esa mujer hace de los hombres lo que se le antoja!... La señorita Cristina lo tomó del brazo y se fueron poco a poco, dando la vuelta al pabellón por la derecha... ¿Conoce usted la puerta del laboratorio del señorito Jaime, que da al lado, a la

pequeña avenida, frente al muro?... Pues por allí entraron... Yo, impertérrita, continué esperando... Después ella salió del pabellón al cabo de un cuarto de hora, poco más o menos... Y se encerró allá arriba, en su estudio... ¡Qué vida más extraña lleva esa gente!...

—¿Por qué? Ese hombre está enfermo, y habrá tratado de alojarse en una casa donde lo cuiden... Si es de la familia...

—¡Oh!... En cuanto a eso, ¡tengo la seguridad de que es de la familia!...

Y para que no me quepa ninguna duda acerca de la alusión, la señora Langlois agrega:

—¡Y pensar que esa mujer tiene novio!... Bueno, bueno. ¿Quiere darme dinero para comprar pasta de limpiar metales?...

Y sale triunfalmente...

¿Conque no ha muerto Gabriel?... Me alegro por Cristina...

Por lo visto, al joven solamente se le dejó fuera de combate... Y los cuidados de Cristina y de Jaime Cotentin lo han salvado.

La misma noche del suceso, con seguridad que el carnicero facultativo debió tranquilizar a Cristina y al viejo Norbert acerca de las consecuencias del acceso de ira que había abalanzado al relojero, como un loco, sobre su misterioso huésped...

Por lo tanto, lo que la noche del siguiente día habían bajado, envuelto en una manta, ante mi vista, no era un cadáver, sino un magullado, un enfermo a quien habrían hecho las primeras curas en la habitación de Cristina y a quien, en cuanto se pudo, trasladóse a los dominios del estudiante, donde aun se hallaba...

El caso es que yo me había figurado cosas formidables... ¡Hasta había respirado un hedor!...

El espíritu, por mal camino, suele ir muy lejos... Luego me di cuenta alguna que otra vez... Enriqueta Havard... y las demás..., todas las demás que no han vuelto... Eso me predispuso a ver dramas por todas partes... ¡Pero, en general, todo son comedias!...

Lo que acababa de saber no disipaba las tinieblas que rodean a Gabriel, el singular personaje, ni me informaba acerca de su presencia en el armario, de cómo logró entrar en casa de Norbert, ni de la actitud de toda la familia respecto a él... Pero, cuando menos, Cristina, a quien había visto tan tranquila al siguiente día del suceso, no se me representaba ya como un monstruo inexplicable, como una muñeca sin corazón y sin piedad, como una fría carátula de la belleza a la que adoraba *a pesar de todo*, pero en la que no podía pensar sin un horror lacerante cuando no estaba bajo el fuego subyugador de su mirada...

Todo esto está bien, ¡muy bien!... Pero Gabriel vive y ella lo quiere...

¡Oh, cómo ardían mis labios cuando la vi esta tarde!... Estaba a punto de decirle: "¿Se encuentra mejor Gabriel?" Pero he callado al borde del abismo... Comprendí claramente que yo no tenía derecho a pronunciar la palabra "Gabriel"... Es un secreto, ¡el secreto de su corazón!, como dicen en las novelas... Es una novela, sí... Y yo no soy personaje de su novela, ni intereso a su corazón... Únicamente estoy cerca de ella... Y si quiero seguir cerca de ella ¡tengo que procurar olvidar a Gabriel!...

Ella es todo alegría... Así se explica la irradiación de estos últimos días... Gabriel sigue bien, Gabriel pasea de su brazo por el jardín... ¡Procuremos olvidar a Gabriel!... ¡Ay, solamente pienso en él!... Por fortuna, el drama de aquí se apodera de mí con cierta brutalidad...

Cristina y yo nos hallábamos en el cuartito que pusieron a nuestra disposición en el fondo de la biblioteca, cuando vimos llegar tan agitada a la marquesa, que daba lástima... Sing-Sing corría detrás de ella... Casi falta de aliento, murmuró:

—¡Arrojen de aquí a ese animalejo asqueroso!...

Despedí a Sing-Sing, que no protestó...

—¿Qué le hizo, señora? — pregunté —. Quéjese al marqués.

Sonrió pálidamente.

—Sing-Sing no hace otra cosa que seguirme a todas partes. Al marqués no puedo quejarme de nada...

Era presa de un temblor singular, de un temblor penoso para quienes lo advertían. Dirigiéndose a Cristina le pidió:

—¡Le suplico que me proteja!... Usted, que tiene influencia sobre el marqués, dígale que hay que dejarme en paz..., que mi pobre cabeza se turba... y que ese doctor terminará por volverme completamente loca...

—¿Qué doctor? — pregunté.

En aquel momento abrióse la puerta de nuestro despacho y apareció la cariátide de bronce. El Hércules indio, inclinando la cabeza y la espalda como si sostuviera toda la casa, expresó:

—El señor marqués ruega a la señora marquesa que vaya a sus habitaciones, donde la espera el doctor.

Yo miraba a la pobre señora, cuyos dientes castañeteaban... Desolada de espanto, nos miró alternativamente... Yo, en verdad, no sabía qué actitud adoptar, pues en fin de cuentas lo ignoraba todo...

—¡Señora!... Es por su salud... Ya lo sabe usted — le dijo Cristina con tristeza.

La señora entreabrió los exangües labios, pero no pudo emitir palabras... Cada vez temblaba más... Y me miró con sus ojos inmensos y fríos...

—¡Dios mío! — exclamé —. ¡Dios mío!... No se me ocurría otra cosa que decir.

Sangor repitió nuevamente su frase, con la espalda más encorvada, como si toda la casa fuera a desplomársele. Y cuanto más se doblaba, más colosal parecía en su abundancia muscular. Y como la escena parecía inacabable, el Hércules se movió, doblóse más y alargó hacia la marquesa un brazo temible. La marquesa se puso en pie inmediatamente, estatuilla del horror frente a la estatua de la fuerza. Y ambos desaparecieron, mientras se oía reír a Sing-Sing tras las puertas cerradas.

Lo que acababa de ver me había anonadado. Desde luego, de no haber visto a Cristina tan tranquila, hubiese intervenido. Como no me dijera nada, pregunté:

—¿Sabe usted lo que van a hacerle?... ¿Por qué ese espanto?... ¿Quién es ese doctor, cuya sola evocación parece agotarle la vida?...

—Si no fuese por ese doctor, ya hubiera muerto — respondió Cristina —. Ya verá usted cómo dentro de ocho días está desconocida... Hoy no es más que una sombra... No tiene fuerzas ni colores... Usted quedará estupefacto cuando la vea con todos los gestos de la vida y con todas las gracias de la juventud.

—¿Y quién es ese hombre que realiza semejante milagro?

—Es un médico indio muy reputado en Inglaterra y que viene a menudo a París, donde tiene una clínica en la avenida de Jena... Es muy conocido... ¿No oyó usted hablar del doctor Saib Khan?...

—Creo que sí... ¿No apareció recientemente su retrato en el *Royal Magazine*?...

—¡Eso es!

—¿Y qué le receta?

—¡Oh! La cosa más natural del mundo: sueros y jugo de carne...

—¿Y para que la marquesa tome un poco de carne hay que hacer venir al doctor Saib Khan, a quien ella profesa tan gran horror?... No me negará, Cristina, que todo eso es muy incomprensible...

—¿Por qué?... Si usted la vió en el estado en que se halla es porque se niega a tomar todo alimento, con una obstinación que sólo se ve en los que hacen la huelga de hambre... Y Saib Khan es el único que la hace comer...

—¿Cómo?

—La hipnotiza... Usted debe de conocer su sistema, porque se habló mucho de él... Obra sobre el espíritu para curar la materia... En fin de cuentas, no es una novedad, porque la India hace siglos que posee una terapéutica del espíritu, junto a la cual la ciencia de nuestros Charcots modernos es un balbuceo de recién nacido... Claro está que cuando Saib Khan tiene que actuar con una cliente difícil, con una cliente esquiva, debe obrar con una brutalidad psíquica de que no tengo idea, pero que aniquila a la pobre señora... ¿Comprende ahora la razón de que su resistencia me causase solamente tristeza, de que procurara infundirle ánimos, de que le dijera que "era por su felicidad"?...

—Y todo eso le sucede porque se imagina que está casada con...

Cristina me miró fijamente para decir:

—Concluya la frase...

—Pues bien: casada con un fenómeno *que es más fuerte que la muerte*... ¿No es eso?

Movió la cabeza de un modo que sólo me satisfizo a medias. Yo insistí:

—La cosa me parece inconsistente... Aunque se imagine semejantes cosas, no es como para dejarse morir de hambre...

—¿Qué quiere usted que le diga?

Al cabo de un instante agregué:

—Si no he comprendido mal, ese Saib Khan no podrá atenderla más que durante unas cuantas semanas.

Cristina, sin mirarme, repuso:

—¡Oh! *Es extraño ver con qué regula-*

ridad de péndulo, la marquesa pasa de la vida a la muerte para subir a la vida y luego bajar. Al cabo de cierto tiempo reaparece en ella la manía que terminará por matarla si no la curan... El marqués tiene puestas todas sus esperanzas en Saib Khan.

—Descontando esa manía, ¿la marquesa es lúcida para todo lo demás?

—Muy lúcida y hasta muy inteligente.

—Entonces parece mentira que no puedan hacerle comprender lo absurdo de su manía... Y digo esto porque es de suponer que todos esos Coulteray, desde Luis Juan María Crisóstomo hasta Jorge María Vicente, tendrán auténticas partidas de nacimiento y de defunción...

—¡Todos, no! Y eso es justamente lo que causa la desgracia del marqués. Hay dos Coulteray que murieron misteriosamente en el extranjero... Ya sabe usted que eran muy amantes de las aventuras... "Además, algunos nacieron en el extranjero... Por otra parte, ciertos documentos no son de una autenticidad absoluta, cosa corriente en Francia en los dos siglos anteriores. Nacimientos, matrimonios y defunciones, sobre todo en las grandes familias, se probaban más por el testimonio de los contemporáneos que por documentos, que se descuidaba extender o que las revoluciones habrían podido hacer desaparecer... La marquesa está enterada de esta particularidad... No se le pudo demostrar la muerte de los Coulteray ni su nacimiento de una manera categórica, a su juicio, porque yo he recibido todas sus confidencias, y, por otra parte, el marqués puso a mi disposición todos los documentos de que disponía... Esa es la cuestión, aunque parezca increible.

—Pero si está en su cabal juicio, ¿cómo se le ocurrió por primera vez semejante manía?

—Me hace usted, querido señor Masson, una pregunta a la que no sé responder... ¡Lo ignoro por completo!...

En su respuesta había vacilación. Por lo visto, yo, sin saberlo, había aludido a *lo otro*, a aquello de que Cristina aun no me dijera nada y que figuraba entre las grandes miserias que el marqués no comunicaba a todo el mundo y de las que, por lo demás, parecía consolarse perfectamente...

Durante este giro de la conversación, Cristina había tenido la cabeza inclinada sobre un trabajo de cincel y parecía muy absorbida por los delicados rasgos que su estilete abría con singular facilidad en la placa preparada al efecto. Yo, para verlo, me incliné sobre ella.

—Trabajo para usted —dijo con su armoniosa y serena voz—. Esta placa la ha de incrustar en la encuadernación de los *Diálogos socráticos*...

Entonces reconocí cierto apolíneo perfil, con el ojo cortado en forma de almendra, con el dibujo de la boca, con el óvalo perfecto del tipo que tal vez ha tenido Alcibíades o cualquier otro discípulo paseante por las umbrías del dios Academos, pero que se parecía "como una gota de agua a otra", a Gabriel...

IX

8 de junio. — Una vez más, Cristina tenía razón. He vuelto a ver a la marquesa, y estaba desconocida.

Para semejante transformación bastaron tres días. Ahora es un ser vivo. Y parece tomarle gusto a la vida...

Sale *(o la sacan...)* en coche descubierto y tirado por caballos... Le gustan mucho... Regresa del Bosque con las mejillas coloradas. Sin embargo, su mirada siempre es triste e inquieta, aunque la sangre circula nuevamente por sus venas... El espíritu continúa enfermo, si bien el cuerpo marcha mejor...

Sale con una inglesa, que es su señora de compañía... Guia Sangor, a cuyo lado lleva a Sing-Sing... No recibe jamás ninguna visita... Cristina me dice que la causa de ello es que no quiere recibir a nadie... Se niega a frecuentar la sociedad... Y la sociedad no insiste... Ya comenzó a circular el rumor de que la pobre señora no tiene muy bien sentado el cerebro... Sus silencios, sus cosas raras, su aire cada vez más lejano han apartado de ella, poco a poco, a todas las amistades del esposo.

El marqués, en los primeros meses después de su regreso a Francia, dió algunas fiestas en su palacio. Pero después cesó bruscamente todo aquel movimiento social que resucitaba el muelle de Béthune. A Jorge María Vicente se le tiene lástima.

Sin embargo, sus amigos se alegran de que se haya *sobrepuesto* a sus desgracias matrimoniales.

Como es natural, todas estas informaciones me las suministra Cristina, que está muy enterada.

—La sangre de los Coulteray es más fuerte que todo —me dice—. ¡Han pasado por tantos trances!.. Un pequeño burgués se vería aplastado bajo ese infortunio. El se busca amantes. Quería que yo formara parte de su colección; pero no lo consiguió. Ya se ha consolado de ello, o, al menos, me lo parece. Yo no soy ni puedo ser más que su amiga y la amiga de la marquesa; los dos necesitan de mí... Y además ya conoce usted el secreto de mi situación aquí.

Mientras así hablábamos, entró el marqués con un frasco y unos vasitos de plata en la mano. Brillaban sus ojos.

—Quiero que prueben —dijo— lo que Saib Khan acaba de recetarle a la marquesa. Ella lo probó y lo ha encontrado excelente. ¡Como que parece un *cocktail!* Y ¿saben ustedes qué es? ¡Una mezcla de sangre de caballo, de hemoglobina y de no sé qué más!... Pruébenlo... No es ninguna sosería, sino algo de un sabor grato y caliente para el estómago, como un rancio *armagnac*... Hay para resucitar a un muerto... ¡Y da un apetito!...

Bebimos. Aquello, en efecto, no desmentía los elogios del marqués.

—Con esto, Cristina, la repondremos en dos semanas.

Y dirigiéndose a mí, agregó:

—¿Estaba usted aquí cuando vinieron a buscarla para que la viera el doctor? ¿Le contó Cristina?... Usted es un amigo.... ¡Pobre mujer! ¡Si pudiéramos salvarla!... Si el cuerpo se porta mejor, la cabeza trabajará bien...

Se dió una palmada en la frente y volvió a salir con su botella y sus vasos, encantado, resplandeciente...

—¡Siempre sucede lo mismo! —me dice Cristina—. Siempre se figura que su mujer va a salvarse... Mientras tanto, esta noche irá a ver a su Dorga...

—¿A su Dorga?

—Sí; a la danzarina india.

—Por lo visto, el marqués no sabe prescindir de la India, aunque se halle en Francia.

—A esa danzarina se la trajo de allá al mismo tiempo que a su esposa...

—¿No me dijo usted que adoraba a la marquesa?

—¡Oh, qué cándido es usted!... Un Coulteray puede adorar a su esposa y tener diez queridas... Esta le hace mucho honor; da que hablar a todo París...

9 de junio. — Vi a Dorga... Sí; yo, que no salgo de noche diez veces al año, tuve la curiosidad de presenciar las danzas de la bella india... Fuí al *music-hall*. Como dicen las gacetillas teatrales, la sala presentaba un "brillante aspecto".

Yo esperaba ver una danzarina medio desnuda, con unas cuantas alhajas, con discos refulgentes en los pechos, con cinturón de metal y con pesadas ajorcas en los tobillos. También esperaba esos rítmicos movimientos de caderas en una decoración de pagoda, que es lo que constituye el tan aludido "género" desembarcado en Europa con la última Exposición. Pero sólo vi aparecer una soberbia criatura, de tez apenas ambarina y con un vestido de gala a la última moda.

¡Caramba! Es evidente que al marqués le agradan los contrastes. La marquesa y Dorga son el día y la noche: un día pálido, muriente, con un postrer rayo de sol bajo un cielo septentrional y anémicos atardeceres; y una noche cálida, ardiente, fabulosa, donde refulgen todos los fuegos orientales. Por cierto que los ojos de voluptuosidad cruel de Dorga resplandecen más que las joyas que la constelan y que la diadema que cabrillea sobre su dura frente ambarina.

Es el oriente con un vestido de la "rue de la Paix"; son las piernas de la diosa Kalí en medias de seda y bailando un *shimmy* escuchado en un angustioso silencio.

Después de la última danza, cuando la sala pudo respirar, una vibrante aclamación demostró el contento de los espectadores, que "deseaban más"... Pero la danzarina, tan despectiva como bella, había desaparecido y ya no reapareció más...

Las luces proyectáronse sobre los rostros lívidos o colorados, según los temperamentos, y vi que el marqués, escarlata, salía de un palco con Saib Khan...

Se dignó reconocerme y me preguntó:

—¿Ha visto usted, ha visto usted?... ¡Qué maravilla!...

Con gran estupefacción mía, me tomó del brazo:

—Vamos a felicitarla.

Me dejé llevar. Y pronto llegamos a su camarín, que estaba asediado, pero que no se abrió más que para nosotros. Dorga estaba semidesnuda entre flores.

El marqués me presentó de este modo:

—El gran poeta Benito Masson.

No protesté. Era incapaz de pronunciar una palabra en aquel momento. La miraba a hurtadillas, vergonzosamente y con aire maligno, con un aire que suelo tomar con las mujeres para recubrir mi timidez... Ella me había lanzado una mirada por el espejo y ni tan siquiera se había vuelto... Unas cuantas palabras de vaga cortesía. Debió encontrarme muy mal vestido. Pidió *champagne* y guarecióse detrás de un biombo. Yo huí con la cabeza ardorosa y los oídos llenos de zumbidos.

Sentía un odio cerval hacia el marqués y hacia todos los hombres ricos que no tienen más que inclinarse y arruinarse para alcanzar mujeres como aquélla.

¿Y yo?... ¿Qué tendría yo?... Nada más que la imagen de Cristina... ¡Oh, la encantadora y sutil efigie rubia!...

¡Ay, Dios mío! Tengo ganas de tatuarme la piel como un colonial, como un aventurero... Un corazón con una flecha. Y poner en torno: "Amo a Cristina"... Y cuando me mire en el espejo de mi armario, quizá crea que ya ha llegado...

X

10 de junio. — La presencia de la bailarina Dorga me había impedido prestar la menor atención al médico indio, al famoso Saib Khan, que se hallaba en el palco con el marqués. Apenas recordaba sus ojos de mujer, sus negros ojos de huri, en un rostro barbudo. Pero el marqués bajó hoy a la biblioteca con Saib Khan y pude observar detenidamente a éste.

Saib Khan tiene más bien el tipo afgano. Es bello. En aquel país son muy bellos. Está menos bronceado que los príncipes indios de las orillas del Ganges. Su austera faz se halla rodeada por una barba de jade muy cuidada, que termina en punta. Tiene una poderosa constitución, que recuerda la de Sangor, con anchas espaldas y fina cintura. Va vestido y calzado admirablemente, con una sencilla e impecable elegancia. Comprendo su poder sobre las mujeres y la turbación que inspira. Parece tan seguro de sí mismo, que casi es imposible permanecer impasible frente al doble misterio de sus ojos de mujer y de su boca sensual.

¿Dónde vi yo esta peligrosa sonrisa, esta sonrisa de dientes de tigre? ¡Ah, sí! *En los retratos.* Sobre todo en el de Luis Juan María Crisóstomo, el primero de los cuatro... E idéntica sonrisa, siempre algo feroz, pero de menor potencia, vaga todavía de vez en cuando sobre los epicúreos labios de Jorge María Vicente...

Ambos se interesaron por mis trabajos, que consisten, de momento, en destacar los más raros y preciosos documentos que se hallan amontonados de cualquier modo en un rincón de la biblioteca, y que habrá que clasificar y reunir con arreglo a un plan establecido libremente por mí y con arreglo a mis gustos. El marqués está lejos de ser un ignorante. En él descubrí no un coleccionista hábil, porque esta colección no le debe nada o casi nada, sino un verdadero erudito, muy al tanto del movimiento literario de los dos siglos últimos. Eso no se puede negar, no se puede negar... Y, por lo visto, en sus viajes se ha interesado mucho por las bibliotecas... Tuvimos una larga discusión sobre la de Florencia, sobre el manuscrito de Longo, sobre la famosa mancha de tinta de Pablo Luis Courier... No da la razón a Pablo Luis, que trata tan a la ligera un *crimen semejante*... Yo no sabía que el marqués estuviera tan enamorado de Dafnis y Cloe; pero todo esto es literatura. La realidad es Dorga.

Así pensaba yo y así pensaba seguramente Saib Khan, cuya sonrisa dilatábase sobre la brillante amenaza de su fiera mandíbula...

Después se fueron, y, por lo visto, salieron inmediatamente del palacio, porque en el patio de honor oí el ruido de un *auto* que se alejaba.

Casi a continuación abrióse la puerta que daba al pequeño vestíbulo y apareció la marquesa.

—¿Dónde ha aprendido todo eso? —musitó dirigiéndose hacia mí—. ¿Puede decírmelo? Jorge María Vicente tuvo una instrucción muy descuidada, según él mismo refiere. ¡Si nunca supo decirme el nombre de su preceptor!... Así es que...

La marquesa había escuchado detrás de la puerta. Por lo tanto, no se notaba que físicamente estuviera mejor. Continuaba *la manía*. Aquella absurda manía que aho-

ra me hacía mirarla con una infinita tristeza. No se equivocó ante mi actitud. Por eso me dijo:

—¿Verdad que le doy pena?... Cristina habrá excitado su compasión...

Y en voz más baja añadió:

—¿Está Cristina?

—No. Hace un momento que se fué.

—Mejor, porque así podremos hablar —dijo la marquesa—. Supongo que le habrá contado a usted lo de "la manía"... Aquí todos me creen loca... Y hay momentos en que me gustaría morir... Pero la muerte me da miedo... Sí, sí... Hay momentos en que temo a la muerte más que a todo... Y quizá algún día le cuente la causa de ello..., a menos que usted no la adivine... Temo a la muerte, temo a la vida, temo a Saib Khan. Es todopoderoso. Puede todo lo que es posible poder... Si hubiese podido arrancarme la manía del cuerpo como se arranca una muela, hace tiempo que lo habría hecho... Lo conocí en la India... Ninguna manía se le resiste... ¿Por qué no triunfó conmigo?... Porque en mí la manía es un reflejo de la realidad... ¿Comprende usted?... Saib Khan ha de obrar, no contra una quimera, sino contra una verdad viva y natural... Y contra eso nada se puede hacer... Aunque Saib Khan mandase al Himalaya que desapareciera, éste no se movería lo más mínimo de su base, ¿verdad? Pues bien: tampoco está en su poder dispersar el hasta hoy inseparable e indestructible bloque de los Coulteray... ¿Me ha comprendido? ¿Me ha comprendido usted?...

Y poniendo sobre mi mano su ardiente mano, agregó:

—Le *aseguro que es lo mismo.*

Sus grandes ojos buscaban los míos. Y yo no me atrevía a mirarla para que no viese toda la lástima que me inspiraba.

—¡Oh, señora!... Una mujer como usted, con su inteligencia... Cuidado, señora... No hay cosa en el mundo más temible que lo maravilloso. Es un reino en el que los espíritus más fuertes se extravían... Con ciertas ideas, señora, no se puede jugar.

—¡Jesús! —exclamó—. ¿Acaso le parece que juego? Hablo muy en serio. Es un hecho que Jorge María Vicente no recibió ninguna instrucción. Sólo el primero de los cuatro, o de los cinco, incluyendo el actual, sólo Luis Juan María Crisóstomo, que era uno de los más disipados caballeros de la corte de Luis XV, fué también un sabio.

—Un sabio —completé yo— muy hablador. Hacía frente a Duclos. Brillaba ante Holback. Escribió artículos para la gran enciclopedia.

—Veo —asintió la marquesa— que nada nuevo le enseño a usted. Había sido educado por su tío, el obispo de Fréjus. Pues bien, señor Masson: le aseguro que la conversación que usted sostuvo hace poco con Jorge María Vicente no hubiese sido posible de no haber recibido Luis Juan María Crisóstomo aquella educación.

Me estremecí.

—De todos modos, señora, permítame que le diga que Pablo Luis Courier, en tiempo de Luis XV, aun no había manchado de tinta el manuscrito de Longo.

—Sólo faltaba —objetó frunciendo los labios— que usted me tomara por una necia. He querido decir que sin aquella educación, sin los recuerdos clásicos que implica, Jorge María Vicente no se interesaría por los tesoros de la biblioteca de Florencia.

—Perdone, señora; pero hay algo que, sobre todo, me ha asombrado siempre. Y es la solidez de la instrucción clásica que posee el marqués.

—¿Verdad que sí?...

Nuevamente brillaron sus ojos y me tomó la mano...

—¡Ay! —exclamó—. Si usted quisiera ser amigo mío...

Pronuncié unas cuantas palabras de adhesión. Me inquietaba su súbita agitación. Lamentaba estar solo con ella. Hubiera querido ver aparecer a Sangor o al mismo Sing-Sing...

—Creo que usted me comprendería... ¡Si nadie llega a comprenderme, seré la cosa más miserable del mundo!... Ni Saib Khan ni Cristina quieren comprenderme... Cristina me toma por una loca... Saib Khan, por una enferma... Y me resucita a pesar mío... ¿Por qué me resucita?... *¿Por qué me resucita para el otro?*... Como no sea su cómplice... Terminaré por creerlo así... Porque me causa horror la vida que Saib Khan me devuelve a costa de grandes dolores... Y, sin embargo, *¡me está prohibida la muerte!*... ¡Ay, amigo mío! ¿Usted no fué nunca al castillo de Coulteray? ¿No lo ha visitado?... Es un castillo de los que llaman históricos... Está entre Turena y Sologne... La capilla es una obra maestra comparable a la iglesia de Brou... Pero lo que de ella me atrae no son sus encajes góticos, no... Hay que bajar a la cripta, donde están las tumbas de los Coulteray... ¡Y la tumba de Luis Juan María Crisóstomo está vacía!... Le digo que está vacía... ¿Comprende usted?

—No, no comprendo, señora.

Se impacientó ante mi resistencia a la comprensión.

—Además —agregó—, es la última tumba de los Coulteray... ¡No hay otra!... Y es que los Coulteray no se mueren, señor Masson.

—¡Es que murieron en el extranjero, señora!

—Bien, bien... Pero le repito que la tumba está vacía.

—Eso son efectos de la Revolución... ¡Cuántas tumbas están así!...

—No, no... La Revolución nada tiene que ver... Al día siguiente del en que se bajó a la cripta el cuerpo de Luis Juan María Crisóstomo, se halló la lápida fuera de su sitio y el sepulcro vacío...

—¿Y qué?

—¿Y qué?... ¿Usted no conoce, por ventura, la historia de los Coulteray?... Lo creía más enterado acerca de Luis Juan María Crisóstomo... Antes me decía usted que escribió artículos para la gran enciclopedia... Sólo escribió uno, nada más que uno... ¿Sabe usted sobre qué? ¿Conoce el tema?... Espere un momento que voy a buscarlo.

Se fué y quedé anonadado por aquella conversación asombrosa, que me pasmaba por su incoherencia. Para mí, ya no cabía duda alguna sobre la locura de aquella mujer... Al cabo de unos minutos volvió presurosa.

—Aprisa, aprisa —exclamó—. Llévese este paquete a casa, procurando disimularlo... Léalo y se enterará de todo... Sing-Sing está en la escalera... Sangor viene... ¡Adiós!

Sobre la mesa, delante de mí, depositó un paquetito envuelto en un periódico de modas y atado con una cinta negra... Lo escondí debajo de mi americana y regresé a mi casa... Estaba convencido de que por fin iba a saber qué era *lo otro*...

XI

A las diez de la noche aun estaba leyendo yo tras las ventanas cerradas de mi taller... Ahora ya sé qué es *lo otro*... ¡Es algo increíble para nuestra época!... Ahora comprendo por qué me decía de aquella manera terrible *tengo miedo a la muerte*... Si tiene tanto miedo a la vida... Y también comprendo el sentido que daba a la frase *me está prohibida la muerte*...

Golpearon a mi puerta... Oigo la voz de Cristina... ¿Cómo se atreve a visitarme a semejante hora?... ¿Y para qué? Voy a abrir... La acompaña su novio, Jaime Cotentin, a quien me presenta... Esta tibia noche de junio salieron a dar una vuelta por los muelles, y al regreso han visto luz en mi casa... Ella, aprovechando la ocasión, quiso darme las buenas noches...

...Y ambos entraban como en casa de un viejo amigo de la familia... Yo nunca viera tan de cerca al carnicero facultativo, ni, a decir verdad, me entusiasmaba recibirle; pero la idea de que Cristina no le amaba y de que le engañaba me lo hacía muy soportable.

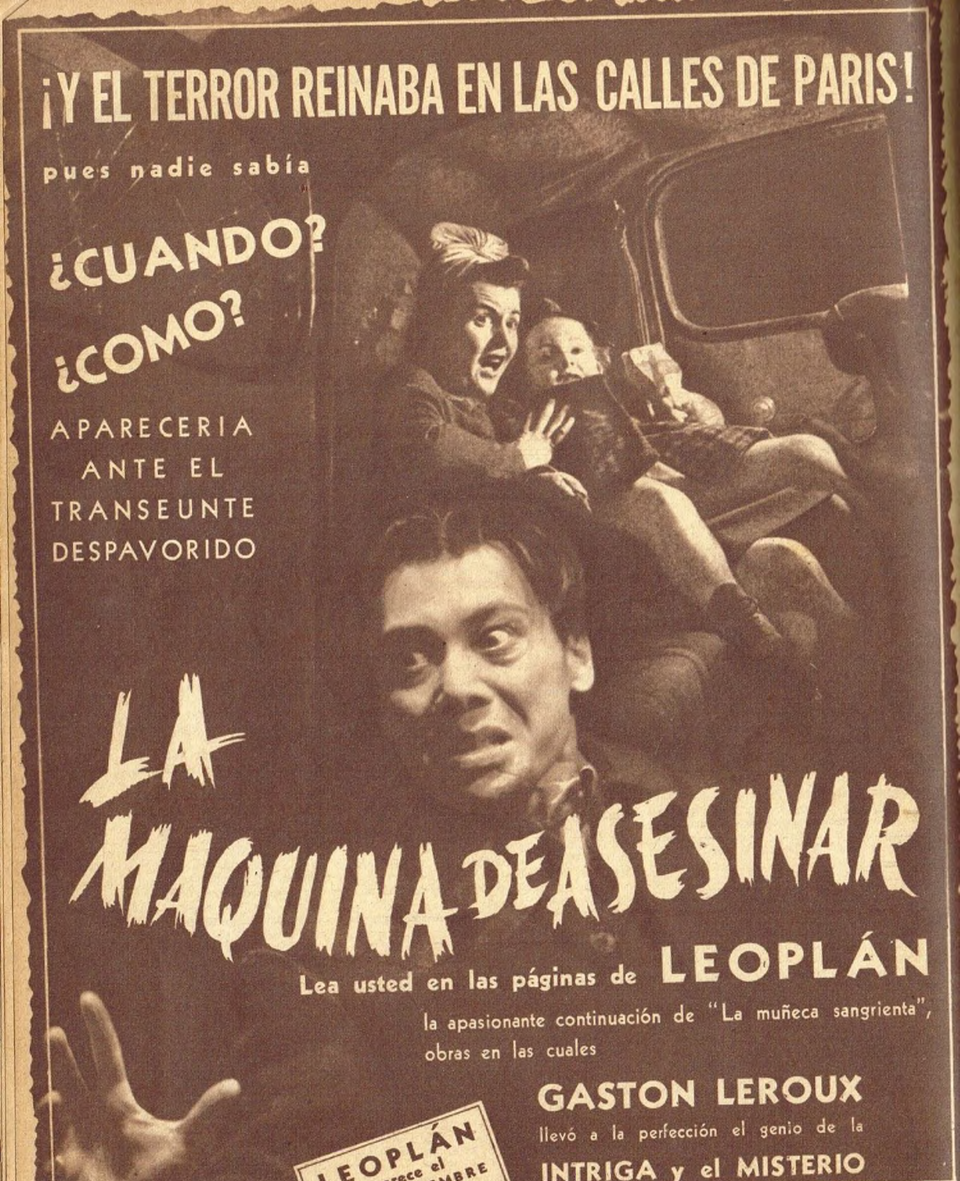
Vi que dentro de su apariencia cachazuda tenía unos ojos de miope, grandes, azules, inteligentes y pensativos. No sé si él se daba perfecta cuenta de que estaba en mi casa. Me pareció que estaba en la luna, como muchos sabios, aunque ello no se avenía con su edad.

—¿Le dió la marquesa el paquete? —preguntó Cristina sentándose—. Ya lo habrá leído, ¿verdad? Vengo de parte del marqués para rogarle que lo guarde todo en esta casa o que lo destruya. En todo caso, no se lo devuelva. Son los papeles que la pusieron trastornada. ¿Conoce usted ya el punto de partida de todas sus imaginaciones?

—Si no me equivoco, es esto —dije poniendo la mano sobre un opúsculo titulado *Los más célebres brucólacos*.

"Brucólaco" es la palabra que los griegos usaban para designar lo que la superstición moderna conoce con el nombre de "vampiros".

Esta obra, impresa en París durante la Revolución, hablada con la mayor seriedad de esos seres a quienes se cree muertos y no lo están y que de noche salen de sus tumbas para alimentarse con la san-



¡Y EL TERROR REINABA EN LAS CALLES DE PARIS!
pues nadie sabía
¿CUANDO?
¿COMO?
APARECERIA ANTE EL TRANSEUNTE DESPAVORIDO
LA MAQUINA DE ASESINAR
Lea usted en las páginas de LEOPLÁN
la apasionante continuación de "La muñeca sangrienta", obras en las cuales
GASTON LEROUX
llevó a la perfección el genio de la
INTRIGA y el MISTERIO
LEOPLÁN aparece el 4 DE SEPTIEMBRE PROXIMO

gre de los vivos mientras duermen... Algunos de estos vampiros, cuyos nombres se citan, vuelven saciados a su sepultura. En ellas han podido ser sorprendidos algunos de ellos, sobre todo en Hungría y en Alemania del Sur. *Tenían un color rojizo. Sus venas estaban todavía hinchadas de la sangre que habían chupado, y no había más que abrirlas para ver que aquélla manaba tan fresca como la de un joven de veinte años*... Algunos jamás vuelven a su tumba, porque le tienen horror... Son, desde luego, los más peligrosos, porque no hay ninguna razón ni medio para desembarazarse de ellos. No se sabe dónde encontrarlos, y se confunden con el resto de los mortales, cuya vida agotan en provecho de su indefinida prolongación.

Puede decirse que la única manera para destruir un "brucólaco" es reducir sus despojos a cenizas, luego de haberle cortado previamente la cabeza... Pero ¿cómo tener la certeza de que se está frente a un brucólaco, a menos que se le encuentre rojizo en su tumba?...

El último nombre de brucólaco citado en el opúsculo era el del marqués Luis Juan María Crisóstomo de Coulteray, cuya vida, sobre todo durante los postreros años del reinado de Luis XV, había sido un espanto para los honrados padres de familia que tenían hijas bonitas y casaderas. Aquellos tranquilos burgueses se habían creído libres del monstruo con su muerte. Pero al día siguiente de ella se enteraron de que Luis Juan María Crisóstomo había abandonado su sepulcro, al que jamás había tornado. Eran numerosos los testimonios de personas que aseguraban haberlo visto rondar de noche en torno de sus casas. Muchachas y mujeres jóvenes que habían cometido la imprudencia de dormir con la ventana o el balcón abierto fueron halladas a la mañana siguiente en un estado de completa extenuación. Y no se tardó en adquirir la prueba (mediante el descubrimiento de una heridita tras el oído) de que el vampiro había pasado por allí.

Finalmente, el opúsculo añadía que el destino de aquellas jóvenes era tanto más funesto cuanto se da por seguro desde la más remota antigüedad *que las víctimas, cuando mueren, también se convierten en vampiros*...

Todas las obras que yo había hallado en el paquete atado con una cinta negra trataban el mismo tema. Eran "Historias horribles y espantables de lo que pasó y aconteció en el barrio Saint-Marcel a la muerte de un mísero "brucólaco". Fantasmas, aparecidos y otros que se resisten a abandonar la tierra". "Cómo se alimentan los vampiros", un "Tratado sobre la manera de vivir los brucólacos en sus sepulcros y fuera de sus sepulcros", y, por último, el famoso artículo de Crisóstomo de Coulteray que se había publicado en la primera edición de la *Gran Enciclopedia*, y en el cual el autor hablaba de los vampiros con un aplomo y una ciencia que hubieran asustado si, por el contrario, no provocase la sonrisa...

Entre otras muchas cosas, leíase esto:

"Como es sabido, dase el nombre de vampiro a un muerto que sale de su tumba para atormentar a los vivos. Les chupa la sangre... *A veces, les oprime la garganta como para estrangularlos; entre los vampiros parece rota toda especie de afecto, porque persiguen preferentemente a sus amigos y a sus parientes...*", etc., etc.

—¿Comprende usted ahora —preguntó Cristina con triste sonrisa— por qué el marqués deseaba que la marquesa se dedicara a otro género de lectura?... Ya conoce usted, en consecuencia, todas sus miserias, entre las cuales le pide el más absoluto secreto. ¡*No le gusta hacer el ridículo!*

—¿El ridículo?

—Ya sabe usted que en nuestros días, un vampiro divertiría a París. Si se enterasen de que la marquesa cree que su esposo pasa las noches chupándole la sangre, habría risa para todo el año en los salones, en Montmartre y en las revistas teatrales... ¡Por eso la vigila tanto! Bastaría una palabra imprudente para que Jorge María Vicente tuviera que retirarse al Tibet...

Y como yo me callara, Cristina prosiguió:

—¿*Nunca le mostró la llaguita que tiene en el cuello?*... ¿No? Quizá de momento la tenga curada... Pero en cuanto le salga un granito en la espalda, ya se lo comunicará... Pasa usted, amigo mío, por las etapas que ya recorrí yo... Para ella, el granito será el orificio por el cual el horrible marqués le roba la sangre y la vida... ¡No lo tome a risa!...

—Nada de eso —repuse—. Desde luego que el marqués tiene motivo para temer el ridículo; pero, de todos modos, la más digna de lástima es ella.

—Tiene usted razón —afirmó Cristina con la mayor seriedad—. ¡Hay que rogar por ella!

—¡Rogad por ella! —repitió una voz que hasta entonces apenas se había oído.

Me sorprendió grandemente el tono con que Jaime Cotentin había pronunciado aquellas palabras.

—¿No cree usted en los vampiros, caballero? —le pregunté sonriendo.

Y Cotentin me respondió:

—Creo en todo y no creo en nada. Vivimos en una época en que el milagro de ayer crea la industria del mañana. En todos los terrenos chocamos con contradictorias hipótesis. La ciencia deambula insegura por el caos de interrogaciones que es nuestro pequeño mundo. ¿Hay muchos mundos? Edgard Allan Poe, uno de los más grandes filósofos (hablo en serio), ha demostrado, mediante una serie de ecuaciones, que hay mucho mundo, y, por lo tanto, muchos dioses. Otros demostraron que sólo hay uno; pero no están de acuerdo en quién sea. El dios de Sócrates, de Descartes, nada tiene que ver con el de Pascal, ni, sobre todo, con el de Spinoza... ¿Deísmo? ¿Panteísmo? ¿Dónde está la verdad?... ¿Y usted me pregunta si hay vampiros, si es posible que un solo Coulteray haya vivido ciento cincuenta o doscientos años?

"Yo, caballero, no sé nada —agregó con su voz algo profesoral y afectada por una laringitis crónica—. Se trata nada menos que del secreto de la vida y de la muerte, en el que todavía no hemos penetrado, *pero que no desesperamos de violar algún día*... ¿Dónde comienza la muerte?... ¿Dónde comienza la vida?... ¡En todas partes y en ninguna! ¡No hay principio ni fin! ¿Qué vemos? ¿Qué observamos?... Transformaciones, movimientos que vuelven a comenzar y que pudiéramos llamar *latidos del corazón de Dios*... He aquí lo que nos ha enseñado la experiencia... *Una cosa que se cree muerta no es más que vida en sueño*... Un día llegará, caballero, en que la ciencia, como hoy hemos hecho para la electricidad con la botella de Leyde, introducirá en un frasco los elementos de esta vida dispersos en lo que ahora creemos que es la muerte... ¡Y ese día habremos vuelto a crear la vida!... ¡Habremos sacado la vida de la muerte, como en principio se puede sacar rádium de esta mesa!... Entretanto, no puedo más que decir: "¡Rogad..., rogad por la marquesa!... ¡Rogad por quienes creen en los vampiros y por quienes no creen!... ¡Rogad por mí!... ¡Y que Jesús, que es la bondad personificada, tenga compasión de todo el mundo!"...

—Rogad también por mí —dije volviéndome a Cristina.

—Amén —pronunció ella con la gravedad y religiosidad que tenía cuando oía misa en San Luis de la Isla.

Ambos me estrecharon la mano y después se marcharon.

XII

—¡No, el prometido no era cualquier cosa! ¡Qué cabeza tenía! Lo que contaba era famoso. Cristina, por lo que veo, no debe aburrirse entre su padre, el relojero que busca el movimiento continuo, y su novio, el estudiante que indaga algo parecido en sus estudios sobre las pulsaciones del corazón de Dios.

El caso es que yo le tenía lástima. Y entre esas cuatro paredes deben de llevar una vida moral de singular intensidad. ¡Claro está que no cuento a Gabriel!

No lo cuento, pero no por eso dejo de pensar incesantemente en él.

Gabriel, huelga decirlo, me interesa más que la marquesa. Su secreto me afecta mucho más.

Naturalmente, en mi mente no puedo separar a Gabriel de Cristina.

Después de las confidencias de la señora Langlois he procurado sorprenderlos a ambos, presenciar desde mi buhardilla sus castas efusiones...

Pero mis vigilias resultaron inútiles.

Gabriel no se me apareció más que en la punta del cincel de Cristina, en el rostro que ella amorosamente dibuja en la placa argéntea.

Estoy acostumbrado a sufrir y a que no se den cuenta de mis sufrimientos; pero llegará el día en que gritaré, en que será necesario que grite...

¡Oh, Dios mío! Haced que tarde todo lo posible ese día, porque será el día final...

Es evidente.

Hace cuarenta y ocho horas que la marquesa me entregó los libros y folletos sobre "brucólacos". Desde entonces no la volví a ver...

Y estoy encantado de ello.

Le tengo lástima, pero me fastidia en realidad.

Quisiera que me dejase un poco a solas con mis pensamientos, que ahora pertenecen por completo al trío Cristina-Jaime-Gabriel.

Procuro sacar aparte *el papel* de Cristina en la extraña comedia sangrienta, que tiene algo de grotesco y también algo de criminal.

Pero no llego a aislarla.

Cristina se me representa muy amable con su prometido Jaime y muy tierna con su... ¿*qué?*... Gabriel.

Porque ¿en realidad, qué es Gabriel?

¿Y qué soy yo, en fin de cuentas?

¿Acaso intervengo yo en esa historia del corazón?... Creo que sí... *Hay momentos en que creo que sí*... Claro está que es muy poco, poquísimo; pero no soy difícil de contentar... Me bastaría con tan poca cosa... Decididamente, me figuro *que para ella no soy un simple espectador*...

¿Desvarío? Poco antes escribía que ella no se percataba de nada y que yo tendría que gritar algún día... Por lo tanto...

Pensándolo bien, ¿cómo admitir que una muchacha inteligente no haya visto

nada, absolutamente nada, del drama que se desarrolla bajo mi máscara?

¡Admitámoslo!... Pero, entonces, ¿por qué graba el perfil del otro delante precisamente de mí?...

¡Qué necio soy!... ¿Acaso está enterada ella de que yo conozco al otro?

Mas ¡qué importa!... Un perfil tan bello, comparado con mi fealdad, ¿no es para que yo rompa a gritar de dolor?

¡Ay de mí!... *Quizá espera que grite...*

En resumen. Que estoy enfermo... Y no me atrevo a mirar hacia el desenlace de esta enfermedad... ¡Me enveneno con una alegría!... ¡Sé que la curación no es posible, y no la quiero!... ¡Busco el aire que respira y que quiere compartir conmigo, como busca un intoxicado la droga!... Frecuentemente llego el primero y aguardo..., aguardo...

En todo el día no la vi. Es un poco fuerte.

Por otra parte, ¡no vi a nadie!

Y esta noche estoy completamente dispuesto a montar la vigilancia en la buhardilla... Si no veo a Gabriel, quizá la vea a ella... Es raro que esta mañana, antes de marcharme yo, no haya visto al relojero detrás de los cristales ni haya visto salir al estudiante... ni a Cristina... No vi salir a nadie.

Pero a las nueve de la noche llegó un nuevo personaje... Es la primera vez que veo a este hombre, macizo, con cuello de toro, con la frente tan baja que va pegado a las paredes como si se avergonzara de respirar el mismo aire que todo el mundo. Lleva una gorra redonda, sin visera, y un traje informe, que parece formado a base de una bolsa.

Bajo el brazo lleva un cajón envuelto en un forro de piel...

Parece un ayudante de verdugo.

Por lo visto, en casa de Norbert lo esperaban, porque tan pronto llamó a la puerta se la abrieron y penetró inmediatamente...

Como es natural, corrí en seguida a mi observatorio.

En casa de Norbert parecen muy atareados... Observé que Cristina atravesaba el jardín varias veces... Llevaba una gran bata blanca, como las de las enfermeras...

Parecía muy agitada y era seguida por Jaime, que parecía consolarla.

Ambos desaparecieron detrás del pequeño pabellón de la derecha.

Al nuevo personaje no lo vi, ni tampoco vi al viejo Norbert.

Así pasó una hora, en el mayor silencio. A la derecha, en la planta baja del pabellón, entre las tabletas de las persianas, brillaba luz...

De pronto, el mismo negro torbellino que yo viera salir de la chimenea cierta noche y propagarse sobre toda la isla como un velo fúnebre, ascendió sobre el tejado... Y el mismo espantoso hedor me llegó hasta la buhardilla.

Aquella noche no hacía viento, el calor era sofocante y el hedor pesaba sobre uno de tal manera que le producía una horrorosa impresión.

De pronto, abriéronse las persianas de la planta baja del pabellón, y entre un resplandor rojizo cruzado de sombras, como un grabado de Goya, surgió ante mí un espectáculo que no olvidaré jamás.

A la derecha, el hornillo de los experimentos parecía arder con un fuego infernal, y al lado, junto a una mesa con blanco mantel sobre la que había trozos de carne humana, estaba el hombre macizo, con un delantal, el pecho casi desnudo, y los brazos arremangados hasta el codo: unos brazos rojos, como si los hubiese hundido en entrañas sanguinolentas...

Jaime, el estudiante, estaba inclinado sobre el hornillo, calentando unas tenazas que de vez en cuando examinaba.

Norbert y su hija Cristina, más cerca de la ventana, estaban inclinados uno a cada lado de una mesa de operaciones que yo no veía totalmente, y sobre la cual estaba tendido Gabriel, de quien yo sólo alcanzaba a ver la frente y los ojos cerrados.

El resto de la cara desaparecía vagamente bajo telas, bajo una blancuzca acumulación que le ocultaba boca y nariz. En cuanto al cuerpo, me lo tapaban Norbert y Cristina. Y desde mi pequeño observatorio asistía, con grandes dificultades, a una operación quirúrgica realmente excepcional...

Realmente excepcional, repito, porque aunque era evidente que Gabriel estaba dormido, eso no le impedía que en diversas ocasiones se levantase a medias, dando una especie de salto desordenado y feroz, para caer en seguida entre el relojero y su hija, que lo tomaban de manos y brazos y lo volvían a la primera posición.

Las tenazas incandescentes habían realizado tres veces su cometido.

¿Cuál era?

No se trataba simplemente de botones de fuego ni de nada parecido, como puede pensarse.

Lo que se trabajaba y lo que yo oía requemarse era el interior del cuerpo. Luego Jaime arrojó las tenazas, y ayudado por el hombre de los brazos rojos permaneció inclinado sobre Gabriel durante un tiempo que me pareció espantosamente largo.

Cristina estaba de espaldas a mí. Yo, por la manera como estaba colocada y como asía la muñeca del paciente, deducía que le tomaba el pulso a éste, precaución primordial en una operación que me parecía prolongarse más allá de los límites normales...

Por fin se levantaron el operador y su ayudante.

Estaban tan rojos de la cabeza a los pies, que impresionaba verles.

Jaime dejó el instrumental de acero, útiles de tortura y de salvación, sobre la mesa donde poco antes se hallaban los trozos de carne humana, que yo no veía ya y que arderían en el hornillo del laboratorio, porque el espantoso hedor persistía...

Y oí que Jaime decía con toda claridad:

—Por esta vez, basta. Hay que hacer desaparecer toda esta sangre... Y ahora, ¡suero, suero, suero!...

Cristina se dió vuelta y cerró la ventana.

Mostraba una cara completamente serena y hasta una especie de alegría parecía resplandecer en su bella y tranquila frente.

En vano busqué en sus adoradas y preciosas facciones la huella de la emoción, siquiera física, que le habría "volcado el corazón" durante aquellos minutos terribles...

¡Nada!

Ella, a quien poco antes viera tan inquieta en el jardín, había sabido tener un aplomo a toda prueba durante una operación de la que dependía la vida de la persona amada. Y había asistido como profesional a la acción del escalpelo y de las tenazas.

¡Oh! Por lo visto, tiene un *carácter* muy firme...

Es una mujer fuerte. Y hablo tanto desde el punto de vista moral como desde el físico...

Estoy seguro de que de esta aventura que hubiera podido ser sencillamente un asesinato, saldrá *sonriendo*.

Gabriel será amado, Jaime se casará y el viejo Norbert, feliz entre su hija y los dos hombres que asegurarán la ventura de la encantadora muchacha, volverá tranquilamente a dedicarse a sus ruedas cuadradas...

¿Y yo?... ¿Y yo?...

Yo estoy sobre la pista del hombre de los brazos rojos y del cuello de toro, que acaba de salir de aquella casa.

Quizá, merced a él, sabré al fin quién es Gabriel.

Se llevó el cajón forrado con piel de un color indefinible que ya le vi debajo del brazo cuando venía hacia la casa.

Como se dirigiera hacia la ciudad, esperé que cruzase el puente para franquearlo yo a mi vez. Ahora pasa delante de la Morgue, siempre con la cabeza baja y la traza tímida, como avergonzado de sus pesados y fuertes pasos.

La noche es hermosa. Por la plaza de Notre Dame las familias pasean.

Atraviesa el Sena. Toma por la negra calle de los Bernardinos, desemboca en el bulevar Saint-Germain, marcha a lo largo de las paredes de Saint-Nicolás-du-Chardonet y vuelve a la izquierda por la calle Saint-Víctor.

Una vez allí, se mete en un bodegón, y cuando aparece en el umbral, varias voces lo saludan con estas palabras:

—¡Hola, papá Macabeo!

El bodegón es también casa de comidas... Hay gente cenando. Seguramente serán clientes habituales... Mi entrada allí causará sensación... No visto con gran elegancia... ¡Bah! Me tomarán por un estudiante de medicina recientemente llegado al barrio.

Lo importante es no perder de vista a *papá Macabeo*...

Por cierto que, sin responder al siniestro remoquete, el hombre de cuello de toro fué a instalarse junto a una mesa de un rincón.

Por la puerta, abierta de par en par a la tibieza de la noche, veo cuanto sucede dentro.

Por fin penetro. Y los que cenan guardan silencio. Pero súbitamente, una voz dice:

—¡Vaya, lindo mozo!

Y noto risas ahogadas...

Como estoy acostumbrado, no le doy importancia a ello... Mi vida sería un pugilato, si así no lo hiciese. Como es natural, lo que ha llamado la atención no es mi elegancia, muy relativa, sino mi fealdad... Y para que no me quepa duda, otro bromista dice:

—Oye, Carlos..., tu mujer, ¿no buscaba un amante?

Ahora ya las carcajadas son estruendosas.

Pero Carlos, que es el dueño, conserva la seriedad, único entre todos, y se me acerca para preguntarme qué deseo.

Ni he comido, ni sé si tengo hambre, ni sé si podré comer... Sin embargo, como *papá Macabeo*, pido un trozo de Gruyère, pan y vino.

Los que cenan, intentan varias veces trabar conversación con mi hombre.

—¿Fué hoy *la distribución*, papá Macabeo?

Papá Macabeo termina por enojarse y, plegando el diario vespertino que leía mientras comía, mira a su interlocutor de arriba abajo, parece apreciar en su justo valor su esquelética estructura y le dice

con voz dulce, que contrasta con su aspecto rudo y salvaje:

—En *la distribución*, no daría yo por tu carroña ni diez francos, a pesar del cambio.

Es indudable que papá Macabeo es empleado de anfiteatro o cosa parecida.

—No te enojes, Bautista —dice el otro levantándose—. ¿No se puede gastar una broma?

Espero a que se marche Bautista. Y por la conversación de los que cenan, que son algo colegas, o sea empleados en los hospitales de la orilla izquierda, me entero de que Bautista es un hombre huraño, poco amigo de bromas. Parece ser que se trata de un hortelano arruinado por el granizo y los usureros, y recogido por Jaime Cotentin (hablan de Cotentin con el mayor respeto), quien lo empleó en los "trabajos prácticos" y luego se sirvió de él para sus trâbajos particulares. Bautista es el que le recoge las piezas anatómicas que el estudiante necesita para sus experimentos personales. En la escuela, a ciertas horas que no son un inconveniente para nadie, pusieron a disposición del estudiante un pabellón en el que se encierran éste y papá Macabeo. Todo ello se hace a espaldas del reglamento. Pero nadie dice nada. A Jaime Cotentin se le permite todo... ¿Acaso se trata de un genio?...

XIII

25 de junio. — Ya conozco el domicilio de Bautista (papá Macabeo); pero me cuidaré bien de no preguntarle quién es Gabriel.

Ni eso ni otra cosa le preguntaré.

Primero, porque es probable que no sepa nada, y segundo, porque estoy casi seguro de que nada respondería.

Ese hombre ha de ser muy adicto a Jaime Cotentin para que éste, que no quiere *ayudante*, le haga asistir a sus trabajos, donde le presta una ayuda meramente material.

La cara tan vulgar (ni siquiera es feo) de Jaime Cotentin tomó súbitamente en mi espíritu proporciones inmensas. Y he querido leer algunos de los artículos que de cuando en cuando publica en la nueva *Revista de Anatomía y Fisiología Humanas*. Son algo verdaderamente notable.

En ellos hay una altura y una audacia de miras que trastornan todas las viejas teorías. En otros tiempos no dudo que toda la antigua escuela se hubiera estremecido. Pero en la actualidad hay pasión por lo incógnito. La guerra pasó abriendo un abismo — o, si se quiere, colmándolo — entre el pasado y el porvenir.

Tengo a la vista un artículo sobre "La degradación de la energía en el ser viviente", donde, a propósito de las tan interesantes teorías de Bernard Brunhes, se dicen estas frases, de las cuales la última me estremeció:

"En semejante termodinámica pudiera encontrarse cuerpos que se transformaran en cierto sentido, siendo así que la termodinámica clásica anuncia su equilibrio o su transformación en sentido inverso... Si un sistema pudiera, en una transformación isotérmica, *proporcionar un efecto útil superior a su pérdida de energía utilizable*: EL MOVIMIENTO CONTINUO YA NO SERIA IMPOSIBLE."

Ni Duhem ha escrito nada más fuerte al fin de su obra sobre la viscosidad, el roce y los falsos equilibrios químicos... Y nos hallamos frente a la hipótesis de Helmholtz realizada, frente a la hipótesis de una *restauración posible de la energía utilizable en los seres vivos*...

Es decir: ¡la derrota de la muerte!... ¡Siempre el movimiento continuo!...

Por lo tanto, el viejo relojero y el joven estudiante están animados por idéntico pensamiento; el primero, desde el punto de vista mecánico; el segundo, desde el punto de vista fisiológico...

¡Oh, qué intensa debe de ser la vida de los cerebros tras esta pared por cerca de la cual me paseo esperando a Cristina..., y que separa los dos extraños dramas cuya clave no poseo todavía!...

Lo que tengo es la llave de la puertecilla que da al jardín de los Coulteray, en el cual me hallo en este momento. Parece ser, porque yo no estaba presente cuando ella la pidió, que el marqués no puso ningún reparo para entregarla... Me la facilitó con la mayor naturalidad del mundo, diciendo:

—Puede venir cuando quiera... ¡Está en su casa!...

Esto ocurría ayer... Hoy he de entregar la llave a Cristina... Pero son las cinco de la tarde y todavía no ha vuelto...

Hace varios días que es más difícil de ver. Me figuro que Gabriel reclamará sus cuidados...

La salud del hombre misterioso debe de ser mejor, a juzgar por los brillantes colores de Cristina...

La intervención quirúrgica lo habrá salvado definitivamente. Y no desespero de volverlo a ver paseando por el pequeño jardín de los Norbert, llevado del brazo por su bella enfermera...

Aunque parezca extraño, ¡me parece que voy a odiar a Cristina!... ¿Por qué?... ¡Oh misterios del corazón humano!... ¡Porque engaña con ése a Jaime Cotentin!...

Ahora que penetré un poco en el cerebro del estudiante, Cristina me resulta una muñeca odiosa, despreciable... Si no lo quiere, ¡que no le prometa nada!... Si no lo ama, ¡que se lo diga!... Pero ¡engañar a un hombre semejante!... ¡Hola, ya está aquí!... ¡Qué juventud trasciende de ella!... ¿Cómo no habrá de curar Gabriel ante esa sonrisa?... ¡Unas manos tan bellas sacarían de la tumba a un muerto!...

A propósito de tumbas y de muertos... No volví a ver a la marquesa... Por lo tanto, no tengo que buscar excusas para devolverle sus viejos escritos de brucólacos, que por cierto seguí hojeando, y que terminaron por darme asco a causa de su estupidez.

En cambio, Cristina vió a la marquesa. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? No lo sé. Me dijo que la marquesa estaba otra vez mal y que Saib Khan la veía casi a diario.

—¿Se ha retrasado? — le pregunté mirándola a los ojos.

—¿Por qué me mira siempre así? — exclamó Cristina acentuando su sonrisa —. Se diría que tiene algo que reprocharme.

—Lo único que pudiera reprocharle es su ausencia.

—¡Qué galante! — dijo mirándome algo burlonamente por sobre el hombro, y encaminándose a la biblioteca.

Yo me había ruborizado intensamente. ¡Pensar que he llegado a semejantes tonterías!... ¡Como si fuera un Adonis!...

Cuando, ya en la biblioteca, le entregué la llave del jardín, me dijo:

—Ahora es como si estuviésemos en nuestra casa... Llegamos por el jardín y salimos cuando queramos... No tenemos que tratar con el viejo portero ni tampoco que atravesar todo el palacio bajo las inquisitivas miradas de Sangor y entre las simiescas cabriolas de Sing-Sing.

—Eso, usted... Yo no tengo llave...

—Mañana habrá una igual para usted. Ya lo sabe el marqués. Quiere que estemos como en nuestra casa y que nadie nos moleste.

—¿De veras?

—Tan es así — dijo dirigiéndose a la puerta que comunicaba la biblioteca con el pequeño vestíbulo —, que esta puerta está cerrada, condenada... El solamente puede entrar aquí...

—¿Sí? —pregunté asombrdao—. ¡Cuántas precauciones!

—*No quiere que venga a estorbarnos la marquesa.*

—¡Comprendido, comprendido!

Yo hubiera debido alegrarme del aislamiento en que se nos dejaba a Cristina y a mí. No obstante, las muy obscuras circunstancias en que el acontecimiento se producía, así como el pensar en la otra mujer aislada que agonizaba arriba, agotada por una imaginación loca, me causaron cierto malestar que no sabría definir, pero que se siente en vísperas de alguna desgracia vagamente presentida... Y, efectivamente, varios minutos después, un incidente muy raro y hasta trágico vino a trastornarnos a Cristina y a mí en un grado que no podría explicar...

Habíamos comenzado a trabajar con una ventana abierta al jardín, cuando de repente fuimos sorprendidos por un desgarrante grito de dolor que llenó todo el palacio...

Cristina y yo nos pusimos de pie, intensamente pálidos... ¡Habíamos reconocido la voz de la marquesa!...

Luego hubo gemidos, llamadas, gritos guturales de Sangor, maullidos de Sing-Sing y, sobre todo, órdenes breves, coléricas, del marqués:

—¡Corred! ¡Más aprisa!...

En el vestíbulo, en la escalera, en todo el palacio, oíanse grandes carreras y muebles derribados...

Me precipité a la puerta, que resistió. Cristina me dijo:

—¡Por el jardín, por el jardín!...

Y nos lanzamos al jardín, que por una pequeña avenida lateral comunicaba con el patio de honor, al que llegamos jadeantes y ansiosos.

En el umbral de la sombría bóveda, cuya puerta hallábase cerrada, estaba el viejo portero, que parecía muy emociona-

do, como incapaz de hacer ningún movimiento.

Tan pronto nos vió, gritó:

—¡No intervengan!... ¡No intervengan!... Se trata de otra crisis de la señora marquesa...

Seguimos adelante y, subiendo de cuatro en cuatro los peldaños de la escalinata, penetramos en el palacio.

Ahora todo el alboroto se oía en el primer piso.

Guiados por un ruido de puerta rota y hundida, llegamos a un corredor que daba a las habitaciones de la marquesa... Allí había una puerta agujereada como por una catapulta. Luego, la alcoba de la marquesa...

La desventurada gemía y forcejeaba entre las manos del marqués... Llevaba un vestido de gala hecho jirones... Las pieles de siempre estaban en el suelo, a sus pies, como una alfombra de nieve... Y ella era más blanca que sus pieles, más blanca que la nieve...

Sing-Sing, cuyos ojos de jade refulgían con un brillo incandescente, ayudaba al marqués a sujetar su esposa.

En cuanto la desgraciada nos vió, lanzó un agudo grito en que ponía no sé qué esperanza:

—*¡Esta vez fué en el brazo!*... Miren...

Levantó su brazo. Y no lejos del hombro, vimos una heridilla por la que fluía abundante sangre roja...

—¡Ah! *¿Estaban aquí?* — exclamó el marqués; y aquello me asombró, pues, por lo visto, no nos creía en el palacio —. ¡Mejor!... Podrán ayudarme a calmarla... No pasa nada, absolutamente nada... Se hizo una pequeña herida... *¡Apuesto cualquier cosa a que es un pinchazo del rosal!*... Pero se pone de una manera alarmante...

La marquesa, mientras tanto, no dejaba de repetir como en una especie de estertor:

—¡No me dejen!... ¡Por favor, no me dejen!

Sangor acudió... También pareció tan sorprendido como su amo por hallarnos allí... Llevaba en la mano un frasco en cuya etiqueta leí: *Citrato de sosa.*

El marqués, tan pronto vió el frasco, gritó:

—¡No es eso, imbécil!... Te pedí el *cloruro de calcio.*

Sangor se inclinó, se fué y poco después volvió con el cloruro de calcio pedido.

Bajo la acción del cloruro, la sangre que manaba de la pequeña herida pronto se detuvo... El marqués prodigaba cuidados a su esposa con gran dulzura y palabras de aliento, mientras ella se pasmaba...

Miré la herida. No era mayor que un buen pinchazo de alfiler.

Entretanto, apareció el doctor indio.

El marqués le dijo:

—Se hirió en el brazo y, naturalmente, hubo una nueva crisis.

Saib Khan rogó que se le dejara solo con la enferma.

Esta abrió los ojos y nos miró tan suplicante, que me sentí intensamente conmovido. Sin embargo, ante las miradas de Saib Khan y del marqués, no se atrevió a decir nada. Sus labios temblorosos no dejaron pasar más que un débil gemido. Hubo que abandonarla.

El marqués ya nos lo indicaba. Salimos de la habitación. Sangor y Sing-Sing nos seguían.

El marqués nos señaló la puerta hendida.

—Tuve que hundirla — nos explicó —. En sus crisis, no podemos dejar sola a la marquesa. Se mataría, arrojaríase por el balcón, se aplastaría la cabeza contra la pared...

—Pero ¿qué ha pasado? —inquirió Cristina.

Yo no pregunté nada. Estaba sumamente turbado y apenas me atrevía a mirar al marqués, de tanto como temía que pudiera leer mis pensamientos, en mis inciertos y espantosamente inquietos pensamientos.

Nos condujo a un saloncito reservado para la marquesa en la planta baja, y que aun tenía abierta una ventana al jardín. Junto a la ventana trepaba zigzagueante un rosal.

—La marquesa estaba tomando el fresco en esta ventana — nos explicó el marqués —. Yo no la he visto; pero Sing-Sing, que salía del garaje, la vió cuando lanzaba su *grito de crisis*... Ella, inmediatamente, con un desesperado clamoreo que no le oyera hacía tiempo, corrió al primer piso, para encerrarse en su habitación... Yo estaba en mi despacho... Pero no necesitaba explicaciones... *¡Sabía de qué se trataba!*... Todos corrimos tras ella... Hubo que forzar la puerta... Ya saben ustedes tanto como yo — agregó, dirigiéndose a mí —, *puesto que nadie ignora nada de mi desgracia...*

Cristina y yo regresamos a la biblioteca: ella, cariacontecida; yo, cada vez más agitado...

—¿Qué opina de todo esto? — me preguntó la joven.

Le dije:

—Cuando hemos entrado en el cuarto de la marquesa, ¿se fijó usted en la cara del marqués?

—No, solamente miraba a la marquesa.

—Pues yo miré al marqués... ¡Tenía cara de pocos amigos!... Sus ojos sanguinolentos parecían a punto de salirse de las órbitas como dos esferas de rubí; su boca abríase mostrando unos dientes feroces y sangrientos, y toda su cara parecía una de esas caretas japonesas hechas para asustar al enemigo. Nunca vi nada comparable a aquello, como no sea la traza ferozmente alegre del busto del marqués de Gonzaga que ocultan cuidadosamente en Mantua, en la planta baja del Museo Patrio, en un pequeño cuarto que recibe la luz por la plaza de Dante... El marqués del busto parecía en la víspera de Fornoue, el día en que pagó diez ducados por la primera cabeza francesa cortada por sus estradiotes, y en que besó en la boca al hombre que se la traía... No era un vampiro; pero en cierto modo era un bebedor de sangre...

—Concrete su pensamiento — me dijo Cristina con voz sorda —. ¿Cree usted que realmente hemos sorprendido a "nuestro marqués" *la víspera de Fornoue?*

—Sería algo tan espantoso que no me atrevo a concretar semejante pensamiento...

Y me apresuré a agregar:

—Quizá se tratase solamente de una apariencia.

—De todos modos — murmuró Cristina —, si bien la víspera de Fornoue creía Gonzaga que iba a hartarse de nuestra sangre, al día siguiente su esperanza fué frustrada.

—Sí; alguien aguó la fiesta...

—Mi impresión — dijo Cristina — también es que hemos estorbado... Pero, tomando las cosas desde el punto de vista *natural*, no hay que asombrarse de que el marqués se viera desagradablemente sorprendido con nuestra llegada...

—¿Y *si fuera verdad?* — pregunté.

—¿Si fuera verdad?... ¿Si fuera verdad?... — repitió ella.

—Dejemos de lado lo que es necesario dejar de lado... En fin de cuentas, ¡no se precisa haber vivido doscientos años para tener instintos de fiera!...

—Luego ¿usted cree?..., ¿usted puede creer?...

—Mire, Cristina... ¿Recuerda que Sangor, al llegar por primera vez al cuarto, llevaba un frasco?

—Sí, un frasco que contenía *citrato de sosa*...

—¡Eso es!

—Y el marqués le dijo que se lo llevara y que trajese *cloruro de calcio*..., ¿verdad?

—Exactamente, Cristina. Ahora, ¿puede decirme qué hizo el marqués con el cloruro de calcio?...

—Contener la hemorragia...

—Está bien... Pero ¿sabe usted, Cristina, para qué se emplea el *citrato de sosa?*

—¡No!

—Pues se emplea para provocar la hemorragia...

La joven me miró como si creyera que me estaba volviendo loco.

—¿Para provocar la hemorragia?

—Me explicaré... Mejor dicho: sirve para que *la sangre siga fluyendo*, desde el momento en que impide la formación del coágulo de sangre que cerraría la herida... Si la herida o el pinchazo se frota con citrato de sosa, la vena sigue derramando sangre como agua de una espita... ¡Y hay más!... *Una boca que aspirase esa sangre y a la que se frotase con citrato de sosa, no tendría que temer la coagulación con que hay que contar siempre*...

—Lo que me dice es realmente horrible. ¿Dónde lo aprendió?

—En los más elementales libros de medicina... Un encuadernador que no se interese solamente por las encuadernaciones, tiene facilidades para enterarse de muchas cosas útiles.

Me seguía mirando y vi que estaba tan agitada como yo.

—¡Horrible, horrible! — repitió —. ¡La ciencia al servicio del vampirismo!...

—En nuestros días, el vampirismo, si es que lo hay, tiene que ser forzosamente científico.

Nos dimos cuenta de que ambos estábamos mirando los cuatro retratos de los cuatro Coulteray, que en lo alto de la pared nos contemplaban con mirada enigmática y turbadora. Declinaba el día, no dejando para contorno de las cosas más que una línea indecisa, una especie de esfuminatira.

—¡Lo cierto — exclamó Cristina — es que se parecen de una manera extraña, muy extraña!

—¡Como que son el mismo! — repuse yo, procurando poner en el tono cierto desenfado e ironía —. *Ha tenido tiempo de perfeccionar su método*...

Pero pronto dejamos de bromear..., porque arriba seguían los gemidos...

Y como los gemidos se prolongasen, ambos nos estremecimos.

—De todos modos — insinué —, convendría saber cómo se produjo la herida... Al fin y al cabo, el marqués nos habrá contado lo que le haya parecido conveniente...

XIV

Era tarde. Ya hacía tiempo que había pasado la hora de cenar... No nos decidimos a abandonar aquellos lugares donde moraba un dolor tan misterioso... Supondrían que nos habríamos marchado ya...

No era nuestro propósito ocultarnos.

Resultaba indigno de nosotros. Ahora bien: en aquellas circunstancias, quizá nos necesitaran. Y eso es lo que podríamos responder a quien se asombrara de hallarnos todavía allí...

En nuestro gabinete de trabajo habíamos prendido la lamparilla portátil, cuyo resplandor proyectaba un claro cuadrado en la obscuridad del jardín.

De súbito, en el palacio reinó un gran silencio, silencio que tal vez nos pesaba más que el lúgubre gemido, el monótono gemido que poco antes nos causaba tan aguda angustia...

Así pasó media hora. Trabajamos vagamente en no sé qué cosas, aunque ocupados por pensamientos que no nos atrevíamos a comunicarnos. Por fin quebré el silencio, preguntando a Cristina:

—Ahora, ¿cree usted que el marqués la dejará tranquila?

Pareció muy sorprendida.

—¿A qué viene esa pregunta? —replicó muy emocionada—. ¿Cree usted que lo que pasa arriba y lo que pueda suceder aquí tiene algo que ver?

—¿Es que no renovó las tentativas?

Pareció vacilar un instante, y finalmente dijo:

—¡No! Ya me preparé las cosas para que no reincidiera...

—Realmente, no puedo menos de reconocer que el marqués se portó siempre con una corrección esmerada con usted... Diríase que no se atreve ni a mirarla, ni aun cuando le habla...

—Sin duda —explicó ella con toda naturalidad— está avergonzado de haberse dejado llevar por... lo que pudiéramos llamar la violencia de su temperamento... En esos momentos, a decir verdad, no resultaba nada simpático... ¡No se sabía si quería abrazarme o morderme!...

—¿Morderla? —repetí, mirándola...

—¡Cuidado con las interpretaciones! —repuso ella—. Es un modo de hablar... ¡Yo no creo en los vampiros!... Pero, de todas maneras, me daba miedo...

—¡Es extraordinario, Cristina, que usted haya continuado aquí!

—Ya le expliqué la causa, amigo Masson.

Y esta réplica me la lanzó como si yo la hubiera ultrajado...

Pero ella misma rompió el penoso silencio subsiguiente, preguntando:

—¿Es cierto que tiene usted una hermosa casa de campo?

Esperaba tan poco aquella pregunta, que quedé pasmado...

—¿Por qué lo pregunta?

Mirándome con profundo asombro, dijo:

—¿Qué le ocurre?... Creo que no tiene nada de particular...

—¿Por qué me habla de mi casa de campo?

—¿Cómo iba a pensar, Dios mío, que esto pudiera inmutarlo?... ¡Si está pálido!... Pero se lo voy a explicar... El marqués fué quien me dijo que tenía usted una preciosa casa de campo. Y se extrañaba que aun no me hubiera invitado a ir a ella...

—Pero ¿cómo sabe que tengo una *preciosa* casa de campo?... ¡Ay, Cristina!... casa de campo no es bonita, sino la más triste y melancólica mansión que se pueda encontrar entre los comienzos del bosque y un estanque negro, fangoso, con aguas de plomo... ¡No la invitaré jamás, Cristina!... ¡Y *no vaya nunca*!...

Ella cada vez estaba más estupefacta.

—¡Qué cosas más extrañas me está diciendo!... No esperaba que tanto lo inquietara la pregunta... No insisto más, amigo mío...

—¿El marqués no le dijo cómo se enteró?

—Sí... Parece ser que cierta vez se le ocurrió la idea de comprar los vastos territorios de Corbillères-les-Eaux... Su casa está por allí, ¿no?

—Sí... Junto al estanque, muy cerca del estanque negro...

—El marqués visitó aquellos parajes y se informaría acerca de los propietarios de los terrenos que deseaba comprar para hacer de ellos una sola finca... Y entonces tendría ocasión de ver que su casa es bonita.

Yo estaba tan agitado, que me dirigí a la ventana y la abrí... Necesitaba respirar... Necesitaba recobrar mi calma... Estaba contrariadísimo conmigo mismo por no haber sabido dominarme...

En aquel momento, en el rectángulo de luz que se extendía sobre el césped delante de mí, vi que se deslizaba un bulto blanco, ligero y silencioso como un fantasma.

Sólo tuve tiempo para precipitarme a la puerta que daba al jardín y que había quedado abierta. Así pude recibir en mis brazos al pobre ser agonizante, que ya no pesaba más que una sombra. Su aliento expiraba en sus exangües labios. El óvalo de su rostro se había alargado en una línea más ideal aun. La muerte parecía fijar ya aquella frágil imagen para la eternidad. Y el resplandor que vagaba en el fondo de sus órbitas, abiertas como dos abismos, ya no pertenecía a este mundo...

Y ella, mirando cosas que nosotros no podíamos ver porque no estábamos en la frontera de la nada, nos dijo a los dos, porque también Cristina habíase acercado:

—*Ya estarán convencidos... ¡No me dejaron más que el alma!...*

Con sumas precauciones la dejamos en un sillón. Su cabeza, apoyada en el respaldo, era tan bella como un mármol sobre una tumba. Parecía mirar por última vez (y ahora sin espanto, porque esperaba huirle al franquear las puertas de la muerte) al *monstruo de las cuatro caras*, que desde la pared le dirigía sin cansarse su sonrisa temible.

—Hoy —dijo penosamente la marquesa— han visto ustedes su quinta cara cuando va a bebérseme la vida... ¿Verdad que les espantó?... Ahora se fué, se fué con toda mi sangre... Y voy a morir *porque no me da miedo la muerte*...

"Sí: me he entendido con Sangor, que hace cuanto se le pide con tal de que no esté prohibido por su religión... Cuando yo esté muerta, vendrá a mi tumba a cortarme la cabeza. Y así no habrá temor de que yo vuelva, como el monstruo, a beberme la sangre de los vivos...

"¡Los vivos pueden estar muy tranquilos!

"Es la única manera de salvarme de la vida y de la muerte...

"¡Qué feliz soy!... Estoy segura de Sangor, de que me cortará la cabeza, como se ordena en el libro *contra la resurrección*...

"¿Leyó usted los libros que le entregué, señor Masson?... Entonces, ya sabe que es necesario que se me corte la cabeza...

"Sí, sí... Estoy segura de Sangor, porque le di un magnífico collar de perlas...

Y pronunciaba estas frases entrecortadas, como si a cada instante fuera a morir.

En cuanto a mí, me hubiera gustado hacerle una pregunta aprovechándome de que *aun* era tiempo.

Hubo un momento en que calló la marquesa, echó la cabeza hacia atrás con los párpados caídos y el cuello tenso, cual si lo ofreciera al cuchillo de Sangor.

Y le dije:

—El marqués nos contó que cuando usted lanzara el primer grito estaba tomando el fresco en la ventana del tocador y se había pinchado en el brazo con una de las espinas del rosal que trepa por la pared...

Abriéronse sus párpados para dejar pasar una llamita que, casi inmediatamente, apagóse entre las pestañas.

—No me pinché en el rosal; nadie grita desesperadamente cuando se pincha en un rosal... Grité porque me ha *mordido*...

—¿Estaba con usted en el tocador?

—¡No!

—¿Estaba en el jardín?

—Tampoco... No sé dónde estaba.

—Pero ¿cómo es eso? ¿La mordió sin estar con usted?

—Claro... Muerde cuando quiere y como quiere... En vano me envuelvo con pieles.

—¿Acaso *muerde a distancia*?

—¡*Sí*!

No había más que hablar. El asunto estaba listo para sentencia...

Y los tres estábamos abatidos por ideas diferentes, cuando Sangor apareció.

En sus poderosos brazos se llevó a la desventurada, cuya cabeza cayó sobre su hombro. ¡Oh, la cabeza que yo veía ya en un sueño de horror y de locura separada del tronco!

Por lo demás, ya se me aparecía todo bajo aquellos horribles colores... Y hasta la mirada de Cristina me pareció un poco turbia cuando, al quedarnos solos, le pregunté:

—¿Qué opina de todo esto?

Y, cosa rara, fué la primera vez que al referirse a la marquesa no le oí decir: "¡Está loca!".

XV

30 de junio. — ¡Todo ha concluído! ¡Todo ha concluído! Y yo tengo la culpa. He perdido a Cristina y estoy nuevamente desterrado en mi siniestra casucha campestre de Corbillères, junto al estanque de las aguas plúmbeas.

Paso los días guardando el luto de mis últimas ilusiones y de mi loco amor...

Esta última e insípida frase me exalta el corazón... ¿Ilusión? ¿Loco amor?... ¿Voy a poder escribir con agua de rosas lo que me ha ocurrido?... Me había transformado en una especie de bestia embrujada en torno de Cristina.

Conviene decir que hacía una semana

que estábamos solos en el palacio. El marqués habíase llevado a la expirante marquesa a su viejo castillo de Coulteray, sin duda para que estuviese más cerca de la tumba que la aguardaba.

Toda la servidumbre los había seguido. ¡Solo con Cristina!

Y he aquí lo que aconteció:

Fué una noche después de cenar... Sin habernos dado cita, Cristina y yo estábamos en el jardín donde algunas veces nos encontrábamos...

Después de las escenas que presenciáramos había cierta cosa misteriosa que parecía unirnos más. Al menos, así lo imaginaba yo, que nunca había visto a Cristina tan confiada, ni tan sencilla, ni tan cerca de mí.

La noche, después de un día de intenso calor, era dé una inefable dulzura... Yo nunca fuera tan feliz. Estábamos sentados uno al lado del otro. Una misma ternura (que en Cristina quizá no era, ¡ay!, más que serenidad) nos tenía silenciosos. Mis pensamientos volaban. A nuestro alrededor las grises murallas fundíanse en el descanso; una solitaria encina titubeaba de embriaguez inclinándose sobre el oscuro abismo de nuestros corazones. Con gesto inconsciente, mi mano se posó sobre la suya. Y la mano tibia permaneció en la mía.

Claro está que, naturalmente, cuando pienso en aquel inolvidable minuto, evoco la noche, las propicias tinieblas, el velo sagrado tras el cual fué olvidada mi fealdad. Del hecho de que Cristina no hubiese retirado la mano deducía yo que mi contacto no le disgustaba, cosa que podía pasar por la mayor victoria de mi vida. Y en aquel momento ella me preguntó, con el tono de la más burlona confidencia:

—¿Está verdaderamente loca?

—¿Quién? —interrogué yo, bastante despechado al darme cuenta de que incluso entonces el pensamiento de la joven estaba tan lejano que yo no lo alcanzaría jamás.

—¿Quién ha de ser? La marquesa.

—Si he de serle franco, ahora no pensaba en esa desventurada... ¿Por qué me pregunta eso?

—Porque...

—¿No estábamos de acuerdo en lo que a ello se refería?... ¿Podemos hacer otra cosa que tenerle lástima?...

—¡Tenerle lástima! —repitió Cristina con su voz de ensueño—. No ha sabido resistir...

—¿Qué quiere usted decir?... Explíquese, Cristina, se lo ruego...

—Si le digo esto, cosa a la que no concedía la menor importancia, es debido a cierta coincidencia que, lo confieso, no deja de preocuparme...

—Me intriga, Cristina...

Mientras tanto, su mano seguía en la mía, lo cual me inspiraba tales pensamientos, que a duras penas podía seguir el hilo de sus palabras.

—*Pues bien: también yo me he pinchado...*

—¡Dios mío!... ¡Explíquese, Cristina, explíquese!...

—*También yo me he pinchado en el rosal...* Pero hace tiempo de ello... *Y me pinché precisamente en el brazo y en el mismo lugar que ella... Y antes que ella...*

Intenté mirarle la cara; pero la tenía inclinada y dada vuelta.

—Tiene gracia eso —dije yo con gran frialdad—. Estaba usted asomada a la misma ventana y fué pinchada por el mismo rosal... ¡Es algo realmente extraordinario!...

—No —dijo ella, con su voz siempre lejana—. No tiene nada de extraordinario... Pero figúrese que a consecuencia de aquel pinchazo me sentí como embotada, ya que no como envenenada, y en un estado de debilidad cerebral tal, que al entrar en la biblioteca me tiré en el diván y cerré los párpados y tuve el más doloroso de los sueños...

—¿Cuál?

—Vi al marqués con el horrible rostro que usted le encontró la otra tarde, cuando penetramos en las habitaciones de la marquesa al saber el accidente... Se acercó a mí. Y a pesar de todos los esfuerzos para alejarlo, apoderóse de mi brazo y pegando sus labios a mi herida, aspiraba toda mi sangre, toda mi vida...

—¿Tuvo usted realmente ese sueño?

—Sí, señor.

—¿Le había contado ya la marquesa todas sus historias de brucólacos?

—Sí.

—¿Y usted se durmió en el diván, debajo de los retratos de los cuatro Coulteray?

—Exactamente.

—Entonces, Cristina, usted misma puede sacar la conclusión.

—¡Ya la saqué! ¡Ya la saqué!... Pero entonces, no había visto a la marquesa pinchada como yo en el brazo por inclinarse a la misma ventana, ni la había visto gritando como un fantasma: "¿Se han convencido ahora?... ¡No me han dejado más que el alma!..."

—¡Pero, Cristina!...

—Lo mismo digo yo... "Pero, Cristina..."

—¿Y cómo se resolvió su caso? —pregunté, impaciente por el quejumbroso e inquietante tono que tomaba para contarme su sueño.

—Pues se resolvió cuando me desperté...

—¿Estaba sola entonces?...

—¡Sí!

—¡El marqués no estaba allí?

—No. Lo primero con que tropezaron mis ojos fué con la imagen de los cuatro Coulteray, dentro de sus marcos.

—¿Y usted cómo se hallaba?

—Anonadada.

—¿Qué hizo?

—Ver al marqués y decirle que no me probaba estar en su casa y que quizá estuviera algún tiempo sin volver...

—¿Le contó el sueño?

—Sí...

—¿Y qué dijo?

—Que su esposa nos volvería locos a todos... También me aconsejó que fuera a descansar una semana o dos al campo... *Precisamente fué entonces cuando me habló por primera vez de Corbillères-les-Eaux*...

Me estremecí; pero ella ni tan siquiera lo advirtió...

—¿Y no fué al campo?

—No... No podía dejar a mi padre ni a Jaime...

(Yo pensaba: ni a Gabriel.)

Hubo un silencio. Luego agregó:

—Sin duda me tomará usted por una necia... Y quizá hago mal en hablarle de que esta casa, con sus singulares habitantes y con sus trazas misteriosas, produjo en mí un extraño sentimiento de inquietud..., después del accidente del otro día.

—*Sin embargo, ha venido con más frecuencia que nunca*... —exclamé, acercándome a ella (nuestras manos seguían unidas)—. ¡Oh, Cristina, Cristina, alma querida! Cada casa, como cada corazón, tiene su misterio... (Ahora fué ella la que se estremeció...) Le juro, Cristina, que ese pinchazo de rosal que ha hecho sangrar su brazo no es nada comparado con otras horribles heridas por las cuales fluye y se derrama hasta la última gota la vida de un corazón. ¿Por qué representarse a los vampiros con cara de muerto? El mayor brucólaco del mundo es un niño de rosadas mejillas con un carcaj y flechas... ¡Se llama el Amor!...

—¡Tiene razón, amigo mío! —aprobó Cristina en voz muy baja e inclinando la cabeza.

¡Qué silencio siguió a aquellas palabras! Por fin, al oído de la que junto a mí callaba, me atreví a murmurar el principio de una lamentación fruto de mi ingenio, que a ella debía de gustarle, por cuanto la había aprendido de memoria:

"¡Oh, dulce dama! ¿Cómo viniste hasta aquí? — Extrañas son tus pupilas — extraño tu vestido — extraña la gloriosa longitud de tus trenzas."

No me dejó seguir; pero su mano estrechó nerviosamente la mía. Y semejante presión precipitó el curso de mi vida hasta la sensación del ahogo.

—Repóngase, Benito —me dijo levantándose y dejándome libre la mano—. Hace mal en decirme tantas cosas bonitas. Mi vestido no tiene nada de extraño, ni usted nunca vió suelta mi cabellera, porque no soy coqueta ni excéntrica. Y si vengo aquí más de lo corriente es porque no está el marqués.

Dicho esto, entró en la biblioteca, mientras yo me quedaba anonadado en el banco.

Unos instantes después me levanté vacilante y dispuesto a recibir injurias. Pero en nuestro pequeño despacho me encontré con que Cristina estaba llorando.

Desechado ya mi furor, me disponía a pronunciar unas palabras de consuelo en las que, como es natural, no dejaría de cargar con todas las culpas, cuando me di cuenta de que las lágrimas de Cristina caían sobre la imagen cincelada (en la cual había trabajado con una asiduidad que tanto me hacía sufrir) del hermoso Gabriel.

Así que al instante sentí en mi interior un río de amargura, de la que destilé varias gotas:

—¡Ah, si yo fuera tan bello como ése!...

Creí que la cortaría. ¡Qué error! Me lanzó una mirada en la que brillaba una innegable simpatía, y me dijo:

—¡Ay, si usted fuera tan bello como él!

Era para morirse de risa si yo no estuviera tan enamorado y si hubiese podido olvidar por un segundo que era yo la primera víctima de aquella situación ridícula.

Lo más inaudito, que comenzó a abrirme extraños horizontes, fué que inmediatamente Cristina intentó arrogarse el susodicho papel de primera víctima...

—¡Ay, amigo mío, gran amigo mío!... —gimió—. ¡Qué desgraciada soy!...

—¿Cree usted, por ventura, que yo me paseo por los Campos Elíseos?...

—¡Usted es mucho menos digno de lástima que yo! —me explicó con esa lógica espontánea, cándida e irrefutable que a menudo se halla en todas las mujeres —. Y es mucho menos digno de lástima porque yo tengo la culpa de su desgracia... ¡Y menos mal *si se tratara sólo de usted!*

—¿Cómo? —exclamé, cada vez más desconcertado—. ¿Se refiere al prosector?... ¿Por qué no se casa con él?

Yo experimentaba un funesto placer en lacerarme y en lacerarla tanto como podía. Y esperaba llevar hasta el fin mis posibilidades para ello, ya que habíamos emprendido una carrera hacia el abismo.

—¡Porque no le amo! —me confesó con un gran suspiro, mientras gruesas lá-

grimas caían sobre la imagen aborrecida por mí...

—¿Puede explicarme, Cristina, cómo le dió palabra de casamiento sin quererlo?

—Porque era leal hacerlo así —repuso. —Jaime, desde su más tierna infancia, no vive más que para mí. Las contadas cosas de que está enterado usted le permitirán oírme sin sonreír, cuando yo le diga que Jaime está en camino de ser, no uno de los sabios más ilustres, sino el más ilustre entre todos los del siglo presente. Pues bien: a Jaime le importa un comino cuanto se refiere a la gloria, a la fortuna y a la humanidad en general. ¡No vive más que para mí! Ese genio, a quien no puede oírse diez minutos sin quedar maravillado, no tiene otra finalidad que estrecharme entre sus brazos y hacerme la madre de sus hijos... ¿Y quiere usted que en un segundo sople yo sobre esa llama, convierta en cenizas ese hogar, donde quizá vaya a calentarse la humanidad futura?... ¡No!... ¡Le pertenezco!... Lo sabe... ¡Y eso le da fuerzas!... Si él hubiese querido, yo hubiese sido suya... Pero tiene su propósito y su orgullo... Quiere entregarme su dote, algo que aun no se entregó en ninguna boda: *la cadena de oro mediante la cual los hombres, creadores de la vida, tendrán a su vez vencida a la divinidad.*

—¡Bello regalo! ¡Hermosa joya! —repliqué yo sin pestañear—. Pero la creación de una joya así exige mucho tiempo. Y si usted no quiere al creador...

—¡Masson!... Al decir yo, *sólo a usted*, que no amo a Jaime, quiero decir que no lo amo tanto como merece ser amado un cerebro como el de él... *¡Usted abusa de mi consideración y está en camino de traicionar mi confianza!...*

Los golpes que me asestaba a diestra y siniestra, aunque parecían acariciarme, habían terminado por aturdirme. Y entonces, perdiendo todo freno, dejé que hablara el animal que todos llevamos dentro:

—Usted tendrá consideraciones con él y también conmigo; *pero, sin embargo, a quien abraza es a ése...*

Al principio no comprendió... Pero debió sentir que pasaba ante ella alguna cosa temible, porque irguió hacia mí una cara de mujer que se ahoga... ¡Oh, la pobre mujer daba pena bajo el velo de sus lloros!... Pero era demasiado tarde para salvarla del suplicio que yo le imponía, pues mi mano señalaba aún la cincelada imagen de Gabriel, que derramaba las mismas lágrimas que ella...

Al comprenderme, se heló de pronto todo el dolor de Cristina, que se expansionaba libremente ante mí como ante un amigo... Levantóse temblorosa y fué a perderse en la oscuridad de la biblioteca, adonde yo no me atreví a seguirla...

¿Cuántos minutos transcurrieron así? No sé decirlo...

Estaba seguro de que en su aislamiento sólo pensaba en él. Y concluyó dándome la prueba de ello...

Me llamó. Su voz no tenía nada de hostil. ¿Era natural? ¿Procedía de un esfuerzo hecho para pedirme algo? No intenté resolver el problema, porque ya no dominaba mis nervios... Lo mejor era que me dejase en paz... Hubiera debido comprender que hay ciertas horas graves, cargadas de una insoportable voluptuosidad, durante las cuales es muy peligroso llamar con voz dulce a los poetas.

Me senté en el extremo opuesto del diván, por una postrera precaución, rayana en la más alta virtud, y debido a la cual reclamo el beneficio de circunstancias atenuantes en la escena fatal que me privó para siempre de Cristina.

—¡Amigo mío! —me dijo con un suspiro en que todo su amor palpitaba (no por mí, ¡claro!) *y todo su temor —. ¡Amigo mío! ¿Puede usted tener celos de una imagen?*

—¿A qué mentir? —repliqué bruscamente—. La adoro y la odio como el maldito que se halla en el polo opuesto de Dios y cuyo tormento no cesará hasta el día en que lo Bello y lo Feo se acerquen para aniquilarme. Con respecto a nosotros, ¡aun no hemos llegado ahí!... Su dulce voz, al llamarme, me pone enfermo de furor si es una añagaza... Pero me deja más blando que Hércules a los pies de Onfala si vibra con verdadera ternura, como a veces me atreví a esperarlo y *como esta noche me atrevo a suponer*... O va usted a arrojarme con duras palabras, o va a condolerse de un condenado... Yo me entiendo, yo... Tranquilícese... Dice usted que le dió palabra de matrimonio a un hombre a quien no ama, y que le ofrecerá su cuerpo virgen... ¡Sublime, sublime!... Pero ya que tiene usted *buenos sentimientos para conmigo*, va a dejar de mentirme... ¡Ay, Cristina! Lo que yo le vi abrazar no era un perfil de plata. *Esa imagen tiene un nombre. ¡Se llama Gabriel!...*

El efecto fué fulminante. La sombra de Cristina irguióse en el vano de la ventana. Y se inclinó tan cerca de mí, que noté su rápido aliento sobre mi frente bañada en sudor.

—¿Cómo lo sabe usted, cómo?

Entonces se lo referí todo... No quise ocultarle nada de mi vergonzoso espionaje... Además, le pinté crudamente las escenas que había presenciado...

Apenas me daba tiempo a respirar, porque repetía:

—¿Qué más, qué más?...

Le conté que había creído en la muerte del misterioso desconocido, que lo viera convaleciente, que presencié el horror de la operación y la abnegación y la zozobra de la joven...

—Supongo —terminé diciendo con la más triste ironía— que ya estará fuera de peligro.

A estas palabras, no me respondió... Se había desplomado junto a mí... Y entonces fué ella quien puso su mano sobre la mía... ¡Cómo ardían ambas!... Mi amada parecía terriblemente abatida... Pero por fin dijo penosamente:

—¿Qué pensó al ver a mi padre?

—Su padre —respondí— estuvo violento, y me figuré que había acabado con Gabriel... No obstante, aquel acto salvaje tenía una explicación... En cambio, eso de que una joven, con apariencias de virtuosa, oculte a Gabriel en un armario...

—¡Alto ahí! —masculló ella—. Si no quiere que lo odie, no sólo ha de abandonar ese escarnio infame, sino que ha de jurarme que olvidará todo cuanto vió... Y no se pregunte tan siquiera lo que hace Gabriel en nuestra casa, ni la significación del drama que usted ha presenciado. No es usted el único que vió a nuestro huésped. También le vió nuestra asistenta. Y sé que habló de ello con la señorita Barescat. La última versión dice que se trata de un extranjero proscripto y condenado por traidor a su partido... Son cuentos de la gente... Nosotros no tenemos que dar informes a nadie, sino a la policía, en el caso de que nos los pida. Ahora bien: no le negaré que tenemos un inmenso interés en que la policía traspase nuestro umbral lo más tarde posible... Y si, a pesar de todo, llegase a nuestra casa,

también a la policía le pediríamos que guardara nuestro secreto hasta el día, quizá no muy distante, en que podré contárselo todo... *¿Puedo confiar en usted, amigo mío?*

—¿En qué sentido?... En fin de cuentas, ese hombre no es digno de compasión, aunque haya sido maltratado por su padre... ¡Ya quisiera yo estar secuestrado como él!...

—Benito, continúa haciéndome sufrir... Y el caso es que yo podría hacerle callar con unas cuantas palabras; pero el secreto no me pertenece... Y he jurado a Jaime...

Interrumpióse de manera que no supe lo que había jurado a Jaime. Luego prosiguió:

—Terminemos en lo referente a Gabriel... Puedo jurarle, querido amigo, que mi cariño hacia él nunca pasó de los límites de un amistoso abandono. Mi cabeza ha descansado en su hombro. Mis labios rozaron su mejilla. Abracé su belleza... Pero, ¡ay!, tampoco lo puedo amar... Lo único que tiene es belleza. Su cabeza está vacía, ¿comprende?

—Siempre tienen suerte los imbéciles— repliqué con una carcajada diabólica—. Pero ¿qué necesita usted, Cristina, para ser feliz? El perfil de Apolo Pitio, el cerebro de Jaime Cotentin...

—¡Y el ardiente corazón de Benito Masson! —completó ella a media voz.

—¿Todo eso en un solo hombre? —proseguí yo en un tono cada vez más brutal. —Veo, amiga mía, que ni unos ni otros estamos cerca del paraíso.

—¡Cálmese, Benito!... Nunca me había hablado así. Y crea que me asusta.

—Envidio al hombre de la cabeza vacía —exclamé. Y me puse a llorar como un niño.

Ella cometió la equivocación, la gran equivocación, de acercarse más en un momento que no era, que no podía ser, más que de lástima, y que terminó de exaltar en mí un romanticismo desenfrenado, esa especie de frenesí de la palabra que oculta, bajo sus oropeles de feria, el humildísimo dolor de un pobre ser que nunca sintió posarse en sus labios los labios de una mujer...

Tenía gracia lo del tierno y casto abandono sobre el hombro del galán de la cabeza vacía...

En la escuela nos han enseñado la historia de una mujer, reina por la jerarquía, la belleza y la inteligencia, que besaba al poeta dormido, por feo que fuera... Y yo me presentaba ante Cristina a guisa de Alain Chartier, con un lujo de vocablos detrás del cual disimulaba en lo posible mi terrible timidez... Para unos soy un gran poeta; para otros, un saltimbanqui. Para mí, un mendigo. Bajo mis sollozos hinchados de retórica, una mujer que me amase verdaderamente leería al instante esta palabra: "Bésame".

Pero tan miserable es mi vida, que no puedo pronunciarla.

No obstante, Cristina la oyó... Y he aquí que la divina mujer se inclina hacia mí; su hálito abrasa mis arterias, mien-

tras el rojo corazón de su boca se entreabre sobre la mía... Voy a morir de gozo, voy a perecer de repente consumido por la llama sagrada... ¿Por qué no cerré los ojos?... Alain Chartier dormía... Sí; pero Margarita abría de par en par los ojos sobre aquella sublime fealdad que honraba con un beso regio...

¿Por qué cerraste los ojos, Cristina?... ¿Acaso te parece demasiado clara todavía esta noche?... ¿Es por pudor?... ¡Voy a saberlo, Cristina!

Abre, pues, tus párpados y abraza a tu poeta... ¡Animo, valor!...

Queda, pues, contento Benito, porque tu Cristina abrió los ojos al oír tu estúpida orden... Los abrió *y ha lanzado un suspiro de asco.*

La pobre hizo lo que ha podido y tú te portaste como un miserable... Estuviste a punto de estrangularla... Cayó bajo tus golpes y huiste hasta aquí, hasta las orillas del pequeño y siniestro estanque de aguas negras.

Por primera vez le pegaste a una mujer. Sólo tienes una excusa: la de que nunca quisiste a nadie como a ella...

XVI

Aquí concluyen las Memorias de Benito Masson. Merced a ellas pudimos penetrar en la gran miseria moral, en el drama interior creado por la fealdad. Era necesario. La antorcha encendida por él mismo, y a cuya luz hemos examinado al paria que es el hombre feo, va a servirnos para iluminar ciertos recovecos del drama exterior en que fué terrible héroe.

Ante todo veamos lo que sucede en su casita de campo. Lo que ya sabemos de ella no es como para tranquilizar.

Corbillères-les-Eaux está a una hora, en expreso, de París. Se desciende en una pequeña estación que comunica directamente con la plaza del pueblo, que tiene más de 800 habitantes. Hace veinte años, sólo había un apeadero. Y el apeadero ha creado la aglomeración de casas en medio de la gran llanura acuática y traidora, cuyo aspecto no recuerda en nada los paisajes amables, sombríos, frondosos, acogedores, de la Isla de Francia.

Marismas y pantanos, estanques cubiertos de plantas acuáticas y guardados por saucedas desoladas y maleza salvaje, inmenso dominio de las aves marinas y de los peces y, sin embargo, poco frecuentado por cazadores y pescadores parisienses, que gustan de la alegría del ambiente y de los encantos de la hostería.

Para ir a casa de Benito Masson, al salir de la estación, primero seguíase la carretera vecinal y luego se continuaba por estrechos y húmedos senderos, aun en la época de los calores. Y luego de haber andado media hora entre indecisas riberas, entrevistas a través de una muralla de juncos y disimuladas por el corazón flotante de los nenúfares, entrábase en una especie de circo cerrado por una pequeña loma sombría y arbolada que se reflejaba en las oscuras aguas de un estanque.

Entre el estanque y el bosque hallábase la casa.

Con sus ladrillos y su techo de pizarra hubiera resultado bonita, de haber estado menos desmoronada y hubiese tenido mejor atendidos el jardín y el huertecillo... Pero desde que pertenecía, por herencia paterna, a Benito Masson, éste no se preocupaba nada de ella, negábase a reparaciones y no quería a nadie por allí, ni aun como servidor...

El padre de Benito Masson, que había hecho buenos negocios en la encuadernación popular, había dejado a su hijo una cantidad bastante saneada, con la que éste se había dado el lujo de recorrer el mundo como artista y con una fantasía romántica, en virtud de la cual lo tomaban frecuentemente por un hombre fantástico, cuando en verdad no era más que poeta. Así es que Benito había vuelto de su viaje casi pobre. Y ya conocemos su género de vida.

Había conservado la casa de Corbillères, porque aquella soledad y aquella desolación le agradaban. Más de una vez, grandes propietarios de los contornos, que habían arrendado la caza y la pesca en los terrenos pantanosos, quisieron comprársela para instalar en ella a un guarda; pero rechazó todos los ofrecimientos.

Cuando salía de la Ile-Saint-Louis iba a refugiarse allí, para vivir deliciosamente, como un salvaje, trabajando con deleite en encuadernaciones minuciosas, en encuadernaciones artísticas, en mosaicos donde siempre acababa apareciendo alguna figura de mujer que en los últimos tiempos parecíase singularmente a Cristina, así como Cristina, por su parte, reproducía incansablemente la imagen del bello Gabriel.

Pero de pronto sentía repugnancia hacia su obra, la rechazaba con rabia y hasta la hacía trizas en el pequeño taller que se había creado para su satisfacción personal y aparte de todo espíritu mercantil... Y salía vestido de cualquier modo, soñando durante días y noches enteras en la vida de la pradera tal como la había conocido, cuando era niño, en los libros de Gustavo Aimard, asando trozos de carne sobre sarmientos, entre dos piedras, y colgando por la noche una hamaca, que él mismo había trenzado, entre dos árboles...

Y, cosa extraña, aquel hombre de extravagante aspecto, no cazaba ni pescaba, no llevaba fusil ni artilugio de ninguna clase... Pero en el bolsillo llevaba siempre una libreta y un lápiz y hacía versos, hacía versos de amor... ¡Sólo en el amor pensaba!...

Repugnante él, despreciaba a las mujeres, aunque las hubiera deseado a todas...

La aventura que acababa de vivir con Cristina, y que no hacía más que comenzar, había disciplinado un poco su cerebral frenesí. Pero antes, cada vez que se hallaba frente a una mujer, inmediatamente sentía ganas de besarla y de morderla... Sin embargo, decía que nunca había tocado ninguna, y afirmaba que jamás habían corrido peligro alguno con él, a causa de una timidez que lo paralizaba hasta anularlo por completo.

Lo que hemos reproducido de sus Memorias está bastante acorde con el carácter de Benito Masson, excepto la última escena con Cristina, escena sobre la cual, por lo demás, resbala muy rápidamente en el aludido documento. Desgraciadamente para él..., *¡estaban las seis mujeres que habían ido a su casa campestre y a las que no se volvió a ver por parte alguna!...*

XVII

Aquellas sucesivas desapariciones habían llamado la atención de más de una persona. Al principio tomóse a broma y se habló maliciosamente de ello. Luego, como pasaran varios meses sin que se viese a Benito Masson, se habló de otra cosa. Pero, de todos modos, alguien había que pensó constantemente en tales desapariciones. Ese alguien era Violette.

Violette tenía el oficio de guardacaza cuando le hacían el honor de encargarlo de tales y tan importantes funciones... Por desgracia, pasaban años en que las sociedades de cazadores desinteresábanse completamente de las marismas de Corbillères. Y entonces Violette se convertía en cazador furtivo. De todas maneras, era un gran elemento, porque con él siempre se tenía la seguridad de conseguir caza.

Violette no poseía ninguna cualidad que recordara la violeta: ni la lozanía, ni el perfume, ni la modestia... Hablando de caza y pesca era infatigable; así es que era el amo del país; nadie podía cruzarlo sin que Violette dejara de vislumbrar al osado que penetraba en sus dominios.

Siempre se le vió con el mismo indumento: viejo pantalón de terciopelo, con polainas que ya habían perdido el color, grandes botas, un chaquetón que era todo bolsillos y del que salían larguísimos cordeles, extraordinarios artilugios de pesca; un morral que no se sacaba de la espalda aun cuando no llevara fusil (casos en que, por lo demás, podía tenerse la certeza de que el fusil no estaba lejos), un cigarro que parecía una brasa apagada en sus labios secos y bajo su amarillento bigote, calcinado por el fuego del tabaco... Tenía una cara como labrada a hachazos, grandes orejas que se movían, narices siempre olisqueantes como las de un perdiguero, ojuelos de un verde claro entre largas pestañas albinas, ojuelos que, como los del águila, alcanzaban increíbles distancias...

No había otro como él para el gavilán o para abatir una bandada de patos salvajes, que atraía con un equipo de flotantes muñecos de madera, en las noches claras, aprovechando las grandes migraciones....

Vivía en una choza emplazada entre sauces amarillentos que levantaban dos filas de troncos despanzurrados al borde de las marismas. Y allí se estaba, en un dominio medio terrestre, medio acuático, entre gladiolos, sagitarios y carrizos... Tenía su barquilla, su vivero barbudo, en torno al cual movía la percha negra y pasaban rápidas las sutiles escuadras de peces plateados...

Por muchas razones detestaba a Benito Masson. Una de las más importantes era que éste le había estropeado una extraordinaria ocasión de convertirse casi en un burgués, en un verdadero guardabosque establecido en la correspondiente casa. Ello había sucedido cuando Masson se negó a vender su finca a un "pez gordo" que quería quedarse con todos los predios circundantes, caza y pesca, y que hubiera nombrado a Violette su hombre de confianza para toda la vida, pues el marqués de Coulteray (no se trataba de otro) parecía tener finalidades muy concretas con respecto a aquella comarca...

Como un verdadero señor de otros tiempos, quería dominar todo el país y que nadie le molestara en las inmediaciones de la gran propiedad que había adquirido al otro lado del vallecito y donde su amante, una bailarina, una india célebre, llamada Dorga, daba todos los años, en fecha fija, unas fiestas a las que concurría gente desde muy lejos, hasta de Inglaterra... Pero el estúpido Benito Masson, que al parecer ignoraba aquellas circunstancias, no quiso saber nada con respecto a la venta.

Violette fué a ver un día al encuadernador para tantearlo. Y éste le dió con la puerta en las narices, como a un ladrón. Ni tan siquiera tuvo ocasión de pronunciar el nombre del marqués. No lo dejó decir ni diez palabras... Y el marqués se desinteresó por lo tanto del asun-

lo... El viejo guardabosque ni tan siquiera había vuelto a verlo...

Ahora bien: esta razón para odiar a Benito Masson, a pesar de su importancia, no era la más fuerte que tenía Violette. La primera y principal de todas era que aquel hombre horrible, feo como los siete pecados capitales, le molestaba en la marisma, no porque Benito Masson fuera repugnante a la vista, *sino porque Violette no podía comprender lo que iba a hacer allí el otro.*

Para Violette, Benito Masson era el mayor misterio del mundo, mucho antes de la desaparición de las mujeres, la cual, en fin de cuentas, podía explicarse muy bien por el espanto que aquel ser miserable, aquel "desgraciado de la naturaleza" les inspiraba. Hacía tiempo que el guardacaza y cazador furtivo le observaba con inquietud creciente. Aun ahora, cuando pasaba por su lado, no dejaba de tener esa aprensión que se tiene cuando se está cerca de un loco furioso, de quien cabe temerlo todo... Y es que Benito Masson vivía en la marisma como un verdadero salvaje, como el mismo Violette y peor vestido que él (cuando no había allí mujeres), durmiendo a la luz de las estrellas, pasando horas enteras sin moverse, acurrucado entre juncos, como si estuviera en acecho... *¡Y no pescaba ni cazaba jamás!*... ¡Era un enigma!...

Aquello trastornaba a Violette... Nunca le vió un fusil, un aparejo, un cordel, un lazo, una red... ¿Qué hacía, pues, allí durante días y noches enteras, arrastrándose de acá para allá, curioseando con las manos en los bolsillos o deteniéndose con los ojos fijos, durante horas enteras, como si esperara algo, ¡como si cazara, como si pescara!... Pero, ni pescaba ni cazaba nunca...

A veces llegaba a hablar en voz alta, a solas... Violette lo había oído...

¿Qué le ocurría a aquel avechucho?... ¡Como no estuviera loco!... *También parecía un criminal*...

Las conjeturas de Violette no pasaban de ahí. En cuanto tuvo la certeza de que Benito Masson no cazaba furtivamente en un país donde tan sólo podía hacerse aquello, dijo:

—Esto me huele a criminal...

Una vez admitido esto, se comprenderá fácilmente la impresión producida en el espíritu de Violette por la extraña desaparición de las mujeres que habían ocurrido tan misteriosamente en casa del encuadernador...

Hacía más de una semana que se había instalado nuevamente en Corbillères Benito Masson, donde había reanudado sus costumbres de paseante melancólico, cuando Violette entró cierta noche en la cocina del mesón "El Arbol Verde", situada a la otra parte de la loma, en la vertiente desde donde se descubría un país que nada tenía que ver con la pantanosa llanura de Corbillères y donde aparecía, entre follaje verdoso, la vasta cerca del parque de "Las Dos Palomas", propiedad que el marqués de Coulteray había adquirido para hacerle a su amante Dorga un regalo regio...

El mesón estaba en los linderos del bosque, frente adonde se ponía el sol, resguardado del viento norte por una magnífica encina, que era el árbol verde del título. Tenía un pórtico, un patio, una caballeriza y una cochera que servía de garaje, un predio en el que se sembraban patatas y legumbres, unos cuantos árboles frutales y una parra que aún ofrecía encima de la puerta sus uvas jugosas. Una derivación de ella envolvíase en un cenador, junto al pozo. La mesonera era la señora Muche, una buena mujer, toda volumen y buen humor desde que una muerte feliz la había librado del bárbaro de su esposo, que se pasaba el tiempo bebiendo las existencias y consumiendo las utilidades...

A Violette siempre lo recibían bien allí. Era el proveedor oculto de ciertos platos clandestinos, en los que se comía lo que generalmente suele estar prohibido por las leyes. Desde muy lejos acudían a hacer comilonas en "El Arbol Verde". Sobre todo la especialidad de la casa: pollo relleno, asado y rociado con un valiente *vouvray*, todo lo cual glorificaba a la señora Muche, la mesonera.

Además, en aquella casa había absoluta discreción. Se podía ir con una señora con la seguridad de que no se les pediría certificado de matrimonio y de que nadie escucharía detrás de las puertas. En aquella casa no se conocían tales costumbres.

Cuando Violette entró en la cocina, la señora Muche estaba dedicada a sus tareas. El recién llegado no saludó. Dejóse caer en un banco, prendió su pipa con una brasa de la cocina, escupió en el fuego y miró la llama.

—¿Qué hay? —acabó diciendo la señora Muche—. ¿Se fué por fin ese Benito?

En realidad, la señora Muche no conocía las marismas. Jamás las había visto. Como siempre le dijeron que la tierra de donde Violette traía cosas tan buenas era muy fea, nunca había sentido el deseo de atravesar bosques hacia lo alto de la loma para saber cómo era.

Sin embargo, hacía años que oía hablar del único hombre del mundo que quería vivir en aquel territorio anegado con Violette y a pesar de Violette... Claro está que el guardacaza nada le ocultaba del monstruo de fealdad que *había elegido aquellas soledades para atraer mujeres y asesinarlas*... Aquello constituía el fondo de los pensamientos de Violette, fondo que jamás ocultara a la señora Muche, aunque a base del más absoluto secreto. La buena mujer no hacía más que reírse. Y es que, a decir verdad, reíase de todo desde que su esposo se había muerto.

—Pero, ¿qué cara traes, Violette? —exclamó la señora Muche—. ¿Ocurren novedades por tu choza?... Parece que te pasa algo... Creo que un buen vaso no te sentaría mal...

—Dame, pues, de beber, y lo sabrás todo... *¡Ha llegado la séptima!*...

—¿Qué séptima?...

Violette encogióse de hombros.

—¿Quieres tomarme el pelo?... ¡Ya sabes de lo que hablo!... Tengo la seguridad de que esa joven terminará como las otras... Dentro de poco, ¡como si no hubiera existido!... Pero esta vez no ha de concluir la cosa así como así... ¡Por algo estoy aquí!...

La señora Muche, sin cesar de reír, le dijo:

—¿Estás aquí?... Perfectamente... Y, ¿crees que te va a pedir permiso?... ¡Viejo celoso!...

Le dió de beber, pero Violette rechazó el vaso, cosa que era un mal síntoma.

—Ya veremos —dijo— si lo tomas a broma cuando te traiga una prueba, una sola prueba... No creo que sea difícil de encontrar...

—Ciertamente. En alguna parte las debe de meter, a no ser que se las coma...

—¡Hablo en serio!... Y te aseguro que *no todas ellas han tomado el tren*... Eso ya demuestra algo...

—Demuestra que se marcharon por carretera... Desde el momento en que es tan feo como tú dices, no comprendo qué iba a retenerlas a su servicio en tan desolado lugar... Quizá habrán tenido miedo..., y en este caso procurarían escapar...

—¿Miedo?... ¡Claro está que tuvieron miedo!...

—¿Te lo dijeron ellas?

—La última sí que me lo dijo...

Tomó el vaso, lo vació de un trago para darse ánimos o aclarar las ideas, y agregó:

—La última estuvo en esa casa cerca de tres semanas... Pude hablar con ella... Y me refirió cosas de Benito...

—¿Tenía miedo y estuvo tres semanas en la casa?...

—Es que se quedó precisamente debido al miedo.

—¿Se quedó porque tenía miedo?

—Lo que oyes... ¡Era una chica muy especial!... ¡Como que los dos parecían hechos para entenderse!... Pues bien: desapareció cómo las demás, como si hubiese volado, sin dejar la menor huella...

—A lo mejor es que volvió a París...

—No... ¡Ya hice investigaciones!... Conocía el nombre de ella y pude enterarme de dónde vivía... No se la volvió a ver jamás... Se llamaba Catalina Belle. Y no se puede negar que era "bella"... ¡Qué mujer!... Si hubiese querido ella, la habría librado del tal Benito; pero ¡yo no le daba miedo!... ¡Qué cosas más inexplicables!... La primera vez que le hablé fué una tarde en que yo rondaba alrededor de la casa... Vi una sombra que escapaba presurosa. Luego abrióse la puerta y apareció Benito gritando con voz suplicante: "¡Catalina!... ¡Catalina!..."

"Pero Catalina se había quedado inmóvil, oculta detrás de un seto de rosales, a pocos pasos de mí, cuya presencia no sospechaba... Benito, con voz colérica, volvió a llamarla. Y como Catalina no respondiera, cerró la puerta furiosamente.

"Entonces Catalina se incorporó y corrió a la estación. Yo la seguí y la alcancé en un momento en que se había perdido en la obscuridad.

"—No tema nada —le dije—. Soy Violette, el guardabosque... ¿Qué le hizo ese miserable?...

"—Nada... ¡Es un hombre muy cortés!... Pero me da miedo...

"Lancé una carcajada...

"—Es usted —le dije— la sexta con quien se porta cortésmente... Pero todas acaban yéndose...

"—Ya me lo dijo él.

"—Se le van todas al cabo de veinticuatro horas..., de dos días..., de tres días... Usted ya hace nada menos que ocho días que está ahí... ¡Sí que tiene paciencia!...

"—También me lo dijo él.

"—¿Por qué no se va?

"—Porque es muy desgraciado... ¡Qué lástima da!... Llora, llora... Y tuve compasión de él...

"—¿Continúa teniéndola?

"No me contestó...

"—¿Por qué escapó esta noche?...

"—¡Porque quiso besarme!...

"—No tiene mal gusto. Y usted no puede tenerlo tan pésimo como para...

"Silencio. Como la joven no prosiguiera su camino, le dije:

"—Si quiere tomar el tren de las diez y cuarenta, no tiene tiempo que perder...

"—¡No! —me replicó—. Sería una tontería... Vuelvo allá...

"—¿Adónde? ¿A casa de Benito Masson?

"—¡Sí!...

"Yo estaba anonadado...

"—¡Oiga!... Hace usted mal, muy mal... ¡Se lo digo yo!... ¡Se arrepentirá!... Ese hombre parece un criminal...

"La joven reflexionó un instante y repuso:

"—Hay momentos en que pienso lo mismo...

"—¿Y vuelve, a pesar de eso?

"—Por ver... Pero esto siempre acaba en lágrimas... ¡Bah! En el fondo no es peligroso...

"Volvió a la casita... Todo cuanto le dije yo lo oyó como quien oye llover... ¡Le divertía el hecho de que le diera miedo!... Decididamente, ¡es muy difícil entender a las mujeres!...

"Ya te imaginarás que los días siguientes estuve al acecho de los dos tórtolos... Y era cosa de risa ver cómo se acicalaba él... Por lo visto, ¡el monstruo quería embellecerse!... Llevaba un traje como en la ciudad, corbata, sombrero...

"Ella se burlaba de él a ojos vistas, sin que por eso dejara de tenerle miedo. Quería saber el desenlace de aquello... Y creo que lo supo a expensas suyas, creo que la curiosidad fué la causa de su desgracia...

"Diez días después estaba de nuevo totalmente solo, tan pronto paseando en la marisma con una cara espantosa, como retorciéndose en la hamaca con gruñidos de animal furioso y hasta mordiendo las cuerdas... Me entraban deseos de cazarlo de un tiro...

—Violette, no digas tonterías —interrumpió la señora Muche—. Y veamos, veamos, ¿quién es la que acaba de llegar?...

—¡Una niña!... ¡No tiene más de diecisiete años!... Pero ésa no la tocará, porque pienso intervenir como gendarme... No te rías; en cuanto se propase ese Benito, ¡lo denuncio!... Ya veremos entonces cómo se explica...

—¿Sabes de dónde vino esa muchacha?

—Debe de ser del Berry... Es del campo... Y le llama "tío"...

—¿Lo será de veras?

—¡Pst!... Por cierto que no hizo extraordinarios en honor a ella... Ni se vistió de señorito. Y parece tratarla más bien como una criadita... La manda a recados. Ya no es el panadero quien lleva las provisiones... Ya no va nadie a la casita. Hasta prescindió de la fregona que tenía dos horas al día... Viven solos, completamente solos, lejos de todo el mundo, seguros de que nadie los molestará... Ella no es fea ni bonita. Y se llama Anie...

—¿Hablaste tú con ella?

—Sí... En seguida... Le pregunté si le gustaba la marisma... Y me contestó:

"—¿Por qué no había de gustarme?... ¡Es tan bueno mi tío!...

"—Si es tan bueno como dices, mejor para ti —le repliqué—. ¡No lo fué para todas las que llegaron antes que tú! De haberlo sido, no se hubiesen marchado...

"Pareció sorprenderse por lo que yo le decía y marchóse pensativa, sin decir nada. Entonces, desde lejos, le grité:

"—¡Pregúntale a tu tío qué fué de ellas!...

"Echó a correr y no se detuvo hasta llegar a la casita."

—Veo que esa cuestión va a terminar mal —concluyó la señora Muche—. Te metes en lo que no te importa y haces mal, Violette... Pero, ¡vacía ese vaso!...

—¡Caramba! ¡Si está ahí!...

—¿Quién?

—Ese individuo...

Y Violette agarró su bastón como si tuviera que defenderse de algún terrible animal...

La señora Muche asomóse a la ventana.

—¡La verdad es —dijo— que no tiene nada de bonito!

Benito Masson cruzaba el patio. La aparición de aquel hombre a la entrada de la noche era algo siniestro.

Salía del bosque como una fiera. Y su manera de ventear por todas partes, como si buscara una presa que devorar, era algo que estremecía.

De pronto vió a la mesonera y detrás al guarda, que lo miraban, la primera con espanto, el segundo con su hostilidad habitual.

Sin vacilar, entró en la cocina.

—Debo hablar con usted —le dijo seguidamente al guarda—. ¿Quiere seguirme? Es cuestión de poco tiempo...

Violette volvió a sentarse en el banco, afectando una despectiva tranquilidad.

—¡Yo nada tengo que hablar con usted! —declaró.

La señora Muche estaba lejos de hallarse tranquila... Tenía que preparar una cena para gente de "Las Dos Palomas", que aquella misma noche llegaban a la finca, donde no había nada dispuesto para recibirla, y hubiera deseado que aquellos dos hombres se hubieran ido con cincuenta mil pares de demonios... Además, Benito le daba miedo.

—¿Por qué no van a hablar al cenador? —les sugirió.

Pero Violette no se movía y hasta pidió otro vaso.

—Es necesario, Violette — dijo Benito Masson—, que nos expliquemos de una vez por todas. Esta tierra es bastante grande para los dos. Y no podemos continuar molestándonos, estorbándonos...

—¿Le estorbo? — replicó el otro.

Benito Masson sentóse en un taburete, y con la cabeza baja, sombría y taciturna, dejando de mirarle, respondió:

—¡Sí!

—Entonces, ¿he de... desaparecer? — preguntó atrevidamente el guarda.

Pero calló, porque antes de que terminara la frase, ya el otro había levantado la cabeza y lo fulminaba con una mirada de fuego. Luego, aquella llama se extinguió, la cabeza volvió a caer sobre el pecho, y Benito agregó con voz sorda:

—Sé lo que anda contando por todas partes... ¡Y ha de callar, Violette!... Estoy cansado de habladurías... ¡Se fueron, sí!... No puedo tener una obrera... No puedo tener a nadie cerca de mí... Le causo miedo a todo el mundo... Ahora mismo asusté a la señora... ¡Déjeme hablar, señora!... Precisamente estoy satisfecho de explicarme delante de usted. Quizá usted logre convencer a Violette de que debe callar... Mi vida no tiene nada de misterioso... ¡Nunca hice daño a nadie!... ¡No hay más que mirarme para convencerse de que no necesito hacerles daño para que huyan!... No he venido aquí para presumir de valiente, ni para decirle a Violette: "Vive conmigo una sobrina, un huerfanita a la que recogí, a la que no doy asco y que se aviene a hacerme de criada... Como fué muy desgraciada, me agradece cuanto pueda hacer por ella... Pues bien, Violette: ¡no hay que hacer que me tome ojeriza!..."

—¡Nada de eso me importa un comino! —gruñó el guarda.

La mesonera había colocado un vaso delante de Benito Masson.

—El señor tiene razón —dijo llenando el vaso—. No está bien eso de vivir en el mismo país mirándose con malos ojos... ¡Beban, dénse las manos y asunto terminado!

Pero Violette repetía tozudamente:

—¡Nada de eso importa!... ¡No me importa nada de eso!...

Benito Masson rechazó el vaso, levantándose, se encaró con el guardabosque y con voz ronca le dijo:

—Si nada de eso le importa, cuando la chica pase junto a usted, ¡tenga la lengua quieta, Violette!... Porque si ella se va a causa de sus habladurías, como quizá se fueron las otras, lo haré responsable de lo que suceda... A mí la vida no me importa mucho. Así que me daré el gustazo de reventarle como a un perro...

Tras un breve saludo a la mesonera, se fué, cruzó el patio y entró en el bosque, que le acogió con su sombra.

—¿Oíste a ese salvaje? —preguntó Violette cuando ya el otro se hallaba lejos.

—Me pareció muy exasperado ese hombre —dijo la señora Muche—. *¡Deseo, por tu bien, que la séptima se quede!*

XVIII

"Querida Cristina, le escribo porque sólo tengo esperanza en usted y Benito Masson. Esperanza que, por cierto, es bien débil...

"Ahora que estoy lejos de usted, ¿cómo la convenceré de mi real infortunio, si cuando yo era herida a la vista de usted no lo creía?

"Cristina, no le escribe una loca, ni una monomaníaca que se muere a causa de una idea fija, como usted lo creyó durante mucho tiempo y como seguramente sigue creyéndolo. (Si no fuese por ello, no me hubieran dejado ustedes partir. Ni usted ni Masson me hubiesen abandonado a mi verdugo.) Le escribe la más desdichada de las criaturas, aquella a quien cada día, cada noche, gota a gota, se le está robando la vida; le escribe la víctima de un monstruo *que ya ha devorado generaciones* y que busca su alimento en venas agotadas por sus insaciables sorbos...

"No sonría, Cristina, como ya la vi— tan tristemente— sonreír en otras ocasiones... ¿Por qué no me cree, usted que me conoce?... ¿Por qué no acepta mi declaración de moribunda?...

"Cuando pronuncié por primera vez ante usted la palabra vampiro, no evocaba más que un vago fantasma nacido de mi imaginación enferma... Y... sin embargo..., estaba entre nosotras, de carne y hueso...

"¡Ay, Cristina!... Los vampiros existieron... Admito que hayan desaparecido poco a poco de la superficie de la tierra, perseguidos y acorralados hasta el fondo de sus fúnebres guaridas. Pero, ¿por qué no admite usted que cuando menos uno de ellos haya sobrevivido a esa raza maldita?...

"A veces, los marinos que retornan de lejanos mares refieren que, de pronto, vieron surgir del seno de las aguas los repliegues formidables de uno de esos monstruos que, según testimonio de la historia natural, poblaban el mar en los primeros tiempos del mundo... La serpiente de la bahía de Along es quizá la última de esa temible especie, así como el ser que usted conoce es acaso el último vampiro vomitado por las tumbas...

"¡Oh, su tumba!... ¡Oh, su tumba vacía, de donde surgió hace más de doscientos años para cebarse con la sangre de los humanos!... He querido verla y la vi levantando la losa... Guiada por un hombre, por el más humilde de los hombres, a quien mi suerte inspiró alguna

piedad y que, a escondidas, hace que estas cartas lleguen hasta usted, bajé a la cripta mortuoria de la capilla de Coulteray, de la cual ese hombre es guardián.

"Allí están las tumbas de la familia... La de él es la primera de la segunda fila de la derecha... Dice: "Aquí yace Luis Juan María Crisóstomo, marqués de Coulteray, primer caballerizo de Su Majestad..." Y bajo la fecha hay una placa en la que se lee lo siguiente: "Los restos de Luis Juan María Crisóstomo fueron dispersados en 1793 por la Revolución."

"¿Qué es eso de dispersados? Yo sé dónde están los restos de Luis Juan María Crisóstomo... Y también usted lo sabrá, Cristina, a pesar de que no me cree... *Se portan muy bien...*

"¡Qué visión la de la cripta!... Aun me atrae aquella tumba vacía... Algo hay que me dice que alguna noche me despertaré debajo de aquella piedra y que a mi vez me levantaré, *pálido fantasma en busca de su vida...*

"¡Señor, evítame semejante destino!... Ya sabe usted el precio de ello, Cristina; ya sabe lo que hay que hacer con nuestros cadáveres para que no sean temibles después de morir.

"¡Ojalá mi tormento cese al cesar mi vida!... Sangor me prometió que cumplirá conmigo cuando yo me muera... Una vez muerta no tiene ningún motivo para engañarme... Además, ha de tener interés en este gesto que me librará para siempre de los horribles festines de la tierra... *Ya arreglé las cosas para que así fuera...* Va usted a creerme más loca que nunca, Cristina; pero supongo que pronto tendré ocasión de convencerla de lo que sucede aquí, de darle una prueba decisiva e irrefutable... Entonces, ¿verdad?, usted y Masson acudirán... Y si aun es tiempo me salvarán...

"El marqués no me deja un momento... Nunca me quiso tanto desde que soy poco más que un soplo... Ya la relativa libertad de que gozaba en París terminó... En cuanto a él, renunció a engañarme sobre el carácter de su mortífero amor y ya no procura engañar a nadie ni hacerme creer que sólo soy una enferma... Ya pasó esa etapa... Estoy prisionera del esposo que me devora... Sus labios no me dejarán hasta que exhale el último suspiro... Y está muy tranquilo para beber, sin remordimiento, la clara sangre que el diabólico ingenio de Saib Khan aun consigue hacer correr en mis venas...

"No me explico cómo todavía puedo caminar... Ese médico indio sería capaz de resucitar a los muertos.

"Debo contarle, Cristina, que quería aprovechar las fuerzas que por ignorado sortilegio me había devuelto, para escapar durante el último viaje... Pero por hoy basta... Se acercan... Los oigo... Vuelven de paseo y *vienen a enterarse de mi salud...* Ya Sing-Sing les abre la puerta..."

Segunda carta. — "Querida Cristina, ya sabe usted cómo me hicieron salir de París después de la escena entrevista por usted y Benito Masson... Puedo asegurarle que no contaban con ustedes, que se creían *solos* en el palacio.

"La cara de él se volvió terrible cuando ustedes acudieron a mis gritos, cuando entraron en la habitación donde yo era su presa, donde forcejeaba inútilmente contra sus mordiscos, mientras tenía inclinada sobre mi su cara invadida ya por la apasionada embriaguez de sangre, de mi sangre... Y entonces me dije: "Están perdidos."

"Pero la que estaba perdida era yo. A ustedes se les dejó... Eliminarlos podía resultar muy grave, muy complicado... Además, ¿qué habían visto ustedes? ¡Nada!... ¿Qué habían oído? Un grito de loca, nada más que de loca... ¿Y mis anteriores confidencias? Eran quimeras de un cerebro enfermo.

"No obstante, con lo visto de aquella escena había para turbar a los más escépticos. Y así lo *comprendieron...*

"Y en consecuencia me llevaron.

"Bien sabía yo que aquello era el fin... El horrible sentimiento de una muerte semejante, *seguida de algo ignorado y quizá más horrible*, me hizo acercarme por última vez hasta usted en el momento en que podían creerme incapaz de un movimiento... ¡Ay, Cristina, me ha parecido que en aquella última entrevista el firme equilibrio de su espíritu sereno, demasiado sereno, volvió!... Por sus ojos vi pasar no solamente la habitual compasión, que yo, desesperada, leía en ellos, sino algo que pudiera formularse así: "¿Y si tuviera razón la loca?" También en Benito Masson descubrí algo nuevo... Pues bien: acudan, acudan inmediatamente si no quieren hallarme muerta...

"En mi última carta le decía que quise escaparme durante el viaje. Sí: estaba dispuesta a ingresar en el manicomio, cosa con la que tantas veces me amenazaron, antes que continuar esta agonía... Pero adivinaron mis intenciones... Sangor y Sin-Sing adivinan todo cuanto voy a hacer... Y Saib Khan, que viajaba con nosotros, como usted puede suponer, adivina todos mis pensamientos... El marqués puede estar tranquilo, pues le guardan bien su presa.

"De todos modos, intenté la imposible aventura... En el *auto* no podía esperar nada... Aun estábamos en París cuando se transformó en una jaula de hierro; las puertas cerráronse sobre las cortinillas...

"Podía gritar; pero no grité porque esperaba la ocasión... Y se presentó... Al amanecer tuvimos una avería... Había que desmontar parte del coche... Yo hice como que dormía, ya que estaba casi muerta de agotamiento... Y me llevaron a una habitación situada al mismo nivel del patio donde reparaban el coche, y que comunicaba por la parte de atrás con el campo abierto...

"Vi que el bosque comenzaba a unos centenares de metros. ¡Oh, si llegaba al bosque y huía tierra adentro por entre los árboles y las hojas!

"Desde el lecho en que me habían tendido veía bañado en débil claridad el pequeño espacio que tenía que recorrer... Y mentalmente lo atravesaba a gran velocidad hasta llegar al bosque salvador.

"Pero ¿cómo llegar a llevarlo a la práctica?... Sangor estaba ante mi puerta, y un poco más lejos paseaban el marqués y Saib Khan mientras unos mecánicos a quienes se había despertado apresurábanse a reparar el automóvil. Sing-Sing estaba en la ventana que daba al campo.

"Yo sabía que el hindú era inquieto, travieso, nada amigo de permanecer en un sitio determinado. A veces, en nuestro palacio había que atarle como a un perro guardián de los que requieren cadena al cuello... Y en ese carácter movedizo estaba mi esperanza... Ya le había visto que, ágil como un gato, subía a un árbol para hurtar no sé qué fruta verde... ¿Qué vió desde aquel árbol? No lo sé; pero saltó de rama en rama hasta el alféizar de una ventana abierta en el primer piso y después desapareció en la casa.

"Me incorporé en un segundo y abrí la ventana... Hacía mucho tiempo que no me había sentido tan fuerte... Sentíame tan bien como una pluma... Mis piernas iban a llevarme como el viento... Y ya iba a lanzarme al campo, cuando súbitamente lancé un grito espantoso: *¡Había sentido el mordisco!...*"

Tercera carta. — "Querida Cristina, le escribo esta carta cuando puedo y como puedo, generalmente de noche y a la luz de mi lamparilla... Al menor ruido oculto la comenzada carta... Comprendo que es necesario que le escriba para convencerla. *¡Quiero que venga!* Muéstrele mis cartas a Benito Masson. También cuento con él. Cuento con los dos. Lo repito y no cesaré de repetirlo... Y *mis cartas, si ustedes llegan demasiado tarde para salvarme, ¡quizá sirvan para salvar a otros!...* Pues no es posible que la verdad quede desconocida; no es posible que *el monstruo que muerde a distancia* siga paseándose durante más siglos entre sus víctimas, *que pueden creer a veces que se han pinchado en un rosal y que mueren a consecuencia de ello...*

"Y ahora, querida Cristina, prosigo el relato en el punto donde lo dejé la noche pasada... ¡Me sentí mordida por el monstruo, por ese monstruo que estaba oculto detrás de mí, no sé dónde!...

"¡Oh, qué sensación más horrible!... La conocía ya... Cuando menos lo espero, siempre cuando menos lo espero, noto que sus agudos dientes entran en mis venas y salen luego de haber depositado su veneno...

"¡Su veneno, sí!... Estoy segura de que los vampiros tienen, como las víboras, un diente hueco lleno de veneno, de cierto veneno que se difunde por todo el cuerpo con una rapidez *y con una dulzura imposible de resistir...* Inmediatamente se nota que huyen las fuerzas como por una puerta abierta, ¡que es el agujerillo de la mordedura!... El embotamiento que se deriva sorprende más que hace sufrir... y es tanto más terrible cuanto, como ocurre en mi caso, se conocen las consecuencias...

"¡Después llegó el sátiro!...

"Porque los vampiros tienen la particularidad, que no tienen las víboras, de morder a distancia...

"Yo sabía que estaba allí...

"¡Y no me di vuelta!... Intentaba, en un esfuerzo supremo, luchar contra la modorra que me invadía...

"Así logré llegar hasta la cerca que rodeaba la casa...

"Entonces, vencida, me di vuelta... ¡Y vi al marqués que reía en la ventana de mi habitación!..."

Cuarta carta. — "¿Sospecha algo? Drouine, el sacristán, el encargado de la cripta de que ya le hablé, una buena persona en toda la acepción de la palabra, me dijo que desconfíe de todo... Si descubren su afecto hacia mí, perderá su empleo gracias al que vive; pero no es eso lo que le detiene, sino el temor por mí.

"¡Cómo se lo agradezco! Mientras tanto, tomamos mil precauciones, finjo un gran fervor (ya sabe usted que soy católica), y, con excusa de hacer limosna para la capilla, introduzco mis cartas en el cepillo... El mismo Sing-Sing, que me sigue como un maligno duendecillo, no oye más que el ruido de las monedas... Luego, Drouine abre el cepillo y apodérase de las cartas...

"Después de mi intentona me metieron en el automóvil como un bulto y ya no salí hasta el patio del castillo...

"¡Coulteray es un verdadero presidio!... Fosos, murallas de la Edad Media... La

capilla está en el patio, así como lo que resta del torreón. Y me dejan pasar por dicho patio, que está convertido a medias en jardín.

"La capilla tiene un osario, un pequeño cementerio que la rodea, y que está adornado de bastantes flores.

"En esta estación, todas estas piedras, que pertenecen al pasado y a la muerte, no tienen nada especialmente lúgubre bajo las galas primaverales que las adornan. La verdura triunfa por todas partes, cubre los muros, disimula las llagas. La vida, que huye de mí, desborda por doquiera.

"Desde mi ventana, situada en el primer piso, veo un paisaje encantador, que se refleja en las tranquilas aguas del riachuelo que a lo lejos desemboca en el Loire. ¡Y yo me muero! ¡Vine aquí para morir! Me parece que no se irán de aquí hasta que yo haya muerto.

"Sólo me trajeron para aspirar en paz mi último suspiro.

"El marqués nunca estuvo tan suave, tan amable, tan minuciosamente solícito. ¡Se convirtió en mi camarero! Quiere ser el único en servirme. ¡Jamás me dijo cosas tan bonitas! Jura y perjura que nunca quiso a otra. ¡Oh, cómo me quiere! Y me ofrece su brazo *para percatarse de mi debilidad.* ¡Su amor se apoderó de mí!...

"¡Es el gran vampiro!... El mundo está lleno de pequeños vampiros. En él casi no hay sino parejas que se devoran. ¡Es necesario que unos se coman a otros! Unas veces es el varón, otras la hembra... ¡El egoísmo más fuerte reduce poco a poco a cero al ser que vive en su sombra!... Para eso no es preciso abrir venas y chupar sangre... Así sucede en casi todos los matrimonios. Claro está que lo del nuestro es otra cosa...

"¡Se trata del gran vampiro que hace más de doscientos años salió de su tumba, y cuyas víctimas son incontables!... Nunca me cansaré de repetirle a usted que no invento nada... Lo que digo es verdad. Y Drouine no lo ignoraba. Drouine *cree*, como, por lo demás, mucha gente del pueblo, que huye cuando pasa cerca de ellos el gran vampiro...

"Nos hemos confesado ante la tumba vacía y se lo dije todo...

"Pero *antes de mi muerte* no puede hacer nada por mí. En cambio, ustedes pueden salvarme *antes de que yo muera...* ¡Los espero!..."

Quinta carta. — "Esta noche el marques me acompañó hasta mi puerta como un amante sumiso y se retiró muy triste... Entonces cerró la puerta vivamente, corrí el cerrojo y también cerré la ventana... Porque mientras la ventana esté abierta puede morderme a distancia...

"Ahora estoy más tranquila y creo que voy a pasar tranquilamente la noche... ¡Qué paz hay en la tierra!... Una clarísima luna aparece por la derecha de la muralla... Un paisaje de plata me envuelve. Me siento tan ligera como un ángel. Tengo alas. Si abriese la ventana, creo que podría balancearme sobre las cabrilleantes aguas del Loire.

"En ellas miraré por última vez mi imagen terrena y remontaré hacia las estrellas, libre para siempre de los lazos de sangre que me unen a esta tierra maldita.

"Pero ¡no, no abriré la ventana, porque es muy peligroso!...

"Pudiera entrar la herida por la ventana.

"¡Qué horror! ¡Ya estoy herida!

"¡Ya estoy herida, sí!

"Pero, ¿por dónde entró la herida? ¡Quién sabe!

"¡Dios mío, ten piedad de mí!"

Sexta carta. — "¿Se fija usted?... ¡Todo, todo estaba cerrado!... *Ahora me muerde a través de las paredes...* ¿Y ustedes no acudirán?"

Séptima carta. — "Voy a demostrarle que no estoy loca... Ningún libro del mundo dijo jamás que un vampiro pudiese morder a través de las paredes... Y, sin embargo, ¡yo fuí mordida!... Buscando, rebuscando incansablemente, terminé por descubrir en la pared, frente a mi reclinatorio, un agujerillo de un centímetro... Y *por ese agujerillo ¡me mordió el monstruo mientras yo rezaba!"*

Octava carta. — "Quiero, deseo saber cómo muerde a distancia... Y lo sabré si me deja tiempo para ello... ¡No estoy loca, no!"

Novena carta. — "Me horroriza su boca ensangrentada cuando abandona mi vena inagotable y él alza su frente de diablo indio para decirme que me ama."

Décima carta. — Así amaban los diablos hindúes, los *assuras*, domados por Saib Khan, los primeros vampiros conocidos en el mundo... No lejos de Benarés, en una isla del Ganges, hay un cementerio lleno de sus víctimas sagradas... El gran vampiro europeo debió de visitar a sus antepasados y allí conocería a Saib Khan, que es un médico muy moderno (hasta el punto de que la colonia inglesa le adoraba), lo cual no le impide estar en comunicación directa con los *assuras*. En la India eso era un hecho que nadie ponía en duda y que, por lo demás, contribuía a su reputación.

"¡A mí me daba risa!

"Personalmente le trataba de charlatán... Y es que entonces yo no creía en vampiros... ¡Desgraciada de mí!... Luego tuve ocasión de enterarme y quiero enterar a los que todavía dudan...

"Creo que se acerca la demostración.

"Créame, Cristina, tengo tanta lucidez como un Sherlok Holmes... Y se necesita para una investigación semejante...

"¡Quiero saber cómo muerde a distancia!"

Undécima carta. — "Ayer casi llegué a la demostración..., a la demostración de que no estoy loca..."

Duodécima y última carta. — "Ya tengo la demostración... *Se la mando...* ¡Y vengan, vengan, porque va a matarme si no me muero pronto!"

Junto con esta carta, que llegó por correo, Cristina recibió un paquete certificado, cuyos lacres hizo saltar con una angustia y una inquietud que trasuntaba en la expresión de su semblante.

XIX

La señora Langlois, a quien los Norbert, *por política*, habían vuelto a tomar como asistenta, contó y hasta *declaró* después lo siguiente:

—Alrededor de las diez de la mañana, el cartero trajo la cajita para la señorita Cristina, que firmó el correspondiente recibo...

"La señorita Cristina estaba sola en la relojería. Por cierto que tan sólo hacía dos días que venía a ella. Permanecía allí para entenderse con los clientes que por casualidad se presentaban, pues eran muy escasos...

"Parecía muy agitada y atormentada, aunque quisiera disimular conmigo; pero a mí no se me engaña fácilmente.

"Sus ínfulas habían desaparecido. Yo comprendía que "algo no marchaba bien". Y no era difícil adivinar que se trataba de *su primo Gabriel.* Porque entonces en aquella casa todos eran parientes: el primo Jaime..., el primo Gabriel...

"Y ya no me ocultaban que el primo Gabriel vivía en la casa, que estaba muy enfermo, que se había tenido que hacerle una operación muy urgente, y que aun se ignoraba cómo terminaría todo aquello, a pesar de la ciencia y de la práctica del otro primo, que pasaba los días y las noches junto a él.

"Es más: acerca del primo Gabriel me dieron muchos detalles: que era hijo de una hermana mayor del viejo Norbert, que había sido desahuciado por todos los médicos, que se hacía lo imposible para salvarle...

"A mí, en el fondo, no me importaba nada que el primo Gabriel estuviera o no en la casa, porque no me aumentaba el trabajo, detalle importante para mí... El enfermo estaba encerrado en la planta baja del edificio del fondo del jardín, en el cual yo no penetraba jamás... Apenas si de vez en cuando le abrían las persianas para ventilarlo un poco... Cierto día vi bajo una sábana el cuerpo de un hombre acostado y con una cara que no tenía precisamente muy alegre la expresión... Me miraba con fijeza, como si yo le debiera algo... Me pareció que no tenía cuerda para mucho tiempo...

"¡No cabía duda de que aquel hombre estaba realmente enfermo!... Pero ¿cómo había llegado a semejante situación?... Yo lo vi buen mozo y sano *cuando no me hablaban de él, cuando lo ocultaban a todo el mundo.*

"Desde luego pensé que se trataba de algún drama... Pero cada uno tiene sus miserias y el pobre necesita vivir... Así que me dije: ¡Chitón, que pueden echarte a la calle!... Y seguí trabajando como si nada sucediera.

"Cuando Cristina me contaba algo, la escuchaba sin darle importancia, sin que por eso dejara de pensar que ella no tenía la conciencia tranquila.

"Pero volvamos a la cajita... Decía que la señorita estaba sola en la relojería cuando la abrió... Yo, desde el comedor, por la puerta entreabierta, veía lo que sucedía en la relojería; pero no el interior de la cajita... Cristina, en cambio, tenía fijos los ojos allí dentro.

"¿Qué miraba?... Se acercó a la ventana y extrajo un objeto completamente envuelto en una funda de plata *y que tenía casi la forma de una pistola.*

"Cristina parecía no comprender nada. Volvió a dejar el objeto en la caja y, después de un momento de vacilación, abrió la puerta del jardín y dirigióse hacia el edificio del fondo, de donde casi nunca salían el viejo Norbert y Jaime Cotentin.

"Llamó en la puerta del laboratorio.

"Y apareció el viejo Norbert.

"Tenía revueltos los cabellos, como yo no se los había visto nunca, y los ojos saltones.

"—¿Qué quieres? —masculló—. Ya sabes que aquí estás de más. Eres demasiado nerviosa. Déjanos tranquilos.

"Parecía muy furioso.

—Oye, papá —le dijo Cristina—. Recibí otra carta de esa desgraciada.

"—Déjanos de locas.

"Pero Cristina insistió:

"—También recibí un objeto certificado que me gustaría mostrarle a Jaime.

"—¿Pero crees que voy a interrumpirlo?

"—Dile que me envió la demostración...

"Pero el padre, impaciente, encogióse de hombros y le dió con la puerta en las narices.

"Yo no comprendía nada de cuanto pasaba, pero deducía que no eran cosas de broma.

"La señorita, siempre mirando la caja, dejóse caer en un banco del jardín.

"Antes de cinco minutos su primo Jaime se le unió.

"—¿Qué te ocurre, Cristina? — le preguntó al instante.

"—Mira lo que acaba de enviarme — le respondió entregándole la caja.

"La miraron de espaldas a mí, de manera que yo no pude ver nada... Probablemente, él tomó el objeto... Y contemplándolo repetía:

"—¡Es curioso, muy curioso!

"—Pero, ¿qué es? — preguntó Cristina.

"—Es un *trócar*...

"Tengo la seguridad de que dijo *trócar*, y que agregó:

"—Sí, es una especie de *trócar*.

"—Pero, ¿qué es un *trócar?*

"El otro, de momento no respondió. Examinó el objeto, pareció reflexionar y de pronto exclamó:

"—¡Oh, qué desgraciada, qué desdichada!... ¡No está loca, no!... ¡Tenía razón!...

"Y aun agregó:

"—¡Qué bandido!

"Cristina levantóse muy pálida y dijo:

"—¡Explícate, por favor!... ¿Qué es un *trócar?*...

"—Un trócar es una aguja hueca, y la pistola de *trócar* es un instrumento de cirugía que se parece, en realidad, a una pistola, pues hace sus funciones, y que nos sirve para enviar a través de las carnes del abdomen una aguja hueca cuando queremos saber...

"—¡Oh, comprendo, comprendo! — exclamó su prima Cristina.

"—Perfectamente — prosiguió Jaime. Este instrumento se basa en el mismo principio... Dispara esta aguja hueca, previamente llena de líquido nocivo...

"Sí, dijo nocivo; aun lo recuerdo...

"—Comprendo, comprendo — repetía Cristina, que parecía aterrada.

"Y el otro seguía explicando:

"—Envía la aguja a distancia, a gran distancia... ¿Ves este resorte?... Este otro resorte que acompaña a la aguja hueca y que se suelta en cuanto tropieza y lanza su veneno...

"—Comprendo, comprendo.

"—Este último resorte devuelve la aguja al arma que la ha proyectado.

"—¡Sí, sí!

"—¿Ves cómo está sujeta la aguja por este hilo de metal?... ¿Te haces cargo?

"¡Claro!... No era difícil... Yo misma, sin haber visto el instrumento, comprendía cómo era... Y es que Jaime, dicha sea la verdad, se explica muy bien... Cristina, agarrándose la pálida cabeza entre las manos, exclamaba:

"—¡Hay que salvarla, hay que salvarla!

"—Desde luego — dijo Jaime Cotentin con calma —. Pero yo ahora no puedo ausentarme... Ni puedo dejar a Gabriel, aunque todo marcha bien, ni puedo dejar el trabajo mientras está tan caliente.

"—Entonces...

"—Es cuestión de cinco o seis días.

"—Pero, ¡no tenemos derecho a esperar seis días!

"—Lo mismo opino yo. Así que, sin perder un minuto, ve a buscar a Benito Masson a su casa de campo y tráelo aquí. Hablaremos y decidiremos.

"Se levantó seguidamente, devolviendo la caja.

"Yo me marché, pues mi trabajo había concluído... Muchas cosas había oído, aunque sin entenderlas... *Sólo empecé a entender algo cuando conocí lo que le sucedió a la séptima*...

XX

Hasta las dos de la tarde, Cristina no pudo tomar el tren para Corbillères. Por cierto que era un tren bastante malo. Había confundido el rápido con el expreso. Y el rápido "no hacía caso" de Corbillères. No pudo bajar hasta Laroche para esperar un tren mixto que se dirigía a París.

Eran las siete de la tarde cuando descendió en Corbillères. Esperaba permanecer allí tres horas y llevarse a Benito Masson en el rápido de las diez. A las once estaría en París. Y aquella misma noche decidirían con Jaime el camino a seguir. A la mañana siguiente, ella, ya que Jaime de momento no podía dejar a Gabriel, se marcharía con Benito Masson hacia Coulteray.

Estaba dispuesta a salvar a la desdichada que se había dirigido tantas veces a ella sin hacerse oír. Se acusaba de ceguera. No comprendía cómo había podido sufrir durante tanto tiempo la influencia nefasta del marqués, hasta el extremo de que había estado a punto de ser su víctima. Porque — ¡hay que decirlo todo! — también ella había sido "apuntada" y hasta tocada... ¡También ella había sido *mordida* desde lejos por el monstruo!... No había soñado, no, cuando lo vió inclinado sobre ella y, con sus glotones labios chupándole la sangre *por el pinchazo del rosal*... ¡Fué un beso tan asqueroso, que ella, cuando despertó, no quiso creer en que era efectivo!... Fué un crimen ya pasado que ella había querido relegar al reino de la pesadilla...

Bien; pero había *cloruro de calcio*, que detiene la sangre, y *citrato de sosa*, que la hace correr, y había *trócares* que muerden a distancia, que envenenan a distancia, que aniquilan a distancia... ¡No en balde pasa el tiempo! Y la ciencia sustituye al vampirismo. Aquel vampirismo ya sólo es un sueño...

No era ya aquella cosa fúnebre, fantasmal y legendaria que los espíritus modernos trataban con incrédulo desdén. Era la más antigua y la más monstruosa de las pasiones — la de la sangre humana —, servida por la química y la mecánica...

Y recordaba la frase de Jaime Cotentin, quien siempre se expresaba con una circunspección y una prudencia que la habían hecho sonreír más de una vez: "La mentira reside menos en las cosas que nos cuentan y que no comprendemos *que en nuestros conocimientos*. Nos envuelven tan implacablemente las tinieblas, que aun a tientas tropezamos a cada paso..."

¡Corbillères-les-Eaux!... Cuando salió de la pequeña estación y se halló en la plaza desierta, entre los cuatro plátanos desde donde se descubría toda la pantanosa llanura, por la que corrían nubarrones negros empujados por el viento oeste, últimos harapos de la tempestad que durante toda la tarde había mezclado las aguas del cielo a las aguas de la tierra, Cristina comprendió, o creyó comprender, la razón de que Benito Masson, cada vez que se refería a Corbillères-les-Eaux, le dijera: "¡No venga, no venga!"

Jamás había visto nada tan triste...

¡Y allí vivía él!

En aquella mortal soledad había ido a refugiarse después de la escena brutal y casi trágica que los había separado.

No le guardaba rencor...

Por el contrario, no tenía inconveniente en reconocer que toda la culpa era de ella. ¿Por qué aquella noche fatal se había mostrado tan cariñosa con Benito? Y no es que tuviera que reprocharse ninguna coquetería. Se había dejado resbalar con naturalidad a confidencias que no hubiera hecho a nadie, porque sentía una atracción casi irresistible por aquel hombre, por su carácter tan particularmente salvaje, por su talento tan ardoroso, que ella no vacilaba en calificar de genio, por toda su persona moral...

Ahora bien: ante la proximidad de su físico, no había podido evitar un movimiento de asco.

¡No había tenido fuerzas para soportar aquel beso del hombre horroroso!

Y debiera haber previsto aquello para no poner, con su imprudente actitud, a Benito Masson en el caso de pedírselo con cierto derecho...

Quería olvidar la escena consiguiente de rabia y de imprecaciones... ¡Había sido insultada y hasta golpeada, arrojada lejos como un odiado objeto que se quiere reducir a añicos!... En cuanto a él, había ido a refugiarse allí...

Pero, concretamente, ¿dónde?

¿Quién la llevaría hasta allí?

Era de noche. Y, francamente, en aquella ocasión no se sentía muy valiente ante la oscuridad.

Aquella tierra la impresionaba y le ponía en los hombros como un húmedo y helado sudario.

Pensó volver en el primer tren a París. Ya retornaría a aquella tierra al día siguiente, a plena luz, con Jaime...

Pero he aquí que la angustiosa y desesperada cara de la marquesa se le apareció en la agonía del día y le mostró su propia agonía, desde el fondo del castillo de Coulteray. ¿Iba a llamarla en vano, una vez más, la pobre mujer? ¿Llegaría Cristina demasiado tarde? Y recordó la última frase de la postrera carta, según la cual debían acudir pronto, *porque su esposo la mataría si no moría bastante pronto.*

Un muchacho que salía de la única posada del lugar miraba sorprendido a la bella dama que no sabía adónde dirigirse. Y Cristina le preguntó:

—¿Sabes dónde vive Benito Masson?

—¿El *Piel Roja?* — repuso —. ¡Claro está que lo sé!... Yo le llevaba las provisiones hasta hace ocho días, *hasta que vino Anie*...

—¿Quién es Anie?

—La última... El dice que es sobrina... Y ella es la que hace la compra... Hace dos días que no la ve nadie... Habrá huído como las demás...

—¿Quieres llevarme a casa de Benito Masson?

Y le mostró una moneda bastante apetecible. El muchacho aceptó la propina y dijo sencillamente:

—Sígame. Soy Felipe...

* * *

Antes de seguir adelante conviene, para entender mejor la continuación, echar una ojeada sobre lo que sucedió *o lo que pudo suceder* en Corbillères después de la escena en "El Arbol Verde" entre Violette y Benito Masson... Recordemos que éste había amenazado con hacer al guarda-

bosque responsable de la desaparición de la sobrina *si ésta se escapaba como las demás*... La señora Muche, en vista de ello, había aconsejado prudencia a Violette, que, sin embargo, no era hombre que se dejase intimidar fácilmente.

Así que no cambió su táctica de rondar en torno a la casa del encuadernador y de acechar a Anie cuando salía a hacer compras.

Entonces aventurábase a asomar su cabeza entre los juncos; pero ella seguía su camino apresurando el paso, evitando toda conversación, obedeciendo con seguridad a la consigna que Benito Masson le imponía... Sin embargo, al cabo de dos días, cuando Violette estaba delante de su choza limpiando sus artefactos, vió aparecer a la muchacha, que revelaba mucho susto...

—¿No vió usted por casualidad las llaves? —preguntó.

—¿Las llaves de quién? — inquirió el otro frunciendo el ceño.

—Las llaves de él... Las perdió y las está buscando... Da miedo verle. Nunca lo vi igual... Y es que nunca se conoce a la gente. Por un simple llavero parecía que me fuese a comer... Pero yo no vi sus llaves, no las vi... Ahora las está buscando fuera de casa... Lo dejé huroneando en la sauceda, con la nariz a ras del suelo...

A Violette, lo que decía Anie le interesaba. Encendió la pipa, soltó la carcajada y dijo:

—Para lo que se puede robar en su casa, poco importaría que tuviera las puertas abiertas... ¿Para qué van a servir sus llaves?... A lo mejor se figura que tiene un tesoro en ella.

—Le advierto que lo cierra todo, y que yo no tengo derecho a bajar a la bodega... Tiene manías incomprensibles... Y, sin embargo, le aseguro que no es mala persona.

—¿No me decías hace un momento que estuvo a punto de comerte?

—Así es... Cuando no le salen las cosas como quiere, se enfurece terriblemente...

—¿Y cómo quiere que le salgan las cosas? ¿Por qué no me lo dices, ya que parece que tú estás enterada?

Pero Anie no comprendió, o hizo como que no comprendía, las insinuaciones de su interlocutor...

El caso es que respondió:

—De momento, lo que quiere que le salga bien es el asunto de las llaves.

Entonces oyóse a lo lejos la voz de Benito, que gritaba:

—¡Anie! ¡Anie!

—Me voy corriendo. Si supiera que hablé con usted me retaría muchísimo.

Al día siguiente, Violette tuvo ocasión de volver a hablar con Anie, o mejor dicho, fué ella la que le dirigió la palabra, exclamando:

—¡Ya encontró las llaves!

—¿Dónde estaban?

—No lo sé. No me lo dijo... Solamente me dijo que las había encontrado. Y me miraba de un modo que jamás lo olvidaré... ¿Qué le habré hecho?... No se porta conmigo como lo hacía los primeros días.

—Es lo de siempre —dijo Violette sarcástico—. Cantarito nuevo hace el agua fresca.

—Diga usted, ¿cómo se marcharon las otras?

—¡Oh, no se sabe, pequeña!

—¿Acaso no las vieron pasar cuando se marchaban?... Yo vine con un baúl. Supongo que las otras también... Así es que si quisiera irme tendría que utilizar un carrito.

—¿Quieres irte, Anie?

—Sí... Pero no me atrevo a decírselo... Tengo miedo... Sabe que volví a hablar con usted... Me armó un escándalo... ¡Cuidado! Ya sale de casa.

La muchacha, como una ardilla, se ocultó detrás de un seto.

A las siete de la mañana del día siguiente, Violette estaba a la entrada del pueblo, tras un viejo paredón, esperando a la pequeña. Sabía que tenía que ir de compras. Al pasar la chica asomó la cara barbuda. Anie se le reunió presurosa:

—¡Cuánto me alegro de encontrarle!... ¡No quiero estar más allí!

—Pues vete en seguida.

—Es que no quiero marcharme sin mi baúl.

—Yo iré a buscarlo.

—No haga eso, porque ocurriría una desgracia... ¡Qué indignado está con usted!... Lo que puede hacer usted es enviarme a Bicot, el muchacho del mesón, con un carrito, a eso de las tres de la tarde. El *Piel Roja*, como le llaman en Corbillères, sale todos los días después de comer para pasear y dormir la siesta no sé dónde... Y hasta las cuatro no vuelve... Así que Bicot llevará el baúl y yo le seguiré... Pero usted no aparezca, porque tal vez lo lamentáramos. Le aseguro que no es el más indicado para arreglar la cuestión...

En "El Arbol Verde", Violette contaba aquella noche a la señora Muche la última conversación que había tenido con Anie:

—Cumpliendo lo que la muchacha quería, he avisado a Bicot. Yo, por mi parte, a las tres estaba oculto ya en la sauceda. Bicot llegó con su carrito y ha silbado. Entonces se abrió la ventana de la habitación; pero fué el tal Benito quien asomó su facha.

"—¿Qué quieres? —preguntó ásperamente a Bicot.

"—Vengo a buscar el baúl de Anie —repuso el chico, que no estaba al tanto de lo que allí pasaba.

"—Anie cambió de parecer y se queda —le dijo Benito cerrando la ventana.

"Y Bicot volvió al pueblo con su carrito.

"Yo sentí tentaciones de aparecer; pero pensé que me exponía a estropearlo todo, que era preferible hablar antes con la interesada. Pero la muchacha no salió. Ni Benito tampoco. ¿Qué opina usted, señora Muche?

—Te repito lo que el otro día te dije: ¡He visto la cara de ese hombre una vez y la recordaré toda la vida! ¿Te acuerdas de cuando llegó al patio con un garrote y se puso como un salvaje, como un verdadero piel roja?... Así que te deseo que esa chica no desaparezca como las demás...

—¡Pero si es él quien las hace desaparecer!...

—Razón de más...

—¡Hasta mañana, señora Muche! Ya vendré a contarle lo que suceda. Procuraré ver a la pequeña cuando vaya a hacer la compra a Corbillères.

Pero la señora Muche no volvió a ver a Violette al día siguiente ni en los días siguientes. ¡Ni lo vería jamás!

Y, como dijo el muchacho que guiaba a Cristina por los desiguales senderos de Corbillères cuando la señorita Norbert llegó al pueblo, hacía dos días que nadie veía a Anie.

* * *

Y ahora sigamos nuestro camino hacia la casa de Benito Masson, que al caer de la tarde mezclaba su triste sombra a los fúnebres reflejos del estanque de las aguas negras.

El viento soplaba cada vez más fuerte, húmedo y helado, agitando los sauces pálidos y retorcidos, trémulos fantasmas sobre los juncos encorvados que dejaban oír su quejumbre ululante, tan pronto silbante, como si hubiera pasado por mil y mil sopletes, como dulce cual el último aliento de la tierra y de las aguas, sin perjuicio de que después desencadenara de nuevo su furor.

Hacía un cuarto de hora que marchaban. El joven Felipe caminaba en el fango como en su elemento. Cristina procuraba evitar los charcos, llevaba las faldas recogidas y sujetaba con ambas manos su velo de viaje, luchando con el viento, que parecía haberse propuesto arrancárselo. De pronto, y por fin, se detuvieron.

Sobre la triste mansión de Benito acababa de elevarse un remolino de fuego. Llamas y humareda escapaban con un siniestro estertor. Y aquella combustión, animada por el viento que soplaba bruscamente de uno y otro lado, parecía a punto de tragarse todo el edificio.

Se le habrá encendido el hollín de la chimenea y no se daría cuenta —exclamó el muchacho.

Entonces echaron a correr y pronto se hallaron en un puentecillo de madera que levantaba su comba entre juncos, y al que se agarraron un instante para que la borrasca no los llevara.

El estanque tenía olas hinchadas por las corrientes que cruzaban los pantanos de alrededor, y que hervían allí como en una cubeta... Y de pronto sobre las negras aguas de la cubeta hubo como una ráfaga de sangre, reflejo de la llama que rugía en lo alto... Y aquel reflejo permitió ver un cadáver...

Desde el fondo de la obscuridad, llevado por las tumultuosas aguas, llegó hasta delante de Cristina y del niño que la acompañaba, como si aun pudieran hacer algo por él... Y ambos, mudos de horror, vieron cómo por debajo del puente se deslizaba, con los brazos tendidos, la descompuesta faz y la boca abierta en la más horrible mueca, como si saliera de ella un último llamamiento.

—¡Es Violette! —pudo exclamar el muchacho, al cabo de unos momentos.

Y echó a correr en dirección contraria a la llevada hasta entonces, dejando allí a Cristina y volviendo a Corbillères con toda la agilidad de sus piernas, multiplicada aún por el terror... En cuanto a la señorita Norbert, al verse abandonada, no vaciló en correr como a un refugio a la casa de Benito Masson, donde además tenía que avisarle sobre el iniciado fuego, que, por cierto, no cesaba, sino todo lo contrario...

Por fortuna, el viento, al cambiarse en sudoeste, llevaba el incendiario penacho lejos del techo, hacia la pequeña sauceda cuyos árboles acurrucados surgían a veces de la trágica oscuridad con los brazos retorcidos, torturados y suplicantes.

Es fácil imaginar el estado de espíritu con que Cristina llegó a la puerta del pabellón. El siniestro aspecto de la tierra que acababa de atravesar, la visión del cadáver que las aguas alborotadas habían pasado bajo sus pies como diabólica ofrenda de aquellos siniestros lugares; las llamas que escapaban del techo; el niño que huía aullando de terror, todo contribuía a que se apoyara espantada en el quicio donde no tenía más esperanza que Be-

nito Masson.

Su mano apenas tuvo fuerza para llamar; pero de sus labios salió un agudo grito:

—¡Masson!

Y detrás de la puerta otro grito terrible respondióle.

¿Un grito? Mejor era un aullido, una monstruosa blasfemia, un clamor horrible, una imprecación delirante que hirió a Cristina en el corazón.

Y la puerta no se abría...

Junto a la puerta, Cristina agonizaba de horror, más asustada por aquel grito que por cuanto había visto y oído desde que pusiera los pies en aquella maldita tierra...

Su boca gemía:

—¡Masson!... ¡Masson!...

Pero era como si pidiese compasión al verdugo...

Al fin, la puerta se abrió. Y tuvo la visión fulgurante de un monstruo que se llevaba a una joven al fondo de su infierno.

Luego volvió a cerrarse la puerta, mientras en lo alto el penacho fogoso erguíase con un furor nuevo, arremolinante y devorador, sembrando en los arrodillados árboles de la sauceda sus cenizas y sus fúnebres escorias, envolviéndolos con un olor de muerte...

Mientras tanto, Felipe había llegado al pueblo y había difundido la alarma. Felipe, que era hijo del guarnicionero, no corrió en seguida a casa de su padre.

Marchó al mesón, donde tenía la seguridad de que a aquella hora, por ser la del aperitivo, hallaría a todos cuantos podían considerarse como fuerza defensiva del país: al guarda rural, al pregonero, a dos o tres muchachos que cazaban furtivamente lo que podían y que siempre tenían la pólvora seca; todos los cuales se entendían a las mil maravillas y aceptaban desde hacía tiempo la dominadora tutela de Violette, buen cacique del territorio que el Señor le había deparado por cuanto dejaba medios de vida para los demás con tal de que no le regateasen la admiración ni la autoridad. Además, todos sentían el mismo odio al intruso, al salvaje, al *Piel Roja*, que parecía no haber ido allí más que a molestarlos, a estorbarles en sus costumbres y a despreciarles, puesto que no le gustaba ni la caza ni la pesca, que eran los medios de vida de ellos.

Cuando el muchacho, con palabras entrecortadas por el espanto, les comunicó que había visto el cadáver de Violette bajo el puentecillo y cerca del estanque, todos se levantaron exclamando:

—¡Es el *Piel Roja!*

No era la primera vez... Ya hacía tiempo que en el país lo consideraban como un asesino. Por otra parte, desde "El Arbol Verde" a Corbillères nadie ignoraba la animosidad que existía entre ambos hombres. Ello aparte de que en los últimos tiempos Violette no había sido el único en preguntarse el paradero de la pequeña Anie...

Cinco minutos después, unos veinte habitantes del pueblo estaban listos para emprender una campaña contra el *Piel Roja*. Iban armados de fusiles, de palos, de bastones...

El pregonero fué en busca de su tambor, y costó mucho trabajo convencerle de que no redoblara. De todos modos, púsose al frente de la expedición, con un palillo en cada mano y dispuesto a sonar una carga heroica en el caso de que el pequeño ejército desfalleciera en el momento del asalto.

Felipe marchaba a su lado...

Después de recomendarse silencio, llegaron en fila india, a causa de la estrechez del sendero, al puentecillo donde Violette los esperaba, con la cara medio consumida por la muerte, por la humedad y por los peces y con la boca abierta como clamando venganza.

Una sorda exclamación corrió a lo largo de la fila india.

Dos de los expedicionarios entraron en el agua, iluminada tan sólo por el siniestro fanal que ardía más fuerte que nunca en lo alto de la mansión del intruso. Y sacaron a tierra el cadáver.

—Hace lo menos veinticuatro horas que bebe sin tener sed.

Hubo un breve conciliábulo. El violento fuego que salía rugiendo de la casa maldita les daba miedo.

—¿Querrá quemarse?... ¿Querrá quemar su guarida antes de marcharse?...

Por fin resolvieron rodear la casa y entrar simultáneamente en ella a una señal convenida.

—Yo daré la señal —bisbiseó el pregonero.

Y de repente oyéronse redoble de tambores y estentóreos gritos salvajes.

La puerta fué hundida sin resistencia.

Los primeros detuviéronse en el umbral, como horripilados.

Sin preocuparse de ellos, Benito Masson, arrodillado, rociaba con agua el marmóreo rostro de Cristina, que estaba desmayada. Cerca, en un canasto, había un informe montón de despojos humanos, esperando turno para unirse en el hornillo, del que escapaba un espantoso olor de grasa quemada, a los demás restos de Anie, que se consumían en una llama animada por el petróleo.

Benito Masson cuidaba ansiosamente a una de las mujeres mientras quemaba a la otra...

XXI

Casi lo mataron. Mientras se movió, los expedicionarios de Corbillères no cesaron de darle palos. Y el guarnicionero, o sea el padre de Felipe, propuso hacerle pedazos como Benito Masson había hecho con Anie, y arrojarlos al hornillo.

Quizá esta iniciativa se hubiera llevado a cabo de no haber llegado los gendarmes. La cólera de los campesinos era muy grande, y, en fin de cuentas, comprensible.

—¡No lo salven de la guillotina! —dijo el brigadier—. Déjenlo que respire hasta ese momento.

Entonces dejaron a Benito para ocuparse de Cristina, que todavía no abriera los ojos.

—¡Esta sí que se escapó de una buena! —exclamó el pregonero.

Y todos compartieron su opinión.

Cristina no dió señales de vida hasta que la sacaron fuera, bajo la acción del aire libre y de la humedad. Fueron a buscar una carreta, en la que los acomodaron a los dos.

Una vez en Corbillères, a Cristina, que tenía mucha fiebre y deliraba, la dejaron en una habitación de la posada. En cuanto a Benito, tendido en un jergón en la cuadra y al que velaban los gendarmes, no tanto para que no lo rematasen como para que no se escapara, lanzó un profundo suspiro hacia las dos de la madrugada, sentóse sobre el jergón, pasóse la mano por la frente molida a golpes, pareció que a la luz de la linterna colgada de la pared buscaba alguien a quien no vió, acabó descubriendo en el umbral, sentados en bolsas, a los dos gendarmes que le miraban, y dijo claramente y sin emoción:

—¡Soy inocente!

Los representantes de la autoridad no le contradijeron. Entonces Masson pidió que le trajesen agua. Agregando:

—Creo que me bebería un tonel.

Un gendarme le llevó agua en un cubo que servía para los caballos. Allí bebió largamente, se sacó la ropa y lavóse las heridas.

—La gente de Corbillères tiene la mano dura —dijo.

Y echóse a reír.

Los gendarmes se estremecieron, según posteriores declaraciones; nunca habían oído una risa semejante. Por no oírla, sintieron ganas de descargar el revólver contra el monstruo...

Luego cambió de tono, y dijo:

—Supongo que habrán cuidado de mi bella visitante... Es una hija de familia que no está acostumbrada al ambiente de los pantanos... Tendrá mucho frío... *En cambio la otra tenía demasiado calor.*

Se le acercaron los gendarmes y lo esposaron. Estuvieron a punto de amordazarle. Masson no oponía resistencia alguna, a pesar de que parecía haber recobrado todas las fuerzas. Se limitaba a mover la cabeza con un signo de aprobación.

—Tomen las precauciones necesarias —decía—, porque nunca están de más... *Comprendo que yo no les resulte simpático...*

La carreta había realizado un segundo viaje para cargar con el cuerpo de Violette. El brigadier había dicho que lo dejaran en la senda, adonde había sido sacado y donde la justicia lo encontraría. Pero la gente de Corbillères no quería que pasara la noche bajo la lluvia, y lo habían llevado a la casa de Masson, envuelto en una lona. De vez en cuando salían del cuarto donde estaban reunidos, iban a verlo y juraban vengarle...

Ya se había dado aviso a la subprefectura. Por lo tanto, esperábase a las autoridades y a la policía. Todos estaban de acuerdo en que el asunto daría que hablar por mucho tiempo.

¡Qué extraordinario proceso!... Pero, al fin y al cabo, no se sabía cuántos asesinatos había cometido el *Piel Roja*... Se le conocían siete víctimas, siete pobres mujeres a quienes había cortado a pedazos y arrojado al hornillo... Pero, con seguridad, había asesinado muchas más.

Estaban tan excitados por la mañana, que querían incendiar la cuadra y asar al sátiro. Por fortuna, las autoridades llegaron muy oportunamente.

Benito, a pesar del tumulto y de los gritos que pedían su muerte, permaneció tranquilo, con una asombrosa serenidad que impresionaba a sus guardianes, los cuales se preguntaban si serían bastante fuertes para salvarlo por segunda vez del linchamiento.

—¡Abranles la puerta! —les decía—. *Si quieren hacerme pedazos a mí también, no hay que llevarles la contra.*

Había dado la dirección de Cristina para que le mandasen aviso a su padre.

—¡Qué golpe para ella!... Seguramente no esperaba ver lo que vió... Pero, ¿por qué vino?... Yo *le había recomendado muchas veces que no pusiera los pies en este lugar.*

Todo lo que decía parecía ser una confesión de sus hazañas, o cuando menos conducente a la conclusión de que no cabía ninguna duda respecto a su culpabilidad. Y, sin embargo, solía repetir como un estribillo:

—Esto no impide que yo sea inocente.

¿Se burlaba de los demás, se burlaba de sí mismo?... El tono con que hablaba era bastante grotesco. ¿Quería hacerse pasar por loco?

Al oírle las primeras respuestas, el juez de instrucción declaró:

—Estamos frente a un cínico.

Era verdad. Masson parecía experimentar un sádico placer inspirando horror. Y hacía todo lo posible para multiplicar el horror que inspiraba.

La primera noche, el guarda rural y el guarnicionero se habían quedado en casa de Masson, vigilando el fuego *sin tocarlo* hasta que se apagó... Los funcionarios todo lo encontraron intacto: los restos de Anie en el canasto y sus huesos carbonizados en un hornillo... También hallaron despojos en la bodega. Y es que allí la había "seccionado". En el mismo lugar encontraron *los baúles y las valijas, todo el bagaje, en fin, de las siete desaparecidas mujeres.*

—¿Qué demuestra eso? —replicó Masson cuando se lo presentaron como una prueba—. Demuestra que soy hombre ordenado y que puede tenerse confianza en mí... *Cuando vuelvan se pondrán muy contentas por hallar sus cosas tal como las dejaron...*

—Supongo —lo interrumpió el juez— que pronto encontraremos sus cenizas, con lo que pondremos fin a una actitud que le iguala a los peores monstruos que deshonraron a la humanidad.

—Señor juez: comprendo su indignación y la fiebre que la inspira; pero créame cuando le digo que no es seguro encontrar a esas mujeres convertidas en cenizas... El hecho de que yo haya quemado una, no demuestra que hubiese quemado a las demás...

—Entonces, ¿confiesa respecto a la última?

—¿Confesar?... No confieso nada... Soy demasiado amigo de la verdad para acceder ahora a la confesión de un crimen que no cometí... *El hecho de hacer pedazos a una mujer y ponerla así en el hornillo, no demuestra que la haya matado...*

—¡Demuéstrenos que no la mató!

—*¡Eso, señor juez, no es de mi incumbencia!...* Yo no soy magistrado ni me paga el gobierno para que haga informaciones que prueben la inocencia o la culpabilidad de los ciudadanos. Por nada del mundo usurparé lo que son prerrogativas suyas... *¡Trabaje!...*

Así hablaba Benito Masson... No vamos a entrar aquí en detalles de un sumario que, efectivamente, interesó a todo el mundo y que recuerdan todos. Benito, cuanto más abatido debiera estar por declaraciones y por pruebas, más ferozmente alegre parecía. Nunca la expresión de su rostro había sido más acentuada ni naturalmente más odiosa.

En lo referente a Violette, reconoció como propias todas las amenazadoras frases que se le atribuían. Y rindió un homenaje a la feliz memoria de la señora Muche, que había referido detalladamente la visita del *Piel Roja* a "El Arbol Verde" y la conversación que sostuvo con el guardabosque.

La señora Muche había profetizado con demasiada seguridad lo ocurrido para no enorgullecerse de ello.

—Si me hubiese hecho caso Violette —declaró—, todavía plantaría sus cañas y tendería sus lazos.

El examen del cadáver de Violette demostró que había sido extrangulado con una cuerda fina y lanzado al estanque con una piedra a los pies; pero la piedra debió ser demasiado pesada, pues rompió la atadura que la unía a la víctima.

Y Benito Masson, ante los resultados del examen, y teniendo en cuenta que, previamente al estrangulamiento, se le suponía haber lanzado el lazo, declaró:

—Lo que se supone es muy propio de un piel roja... Y, señor juez, aunque yo le dijera que no sé lanzar el lazo, no conseguiría convencerle. Así es que espero que dejen el dichoso lazo en la mesa de las piezas de convicción, junto a *mi canasto para transportar "despojos"* y al lado de mi hornillo.

A Cristina se le tomó declaración en su casa. Y gracias al dictamen facultativo se le pudo evitar, al menos de momento, un penoso careo. Careo que, por lo demás, hubiera sido inútil, por cuanto el acusado no contradecía las declaraciones de la señorita Norbert.

Esta entonó su "mea culpa". Su gran error había sido compadecerse de un ser excesivamente castigado por la naturaleza y que le había parecido interesante a causa del mismo infortunio. Cristina había achacado a la fealdad que aislaba a Benito Masson la misantropía del encuadernador, su salvajismo, sus extravagancias, la hosca poesía de sus elucubraciones, su lenguaje, entusiasta hasta el más desordenado lirismo, como simplemente grosero y brutal. E inclinándose piadosamente ante el dolor, Cristina se había encontrado con un verdugo.

Cuando se abrió la puerta de la casita de Corbillères, habíase hallado con una especie de loco cubierto de sangre como un empleado del matadero y que acababa de lanzar a las llamas los destrozados restos de un cuerpo humano... De lo que siguió no recordaba nada. Se limitaba a preguntarse cómo no había muerto ante el terrible espectáculo...

—La pobre chica no merecía eso —suspiró Benito Masson cuando le comunicaron las declaraciones de la joven.

—¡Miserable! —le replicó el juez en un arrebato—. Ya preveía usted que ella podía sorprenderle con las manos en la masa, cuando le prohibía que fuera a verlo a Corbillères-les-Eaux...

—No, señor juez, no... Yo no preveía que me pudiera encontrar nadie con las manos en la masa, como dice usted en un lenguaje cuya nobleza no se encuentra precisamente en las tragedias clásicas... Si yo no invitaba a la señorita Norbert para que realizara una excursión por Corbillères-les-Eaux, era porque... el paisaje no tiene nada de agradable ni bonito.

XXII

Tanta truculencia, tanto cinismo, un interés tan evidente en aumentar en todos el horror inspirado por una serie de crímenes de que el encuadernador Benito Masson no se declaraba inocente más que en unos términos y en un tono que restaban todo valor a una declaración que él mismo no parecía tomar en serio, habían terminado por inspirar a Jaime Cotentin, el prometido de Cristina, reflexiones que no podían nacer más que en un espíritu tan científicamente, es decir, tan lógicamente abierto como el suyo, preparado, además, por un método severo, para no dejarse influir por las contingencias...

"Este hombre —decía Cotentin— corre a la muerte como hacia una liberación. Eso es lo que demuestran principalmente sus contestaciones. Si él mismo pudiera demostrar sus crímenes, con seguridad que lo haría. Y al no poder hacerlo, desencadena contra él, con su actitud, el furor de los jueces y del público, que desprecia... Al mismo tiempo, se venga por anticipado del error que va a ponerle en manos del verdugo, gritando: "¡Soy inocente!"... Pero poco falta para que agregue: "¿A que no me lo demostráis?"... Todo eso es muy de Benito Masson... Por otra parte, no se ha encontrado la menor huella de las otras seis víctimas. Y en cuanto a la séptima, anda descaminado cuando asegura que el hecho de que se haya descuartizado a una mujer y se la haya puesto en un hornillo no demuestra que se la haya muerto..."

Cotentin no participaba a nadie sus reflexiones. No le agradaban las discusiones ociosas. Sabía que no conmovería la seguridad de nadie ante una culpabilidad que "saltaba a la vista". Sobre todo tenía sumo cuidado en ocultar el fondo de sus pensamientos a Cristina, que *había visto demasiadas cosas* para poder admitir ni por un segundo que Benito Masson no era un abominable criminal. Entretanto, Cristina había recibido un mensaje de Coulteray con estas palabras: "¡Adiós, Cristina!... ¡Ha terminado todo!..."

El drama con que se había encontrado en Corbillères y la consiguiente postración física y moral le habían hecho olvidar la otra tragedia no menos sombría, que se desarrollaba en otro rincón de Francia y que, precisamente, había sido la causa de su visita a Benito Masson.

Por su parte, Jaime Cotentin, temiendo bastante tiempo por la vida o la razón de Cristina, no había pensado más en la marquesa ni en su angustioso llamamiento.

Los primeros requerimientos del sumario y los penosos interrogatorios que dejaban a Cristina abatida bajo el peso del más terrible recuerdo, hubiesen contribuido a arrojar a la obscuridad de su pensamiento, si por casualidad hubiera aparecido, la aventura fantasmal en que se debatía aquella pobre lady tan pálida, tan pálida, que el marqués trajera de la India.

Una desgracia presente es egoísta. Exige todos los cuidados, atrae sobre sus heridas y no permite mirar alrededor más que cuando éstas se cerraron... Además, no hay que olvidar que, en último término, había que demostrar la realidad del infortunio de la marquesa... El "trócar" era, en verdad, como para tenerlo en cuenta: faltaba saber si se le había atribuído una importancia exagerada o si se le había asignado un papel que no era el suyo...

De todos modos, con las emociones de Corbillères, el "trócar" que Cristina se había llevado en el bolso para mostrarle a Benito había desaparecido... ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo?...

Sin duda cuando Cristina corría por los resbaladizos senderos, combatida por el miedo y por el viento, se habría abierto el bolso y el instrumento quirúrgico se escurriría.

Cristina y Jaime no pensaron en ello hasta que les llegó el aviso tan breve y tan lúgubre de la marquesa.

La visión de la pequeña Anie ardiendo en el hornillo de Benito Masson había borrado tan por completo cuanto no se refería directamente o *parecía no referirse* a los crímenes de Corbillères, que Cristina no habló a nadie del extraño "trócar".

Además, nadie lo encontró, a pesar de todas las investigaciones de la policía judicial, que registrara todo Corbillères y el campo, en busca de los restos de las seis víctimas que faltaban. Si los agentes

de la Seguridad General hubieran descubierto un objeto tan curioso, seguramente darían cuenta de él.

—¡Vamos! —expresó Cristina a Jaime Cotentin—. Hemos esperado ya mucho... Quizá yo, por mi escepticismo, por mi orgullo, por mi "suficiencia", haya sido la causa del fallecimiento de esa desgraciada... Si hay alguna ocasión de salvarla, ¡aprovechémosla!... ¡Qué remordimientos tengo!... Cuando me creía muy inteligente, no era otra cosa que una necia... Mi calma para juzgar a las personas y a las cosas, el tan ponderado equilibrio de mi espíritu, no eran más que el armazón de una idiotez que me asusta... ¿Estás tú tranquilo?... A los imbéciles les parecerá que sí... Pero yo siempre vi la inquietud de tu alma... ¡Nada te ha parecido jamás imposible!... Me asombré de no verte sonreír cuando por primera vez te hablé del vampirismo que reinaba en el palacio de Coulteray... Cuando yo, en un tono que hubieran envidiado todos los Prudhomme del mundo, hablaba de "ciencia", tú me respondías hablando de "misterio"... He tomado a mi padre por un monómano y tiene genio; *he amado a Gabriel sin creer... Quizá le amo todavía y tal vez no creo* aún...

—¡Oh, Cristina! —protestó Jaime con infinita tristeza.

—Perdón, Jaime, pero nada quiero ocultarte... He visto al marqués y a Benito Masson a mis pies lo que no vi, yo que creía conocerlo y adivinarlo todo, era que se trataba de dos monstruos... ¡Corramos a Coulteray, Jaime!...

—Aun estás muy débil, Cristina.

—Razón de más para que vayamos al campo. Seguramente que los médicos me ordenarán que esté una temporada en la Turena, clima suave y templado, que me repondrá de mis últimas emociones... Nadie se extrañará de mi ausencia, y los magistrados no podrán oponerse a ello. Además, el sumario está a punto de concluirse. Si no se encuentra a las otras seis víctimas se supondrá que se debe al hecho de que las haya quemado. ¡Qué bandido! ¡Y pensar que me dedicaba versos! ¡Y pensar que derramaba lágrimas sobre mi mano!... ¿Vamos, Jaime mío?

—Ya sabes que hago cuanto deseas... Además, tienes razón... Nuestra presencia puede ser útil allá...

—¡Que el cielo te oiga! ¡Pero ya sabes que nos dice que todo ha terminado!...

—Desde el momento en que pudo escribir, no había terminado...

—Pues avisa a mi padre que nos marchamos... ¿Tu partida no será perjudicial para Gabriel?...

—No... Ahora ya puedo ausentarme, aunque sea por largo tiempo..., siempre que tu padre se quede y tenga cuidado...

—¡Oh! ¡En cuanto a eso, ya sabes que apenas lo deja y que casi no se separó de él para venir a verme... ¡Nadie ha estado tan bien atendido como Gabriel!... ¡Pobre papá!... *Gabriel es algo de su vida... Y también de la tuya, Jaime...*

—Mi vida eres tú, Cristina.

—Pues vámonos de este barrio, de esta isla donde me parece que aun ronda a mi alrededor el miserable con su sonrisa tan horriblemente melancólica y con aquellos versos que recitaba en un tono de liturgia... "Por el amor de Dios: no muevas las cejas cuando pases cerca de mí; que tu mirada permanezca helada en su lago inmóvil...", etc., etcétera, y otras cosas del mismo tono que me llenaban de gozo a pesar de mi apariencia de estatua... Porque yo en el fondo soy una sentimental... Sí, algo parecido a Jenny la obrera, con la diferencia de que lo que necesito no son flores, sino poemas...

—¡No bromees!... Porque a pesar de las bromas, eres una sentimental... No se es grande más que por los sentimientos y por la bondad... ¡Y tú fuiste buena!...

—Buena para ti, buena para él, buena para todo el mundo... ¡Y a todos os hago sufrir!... Pero *¿acaso sé yo lo que quiero?* —exclamó lanzando un grito que terminó en un sollozo.

Aquella misma noche la llevó. Sí, era necesario que saliera de París... Y decidió que una vez en Turena la cuidaría como a una niña, entre plantas y flores, en la resplandeciente dulzura del verano que moría.

Y al llegar a Tours enteróse con alegría, por la lectura de los diarios vespertinos, de que aquella misma mañana había fallecido Bessie Anne Elisabeth, marquesa de Coulteray.

XXIII

Aquella alegría fué breve. Cristina, a quien no pudo ocultar la noticia, quería partir de inmediato para Coulteray. Toda languidez había desaparecido en ella.

—Si ha muerto por culpa mía —dijo—, si ha muerto porque no supe oírla, ¡la vengaré!... Le debo eso... ¡Su sombra sólo me perdonará con esa condición!...

Se hallaba en una agitación tan intensa que no cesó más que a primera hora del día, cuando se vió con Jaime en un *auto* que había de dejarlos en Coulteray a las diez de la mañana.

"Es necesario que me tranquilice —pensaba— para sorprenderle, ya que no debe recelar nada."

Todo cuanto decía Jaime no servía para nada. No le hacía caso. Todos sus pensamientos iban dirigidos contra el marqués. Apenas habló diez palabras antes de llegar a Coulteray.

En otras circunstancias, aquel viaje hubiera sido delicioso para unos novios. Eso es lo que Jaime pensaba, a quien Cristina siempre se le escurría, por una razón o por otra, en el momento en que más cerca la creía de él.

Jamás la naturaleza se había mostrado más bella ni más suave. Finalizaba septiembre. Un dorado sol difundía su vaporosa ternura sobre los dominios del Loire. Jaime posó su mano sobre la de Cristina, que estaba helada. El, en el paisaje amable y jubiloso, no pensaba más que en la vida. Ella no pensaba más que en la muerte, hacia la cual corrían velozmente.

Cuando llegaron a Coulteray, las campanas de la pequeña iglesia pueblerina y de la capilla del castillo comenzaron a lanzar los fúnebres tañidos.

—Sin duda la enterrarán hoy —expresó Cristina, cuyos ojos bañáronse en lágrimas—. Me gustaría verla por última vez. Le diría ciertas cosas al oído... Quiera Dios que lleguemos antes de la ceremonia.

A Jaime, cada vez le resultaba más difícil ponerse de acuerdo con aquellos tristes pensamientos. Estaba molesto con la difunta porque le hurtaba el encanto de la hora. La presencia del pueblecillo en las faldas de la colina, entre verdura, con sus bancas paredes, sus techos puntiagudos, sus campos y sus viñedos; la cinta diamantina del riachuelo que unos cuantos kilómetros más abajo desembocaba, o mejor dicho, se perdía en el Loire; el hermoso cielo, la fluidez de la atmósfera, la acogedora alegría de los rostros hallados hasta entonces al borde del camino, en los umbrales de las casitas que se abrían sin misterio como mostrando la felicidad hogareña, no le habían preparado a oír la lúgubre letanía del bronce que rezaban las dos campanas, las cuales parecían fundidas para anunciar solamente bodas y bautizos.

El pueblo estaba desierto. El automóvil lo atravesó por enfrente del mesón "La Gruta de las Hadas" sin hallar a nadie. Parecía un pueblo abandonado.

El coche cruzó el puente de mampostería que llevaba al castillo, y se levantaba en la colina de enfrente.

En aquel país abundan las obras de la Edad Media y del Renacimiento, que realzan las bellezas naturales. El sentimiento de admiración ha detenido a todos los viajeros ante las imponentes ruinas y los magníficos fragmentos de los antiguos castillos de Chatelier, de la Guerche, de Roche-Carbon, de la Isle-Bouchard, de Montbazon, de Chichon, de Amboise, de Loches, de Azay-le-Rideau... El castillo de Coulteray encuadra en esta colección.

No es menos interesante por su arquitectura guerrera, sus almenas, sus matacanes y sus torres que por los frisos y bajo relieves esculpidos tan delicadamente en la fachada. Afirma la leyenda que Diana de Poitiers tuvo bastante que ver en los embellecimientos de aquella temible mansión, y que Catalina de Médicis procuró convertirla en una cómoda residencia... Y en aquel país encantador, hasta la Edad Media parece alegre...

"Muy enferma estaría esa desdichada marquesa —pensaba Jaime— para morirse aquí."

En la puerta del primer recinto del castillo, o, mejor dicho, de lo que quedaba del primer recinto, bajaron del automóvil. En el patio había gente reunida. Como que toda la comarca se había congregado allí. Asistían al entierro por curiosidad y por superstición, porque en el país de Coulteray son muy supersticiosos, quizá más que en todo el resto de Turena, y desde luego más que en Bretaña, aunque de un modo distinto... Y habían acudido, no por ver a la muerta, sino por ver al vampiro, sin creer en el vampirismo, pero también sin rechazar de plano la leyenda con que los habían atemorizado de niños, cuando se portaban mal.

La fúnebre aventura de Luis Juan María Crisóstomo, escapándose de su tumba para ir de noche a devorar a los vivos, subsistía ventajosamente, para los niños de Coulteray, la apelación al coco, tan empleada en otras partes.

Cuando, ausentes los castellanos, el conserje acompañaba visitantes a la cripta, no dejaba de referir a los forasteros lo que desde siglos atrás se decía de la tumba desocupada.

—¿Cree usted eso? —inquiría sonriendo el visitante.

—Lo creo y no lo creo; lo creo aunque no quiera creerlo —respondía moviendo la cabeza el interpelado.

❦ ❦ ❦

Nada hay más móvil que el carácter de los habitantes de Turena, con su petulante buen sentido, su inconsecuencia, su finura de espíritu, su burlona filosofía, su escepticismo y su loca imaginación. ¿Qué cosa más interesante que aquel genio de tan maravillosa agilidad que pasa sin esfuerzo de las bufonadas a los asuntos más graves, de la frivolidad a las consideraciones más serias y a veces más inesperadas por lo audaces?

Todo esto no es una digresión inútil en

el umbral del castillo de Coulteray, en el instante en que la tumba va a cerrarse sobre la cara cérea de Bessie Anne Elisabeth Cavendish, esposa del último de los Coulteray, del Jorge María Vicente, que no era otro que Luis Juan María Crisóstomo, el vampiro de la leyenda. *Faltaban unas horas para el acaecimiento de hechos extraordinarios que iban a alterar toda una comarca...*

No olvidemos que nos hallamos en un país donde hay un mesón que se llama "La Gruta de las Hadas", cuyo letrero representa un dolmen visitado por los más amables duendecillos. No lejos de dicho dolmen se halla otro de proporciones gigantescas, llamado "El Palacio de Gargantúa". A pocos kilómetros de allí está la altura de San Nicolás, atalaya de piedras sin escuadrar que también pertenece a los tiempos célticos y donde el mago Orfón acumuló ingentes riquezas que en Nochebuena gusta de mover ruidosamente...

Todas estas supersticiones son graciosas, apacibles, poéticas, propias de una tierra donde se siente la felicidad de vivir y nada semejante a los espantos bretones. Y son supersticiones que constituyen el fondo de las costumbres, que están ligadas a ciertos usos y fiestas, a las que hasta los más incrédulos tienen buen cuidado de asistir. Si tenemos presente todo ello, nos asombraremos menos de lo que va a suceder.

Por de pronto, no podríamos darnos mejor cuenta aproximada de la situación moral — desde este punto de vista — de la población de Coulteray que refiriendo muy sucintamente el modo en que en diferentes ocasiones fué acogido el marqués. Ya dijimos que había nacido en el extranjero. No estuvo en Coulteray hasta encontrarse en la flor de la edad. Y su aparición fué un acontecimiento más jubiloso que otra cosa.

Jorge María Vicente parecía encarnar en un todo el tipo del noble campesino de Turena: era epicúreo, tenía la tez curtida y trataba campechanamente con la gente alegre y decidida. No era orgulloso. Daba fiestas rurales, sacaba a bailar a las muchachas y en las grandes fiestas anuales pagaba comilonas en "La Gruta de las Hadas".

El vampiro, como se seguía llamándole en secreto y en son de broma, tenía un gran éxito. A todos les era muy simpático. Decían: "Nuestro *vampiro* se porta bien. ¡Ojalá el diablo nos lo conserve dos o trescientos años más!"

Luego se marchó, regresó al extranjero. Durante varios años no se volvió a hablar de él. Al retornar, no había cambiado. Continuaba siendo buen mozo, con el mismo humor. En cambio, los campesinos envejecieran.

Había traído de la India una mujer muy joven, "bella como un sol", digna de "La Gruta de las Hadas". Era muy galante con ella. Parecían adorarse.

Celebráronse fiestas en honor de ella y con motivo de la visita de algunos señorones de allende la Mancha, que tampoco eran nada melancólicos. Y toda aquella gente partió para París en medio del general sentimiento.

Cuando, unos meses más tarde, Jorge María Vicente volvió de nuevo a Coulteray con la marquesa, continuaba siendo el mismo en su manera de ser, de proceder, de ver jocundamente la vida; *pero su esposa ya estaba desconocida.*

Había perdido sus frescos colores; sus ojos, que antes reflejaban el cielo, tenían un fúnebre velo; y ella, a quien se había visto corriendo por los bosques como una Diana cazadora, paseaba ahora lánguidamente en el fondo de un coche, desde donde respondía con tristeza y con gesto cansino a los respetuosos saludos de la gente del lugar.

Entretanto, una mujer que lavaba la ropa en el castillo y estaba casada con un brigadier de la gendarmería, fué despedida por un motivo fútil.

La señora de Gérard —que así se llamaba— fué la primera en propalar el rumor de que en Coulteray acontecían cosas "bastante extraordinarias".

Aseguraba haber recibido confidencias de la marquesa, mujer digna de lástima, que, si no intervenía alguien, duraría poco tiempo. Entonces intervino el gendarme para hacer callar a su parlanchina esposa. Y lo consiguió tan bien, por medios de que ella no se ufanó, que ya no fué posible sacar a la señora de Gérard una palabra más referente al caso del castillo.

Pero la curiosidad de los pueblerinos ya estaba despierta acechaba las salidas de la marquesa y suspiraban a su paso.

—Inconvenientes de casarse con un vampiro —decían.

Además, no se portaban como antes con el señor de Coulteray. Le rehuían, daban vuelta la cabeza cuando pasaba, y se miraban mutuamente tan pronto con una especie de inquieta consternación como sonriendo de lo que pensaban, "ya que en fin de cuentas no era posible en nuestra época".

El marqués, en vista de ello, volvió a marcharse con su esposa.

Dos años después la trajo consumida. Y hoy la enterraba...

* * *

Cristina y Jaime llegaron en plena ceremonia.

Había quinientas o seiscientas personas, los hombres con la cabeza descubierta, la mayoría de las mujeres arrodilladas mientras avanzaba el fúnebre cortejo, precedido del clero, seguido del alcalde, de los regidores y demás autoridades de las cercanías.

Las "hijas de María", completamente de blanco, y las "damas del fuego" con su curioso indumento silvestre con guirnaldas de hojas y flores del bosque, rodeaban al féretro abierto, según antiguo uso de la casa Coulteray, y en el que se sella a los muertos en su tumba ante todo el pueblo, llamado como testigo.

Las "damas de fuego", entre las cuales había ancianas de blancos cabellos y jóvenes en la aurora de sus gracias, formaban una cofradía cuyo origen perdíase en la noche de los tiempos y que había nacido de la costumbre druídica de celebrar la vuelta del solsticio de estío con demostraciones de gozo y hogueras en el claro de los bosques. Aquellas "damas" danzaban en torno a pirámides de leña encendida, como en otras provincias francesas hacen la noche de San Juan. En la comarca de Coulteray no había caserío, granja ni choza que no alzara la hoguera en aquella ocasión. A los curas se les pide que las bendigan. Y cuando el fuego realizó toda su obra, se conservan cuidadosamente los tizones como preservativo contra la tempestad.

Así es que la religión y la superstición únense graciosamente en aquel delicioso país. Aquel día se habían unido una vez más para llevar a la última morada a la que fuera condenada por un destino adverso a compartir el tálamo del "vampiro".

Pero detrás del ataúd, llevado por cuatro mocetones del pueblo, marchaba el "vampiro", con un rostro de gran dolor regado por tantas lágrimas y gimiendo tan penosamente, que su corpachón se estremecía. Y la realidad de aquella desesperación conyugal no tardó en arrinconar en todos los cerebros la cruel leyenda de que, en fin de cuentas, quizá era la primera víctima aquel pobre Jorge María Vicente.

Se recordada con qué atención había cuidado siempre a la marquesa. No se vió en él más que a un marido que lloraba a su esposa. Y se lloró, no solamente por ella, sino por él.

Es más: todo el pueblo declaróse a su favor a consecuencia de un incidente surgido cuando el cortejo dejaba el patio para entrar en el pequeño recinto del cementerio que precedía a la capilla. Allí estaba la señora Gérard, que ya era viuda, apoyada en la pared y oculta tras una hiedra, pero de modo tan incompleto, que el marqués, a pesar de su desesperación, la vió. Entonces irguióse terrible y amenazante; sus ojos, hasta entonces bañados en lágrimas, parecieron secarse por el fuego que desprendían; su brazo tendióse hacia aquella mujer como si lo impulsara un resorte, que era seguramente el de la más extremada indignación, y su boca se movió, pero no tuvo ocasión de soltar el "¡Vete!" que la llenaba, porque la viuda, movida de espanto, había echado a correr fuera del castillo y bajaba hacia la pradera como una desbocada.

Aquello le gustó mucho a la gente.

Todos comprendían aquella santa cólera. Al fin y al cabo, el pobre hombre ya estaría harto de historias. Y conocería las estupideces que la Gérard propalaba desde el momento en que la había despedido. ¿Y aun había tenido ella el atrevimiento de exhibirse en un momento semejante?

Pasado el incidente, el cortejo penetró en la capilla. A Cristina y a Jaime les costó muchísimo colocarse en buen lugar. Jaime hubiera renunciado fácilmente a entrar en la capilla, si Cristina, pletórica de emoción, no le hubiese tirado de una mano con irresistible fuerza.

—¡Quiero verla, quiero verla!

Aunque el féretro estaba abierto, no la había visto aún. Inútilmente había intentado atravesar las primeras filas, porque fué rechazada sin ver más que ramos de flores con los que se había preparado a la difunta un tálamo perfumado.

Ya la capilla estaba llena cuando Cristina vió delante del pórtico a un hombre con sobrepelliz, que repartía golpes con un bastón negro y plano, cuyas puntas estaban provistas de un armazón de plata. Así hacía retroceder a los fieles que atropellaban.

No podía ser otro que el sacristán.

—¡Drouine! —bisbiseó la joven.

El interpelado volvióse y la vió asida a Jaime por la mano. Cristina Norbert presentóse y presentó a su primo.

—¡Qué tarde llegan, Dios mío! —suspiró Drouine levantando los ojos al cielo—. ¡Si supieran cómo los esperó!

—¿Se la puede ver aún? —preguntó Cristina.

—Síganme —contestó. Y les hizo bajar inmediatamente por una escalerilla subterránea que llevaba a la cripta.

Esta estaba desierta aún.

—Colóquense en este rincón. Luego de la misa la bajarán aquí y podrán verla a su gusto. Nunca estuvo tan bonita; parece un ángel. Provisionalmente será colocada en la tumba del "vampiro", que, como sabrán ustedes, está vacía. Y de donde no saldrá más que para ser sepul-

tada definitivamente en una magnífica tumba que el señor marqués encargará y que se colocará junto a la del conde Francisco II, llamado Brazo de Hierro y muerto en Tierra Santa. ¡Qué disgusto tiene el señor marqués!

Les dejó porque lo reclamaban arriba...

Estaban en una especie de hornacina abierta en la muralla y desde la cual dominaban la tumba del vampiro, que estaba abierta como esperando la nueva presa...

Sobre una tumba cercana habían colocado la losa que la cubría y en la cual podía leerse aún la inscripción relativa a Luis Juan María Crisóstomo, caballerizo de Su Majestad.

Jaime notó que la mano de Cristina crispábase sobre la suya. Todo aquel aparato de muerte, todos aquellos cánticos fúnebres en aquel recinto subterráneo parecían la quejumbre de los difuntos salida de las entrañas de la tierra. Todas aquellas figuras de piedra acostadas en los sepulcros, con las manos unidas en un postrer gesto de súplica y de oración antes del juicio final; toda aquella escena iluminada por unos cuantos rayos que penetraban por las ventanas abiertas a ras del suelo del cementerio, era como para impresionar a un espíritu menos quebrantado que el de Cristina.

En cuanto a Jaime, maldecía su propia debilidad, que lo había llevado a encerrarse con Cristina en aquel mortuorio aposento, precisamente cuando soñaba para su novia el renacimiento de todas las fuerzas vitales en el apoteosis de una triunfal naturaleza...

El, que era tan fuerte con los demás y consigo mismo; él, que encarnaba la pura inteligencia, no existía ni había existido ante ella más que para ella. Y como hacía tiempo que lo comprendiera así, ya no luchaba contra ello. Si por un momento intentó reaccionar, al punto comprendió que ella, con su bella serenidad, con su dulcísima sonrisa, sin ninguna protesta, dejaría que se fuese... *De profundis clamavi ad te, Dómine!* Aquí abajo, y seguramente allá arriba, cada espíritu tiene su dueño. Poderosos cerebros han ido en todo tiempo a remolque de mujeronas lamentables. Cristina, en fin de cuentas, era buena y hermosa. *Dies irae, dies ille!*

Ya se abría la verja que había detrás de la tumba del conde Francisco, llamado Brazo de Hierro. Y el cortejo de las "hijas de María" y de las "damas del fuego" precediendo al féretro que los mozos llevaban y que levantaron para dejarlo provisoriamente en la tumba del vampiro.

Hubiérase dicho que dejaban allí una maravillosa canastilla de flores en la que descansaba una virgen dormida...

Cristina, con sus ojos agrandados por el dolor y la angustia, miraba fijamente aquella cara ideal...

¡Oh, qué bella era Bessie Anne Elisabeth en la muerte!... Bella como Julieta en la tumba cuando penetró en la frescura religiosa del santuario oloroso que disipa todo el tormento y devuelve a la envoltura terrenal su pureza de aurora; bella como Ofelia adornada con su guirnalda de plantas silvestres y con los cabellos todavía húmedos de la flora de las aguas; bella como ella misma, que, finalmente, escapaba al ultraje de un insensato a quien había entregado, contra sus esperanzas y deseos, un corazón puro que finalmente escapaba de un círculo horroroso que no había podido comprender y donde había sucumbido su razón antes de que exhalara el último suspiro...

—¡Duerme, duerme tu último sueño! ¡Yo te juro que nada vendrá a turbarte! —murmuró Cristina transfigurada, sollozante y cayendo de rodillas.

A aquellos gemidos respondió un grito desesperado. Porque Jorge María Vicente desplomóse ante el ataúd, que tal vez él había abierto...

Concluyó la ceremonia, rezáronse las últimas oraciones y corrió la losa sobre aquella que no vería más la luz del día.

Levantaron al marqués, que se dejó llevar como si padeciera parálisis. Sólo recobró un poco el uso de sus miembros cuando recibió la frescura del exterior y cuando vió a Cristina y a Jaime que fueron los últimos en salir de la cripta. Dando algunos pasos hacia la joven le tomó ambas manos con una efusión que la dejó fría.

—¡Oh, gracias, muchas gracias por haber venido! Usted era una buena amiga de ella...

Cristina presentó a Jaime como novio... El otro no les soltaba las manos. Y tuvieron que acompañarlo hasta el castillo.

—¡No me dejen, por favor!... ¡Soy tan desdichado!... ¡Oh, si ustedes supieran!... Pero a usted, Cristina, nada tengo que decirle, porque lo sabe todo... Es la única que puede comprender el alcance de mi desgracia... Soy el más desventurado de los hombres...

Y mientras la multitud, emocionada o silenciosa, iba dejando vacío el patio y retornaba a los hogares, el marqués los retenía a la sombra de aquel fúnebre castillo de puertas cerradas.

—Voy a irme —dijo con desgarrada voz— lejos, muy lejos... ¿Adónde?... Aun no lo sé... Pero no puedo quedarme aquí ni un momento, porque hay demasiados recuerdos..., demasiados recuerdos y demasiados dolores...

Se movió una puerta, levantóse una cortina y apareció una sombra que Cristina reconoció... Era el médico indio, Saib Khan en persona, que no pronunció una palabra... Jorge María Vicente, al verlo se levantó.

—¡Adiós, adiós, quizá para siempre! —suspiró con una especie de estertor—. *¡Oh, cómo la quería!*

Y se fué... Oyóse el automóvil que se lo llevaba.

Cristina y Jaime quedaron impresionados por *aquella extraordinaria desesperación*. El *¡Oh, cómo la quería!* les sonaría durante mucho tiempo en el oído.

Jaime, después de unos instantes de pesado silencio, dijo:

—Quizá ese hombre amaba de veras a esa mujer.

—Pero ¿cómo puedes decir eso?... Ugoline también quería a sus hijos...

—Es cierto —dijo Jaime, que por nada del mundo quería contrariarla en aquel momento.

Y, levantándose, agregó:

—Ahora, Cristina, vamos a irnos de aquí, donde no tenemos nada que hacer, y procuraremos olvidar todo esto.

—Vete, si quieres —le dijo sombríamente la joven—. Yo me quedo.

—¿Te quedas aquí?... ¿Para qué?

Cristina habíase acercado a la ventana, y a través de las persianas miraba algo o a alguien con una feroz atención.

—¿Ves? —dijo la joven.

Jaime acercó la cabeza.

—Te hablé bastante de ellos para que los reconozcas.

—Sanger y Sing-Sing.

—En efecto. Ellos no se marcharon... ¿Y quieres que me vaya yo?...

—¡Explícate, Cristina, que no te comprendo!...

La joven encogióse de hombros.

Y a partir de entonces obró como si él no estuviera presente...

Abandonó aquel salón y pasó a otro... Su prometido la seguía, renunciando ya a interrogarla... Así atravesaron parte de la planta baja... El castillo parecía desierto, abandonado... Toda la servidumbre estaría en algún aposento apartado, entregada a la francachela como se acostumbra en tales casos... Cruzaron inmensas habitaciones que habían conservado el carácter de siglos anteriores, con arcones de inestimable precio, con cofrecillos tallados, con armaduras cinceladas, con altas sillas que databan del reinado de Francisco I, con grandes chimeneas Renacimiento, maravillas apenas iluminadas por la escasa claridad que se filtraba a través de las persianas. Por fin llegaron a un vestíbulo. La joven, con una prisa que no comprendía su prometido, subió por una escalera que había allí con los peldaños de mármol desgastado, con la barandilla de hierro forjado, y que tal vez no había sido reparada desde *el otro Coulteray*, desde Luis Juan María Crisóstomo...

Al llegar al primer piso, Cristina, como guiada por un instinto seguro, dirigióse hacia una gran puerta, que abrió de par en par.

Inmediatamente notaron el olor especial de las cámaras mortuorias...

Era la famosa habitación de Diana de Poitiers. En un estrado hallábase aún la gran cama de pilares salomónicos todavía sembrada de flores... En los cuatro ángulos de la habitación exhalaban aún su perfume los cirios apenas apagados...

Acercóse a la ventana, la abrió, subió las persianas y la luz entró a torrentes.

Cristina miró las paredes, que estaban cubiertas de tapices de Flandes. Jaime, cada vez más asombrado, vió que Cristina interesábase meticulosamente por aquellas figuras que recordaban las proezas de los caballeros de la Tabla Redonda. Luego de examinarlas, con desesperante minuciosidad, pasaba de una a otra. Tan pronto se inclinaba, como se ponía de puntillas o se subía a un escabel.

Por fin se dió vuelta, con la cara contraída y lanzando un suspiro. Miraba a Jaime, pero parecía no verle, y, desde luego, no lo oía, porque como él le dirigiera una pregunta encaminada a aclarar aquellas maquinaciones que eran completamente incomprensibles para él, ella pasó a su lado sin responderle. Y de pronto, Cristina, como obedeciendo a una idea nueva, salió de aquella habitación y por el pasillo entró en la pieza contigua.

Era una habitación Luis XV... Frente a la cama había un retrato de cuerpo entero de Luis Juan María Crisóstomo, a quien reconocíase perfectamente a pesar de la penumbra..., porque allí también estaban las puertas cerradas... Jaime entró tras ella. Seguramente estaban en la habitación del *marqués actual*.

El joven cerró la puerta y Cristina lanzó un grito.

Junto a la cama, pegada a la pared que separaba aquella habitación de la de la marquesa, *un rayo de sol alargaba su varita de oro, que parecía haber atravesado el muro*... Era la luz de la habitación de al lado, que llegaba hasta allí atravesando un agujero... Agujero que difícilmente se hubiera descubierto entre los arabescos que lo disimulaban por una parte y entre los personajes de los tapices por la otra...

Cristina acercóse mucho, y cuando acabó de mirar le dijo a Jaime:

—¡Mira, mira el agujero por donde el monstruó lanzaba su flecha envenenada!...

Y también él, que en sus manos había tenido el *trócar*, quedó convencido... Pero ¿no lo estaba ya a medias?... Sin embargo, ¿qué podían hacer estando *ella* muerta?...

Esta pregunta no se la dirigió a Cristina, la cual, sin embargo, repuso:

—¡Oh, Bessie! Fuí una mala guardiana de tu vida; *¡pero te prometo que velaré tu muerte!...*

XXIV

Aquella sibilina frase, que parecía unirla a Coulteray para toda una eternidad, dejó perplejo a Jaime. Cristina, que estaba febril, cada vez lo inquietaba más. No podía estarse quieta; ¿adónde le llevaba ahora? A casa del sacristán, que vivía en un torreón de piedra con una puerta y dos ventanas Renacimiento, adosado a lo que restaba del reducto, y que casi desaparecía entre plantas trepadoras. Era una garita desde donde podía vigilar la entrada del castillo, y casi una tumba, desde la cual podía vigilar a los muertos.

Drouine no era de Turena. No era movedizo ni impresionable como los indígenas, y como era muy avaro de movimientos, se le hubiera podido creer falto de actividad. Nada de ello. Trabajaba quince horas al día. Generalmente, el castillo estaba desierto y le pertenecía. El servicio de la capilla y del cementerio le ocupaban poco tiempo, en realidad. No abría ni cuatro tumbas al año. Pasaba el tiempo removiendo la tierra a lo largo de antiguos reductos, en una faja de terreno que le habían cedido y en la que sembraba legumbres. Además, él solo cultivaba su viña, que salía del reducto y extendíase hacia los prados, y cuyos beneficios le cedía íntegramente el marqués. Las visitas arqueológicas y los turistas contribuían también a llenarle el bolsillo.

Su sueño, próximo a realizarse, era abandonar aquel maravilloso país, para volver a Sologne, su patria, cuya agreste rusticidad le atraía.

Si ya no lo había hecho debíase a que la viuda de Gérard, a la que cortejaba en silencio hacía diez años, y con la que se franqueara hacía dos meses, no quería abandonar Turena...

Con sus economías de hormiga había logrado adquirir la finca que allí tenían a punto. Siempre había creído que el gendarme no llegaría a viejo, porque visitaba demasiado las tabernas, y que su viuda no le lloraría mucho tiempo, porque le pegaba duro y tendido. En cuanto a él, tenía un genio bueno y paciente. Con él podía ser feliz. Y ella lo sabía.

Cuando Jaime y Cristina entraron en su casa, estaba sentado ante el plato, en actitud meditabunda. Dejó la comida y se levantó.

Con sus cabellos de crin, su piel marfilina, sus miembros robustos, la espalda curvada por la incesante labor, hubiera podido pasar por un hombre bestial, si no fuese por los ojos, que eran de un azul purísimo y brillaban con el más tierno candor. A los cuarenta años conservaba la mirada de un niño de coro.

Sin embargo, ni era tímido ni torpe. Les ofreció dos sillas y les preguntó en seguida si habían visto a Sangor y si éste había cumplido el encargo del señor marqués.

—Lo hemos visto, pero desde lejos —dijo Cristina—. ¿De qué encargo se trata?

—El señor marqués se fué precipitadamente y no tuvo tiempo —contestó Drouine moviendo la cabeza— de decirles que podían permanecer en el castillo cuanto quisiesen, dormir en él y utilizar el servicio como si el señor marqués estuviera presente. Sangor y yo estamos a la disposición de ustedes.

—Nuestra intención era marcharnos hoy mismo —interrumpió Jaime.

—Pero ahora aprovecharemos el gentil ofrecimiento del marqués —rectificó Cristina.

—Si tienes mucho interés en quedarte algunos días en Coulteray —añadió su primo—, vayamos a la posada, donde siempre estaremos menos tristes que en este castillo solitario.

—¡No vine aquí para divertirme! —dijo la joven con tristeza.

Y tomando la mano de Jaime como para hacerse perdonar la réplica, algo viva, agregó:

—Vine para llorar a una amiga.

—La señora marquesa la estimaba mucho —suspiró Drouine.

—Háblenos de ella —pidió Cristina en voz baja—. Nos lo ha de decir todo, porque estamos preparados a oírlo todo... En todas sus cartas me hablaba de usted diciéndome que le merecía mucha confianza... Y este asunto es tan extraordinario, que hemos hecho mal en no creer en él... Ese miserable engañó a todo el mundo...

—No sé nada de eso —declaró Drouine.

Cristina lo miró estupefacta...

Drouine agregó tranquilamente:

—Yo, señorita, no doy crédito a las paparruchas de este país... Soy de Sologne. Mi madre era ama de llaves del cura. Y yo, monaguillo a los siete años, no creo más que en el catecismo... Lo del vampiro es un cuento chino... Miren ustedes... Aquí hay una mujer que no es mala, sino algo charlatana, y a quien el marqués despidió severamente de su servicio. Se trata de la viuda de un tal Gérard. Y esa mujer quizá habló demasiado de esa paparrucha a la señora marquesa —que, dicho sea entre nosotros, no estaba muy bien de la cabeza—. Por eso justamente yo no la contradecía cuando me hablaba del asunto a escondidas, en la sacristía. Yo le respondía: "Sí, señora marquesa, sí..." Pero nada más como no fuera tenerle lástima... ¿Un vampiro?... ¿Quién vió un vampiro?... Yo estoy encargado del cementerio hace quince años y nunca vi que los muertos, vampiros o no, salgan de su sitio una vez que allí los dejan. Mientras no llegue el Juicio Final...

—Este hombre —sentenció Jaime— tiene mucho sentido común.

Cristina revolvióse en un gesto de aguda hostilidad, exclamando:

—Eso no impide que nosotros hayamos tenido la prueba de la infamia, del crimen del marqués... ¿No lo viste claramente?... No puedes figurarte cuánto me disgusta su actitud.

—¿Y cuál es esa prueba? —preguntó Drouine.

—El agujero que comunica las dos habitaciones.

—Me habló la señora marquesa... y lo vi... Pero no es un agujero que data de ayer...

—Tampoco, de creer a la leyenda, data de ayer Jorge María Vicente —dijo Cristina.

—Pero ¿te estás volviendo loca? —preguntó Jaime.

Cristina replicó con ansiedad:

—¿Tampoco sabe usted lo que significaba la pistola que nos mandó?... El marqués podría explicárselo.

—Calla, por favor, Cristina —suplicó Jaime—. Por de pronto, no estamos seguros de nada... Y además olvidas..., *olvidas que tú y yo tenemos otros quehaceres que ocuparnos de los muertos...*

Jaime le había tomado las manos y la estrechaba con una fuerza de que ella no se defendía.

Además, en vez de responder, se puso a llorar...

Drouine salió sin decir palabra, ya porque lo requiriesen los deberes de su cargo, ya por discreción. Y Jaime procuró inmediatamente tranquilizar a Cristina, que cada vez estaba más nerviosa.

—Admito todo cuanto quieras —le expresó—. El marqués es un monstruo y la marquesa una mártir. Ya sabes que mientras cabía la esperanza de salvarla fuí el primero en aconsejar tu intervención. Pero ahora te suplico que nos apartemos de todo esto, que no *es lo que tú sabes...* Olvida el drama de Coulteray, como hay que olvidar el drama de Corbillères. Tiempo atrás no hubieras necesitado tantos discursos. *Una vez más te repito que no pensemos sino en Gabriel.*

Cristina enjugóse seguidamente las lágrimas.

—¡Hágase tu voluntad! —dijo con voz sorda—. Pero *quizá sea una cosa espantosa...*

—¿Por qué lo dices?

—Preguntas demasiado...

—¿Estás decidida a partir?

—Tranquilízate, que pronto regresaremos a París.

—No te pido que regresemos en seguida a París. Gabriel puede esperar ahora.

—Pues nos quedaremos aquí.

Jaime no pudo contener un gesto de impaciencia. Por lo visto, su novia se burlaba de él. Pero, de todos modos, no pudo manifestarle su mal humor. De fuera llegaba un ruido singular, algo así como una carrera o una persecución, acompañado de agudos gritos de pájaro acorralado por el cazador... Salieron al umbral. Desde allí distinguían parte del cementerio que rodeaba la capilla. Drouine corría como un loco, de tumba en tumba, tras una sombra que huía chillando, y que desapareció tras la capilla.

Alcanzaron al sacristán cuando amenazaba con el puño a un tipejo que hacía muecas y sonreía a la vez que saltaba un paredón con una pintoresca pirueta.

—Es Sing-Sing —dijo Cristina.

—Sí —afirmó Drouine enjugándose la frente—. Ni un momento me deja tranquilo. Lo sorprendí escuchando detrás de la puerta. Es un agente de Sangor... Me hubiera gustado darle una buena paliza en pago de la bilis que me hizo tragar desde que llegaron... Estas cosas raras son las que enfermaron a la señora marquesa...

—A propósito de Sangor, me gustaría hablar con usted, Drouine —advirtió Cristina mirándole extrañamente.

—Me lo figuraba —dijo Drouine—. Síganme... Para hablar, estaremos mejor en la sacristía...

Una vez allí, y con las puertas cerradas, Cristina tomó la palabra. No dejaba de mirar a Drouine. Este parecía muy preocupado en arreglar unas ropas sacerdotales en un viejo armario del siglo XV, que ocupaba el fondo de la sacristía.

—Sé, Drouine, que la marquesa tenía hermosas alhajas, de las que dispuso antes de morir...

—Aquí están —repuso Drouine, sin revelar la menor turbación.

Y del armario sacó un viejo cofrecillo de nogal tallado, que abrió (estaba cerrado con llave), y del cual sacó maravillosos imperdibles de oro cincelado y esmaltado, trabajos italianos del siglo XVI que hubieran hecho feliz a un coleccionista. Todo ello, sin embargo, era poca cosa junto a una diadema de placas de oro labrado y engastado de piedras preciosas del más curioso efecto, y cerrado con diamantes gruesos como avellanas.

—Estas alhajas, que ella me enseñó frecuentemente, fueron de su familia y le pertenecen a ella en toda propiedad —agregó Cristina—. Así que podía regalarlas a quien se le antojase... Y ahora, contésteme con entera franqueza, Drouine... *Así como la marquesa dejó su collar de perlas para Sangor,* pudo dejarle a usted estas maravillosas joyas.

—En efecto, me las dió, como lo demuestra este papel —repuso el sacristán sacando un papel de la arqueta.

Cristina leyó: "Lego las siguientes alhajas (enumeración de las alhajas) a Juan José Drouine, guardián de la capilla de Coulteray, encargado de velar por el descanso de mi alma."

—Perfectamente —dijo la joven doblando el papel y devolviéndolo a Drouine—. Ahora, Drouine, usted va a decirnos qué entendía la marquesa por velar por el descanso de su alma...

Drouine arregló las alhajas y el papel, cerró el cofrecillo, lo colocó en el armario, cerró éste y dijo:

—Eso es cuenta mía...

—Y mía... Precisamente, yo no vine aquí más que por eso... Conocía la voluntad de la marquesa y sabía el compromiso que Sangor había contraído con ella... Varios días antes de su muerte me escribió diciéndome que se había concertado no solamente con Sangor, sino con usted... ¡Hable, Drouine, porque es necesario!...

—¿Qué quiere usted que diga?

—Si se cumplirá la última voluntad de la marquesa...

—La última voluntad de la marquesa era que yo entregase la diadema a Sangor cuando la señora marquesa muriese...

—*¡Y cuando le hubiera cortado la cabeza!* —exclamó Cristina.

—Los imperdibles son para mí —continuó el otro sin inmutarse.

—Perfectamente, Drouine. Pero ¡que no se toquen los despojos de mi querida amiga!... Lo mucho que fué torturada en vida le da derecho para disfrutar del sagrado reposo de los difuntos...

—Lo que voy a hacer, señorita, es dárselo todo a Sangor para que se vaya inmediatamente, para que no lo volvamos a ver... Le conozco bastante y sé que se conformaría... Así mi pobre señora dormirá en paz, toda entera, como una buena cristiana...

—¡Es usted un hombre cabal!

—Así lo creo, señorita... ¡Pero conste que usted me dió miedo!... Ha habido un momento en que creí que usted había venido *para matar a la nueva vampiresa*...

—¡Drouine, vamos a rogar por ella!

XXV

Cristina quiso pasar en el castillo la noche. A disposición de los jóvenes se puso el primer piso del ala norte, es decir, dos habitaciones separadas por un salón, que en otro tiempo habían formado parte de las habitaciones particulares de Catalina de Médicis, y que Luis Juan María Crisóstomo había transformado, por considerarlas demasiado lúgubres, al gusto del día (que era el de la Pompadour), pensando reservarlas a los invitados de nota.

No podríamos decir si con el decorado nuevo aquellos aposentos presentaban un aspecto sonriente y, como había de empezar a decirse en el primer tercio del siglo XIX, *confortable;* pero desde luego puede afirmarse que para los visitantes de nuestros días nada hay más lamentable que aquellos adornitos tan recubiertos de polvo, que aquellas complicadas filigranas pegadas a muros de fortaleza. Todo ello aparece tan ridículo como aparecen al día siguiente de Carnaval unos oropeles que aguantaron la lluvia.

—¡Oh! —suspiró Jaime—. ¡Qué bien se está entre las cuatro enjalbegadas paredes de un cuarto de posada!

Y pensando que iban a comer en aquella morada, hizo una mueca tan expresiva, que Cristina concluyó teniéndole lástima.

—Si quieres —le dijo a su novio—, vamos a comer a la posada, ya que tanto parece que te gusta.

Y agregó:

—Puedes tener la seguridad de que me disgusta tanto como a ti quedarnos aquí... De todos modos, no me iré de Coulteray antes que Sangor... Ya sabes la causa... De estos indios, y mediando la superstición, hay que esperarlo todo...

—¡Confío en el poder de las alhajas de la marquesa! —apuntó Jaime sonriéndose.

—Que nos perdone la marquesa...

Al bajar tuvieron la agradable sorpresa de hallarse con que Sangor y Sing-Sing subían a un automóvil llevándose su pequeño equipaje.

Sangor saludó muy dignamente, y Sing-Sing, que estaba agarrado al volante como un monito que jugase con un rueda, dió un chillido de adiós y movió el mecanismo.

Desaparecieron.

Entonces apareció Drouine.

—Ya está —dijo—. No hubo la menor dificultad... Tenía un sable que me ha regalado... Yo, en cambio, le regalé todas las joyas... ¡Buen viaje!...

Cristina lanzó un profundo suspiro y repitió:

—¡Que la marquesa nos perdone!...

Estaban frente a la cochera. La joven dióse cuenta de que aun quedaba un automóvil, que, por cierto, viera en varias ocasiones en el palacio del muelle de Béthune, y que la marquesa usaba cuando iba a dar un paseo por el Bosque de Bolonia o por los alrededores. Se acercó y lo miró de cerca. Era una limusín excelente, de sólida carrocería, muy confortable en el interior. Cristina examinó las portezuelas y los cristales. Jaime, comprendiendo su propósito, también miró. Por fin encontraron en un costado el botón que había que apretar para que las ventanillas se cerraran automáticamente. El coche quedó convertido inmediatamente en una caja cerrada de manera hermética...

Drouine los miraba manipular...

—¿Llegó en este coche? —preguntó Jaime.

—Sí —respondió Drouine—. ¡Pobre señora!...

—¡Qué mártir! —suspiró Cristina con lágrimas en los ojos.

—¡El Señor se apiadó de ella! —repuso Drouine moviendo la cabeza—. *Ahora estará tranquila...*

❦ ❦ ❦

Cuando Cristina y Jaime llegaron a la posada "La Gruta de las Hadas" se sorprendieron de la alegría general que reinaba allí. No conocían las costumbres. Nada como un entierro para dar apetito... y sed. Los vivos, por una natural inclinación del espíritu, se comparan con el muerto que acaban de llevar a la última morada e interiormente se felicitan de poder disfrutar aún de las alegrías de la vida y se aprestan tanto más a gozarla cuanto el ejemplo que recientemente vieron, y que a veces les hace derramar lágrimas, les hizo asimismo medir la brevedad de los días...

Desde la fúnebre ceremonia, el holgorio no había cesado. Aunque se habían levantado para una partida de bolos, pronto volvieron a la mesa para una comida que parecía no concluir. La servidumbre había sido doblada. Por cierto que la viuda de Gérard servía en calidad de agregada. ¡Cuántas bromas había oído sobre el incidente de por la mañana, sobre el furibundo gesto del marqués para que se fuera!... ¡A ver si dejaba de contar historias de vampiros!...

Le querían hacer beber diciéndole:

—¡Brindemos por la vampiresa! ¡Así no la tirará de los pies!...

No respondió. Tenía el ceño fruncido, la mirada torva y los dientes apretados...

—¡No le hagamos bromas! —acabaron diciendo—. Se le revuelve la mirada...

Como en Coulteray se cree en el mal de ojo, la dejaron tranquila y pusiéronse a entonar viejas canciones del país.

—Hiciste bien en aceptar la hospitalidad del marqués —dijo Jaime cuando Cristina y él acabaron de comer en el cenador—. Tienen cuerda hasta mañana por la mañana. ¡No hubiéramos podido cerrar los ojos!...

Volvieron al castillo, se besaron y diéronse las buenas noches. Jaime se acostó y al instante se durmió.

Cristina no se acostó, sino que se dejó caer pensativa en un sillón.

La ventana estaba abierta... Ante ella ofrecíase un paisaje lunar de gran extensión y de gran belleza. Primero aparecían las masas del castillo, con sus sombras crudas sobre la tierra desierta y silenciosa, no turbada por ruido alguno; luego el negro vacío de las zanjas que separaban el patio de honor del otro patio; después, el gran espacio blanco del patio últimamente citado; y al fin de la meseta, más allá de un murete, el cementerio, con sus cruces inclinadas o rectas, con sus musgosas losas, algunas de las cuales relucían como cristales bajo la luna... Detrás, surgía aún la esbelta silueta del siglo XIV en el fondo de la cual dormía para siempre y *tranquilamente* la pobre Bessie Anne Elisabeth...

¿Cuánto tiempo estuvo Cristina pensativa? ¿Y en qué pensaba?...

De pronto se estremeció... En el valle, la vieja capilla románica de Coulteray daba las doce campanadas de medianoche...

Cristina levantóse, cerró la ventana, porque tenía frío, y comenzó a desvestirse.

Volvió a la ventana para correr la cortina; pero lanzó una sorda exclamación y apoyóse en el muro para no caer.

Había visto, con toda claridad, entre las tumbas del cementerio, un bulto blanco, totalmente blanco, que se movía, que se

deslizaba con una ligereza de fantasma...

Aquel bulto flotante e indeciso, que parecía atravesado como un cristal por los rayos de la luna, dió la vuelta a la capilla y desapareció en dirección a la vivienda de Drouine.

Cristina hubiese querido gritar; pero no podía. Su garganta negábase a emitir el menor sonido. El terror, dueño de sus sentidos y de sus órganos, la tenía anonadada entre un rincón y la ventana. De pronto, las piernas le fallaron, su cabeza dió en el suelo y el dolor que experimentó le devolvió la fuerza física necesaria para llamar. Entonces llamó a Jaime desesperadamente, sordamente, lúgubremente, en un estertor de mujer que se ahoga.

Jaime acudió y la halló arrastrándose por el suelo en un desorden que la hubiera presentado medio desnuda si no se le hubiese soltado su admirable cabellera, que la envolvía protectoramente. Creyó que habría caído de la cama perseguida por una horrible pesadilla, de la que era presa aun. Y ni tan siquiera lo dudó cuando, entre dos espasmos de horror, y mientras el brazo juvenil señalaba la ventana y la campiña lunar, oyó que Cristina decía:

—¡Ella! ¡Ella!... La vi. Paseaba por el cementerio... ¿Qué hará, Dios mío, qué hará?...

Jaime, castamente, envolvió a Cristina en un abrigo y la dejó en la cama.

Luego procuró calmarla:

—¡Anda, Cristina!... ¡Despierta!... ¡No tengas esos sueños tan desagradables!...

Pero ella le replicaba ásperamente:

—No duermo ni sueño... ¡Te digo que la vi como te estoy viendo a ti!... Corrió junto a la pared de la capilla... ¡Iba a ver a Drouine!...

Pasaron varios minutos en que los jóvenes trataban de convencerse mutuamente.

—Era de suponer que esto terminaría así, desde el momento en que, siendo tú tan impresionable, nos quedábamos en este castillo —gruñó Jaime—. Esta crisis es, por lo tanto, lógica...

Apenas había terminado de hablar, cuando sonaron golpes sordos y repetidos en la planta baja. Quiso correr a la ventana y abrirla, para saber qué era. Pero ella le echó los brazos al cuello y le sujetó con fuerza invencible:

—¡No, no vayas!... ¡Estoy segura de que es ella!

Luego callaron, porque los golpes habían cesado. Pero les pareció oír cierto ruido en el castillo. Se había abierto una puerta o una ventana... Gemían otras puertas... Pasos... Una carrera... Saltos en la escalera...

Jaime se había erguido; pero Cristina lo apretaba contra su pecho.

—¡No vayas!... ¡No vayas!...

—¡Déjame al menos cerrar la puerta con llave!

Cristina lo abandonó un instante con una sonrisa dolorosa. Y su novio corrió a la puerta y la abrió.

Se encontró con una figura de aparecido que agitaba su inmensa sombra bajo la proyección de la lámpara. Era Drouine...

Entró, cerró la puerta descargando sobre ella todo su peso y procuró guardar equilibrio para respirar a su gusto.

Entonces vió a Cristina, que parecía tan trastornada como él.

—¿La vieron?... ¿La vieron?...

Cristina movió la cabeza. ¡También ella la había visto!...

Entonces, Drouine contó detalladamente y entre resoplidos:

—Dormía, acababa de dormirme... Oí su voz, que me llamaba... Al principio no tuve miedo. ¡Era una voz tan dulce, tan dulce!... Creí que soñaba. Pero una piedrecita dió en el cristal de mi ventana... Entonces comprendí que no soñaba... Me puse a temblar... desde la ventana no veía nada de particular, y el *cementerio me parecía tranquilo*... Pero al abrirla noté que la voz repetía con fuerza: "¡Drouine! ¡Drouine!..." Entonces la vi, apoyada en un muro... "¿No me reconoces?", dijo. "Soy tu ama, la marquesa de Coulteray, la esposa del vampiro. *¿Qué hiciste de mí, Drouine?"*

"Caí de rodillas, santiguándome... ¡Era ella!... Eran su voz, sus modales, tan dulces y tan tristes, todo... Siguió diciendo: "¿Qué hiciste de mí, Drouine?... ¿Por qué no me entregaste a Sangor?... *¡Mi cuello le esperaba!*... Y ahora mi garganta tiene sed."

"¡Sí! ¡Tengo la seguridad de que dijo eso!... Hablaba con gran claridad, su vocecilla sonaba clara como una campanita de plata en medio de la noche... Pero, de todos modos, lo que decía era terrible: "¡Tú hiciste de mí la esposa de Luis Juan María Crisóstomo para toda la eternidad!"

"Luego desapareció por una brecha en dirección al prado... Se dió vuelta un momento para decirme adiós con la mano y entró en el bosque... ¡Que el diablo me lleve si miento!

Drouine se había arrodillado, se persignaba y dábase grandes golpes en el suelo, como en acción de *mea culpa*, como si él fuera causante de cuanto sucedía.

Sollozando, insistió:

—¡Espantoso, espantoso!... ¡Yo la entregué al demonio! ¡Que Jesús se apiade de nosotros!...

Cristina lloraba como una Magdalena. Jaime habíase acercado a la ventana y miraba el paisaje tranquilo, el paisaje sin fantasmas, el paisaje que parecía inmutable en su solidez material, bajo los cielos claros y la fría mirada del astro de la noche...

—Aquí van a volverse todos locos con los cuentos de vampiros —les dijo—. ¡Drouine! Usted y yo vamos a bajar a la cripta...

—¡No, no! ¡Vengo de allí!...

—¿Viene de allí?

—Sí... Cuando ella se marchó, al no verla, me encontré mejor... Además, me reanimó el aire fresco... Así es que volví a pensar que había soñado y me dije que la cripta estaba cerrada y que sus muros son muy gruesos hasta para una vampiresa... Mi curiosidad, en fin, se sobrepuso al miedo... Me puse unos pantalones, tomé el llavero de la capilla y descendí... Entonces me di cuenta de que si bien estaban perfectamente cerradas las grandes verjas de la cripta, tras la tumba de Brazo de Hierro, me había olvidado de cerrar la puertecilla que se abre al pie de la torre, que es por donde bajaron ustedes... *Pues bien: ¡por allí había salido ella!... ¡Oh, no había lugar a duda!... La losa estaba fuera de su sitio, la tumba abierta, el féretro también... ¡Y dentro, no había nada!*

—Quédese con Cristina y espéreme aquí.

Jaime ya había salido a pesar del grito de la joven...

Desde la ventana lo vieron cruzar corriendo el patio de honor y luego, con paso tranquilo, el otro patio... Por lo visto, procuraba dominarse, llegar con toda sangre fría, no dejarse ganar por la locura ambiente...

De pronto, y simultáneamente, Cristina y Drouine lanzaron un ronco gemido... La joven había agarrado el brazo del sacristán y se lo oprimía hasta hacerle gritar... Jaime acababa de entrar en el cementerio y en aquel momento había aparecido de nuevo el bulto flotante, deslizándose a lo largo de la pared de la capilla. El pulido fantasma de Bessie Anne Elisabeth volvía al cementerio...

Pasó ante el pórtico, llegó al torreón y desapareció por el portillo que llevaba a la cripta.

Jaime, que se había detenido un instante, siguió el mismo camino y penetró en el mismo sitio...

Cristina y Drouine, muy juntos, con la frente pegada a los cristales, no decían una palabra...

Toda su vida, es decir, todo cuanto les quedaba de fuerza vital, habíase refugiado en sus miradas, que no se apartaban del cementerio, de la capilla, del hueco de la puerta por la que Jaime y Bessie habían bajado a la morada de los muertos...

Así pasaron unos minutos largos, muy largos... Por fin vieron reaparecer a Jaime... Y Cristina exhaló un profundo suspiro...

La cubría un frío sudor y los dientes le castañeteaban.

Drouine estaba como petrificado.

Jaime, una vez que salió del cementerio, atravesaba el primer patio con paso tranquilo. Luego cruzó el patio de honor, levantó la cabeza hacia la ventana y saludó.

Al entrar en la habitación le miraron como si también él volviera del otro mundo.

—¡Sois unos niños! —les dijo—. Habéis soñado. Como los dos teníais las mismas preocupaciones, tuvisteis las mismas visiones... En la cripta..., a pesar de cuanto diga Drouine, nada se movió... La losa está donde debe estar...

—¡Mientes! —exclamó Cristina—. ¡Tú la viste a ella lo mismo que nosotros!... Hasta te detuviste al verla... Y detrás de ella descendiste a la cripta...

—Así es —corroboró Drouine con la voz bronca.

Y persignóse nuevamente.

—¿Me tomáis por un impostor?... Pues bien: usted, Drouine, que es hombre, ¡acompáñeme a la cripta!... Y reconocerá su error...

—No: yo me quedo aquí —declaró sombríamente—. ¡Mañana será otro día!

Quedóse en el pasillo, envuelto en una manta. Cristina no quiso que Jaime la dejara sola y acabó durmiéndose en un sillón cerca del amanecer. El mismo Jaime comenzaba a cerrar los ojos cuando un rumor de voces, procedente del exterior, les arrancó de su primera somnolencia. Alrededor de la capilla había un grupo de campesinos. Otros grupos corrían por el primer patio, llamando a Drouine. Y a cada momento aparecían más campesinos, que se dirigían, gesticulando mucho, hacia el castillo...

XXVI

Para comprender la conmoción del pueblo de Coulteray hay que precisar los acontecimientos sucedidos en el pueblo la noche anterior, mientras Cristina, Jaime y Drouine pasaban en el castillo los angustiosos minutos de que dimos cuenta.

La fiesta de "La Gruta de las Hadas" se había prolongado mucho. En esta clase de holgorios, ya sea a causa de una muerte

o de una boda, siempre hay gente que nunca se decide a abandonar la mesa. Tanto más cuanto las cartas acaban sujetando a los que titubean, a los que de todos modos tendrían mucho gusto en irse a acostar... A medianoche aun quedaban cuatro disputándose el dinero a golpe de cubilete. Eran Birouste, el herrero; Verdeil, que tenía un garaje y vendía nafta a la entrada del puente, en la confluencia de los tres caminos, y que era el espíritu más avanzado de Coulteray; Nicolás, el tendero, y Tamisier, el vinatero más importante del pueblo y de los contornos. También estaba, como es natural, Achard, el mesonero, que nunca había querido desempeñar ningún cargo en el municipio, so pretexto de estar bien con todo el mundo, pero que, a pesar de ello, era el jefe de la localidad, y, como si dijéramos, la clave de la bóveda del país. Eran cinco cabezas bien sentadas, a las que resultaba difícil hacer comulgar, como vulgarmente se dice, con ruedas de molino.

Un cuarto de hora después de las doce, aquellos cinco hombres oyeron un fuerte grito, lanzado por la viuda de Gérard, que se había quedado en la posada para ayudar al servicio y que, una vez concluída su tarea, cruzaba el patio para retornar a su casa, ubicada en las afueras del pueblo, cerca del puente, casi enfrente de la casa de Verdeil.

Tan horrible fué el grito, que los cinco se estremecieron y levantáronse al mismo tiempo para saber lo que pasaba...

En el patio hallaron a la viuda de Gérard, casi petrificada, con la boca aun abierta del grito que había lanzado, y mirando como iluminada hacia el campo... Siguieron instintivamente la dirección de aquella mirada de loca y vieron un bulto blanco que descendía del castillo envuelto en un velo...

Era tan viva la claridad, tan brillante la luz de la luna llena, que podía distinguirse la guirnalda de flores que coronaba la cabeza del fantasma y caía con los cabellos sobre sus hombros.

No vacilaron. Al instante comprendieron que era *ella*, la nueva vampiresa que acababa de escaparse de la tumba y marchaba hacia Coulteray.

No era posible que los seis se equivocaran... Así es que agarraron a la viuda de Gérard y se metieron en el mesón... Cerraron puertas y ventanas, las atrancaron, avisaron a las criadas y todos se reunieron en la misma sala... La viuda de Gérard púsose a rezar el Ave María junto con las criadas... Los hombres no decían nada, estaban muy pálidos, avergonzábanse de su miedo...

—A pesar de todo —dijo Achard el mesonero—, estamos idiotas, porque eso es imposible.

Pero los otros protestaron. La habían visto saliendo de la muralla del castillo...

—Por lo visto —sentenció el herrero—, somos víctimas de una brujería... Nunca hubiera creído que hoy sucedieran tales cosas.

—¿Y esa mujer qué vendrá a hacer aquí?

Achard estaba muy intranquilo. Y con gran enfado hizo callar a las mujeres, que no cesaban de repetir el Ave María.

—¡Esto ya rebasa la medida! ¡Cómo van a reírse mañana de todos nosotros!...

Y salió de la habitación.

Le gritaron que se estuviera quieto. Pero no podía. Abrió una ventana y seguidamente llamó a los demás, que se levantaron contrariados.

Las mujeres, que no se movieron, oían decir:

—¡Ya está ahí otra vez!... Ahora sube... Penetra en el castillo... Vuelve al cementerio. ¡Ojalá no saliera más!... *Los vampiros sólo trabajan de noche... Les dará miedo el día...* ¿Y el marqués?...

Las mujeres redoblaron los rezos con una especie de sagrado furor... Pero los hombres las hicieron callar de nuevo cuando retornaron al centro de la habitación: ya estaban familiarizados con la idea del vampirismo... Además, habiendo visto entrar a la vampiresa, habíanse tranquilizado... Tenían un día por delante para decidir lo que convenía hacer.

Lo que los molestaba sobre todo era pensar que no los creerían, que se reirían de ellos...

Tal temor era quimérico, porque a los primeros rayos de la aurora, cuando la gente se atrevió a salir a la calle, todo Coulteray se levantó...

No sólo la gente de la posada había visto a la vampiresa; incluso otras gentes la habían oído, como, por ejemplo, dos vecinas de la viuda de Gérard, que vivían cerca del puente, las cuales fueron despertadas por los gritos de "¡Adolfina!, ¡Adolfina!", que así se llamaba la viuda. Se levantaron y vieron a la marquesa tal como aquella misma mañana la habían visto en el ataúd...

Permaneció unos instantes en medio de la carretera, con la cabeza vuelta hacia la casa de Adolfina, que no podía responderle, porque estaba en el mesón. Y las dos vecinas juraban que ello era absolutamente cierto. Finalmente, la vampiresa se marchó lanzando un profundo suspiro.

Las dos vecinas habían pasado rezando el resto de la noche. Ya se comprenderá fácilmente que no era necesario tanto para alarmar a todo el país...

Cuando se supo lo acontecido a Drouine, hasta los más incrédulos se inclinaron. Los únicos que no lo creían eran el alcalde, el médico y el cura.

El médico, señor Moricet, explicó científicamente tan extraordinario acontecimiento. No era la primera vez que se hallaban frente a una "alucinación colectiva". Se explicaba porque la leyenda del vampiro estaba arraigada y porque la gente del mesón encontrábase medio borracha... Como se consultara a Jaime Cotentin, opinó, naturalmente, lo mismo que aquellos caballeros. El no había visto nada, como no fuera una tumba intacta...

No obstante, estaba de por medio todo un pueblo soliviantado por la superstición, y al que había que calmar. Así que se dijo:

—Si la tumba no hubiera sido provisoria, si la losa hubiera estado sellada y cimentada convenientemente, si el ataúd de plomo hubiera estado bien pernado (porque era un ataúd de pernos para abrirlo con facilidad en la ceremonia definitiva), el vampiro no hubiera podido escaparse ni pasear de noche por Coulteray... Por lo tanto, debía darse una satisfacción al pueblo abriendo la tumba, mostrando a todos los restos mortales de Bessie Anne Elisabeth y cerrando convenientemente y ante todos el féretro y el sepulcro... Además, el cura pronunciaría solemnemente las palabras de exorcismo.

Así se hizo, con lo que todo el pueblo quedó por el momento tranquilo. Cristina volvió a ver a su amiga y se le embrollaron las ideas al considerar que una muerta tan muerta, por decirlo así, hubiera dado la noche anterior un paseo tan sonado. Ya no sabía lo que había visto ni si realmente viera algo.... En cuanto a Drouine, estaba más huraño que nunca, y no cabía hablarle de alucinación particular o colectiva. Había visto a la muerta bajo su ventana, viera la tumba vacía... Jaime tuvo que hacerle callar...

Cristina, cuya debilidad era acentuada, hubiera querido irse la tarde de aquel mismo día, recordado para siempre en los anales de Coulteray, y en el que la leyenda del vampiro recobró una fuerza que llegó hasta las provincias limítrofes, con lo que los visitantes afluyeron al país en cantidad tal, que el mesonero Achard se hizo rico, así como el sucesor de Drouine, que, por cierto, no dejaba de referir la historia de la vampiresa como si le hubiera ocurrido a él...

En lo que respecta a Cristina, aquella misma tarde, al entrar en el castillo después de la ceremonia del exorcismo, fué presa de un extraño sopor que quizá procedía sencillamente de su debilidad. Acostóse y no salió de dicho estado hasta el día siguiente, por la mañana, en que vió penetrar en el patio del castillo la famosa limusín de puertas de hierro que no había visto salir.

El coche, aquella mañana estaba abierto, no tenía nada de misterioso. En cambio, lo guiaba Jaime, cosa que asombró a Cristina.

—¿De dónde vienes en ese coche? —le preguntó con inquietud.

—Me daba lástima ese pobre Drouine, que quería marcharse en seguida. Como la viuda de Gérard también quería irse del pueblo y han de casarse, les llevé esta misma noche, a pedido suyo, a Sologne, donde Drouine posee una finca, en la que se radicarán hasta el fin de sus días... Si usé este coche es porque no había otro... Creo que los desgraciados se hubieran vuelto locos si tienen que permanecer una hora más aquí...

—¡Lo comprendo! —dijo Cristina—. Vámonos también nosotros cuanto antes...

* * *

Durante el viaje estuvo varias horas sin hablar. No se sabía si dormía o reflexionaba. Al fin, abrió un momento los ojos y le dijo a Jaime:

—Debo expresarte que es extraordinario que me hayas dejado en el castillo sin avisarme antes... Porque el caso es que mientras tú te llevabas a esa gente me quedé sola...

—No —repuso Jaime—. No estabas sola, porque el doctor Moricet, a pedido mío, pasó la noche en el castillo...

Llegaron a Tours por la tarde, y allí recibieron un despacho del viejo Norbert en el que les decía: "Volved en seguida. Gabriel me tiene muy preocupado."

XXVII

El proceso de Benito Masson celebróse en Melun a comienzos de noviembre. Fué como hacía prever el sumario. Y en cuanto era posible, hasta pareció aumentar el cinismo del acusado. Sus respuestas eran una mezcla de estupidez consciente y de jactancias audaces, en un lenguaje que tan pronto era de carretero como se elevaba súbitamente a la aspereza temible y soberana de un profeta bíblico para florecer severamente, como una página de Bernardino de Saint-Pierre, terminada generalmente con una frase de abominable jerga.

El jurado sirvió de blanco para sus peores pullas. Al presidente del tribunal le repitió lo que dijera al juez de instrucción referente a que a él no le pagaban,

sino a la justicia, para descubrir el paradero o el destino de las señoritas que habían pasado por Corbillères, y que si lo habían encontrado quemando a una muchacha descuartizada, tratábase de un accidente desagradable, *sobre todo para ella*, pero que en modo alguno demostraba la culpabilidad del declarante.

No insistiremos en una actitud que, según la frase hecha, causó indignación a todas las personas decentes. El discurso del fiscal fué, como es de imaginar, implacable. Además, Benito Masson no tenía ninguna esperanza para confiar en la indulgencia del representante del ministerio público, pues lo había tratado de "molde para hacer píldoras", porque el honorable funcionario tenía la cara picada de viruelas...

Sin duda alguna, el momento más sensacional de aquellas vergonzosas sesiones fué aquel en que Cristina Norbert acercóse a la barra. Entonces la actitud del acusado cambió por completo: perdió su soberbia, desplomóse en el banquillo y ocultó la cabeza entre sus brazos. La declaración de Cristina fué breve y terrible.

La señorita Norbert ni una sola vez miró a Benito, sino que, dirigiéndose a los jurados, parecía dictarles su deber. No faltaron a él. Benito Masson fué condenado a muerte.

El encuadernador se negó a firmar la notificación de sentencia.

El 2 de diciembre fué levantada en Melun, ante la puerta del cementerio, la siniestra máquina, como diría *La Gaceta de los Tribunales*. Todo el mundo tiritaba. El único que no temblaba era el condenado cuando descendió del coche que lo traía de la cárcel. Llevaba erguida la cabeza que iban a cortarle. Miró con indiferencia a los circunstantes. Todos esperaban un postrer insulto contra la sociedad, sobre la que durante todo el proceso había destilado su baba amarga. Pero no dijo nada. Abrazó el crucifijo que le presentaba el sacerdote, pronunciando estas palabras:

—¡Este sí que es un hermano!

Después entregóse a los ayudantes del verdugo.

Cayó la cuchilla. El "señor de París" refirió muchas veces, en diversas ocasiones, que jamás había presidido una ejecución semejante. Por lo general, el condenado, tan pronto sube al tablado e introduce el cuello en la luneta, parece comprimirse, parece hundir la cabeza en los hombros. En cambio, Benito Masson acostóse en la tabla como sobre un lecho largo tiempo esperado. Y su cabeza, alargada, adelantada, parecía buscar ya el cesto en que iba a caer.

Como ya dijimos, el cementerio estaba a dos pasos de allí. La fosa se hallaba abierta. Hubo un simulacro de inhumación; pero la cabeza fué entregada en seguida a un ayudante de la Facultad de Medicina de París, que desapareció en el acto con su sangriento trofeo, como diría un redactor de sucesos policiales.

Aquel mismo día, el defensor del desdichado encuadernador y poeta, envió a la señorita Cristina Norbert el único papel que dejara su cliente.

La joven pudo leer en el papel estos versos del *Paseo sentimental:*

El crepúsculo lanzaba sus rayos supremos
y el viento mecía los blancos nenúfares;
grandes nenúfares que brillaban tristes
entre los juncos y las aguas tranquilas...
Yo vagaba solo paseando mi herida
por la orilla del estanque, entre la sau-
[ceda...
Entre la sauceda vagaba yo solo
paseando mi herida. Y el espeso cendal
de las tinieblas ahogó los supremos rayos
del crepúsculo en las aguas lívidas...

Debajo de los versos había esta frase: *¿Por qué vino usted?*

* * *

Ahora que ya se guillotinó a Benito Masson cabrá preguntarse la causa de que el autor del relato de esta aventura horrible la calificase de "sublime". Horrible, abominable, sí. Pero ¿sublime?... Pues bien, sí: la aventura del encuadernador y poeta Benito Masson es sublime. *Es sublime en algo que recién comienza y que explicaremos pronto...*

Fin de "LA MUÑECA SANGRIENTA"

(Lea en el próximo número de "Leoplán" "La máquina de asesinar", continuación y fin de esta apasionante aventura.)

FUE ANSINA...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 19)

l'oreja con rezongo de mangangá... ¡Ahura sí!... Una bala y una puñalada; fierro y plomo corrían parejos, envitaban a jugarse enteros. Adelanté, afirmándolo, el pie zurdo, y endispués de medirme bien, tiré la puñalada d'abajo arriba, la empujé con tuito el cuerpo, igual que p'a cargar un fardo en l'alto de una carreta... Puñalada, grito y tiro fueron la misma cosa... Al desensartarse y cáir a tres metros, abierto a lo chancho, ni boquió... Me quedé quieto, abombao, respirando a lo perro en tarde de resolana brava... Redepende me dolió la cabeza, y al tantiarme sentí mojados los dedos... Aquella bala, la quinta, me raspó la sien y bandió l'oreja... Un ricuerdo, una marquita, tanto como p'a no dirme orejano, como p'a decirme que d'ende ese momento también la lay me hacía de su marca... Y ansina fué... Nadita más, señor comesario.

COMISARIO. — ¿Disparaste?

PANTALEÓN. — ¿Yo?... Si no m'encontraron deseguida, fué porque rumbié derecho a las casas y ustedes anduvieron campiando fantasmas.

COMISARIO. — ¿Y por qué hiciste *eso*, Panta?

PANTALEÓN. — ¡Si ya se lo dije, comesario!... ¡La manosió con los ojos, el muy trompeta, el indino!...

COMISARIO. — ¿A quién?

PANTALEÓN. — ¡Y a 'ella, pues!... Salí a defenderla por aquello que, de chico, me sembró mi tata entre ceja y ceja: a mujer, caballo y perro hay que hacerlos rispetar por los ajenos que pasan... Y además, la quería... Eramos novios, ¿sabe?... ¡Oy!... ¡Por favor, por lo que más quiera, señor comesario, no ponga eso en la declaración!... Eramos novios, ¡pero ella no sabía nada!... ¿Compriende?... Me compriende, ¿no?

COMISARIO. — ¿Cómo se llama "tu novia"?

PANTALEÓN. — ¿Qué?... ¿Su nombre?... ¡Eso sí que no!... ¡Ni en el cepo me lo sacará naides de aquí dentro!... ¡P'a qu'ella s'entere y largue la risa!... (*Sus manos juntas, engarfiadas, se elevan al cielo, en desesperada imploración, que se afloja y resigna a medida que pronuncia):* ¡¡¡No!!!... ¡¡No!!... ¡No!...

Y con el mismo ritmo lento y vencido con que bajan sus manos, desciende el

TELÓN

AQUI NACIO LA BOMBA...

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 27)

y confiadamente que el control de la energía nuclear era una posibilidad a realizar en un lejano futuro, en el supuesto de que en rigor fuese algún día posible", dice el profesor Bragg.

Bragg es un ardoroso devoto de la ciencia pura. Se complace en citar el siguiente pasaje de J. J. Thomson: "Si los cirujanos más eminentes hubieran resuelto que necesitaban un nuevo método para conseguir la localización de proyectiles alojados en el cuerpo humano, su inteligencia combinada hubiera dado seguramente con un nuevo y más eficiente procedimiento quirúrgico. Pero nunca se les hubiera ocurrido pensar en los Rayos X, que pasaron a incrementar el acervo del conocimiento humano por aportación de un "hombre de ciencia pura" que pugnaba por investigar sobre la naturaleza de la luz. Roentgen descubrió la "prueba" perfecta, precisamente porque no se preocupaba sino de conocer más y más acerca de la luz en sí."

A un hombre de ciencia a quien se le indica que se consagre a investigar, siguiendo una determinada dirección de la investigación aplicada, no se le ofrece ante sí más que un sendero del que no piensa ni remotamente en desviarse y que puede estar orillado por setos por encima de los cuales no le sea dado ver. Pero tal hombre, moviéndose libremente en el ámbito de la "investigación pura", no se propondrá más que descubrir cuanto pueda del mundo que le rodea, sin limitados horizontes que marginen su campo de visión. Si en el curso de hallarse investigando sobre la luz, por ejemplo, se encuentra con algo extraño, nada usual en las propiedades del aire, se hallará en plena libertad para concentrar en este punto concreto sus esfuerzos mentales, y para llegar a algún resultado nuevo, perfectamente insólito. Porque su único objetivo es, según palabras de sir Lawrence: *Trazar el mapa del conocimiento, que otros podrán usar ulteriormente con propósitos de orientación y explotándola para conseguir designios prácticos.*

"Descubrir lo desconocido, desprovisto de carta u otro medio orientador, es lo que caracteriza a la investigación propia de la ciencia pura, frente a la de la ciencia aplicada. La ciencia aplicada se endereza hacia específicos objetivos: hacer mejores casas, vidrios más fuertes y resistentes, cañones de tipo superior a los ya conocidos. Para citar nuevamente a J. J. Thomson, "la ciencia aplicada produce *reformas*. Solamente la ciencia produce verdaderamente *revoluciones*, cuando es ciencia pura."

El mundo de lo mínimo

La "definición" final que contribuye a brindarnos alguna perspectiva respecto al empeño de captación en que se labora en el Cavendish,

es la que se condensa en una breve lección de física nuclear. Imagínese la magnificación de una naranja ordinaria hasta hacerla alcanzar el tamaño del mundo, con un diámetro de más de 12.700 kilómetros. Entonces, los átomos de que la naranja está compuesta —y cuanto en el mundo existe— vendrían a tener aproximadamente el volumen de la misma naranja originaria. Ahora bien, dentro de cada átomo se aloja una constelación en miniatura. En su centro, como un sol en el firmamento, se halla el núcleo, compuesto a su vez de grávidas unidades llamadas protones y neutrones; girando en torno al núcleo, como lo hacen la tierra y la luna en el sistema solar, figuran los electrones, que se encuentran cargados de electricidad de polo negativo y que pesan menos de una milésima del menos pesado de los átomos.

Y es precisamente en este mundo superlativamente mínimo de lo nuclear donde los hombres del Cavendish exploran, esforzándose por alzar la cortina que nos oculta el futuro que el hombre puede llegar a conocer, y de que el hombre puede usar sabia y prudentemente, una vez presupuesto tal conocimiento.

El Laboratorio de Cavendish se creó y desarrolló en el terreno que se proyectaba para formar un jardín botánico, en una calle secundaria de Cambridge. Hacia 1718, las autoridades académicas decidieron proveer a los estudiantes de ciencias físicas con locales más adecuados, para experimentar sus conocimientos teóricos, que los simples dormitorios de sus alojamientos y colegios. El duque de Devonshire, canciller de la Universidad, fiel a la tradición de su antecesor, el eminente hombre de ciencia Henry Cavendish, hizo una donación de 8.000 libras esterlinas con destino a la construcción de un laboratorio que llevara tal nombre: y la Universidad designó como primer profesor para desempeñar la cátedra correspondiente a James Clerk Maxwell, uno de los investigadores iniciales en materia de electricidad. El edificio se halló presto para la instalación en 1874; Maxwell murió en 1879, pero en aquellos pocos años supo suscitar ya el espíritu de equipo que nunca había de perder el Cavendish. En esta institución no se cosechan glorias individuales; lo que cuenta es lo que la institución misma, gracias al concurso de esfuerzos mentales que la animan, logra realizar. Su director inmediato fué lord Rayleigh, descubridor de los raros gases llamados *argon* y *neon* (el último harto sorprendentemente familiar en las calles de cualquier gran ciudad de nuestros días) y a lord Rayleigh le sucedió un joven de sólo 28 años, Joseph John Thomson.

A través de treinta y cuatro años "J. J." reinó sobre el Cavendish, acertando a implantar firmemente la tradición de la enseñanza, que tanto ha venido a significar para las generaciones subsiguientes. Bajo la dirección de Thomson maduró el entrenamiento de nada menos que cincuenta físicos que alcanzaron prestigio mundial.

Thomson, el hombre que abrió la puerta

De Thomson se ha dicho que fué el hombre que "abrió las puertas de la física moderna, pero sin que nunca entrase en ella personalmente". En efecto, el hombre que suministró el primer vislumbre del mundo subatómico, al verificar las investigaciones iniciales sobre el electrón, no pudo nunca ceñirse a aceptar los pensamientos y teorías que se suscitaron de sus propios descubrimientos. Llevó a cabo sus experimentos con reducidísimos y nada impresionantes aparatos, hechos de cartón y piezas de cobre rudamente curvadas, que, no obstante, marcan el anticipo de los giganteseos aparatos hoy día usados en tal género de investigaciones.

En 1895 vino a unírsele un joven neozelandés llamado Rutherford, que se vió en la necesidad de pedir dinero prestado para sufragar los gastos de su viaje hasta llegar al Cavendish, ya por entonces la Meca para los hombres de ciencia, a través del imperio británico. Thomson le proporcionó trabajo, viniendo a ser desde entonces colegas y amigos. Y Rutherford había de ser el hombre que efectivamente traspusiese el umbral señalado por Thomson, puesto que fué Rutherford quien por primera vez en los anales de la física logró disociar el átomo.

¡Hágase la luz!

Cuando Thomson se retiró, en el año 1919, Rutherford se hizo cargo de la dirección del Cavendish, asumiendo con ello la jefatura de un portentoso equipo de físicos extraordinarios. Uno de los más brillantes entre todos ellos era el doctor F. W. Aston, el hombre que descubrió los "isotopos". Los isotopos se han definido como aquellos "elementos cuyos átomos revisten exterior forma similar, pero con diferente organización interna". Aston los clasificó.

Con Thomson, Aston inventó además uno de los más ingeniosos instrumentos conocidos por la ciencia, y que es a la par uno de los más importantes: el espectógrafo de Masa. Si se proyecta un haz de luz sobre una pantalla o bastidor, a través de un prisma, el haz luminoso se descompondrá en los diversos colores que lo integran y obtendremos esa especie de arco iris compuesto por franjas contiguas de diversa coloración. Aston deseó hacer esto también con la materia misma: producir una placa fotográfica, un espectro o disco-registro que indicase las masas de los diferentes tipos de átomo que integran un mismo pedazo de materia. Y lo logró desmenuzando la materia, por así decirlo, y lanzando los átomos a través del aparato de su invención. Los átomos habían de pasar a través de la nueva versión concebida por Aston, de un "prisma", consistente en campos eléctricos y magnéticos, cuya combinada acción determinaba su desviación y recíproco apartamiento en un alcance cuyo grado, dependiente de su masa y su carga, los hacía reagruparse y les permitía impresionar un aparato sensible, donde quedaban registrados en gradaciones fotográficas de blanco y negro.

Trabajador solitario, esencialmente individualista, Aston no permitió que nadie entrase a limpiar su laboratorio a lo largo de quince años. Murió en noviembre de 1945, y hoy día su laboratorio y su original Espectógrafo de Masa siguen en el mismo estado en que la muerte le forzó a abandonarlos: el departamento está obscuro, sombrío, y todo lo en él contenido cubierto por densa capa de polvo. Todavía, de un clavo, tras de la puerta, cuelga su chaqueta gris de trabajador sedentario; lo que se lavó y repuso cuidadosamente fué su toalla sinfín, quemada y requemada por la acción de los ácidos. Y su propio espíritu parece haberse rezagado allí, adherido a los pasadizos de piedra del vetusto edificio.

Colaborador también de Rutherford fué C. T. R. Wilson, quien ideó la "Cloud Chamber" (Cámara de Nube). Como quiera que el hombre no podrá alcanzar nunca a ver el átomo, Wilson dió con la idea de que al menos podríamos fotografiar su itinerario. Trabajó sobre el principio básico de que cuando una partícula de cierto tipo se mueve a suficiente velocidad a través de un gas lo *ioniza*, o sea, carga de electricidad los átomos del gas a través del cual marcha. El gas con que opera su aparato está saturado de humedad, y dentro de la cámara se expande de pronto y, subsiguientemente, se enfría con rapidez. Como la humedad va a condensarse sobre los átomos cargados, se percibe una brillante y tenue línea que marca su rápido y violento progreso, e incluso es posible "verlos" entrechocar unos con otros.

El año áureo

Otros hombres de aquellos días —profesores, lectores, estudiantes en curso de investigaciones preparatorias de su doctorado en Ciencias Físicas— han alcanzado posteriormente renombre mundial. Entre ellos figuran los profesores sir J. Chadwick, J. D. Bernal, P. M. Blackett, M. L. Oliphant y J. D. Cockcroft. Acerca de esta época del Cavendish, comentaba sir Arthur Eddington: "Si los átomos que se encuentren en el espacio astronómico pueden historiar sus aventuras, ¡qué crónicas de horror deben referir acerca de la Inquisición de Cavendish! No se emplea allí tratamiento de mimo alguno para persuadirles a que rindan sus secretos. Ni siquiera los átomos sometidos al hervor de una temperatura de diez millones de grados en el tórrido interior del sol, sufren tortura ni violencia comparables a las infligidas a aquellos que se vieron sometidos a experimentos de vivisección a manos de Rutherford y sus colaboradores".

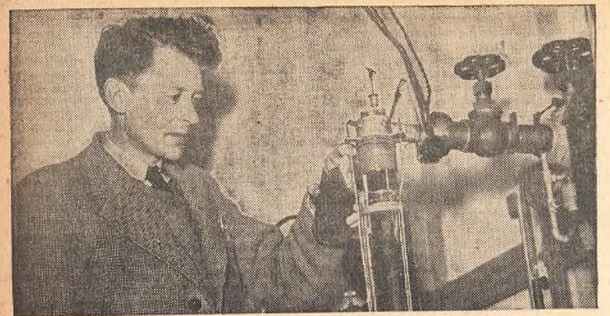
1932 fué el año áureo del Cavendish, recompensa a todos cuantos habían pasado con antelación y pleno triunfo de Rutherford, no ya sólo como capitán del equipo que seguía trabajando, sino también como genio explosivo, áspero o hirsuto, que va de uno en otro por los laboratorios preguntando aquí, embromando allá..., y que, con gran frecuencia, hace precisamente la felicísima y ansiada sugestión, que marca exactamente la línea de pensamiento que el investigador estaba necesitando para romper con sus perplejidades y enderezarse por la abierta senda que conduce al éxito.

Desde el alborear de la civilización, la humanidad ha estado buscando la Piedra Filosofal, la fórmula mágica que viniera a trocar el plomo en oro y proporcionase así incontables riquezas. En 1932, el Cavendish podía hacerlo; sus hombres de ciencia habían descifrado el secular enigma, pero no les interesaba ya poco ni mucho fabricar oro. Décadas de pacientes afanes florecieron y fructificaron aquel año en una serie de logros y descubrimientos real y estremecedoramente asombrosos. Entre ellos figuraban la "Piedra Filosofal", o sea la artificial transmutación de elementos, conseguida por Cockfort y Walton; el descubrimiento, por Chadwick, del neutrón; la confirmación de la identificación (ya antes anticipada en otro centro científico) del positrón, y de la existencia del hidrógeno pesado. El pensamiento del mundo físico quedó totalmente subvertido de arriba abajo.

Con el descubrimiento del neutrón, que puede penetrar fácilmente en el interior de un átomo, precisamente porque el neutrón está exento en sí mismo de carga eléctrica, se hizo ya teóricamente posible la fabricación de la bomba atómica, aun cuando a los hombres de ciencia de entonces ni se les ocurrió siquiera pensar para nada en tal aplicación.

En 1935 eran tantos los hombres ilustres y de genio que trabajaban en el Cavendish, que éste se había trocado en el supremo entre todos los laboratorios de física del mundo entero. Entre los sabios que allí experimentaban había nada menos que cinco honrados con el premio Nóbel. Dos años después, a la edad de 66, fallecía el genio que presidía la institución, aquel grande, generoso y animoso gigante que fué Rutherford, hombre cuyas dotes excepcionalísimas todavía vuelcan luz sobre el laboratorio, actualmente renacido como equipo de hombres de ciencia tras de los seis años de guerra.

A suceder a Rutherford vino un joven australiano, Lawrence Bragg, antiguo alumno del Cavendish. A él le tocó asumir la misión de dirigir el funcionamiento del laboratorio a través de una guerra en la que la física desempeñó un papel de importancia, y a él incumbe ahora la responsabilidad de elevar la institución, lanzándola hacia el futuro imposible de predecir.



J. F. ALLEN, QUE SE ESPECIALIZA EN LA PRODUCCION DE INTENSISIMO FRIO.

Cuarenta años de espera

El laboratorio del Cavendish representa hoy día, probablemente, una de las mejores inversiones de que pueda ufanarse cualquier nación. Sus prodigiosos resultados se han logrado a costa de relativamente irrisorias sumas de financiamiento. En 1914 no costó más que 4.250 libras esterlinas sufragar las actividades del Cavendish; inmediatamente después del "año de los milagros", el 1932, su presupuesto anual había ascendido a 19.000 libras, y en 1938 a 21.000. Tal ascensión marcaba la sustitución de los aparatos sencillos y poco costosos por el equipo del nuevo material costoso y complejo que requiere la investigación moderna en materia de física nuclear, y que para el futuro ha de traducirse, naturalmente, en mucho más cuantiosos presupuestos.

El dinero proviene, ya de fondos universitarios, ya de asistencia del gobierno, ya de organizaciones industriales, que, reconociendo el valor que reviste la ciencia pura, hacen donaciones o fundan pensiones con destino a cierto linaje de investigaciones.

Sin embargo, no es el dinero lo que representa la principal preocupación del cordial y hondamente humano director del Cavendish. Sir Lawrence Bragg se preocupa fundamentalmente de algo más profundo. "Uno de nuestros problemas capitales —dice— es el que plantea el tamaño gigantesco de algunos de los nuevos aparatos. Estas máquinas amenazan con convertirse en nuestros tiranos, volviendo a los físicos en ingenieros, más preocupados con que las ruedas giren suavemente que con la definitiva aspiración de su menester: la investigación por amor al conocimiento. Ciertamente, el futuro no descansa simplemente en proveernos de aparatos más y más voluminosos. Los descubrimientos fundamentales se han hecho sirviéndose de aparatos notoriamente simples, y así seguirá haciéndose. Los descubrimientos puramente científicos anteceden de ordinario en treinta o cuarenta años al hecho de que lleguen a afectar al hombre de la calle".

Tal ocurrió con el descubrimiento de la energía atómica, acaecido al alborear del siglo y que no se aplicó hasta 1945 con el bombardeo de la ciudad de Hiroshima. ¿Qué será lo que en el día de hoy estén realizando los sabios del Cavendish y que pueda venir a revolucionar el pensamiento y la vida misma de aquí a cuarenta años, y acaso antes, dada la celeridad de los procesos que impera en la época en que vivimos?

Hombre y mago

En 1936, lord Austin, el fabricante de automóviles, donó 250.000 libras esterlinas a la Universidad de Cambridge con el designio de promover el estudio de las ciencias físicas. Unas 100.000 se invirtieron en la construcción de una nueva ala del edificio, con una altura de cuatro pisos. Otras 37.000 se dedicaron a sufragar la instalación del laboratorio de alta tensión.

A la cabeza de unos 70 investigadores, entre los que se incluyen profesores, lectores, demostradores y estudiantes en cursos de ampliación, a quienes él se refiere como a "nuestras tropas en la línea de fuego", Bragg acierta a combinar facultades de investigador con las dotes del expositor lúcido. Es profesor nato y gran hombre de ciencia. Sus conferencias pronunciadas en las Navidades de pre-guerra, con destino a gentes jóvenes, le granjearon el título de "el Mago de los chicos", porque a la par que explicaba de modo tal que estaba enseñándoles sin sentir, sin fatiga alguna, amenizaba sus disertaciones con juegos de científico pasatiempo.

Oriundo de Adelaida, Bragg trabajó durante años en cooperación con su padre, sir William. Por aquel entonces, el padre residía en Leeds y el hijo en Cambridge, donde iniciaba su labor como investigador en el laboratorio que hoy dirige. Salvando la separación geográfica, las mentes de padre e hijo trabajaban al unísono, y eso les permitió realizar juntos grandes descubrimientos en cristalografía. Juntos se vieron recompensados con la adjudicación del premio Nóbel cuando Bragg hijo no contaba más que veinticinco años. La especialidad que éste preferentemente cultiva en el campo de la investigación es la del estudio de la estructura de los cristales, de los que todo está compuesto y que podrían designarse como la "arquitectura de la materia". En el curso de la primera guerra mundial fué oficial de Ingenieros Reales británicos y, al servicio de ejército británico que operaba en Francia, desarrolló el método de regular el tiro de las piezas artilleras mediante el cálculo a base del alcance en relación al sonido, método que fué entonces aplicado con tan gran éxito.

Asumió la dirección del Cavendish en 1938, cuando ya se cernía visiblemente la sombra de la segunda guerra mundial. Al completarse la nueva ala del edificio, tras la iniciación de la guerra, Bragg llevó adelante, y casi por completo solo, el funcionamiento del laboratorio, enseñando, además, a los hombres de ciencia del día de mañana — tarea esta que ocupaba primer rango de prelación a ojos del gobierno —, aun cuando simultáneamente servía en muchas otras corporaciones técnicas al servicio del gobierno. Sus colegas, profesores e investigadores, se consagraron especialmente a impulsar el reconocimiento y rápida utilización del radar, campo al que hombres universitarios aportaron las más nuevas de las ideas, ideas que habían de fecundar en tan portentosos resultados. Muchos de aquellos hombres, actualmente retornados a su habitual ritmo de vida y disponiendo de instalaciones de material nuevo, se aprestan a proseguir incansables lo que Bragg llama "la batalla por el pleno señorío sobre la materia".

Millones de voltios

Es en el Laboratorio de Alta Tensión (tensión que permite producir chispas de hasta 15 pies de longitud) donde se llevan a cabo los experimentos sobre desintegración artificial. En una cámara de techo muy levantado, desprovista de ventanas y cuyos muros se han "espesado" exprofeso, a fin de que absorban las peligrosas radiaciones, existen dos extrañas torres de irreal apariencia que se asemejan a grandes hongos de plata, apilados uno sobre el otro hasta tocar el techo. Las torres generan uno y dos millones de voltios respectivamente, en conexión con una estación secundaria, nutrida a su vez por la normal provisión de flúido de la ciudad de Cambridge.

El voltaje generado en las dos torres llamadas "stacks" (pilas), se aplica y conduce a través de una columna de aceleración, en cuyo extremo superior existe un tubo de descarga. Si este tubo contiene hidrógeno, los protones se precipitan en descenso, a lo largo de la columna, hasta un laboratorio especial instalado bajo ella. En este laboratorio, la corriente de protones viene doblada en ángulo por la acción de un poderoso magneto que dirige en haz ya horizontal hacia el objetivo, un trozo de la substancia sometida a análisis de examinación. Los protones, gracias a la enorme velocidad que se les impulsa, poseen ahora suficiente energía para romper y disociar el núcleo de los elementos contra los que se lanza su impacto. Los resultados de los experimentos van registrándose en un aparato especialmente predispuesto al efecto y colocado por detrás de un bastidor o pantalla de protección. Se usan también bastidores encerados de parafina para proteger al observador contra los nocivos efectos que para él pudiera producir el sufrir prolongadamente la continua radiación emitida por los neutrones.

El ciclotrón

El otro instrumento empleado para "torturar al átomo" es el ciclotrón, aparato que vale unas 100.000 libras esterlinas. Se trata de una enorme máquina parecida a un tambor y capaz de transformar algunos centenares de voltios en el equivalente de la acelerada energía de cinco a veinte millones. Las partículas subatómicas cargadas de eletricidad — *protones* (núcleo de hidrógeno), *deuterones* (núcleo de hidrógeno pesado) y *partículas alfa* (núcleos de helium) — se alzan en remolino desde el centro del ciclotrón y se ven impulsadas a girar en una órbita de espiral más y más amplia, bajo la combinada acción de campos eléctricos y magnéticos. La energía de las partículas impelidas se acrecienta incesantemente durante el movimiento giratorio. Y finalmente se proyectan en haz contra el blanco u objetivo de que se trate, a través de una abertura existente en el canto del ciclotrón, y van a herir dicho blanco. Los núcleos de los elementos que integran éste se quebrantan y disocian por la acción del impacto contra él de las rapidísimas partículas subatómicas impelidas en el haz vulnerador.

En estos laboratorios se encuentra un ingeniero procedente de Holanda trabajando en la armazón y acoplamiento de los generadores, así como, entre los estudiosos investigadores de muy diversas nacionalidades, se halla,

por ejemplo, un joven de Ceylán, Kandiah, que partió de su hogar hace diez años expresamente para venir a trabajar al Cavendish.

El frío más intenso del universo

El "Royal Society Mond Laboratory" fué concebido inicialmente por el profesor Peter Kapitza, un hombre de ciencia ruso especializado en trabajos sobre campos magnéticos sometidos a bajas temperaturas. El profesor Kapitza se vió llamado a Rusia en 1934, y el gobierno soviético adquirió de la Universidad la mayor parte del equipo de sus aparatos especiales. El licuificador de helium, que él inventó, quedó no obstante en el laboratorio, en cuyos muros Kapitza había grabado la simbólica imagen de un cocodrilo, el animal que, como la ciencia, nunca mira hacia atrás.

En la actualidad, el "Mond", bajo la dirección del doctor J. F. Allen y el doctor D. Shoenberg, se especializa en la producción de frío intensísimo, frío que se mide en fracción de un grado sobre el cero absoluto. Y en el mismo edificio se prosigue la experimentación sobre campos magnéticos.

Si se somete la materia a temperaturas extremadamente bajas, la "moción" de los átomos en su interior se torna gradualmente más y más lenta hasta anularse por completo, con lo que cabe estudiar más fácilmente las propiedades que les son inherentes.

Para expresarlo vulgarmente, cabe decir que los cristales de la substancia sometida a observación se hielan al sumergir ésta en un gas líquido, como el helium, descendiendo hasta la temperatura de un grado sobre el cero absoluto. Simultáneamente se logra alinear a los átomos de tales cristales mediante la acción de un intenso campo magnético. Al desconectar éste súbitamente, la substancia se enfría asimismo repentinamente y mucho más aun, hasta alcanzar temperaturas todavía más bajas, temperaturas que oscilan en torno a la centésima de grado sobre el cero absoluto, es decir, frío mucho más intenso que el que se registra en los grandes espacios del universo, remotísimos de nuestra nébula.

Una de las líneas de investigación sobre las cuales trabaja el doctor Shoenberg, es la de la "super-conductividad" de los metales. A temperaturas que frisan en el cero absoluto, los metales pierden súbitamente toda su resistencia a la electricidad y resultan perfectos conductores de la misma. Esta pérdida de resistencia es interesante, tanto porque ha suscitado el desconcierto de los sabios teorizantes, como porque determina notables propiedades magnéticas. Una corriente eléctrica, una vez inducida en un circuito super-conductor, no caduca; y el circuito opera como magneto permanente en tanto se mantenga frío mediante inmersión en helium líquido. Aun cuando Shoenberg, al igual que todos sus colegas del Cavendish, no se preocupa gran cosa de la posibilidad de aplicación práctica de su trabajo, ni siquiera accede a hablar de este extremo, bien puede imaginarse que, si sus afanes llevan a ampliar el conocimiento de la conductividad eléctrica por parte de los metales, la aportación llegará a revestir algún día relevante interés técnico además de su interés científico.

Los doctores W. H. Taylor y E. Orowan, de Budapest, se ocupan intensamente en estudios sobre cristalografía. El trabajo de Orowan consiste en investigar la "plasticidad" de los metales; por qué son maleables, por qué unos metales son más fuertes que otros, cómo reaccionan sometidos a diferentes temperaturas, etc. La aplicación práctica de todo ello es bien obvia. En el sótano del edificio se halla instalado un molino de rodillos giratorios, con algunos otros aparatos ideados en el Cavendish, mediante los cuales se comprueban las modificaciones sufridas por los metales sujetos a molturación por presión.

¡Un juego pavoroso!

En el Cavendish todo viene a reducirse a átomos en última instancia. El doctor M. Perutz, austríaco de nacimiento, está examinando la estructura de las proteínas, las "máquinas de la vida", como él las llama. Las proteínas son substancias del organismo humano que ayudan a la asimilación del oxígeno y los alimentos en general, y Perutz se halla especialísimamente interesado en la hemoglobina, portadora de oxígeno en el torrente circulatorio. Sin hemoglobina, el corazón del hombre habría de trabajar cincuenta veces más duramente de lo que lo hace para suministrar a los tejidos el oxígeno que éstos requieren. Y Perutz, por medio de los Rayos X, se esfuerza por descubrir de qué modo se conciertan los átomos — hasta unos nueve mil — en cada unidad proteínica.

¿Cuál es la trascendencia que invisten las palabras de este hombre de tímido aspecto libresco, que habla con sosegada suavidad? "Las proteínas — nos dice — son los componentes más esenciales de todos los seres vivos; sin ellas no es posible la vida, ni siquiera en sus formas más rudimentarias. Existe una continua transición que va de la bacteria "viva", a través de las virusas, hasta las más reducidas moléculas proteínicas, como la hemoglobina, y se hace difícil trazar la línea divisoria entre los organismos vivos de una parte y las inanimadas moléculas proteínicas de la otra. El conocimiento de la estructura atómica de las proteínas permitirá una más honda comprensión de muchos procesos biológicos.

"Yo no puedo vislumbrar aún al hombre de ciencia capaz de *hacer* moléculas proteínicas por algún procedimiento sintético, pero no puede descartarse el que algún día será posible que así suceda. Nunca se sabe de antemano qué es lo que puede descubrirse... A veces se pasa uno seis meses investigando la solución de un problema determinado; trabajos de investigación hay en los que se invierte toda una vida; y cabe también el que uno se ve desviado de su línea por el surgimiento de algún descubrimiento inesperado. La ciencia pura es siempre "un juego pavoroso."

Desde las fuerzas que actúan en la tierra que habitamos, a aquellas que se dejan sentir en otros planetas, no media más que un escalón descendente en el deslumbrante pasadizo del Cavendish. J. A. Ratcliffe, que comenzó a trabajar aquí siendo estudiante, hace ya veinticinco años, se halla ahora a cargo de la sección de Radio-física. Actualmente experimenta sobre largas ondas inalámbricas, de alcance realmente extraordinario (de hasta cuarenta y cinco kilómetros, frente a las largas "ordinarias" que no pasan de poco más de tres).

Las investigaciones llevadas a cabo en el Cavendish por sir E. Appleton, acerca de las capas superiores de la atmósfera, condujeron, entre otros resultados, al de la radio-locación, emocionante ejemplo de aplicaciones prácticas de la ciencia pura. Con antelación a la guerra, Ratcliffe realizó algunas de sus pruebas concernientes a esta materia sirviéndose de un automóvil; en la actualidad proyecta utilizar un avión para verificar con la mayor rapidez posible las medidas requeridas sobre grandes trechos de terreno.

"Anhelamos esclarecer también — explica — cuáles son las fuentes de las que la Naturaleza emite automáticamente ondas de radio. Existe abundantísima prueba de que la Naturaleza transmite mensajes radiofónicos, pero lo que ahora ansiamos es poder interpretarlos. Antes de la guerra se sabía ya que desde los espacios descendían tales mensajes, desde la Vía Láctea, para mayor presición. ¿Qué es lo que significan? Proyectamos usar un radio-telescopio extremadamente sensitivo, de un angosto ángulo de visión, que esperamos nos ayude a interpretar las temperaturas reinantes en las diferentes partes de la Vía Láctea.

"En 1928, un ingeniero pudo percibir en Suecia ecos extraordinariamente diferidos de los mensajes radiados. ¿A qué se debía tal fenómeno? ¿Lograremos nosotros captar otros ecos que retornen desde algunos millones de kilómetros de distancia?"

Al salir del laboratorio del Cavendish volvimos la vista hacia atrás, echando al pasar una ojeada al rectángulo de la gran carbonera y la paja — acre y hacinada — en cuya rinconada había demás unas damajuanas junto a unas docenas de bicicletas salpicadas de barro. Por detrás de todo ello se alzaban los recuadros de las ventanas iluminadas de los pabellones viejos y nuevos del gran edificio que ahora, ya sumidos en la oscuridad nocturna, parecían fundirse en más armonioso conjunto.

Aquellas ventanas iluminadas delataban la persistencia en el trabajo de tantos profesores y muchachos de todas las nacionalidades. El hombre no puede detener ni retener el futuro, sino que incesantemente ha de marchar a su encuentro. ◈



SIR LAWRENCE BRAGG, FAMOSO FISICO QUE DIRIGE LOS LABORATORIOS CAVENDISH.

EL BUDA VERDE

Cuento, por
Paul Hughes

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

El gran Buda verde, de piedra esculpida, permanecía en la mesa contemplando la eternidad. Cerca de él, sobre el piso, estaba sentado el doctor Sze. Para los niños existía poca diferencia entre ellos, exceptuando el hecho de que el doctor Sze hablaba y el Buda se quedaba callado.

—¿Qué es lo que hay que alcanzar? —interrogaba el doctor Sze.

—El nirvana —contestaron los dos niños al mismo tiempo.

—¿Y qué es el nirvana? —preguntó el doctor.

—El nirvana es la dulce paz del olvido —replicaron ellos al unísono.

—¿Y cómo se llega al nirvana?

—Olvidándose del propio yo.

Les costó pronunciar la última respuesta, porque se acordaban de que la única reprimenda que les dirigía el doctor Sze era ésta: "¡Olvídense de su yo!" En cuanto se mostraban glotones, ruidosos o débiles ante cualquier otra tentación de la carne, podían estar seguros de que el doctor Sze lo sabría, exclamando: "¡Olvídense de su yo!"

Estaban sentados sobre el suelo, con las piernas cruzadas, delante del profesor y del Buda. El discípulo mayor contaba siete años, y el menor seis. Sentían un gran respeto por el doctor Sze, pero a veces, entre ellos, cambiaban muecas burlonas.

Porque el doctor Sze era el alma de los ideales antiguos. Siempre tenía a mano un ejemplar



del antiguo Libro de la Conducta Correcta. Usaba el traje indicado, justamente como debía ser llevado, y el gran Buda verde, de piedra esculpida, permanecía constantemente sobre una mesa, a su lado.

Para los discípulos, el doctor Sze era un Buda de carne. Los bombardeos habían matado a la mitad de los alumnos, y el resto huyó al sur con sus familias, pero él no parecía notarlo. Ahora, las tropas extranjeras ocupaban la ciudad, mas el doctor Sze continuaba dando clase a sus dos alumnos. Permanecía casi tan ajeno a lo que pasaba en el mundo, como el ídolo de piedra que se hallaba a su lado.

El día anterior, después de la lección, el niño mayor dijo:

—El doctor Sze recuerda solamente lo que sucedió hace más de tres mil años.

Y el menor respondió:

—¡Ni siquiera conoce la diferencia que hay entre un Mitsubishi Zero y un Sento KI-001!

El doctor Sze volvió su atención a la lección escrita. El alumno más pequeño sacó una costilla de cerdo en la que quedaba un poco de carne, y comenzó a roerla. El profesor pareció sentir, más bien que ver, aquella incorrección, y exclamó:

—¡Olvídate de tu yo!

El alumno fué castigado, desapareciendo la costilla. El doctor Sze hizo una ligera reverencia en dirección al Buda.

De repente llamaron a la puerta. La mirada alerta de los discípulos pasó del doctor Sze a la puerta, y de ésta a él. El anciano permaneció un momento inmóvil, reflexionando. Luego se puso de pie con desgano y fué a abrir la puerta. Al ver al soldado extranjero que estaba en el umbral, los alumnos contuvieron una exclamación.

El soldado era robusto y, si se tenía en cuenta su raza, bastante alto. En sus ojos había franqueza y hasta una expresión amistosa. Llevaba un rifle Arisaka, cuya punta quedó muy cerca del pecho del doctor Sze.

—¡Adelante, adelante! —dijo el profesor.

Antes de entrar, el visitante vaciló. Cuando estuvo dentro, cortésmente, el dueño de casa cerró la puerta.

Fijándose en la insignia de su uniforme, el niño mayor cuchicheó al oído del otro:

—¡Es un sargento!

—¡Ya lo sé! —contestó el menor.

Durante un momento, el soldado recorrió la habitación con aire despreocupado. Después, como si hubiese conseguido dominarse, gritó en el idioma del profesor:

—¡La fábrica de armas, desmantelada por los traidores, ha sido puesta en condiciones! Por orden del comandante general...

Al ver que el profesor no lo escuchaba, se detuvo. Hubo una pausa. Con la mirada fija en la pared, el doctor Sze observó:

—Lamento que estemos tan mal preparados para recibir visitas. Pero tenemos un poco de té; en seguida estará pronto.

El sargento tuvo una expresión afligida. Luchó consigo mismo y dijo:

—Te lo agradezco, pero no tengo tiempo de tomar té.

Volvió a reunir todas sus energías, empezando de nuevo:

—Por orden del comandante general, la fábrica de armas...

Pero el doctor Sze se había marchado a la pieza contigua, para preparar el té. El sargento y los dos alumnos se miraron. El doctor Sze regresó, diciendo:

—¡Lo siento muchísimo! Acabo de recordar que no tenemos té. ¡Ni tampoco fuego!

—El comandante general...

—Tenemos un poco de agua, pero no es bastante. Y aunque hubiese más, todavía encontraríamos la dificultad del té... y el fuego.

El sargento se sonrojó, gritando:

—¡Insisto en que me trates con respeto!

Sorprendido, el doctor Sze lo miró. Al comprender, su cara se iluminó:

—¡Perdóname! ¡Estaba distraído! Mi nombre es doctor Sze, y éstos son mis discípulos.

El sargento hizo un movimiento de cabeza.

—Conocerlos es para mí un honor. Yo soy el sargento Toyura —dijo, y repitió con una voz más suave—: La fábrica de armas, desmantelada por los traidores, ha sido puesta en condiciones. El comandante general me ordenó que le lleve obreros.

—Cuando llegaste estábamos dando una lección —contestó el doctor Sze en tono distante—. Ahora vamos a recitar algunos trozos del Libro de la Conducta Correcta. ¡Debes oír a los niños! Sobre todo en la parte en que...

El sargento lo interrumpió preguntando a los chicos:

—¿Qué edad tienen ustedes?

—Yo tengo siete años —contestó el mayor

—Y yo seis —dijo el pequeño.

—¡Es bastante! —replicó el sargento—. Pueden hacer algo en la fábrica. ¡Vengan conmigo!

—¡Cuántos deleites de la sabiduría les esperan! —exclamó el doctor Sze —. Después de haber estudiado mucho del Gautama Buda, es probable que empecemos con el K'ung Fu-tze.

El sargento dirigió la bayoneta a los niños, diciéndoles:

—¡Vengan!

Aterrorizados por la punta de la bayoneta, los niños se movieron. El más pequeño comenzó a llorar a gritos, y podían escucharse los sollozos contenidos del mayor.

—Pero, ante todo, es preciso conocer bien a Buda —insistió el doctor Sze.

—¿Buda? —preguntó el sargento Toyura.

Volvió la cabeza, lo que aprovecharon los niños para escapar de la bayoneta y volver a sus lugares, en el piso.

—Sí —contestó el doctor—. ¿Sabes quién es Buda?

—¡Naturalmente! —repuso el sargento.

—¡Magnífico! —se entusiasmó el doctor Sze—. ¡Es un gran placer conocer a un hombre culto! Debemos conversar...

—No. Yo tengo que irme. Debo llevar obreros —explicó Toyura.

—¡Perdóname! Sin duda, te esperan los demás afuera...

—No. Están a varias cuadras de distancia, pero...

—Entonces, tenemos tiempo. ¿Estuviste alguna vez en Kamakura?

—Sí; ¡muchas veces! —contestó el sargento.

—Así que viste al gran Buda que está allí...

—Sí.

—Yo lo vi en una ocasión, hace veinticinco años —contó el doctor Sze—. ¡Cuánto me gustaría verlo de nuevo! Su sola presencia ejerce un efecto tranquilizador. Recuerdo que estuve horas sentado allí, contemplándolo. Pero tengo

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 102)

LA CAIDA DE LIDOCHKA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 7)

llamaron más y más; creo recordar que le hicieron salir a escena cuatro veces. Yo me coloqué a la puerta para abrir; ella salió con la respiración agitada, brillantes los ojos, los labios resecos y dejando percibir su rubor bajo el afeite. Mi felicitación la retribuyó estrechándome las dos manos.

Durante toda aquella noche, Lidochka estuvo excesivamente animada, quizá hasta excitada, porque a menudo y sin motivo alguno reíase con una risa nerviosa. Me acerqué dos veces a ella y le hablé algo. Me escuchó sin interrumpirme; pero sus respuestas, dichas mirándome fijamente, no tenían nada que ver con lo que yo le hablaba. Sus ojos reflejaban ilusión y felicidad, y en sus labios veíase una sonrisa tal de beatitud, que comprendí cuán lejos estaba de mi conversación. Me miraba como una persona pensativa mira un objeto lejano o alguna mancha de la pared; no ve la mancha, pero le es imposible apartar sus ojos de ella. Del mismo modo, cada vez que veía los bastidores del escenario y oía el ensordecedor ruido de los aplausos, Lidochka sentíase de nuevo atraída hacia el sueño encantador del que acababa de despertar.

II

El debut de Lidochka fué todo un éxito; muchos espectadores se apresuraron a decírselo aquella misma noche con las más lisonjeras palabras. La opinión de la mayoría le asignó para la representación siguiente un difícil e importante papel: el de Ofelia.

Se puso a estudiarlo con la pasión que ponía en todas sus nuevas empresas y con una tenacidad que yo no hubiera esperado de ella. Hasta adelgazó y perdió color.

¿Hacia dónde volaba su imaginación mientras trabajaba? Sólo Dios lo sabe, pues a nadie habló de ello; pero hoy, yo puedo afirmar que en aquella época nació en su alma un nuevo mundo de ilusiones y esperanzas que tan enorme influencia había de tener en toda su vida futura.

El día de la representación llegó al fin. Yo estaba entre los espectadores, porque, para evitar estorbos y tropiezos, dieron órdenes severas limitando el acceso al escenario a las personas indispensables. Habíase encargado de dirigir la escena un actor profesional que tenía cierta fama, y esto todavía daba una mayor seriedad al espectáculo.

Cierto es que Lidochka no pudo evitar los defectos comunes a los principiantes; algunas veces hablaba demasiado bajo o hacía grandes silencios. No obstante ello, yo vi en ella una verdadera Ofelia, la misma imagen femenina y encantadora creada por Shakespeare. Cariñosa y tímida, amorosa y sacrificando su amor a la etiqueta de la corte, obediente a la moral y rigidez paterna, Ofelia no es una heroína; su característica es una confianza infantil y un sometimiento a las circunstancias. Por naturaleza es franca y no sabe mentir; pero el estar expuesta permanentemente a las miradas de todos hace que oculte su amor de tal modo que nadie pueda adivinar lo que pasa en su alma hasta el momento en que la lucha interna, largo tiempo escondida, estalla en una locura repentina; sólo entonces se comprende lo que es "el veneno del profundo dolor del corazón".

A Lidochka le hicieron una ovación estruendosa. Alguien le envió una enorme corona de flores naturales con anchas cintas de raso color rosa. Yo, aunque estaba tan aturdido y emocionado como los demás, pude notar, por su sonrisa y por sus mejillas arrebatadas, que estaba a punto de perder la cabeza.

* * *

Aquella noche, después de la representación, la acompañé hasta su casa. Ibamos tomados del brazo y yo la sentía feliz, embriagada por el éxito, casi desfalleciente de dicha.

Estábamos en primavera, cuando las lilas empiezan a florecer. De su figura parecía derramarse una perfumada y dulce languidez, que me hacía sentir algo así como el soplo de un aliento en mi rostro y unos labios ardientes que se acercasen a mi boca.

Lidochka y yo marchábamos de prisa, dejando atrás el resto de la compañía. Me incliné y la miré; llevaba la cabeza echada un poco atrás y los ojos fijos en las estrellas, que aquella noche brillaban con suma intensidad. Sintiendo mi mirada, estremecióse y apretó fuertemente mi brazo.

—¿Tiene frío, Lidochka? —le pregunté a media voz.

—No —repuso—, no tengo frío. Me estremecí por mis pensamientos; estaba pensando en usted.

Sentí miedo y placer al mismo tiempo al oír sus palabras.

—¿En mí? ¿Es posible que pensase en mí?

—Sí, en usted. Dígame, ¿puede levantarse temprano mañana, a eso de las seis?

Le respondí que no sólo estaba dispuesto a levantarme a las seis, sino hasta... no me acuerdo realmente de lo que le dije, pero con seguridad que una tontería.

En aquel momento llegamos al portón de su jardín y nos detuvimos para esperar a los demás. Ella miró hacia atrás, y acercando su rostro al mío me dijo rápidamente, en voz baja:

—Mañana, en mi jardín... temprano, temprano, a eso de las seis..., mejor a las seis y media...; papá se levanta mucho más tarde.

Y otra vez me apretó con fuerza el brazo.

Tengo que confesar que en aquellos tiempos yo era excesivamente joven, imperdonablemente joven. Llegué a casa casi volando, y no puedo decir si dormí o no aquella noche; algunas veces, cuando uno recibió una impresión fuerte y extraordinaria, hállase en un estado tal que no sabe si duerme, vela o sueña.

Claro está que en seguida me di cuenta de que estaba enamorado de Lidochka; pero si he de decir la verdad, hasta entonces no había notado en mí ninguna señal de este amor. Pensé en cómo la iba a ver la mañana siguiente, ruborizada y cohibida por su audacia de la víspera, y en cómo le diría que la amaba desde la primera vez que la vi. Lo único que me preocupaba era la forma de hacerle mi declaración. Por eso estudié varias frases:

—Permítame proponerle mi mano y mi corazón.

Feísimo; parecía la invitación a una contradanza.

—¿Lidia Mijailovna; quiere usted ser mi esposa?...

Parece que no estaba mal. Pero para una jovencita es quizá demasiado serio. En una palabra, al llegar a este punto no podía encontrar ninguna solución.

* * *

A las seis de la mañana me desperté de repente, como si me hubieran dado un empujón, pensando en Lidochka y en la cita que con ella tenía. Algunos minutos después, estremecido de frío y de entusiasmo juvenil y sintiendo la elasticidad de todos mis músculos, transpuse de un salto la verja de su jardín.

La mañana era fresca, alegre, sonora y radiante. Diríase que hecha a propósito. La hierba brillaba como una seda verde, y temblaban en ella grandes diamantes de rocío centelleando con mil colores. Los rayos del sol, penetrando por entre el frondoso ramaje de la avenida de tilos, estampaban en la arena unas manchas redondas y móviles. Me parecía que hasta los pájaros, que entre las ramas saltaban, gorjeaban, silbaban y piaban, estaban locamente entusiasmados de una mañana tan agradable, y mi propio espíritu ¡qué canciones cantaba! ¡Cuánta alegría y vigor rebosaba de todo mi ser! ¿Acaso alguna vez había sido yo más feliz que en aquel momento? Creo que no.

Había llegado a la mitad de la avenida, cuando Lidochka apareció por el extremo opuesto. Andaba muy de prisa, inclinando graciosamente la cabeza hacia adelante, según costumbre suya. Vestía un sencillo traje blanco, que destacaba su delgada y elegante figura sobre el fondo obscuro de los árboles o aparecía iluminada por la radiante luz dorada del naciente sol. Corrí a su encuentro; hubiera querido echarme a sus pies, gritar, reír, cantar. Sus ojos todavía reflejaban el sueño de la mañana; sus cabellos, obscuros y rizados, peinados con evidente apresuramiento, caían sobre la frente en descuidados bucles. Sonrosada, fresca, sonriente, ¡qué hermosa estaba!

Lidochka me tendió sus manos; yo me incliné y besé primero una y luego otra. Las retiró y me dijo:

—Vamos más allá; aquí pueden vernos.

Yo la seguí, admirando sus graciosos movimientos y escuchando complacido el rumor de su vestido, mientras mi corazón latía entusiasmado. Llegamos al más apartado rincón del jardín, donde crecían vigorosamente altos arbustos de lilas, bajo los cuales existía siempre una frescura perfumada.

Lidochka paróse como indecisa, se puso en las puntas de los pies y arrancó un gran ramillete de lilas blancas. La manga corta de su bata cayó y dejó al descubierto el delgado y sonrosado brazo, con un codo juvenilmente agudo. El ramillete no cedía; Lidochka frunció las pobladas cejas, dobló el tallo hasta que crujió y tiró de él con fuerza. Las hojas temblaron, y cayó sobre nosotros una lluvia de gruesas y frías gotas de rocío. No pude contenerme más; el aroma de las lilas, la sana frescura de la primaveral mañana y el desnudo brazo, que tan cerca estaba de mis labios, me hicieron perder la cabeza.

—Lidia Mijailovna —le dije con temblorosa e indecisa voz—, sabe usted que yo..., que usted..., que yo...

Lidochka volvióse hacia mí. De seguro que mi tono le fué muy comprensible; pero en su rostro no pude leer nada sino un gran asombro y una risa disimulada, que hacía temblar las comisuras de sus labios. Mi audacia desapareció con la misma rapidez con que había aflorado.

—¿Por qué se calla? —me preguntó al fin Lidochka.

—Yo..., yo... en el fondo no decía nada. Ayer usted me honró con su confianza; si necesita para cualquier cosa un hombre lleno de abnegación (poco a poco iba reponiéndome de mi azoramiento), le ruego que no vacile en elegirme.

Lidochka aspiró el perfume de las blancas flores, me miró de soslayo y preguntó:

—¿Puedo confiarme en usted como en un fiel amigo? ¡Qué felicidad sería para

mil! ¡Nada hay más sagrado que la amistad desinteresada!

Con seguridad que notó la desilusión que se dibujó en mi rostro y compadecióse de mí; aun no conocía el despotismo con que las mujeres tratan a los hombres. Me apresuré a contestar con una docena de las más elocuentes afirmaciones; para mi desgracia, comenzaba a comprender de qué se trataba.

—Si es así — me dijo Lidochka —, usted puede prestarme un gran servicio. He decidido actuar en el teatro; pero, por ahora, esta determinación aun debe quedar entre nosotros. Es natural que ante todo tenga que estudiar, estudiar mucho, ya lo sé, y por lo tanto necesito un consejero experimentado y serio. Búsqueme usted un buen profesor y merecerá mi eterna gratitud.

—Pero, Lidia Mijailovna, usted sabe bien que aquí no hay ni un solo profesor de declamación.

—Lo sé, lo sé — me interrumpió con impaciencia —. Ya pensé en todo eso. Dígame: ¿no es cierto que uno de estos días piensa marcharse a Moscú?

—Sí, es cierto; pero si usted quiere que me quede, me quedaré. No me corre prisa.

—No, no. Tiene que ir lo más pronto posible. Dentro de una semana yo iré también con mi papá, y usted, si quiere, ya lo tendrá arreglado todo. Bueno, lo hará usted, ¿verdad? Pues muchísimas gracias. Y ahora váyase, váyase en seguida, porque papá despertará pronto; y acuérdese: ¡el mayor secreto sobre mi determinación!

Me marché con la cabeza baja. La primera idea que tuve fué cómo había podido pensar que estaba enamorado de Lidochka. ¿Acaso estoy enamorado? No. Soy simplemente su amigo, su afectuoso y fiel amigo. El padre era un buen hombre, que, fuera de su trabajo, no quería saber nada de nada; la madre pasábase la vida ocupándose de sus nervios y de los médicos; era explicable que Lidochka tuviese necesidad de un buen amigo y consejero que protegiese su inexperiencia infantil.

A pesar de mis esfuerzos y reflexiones para consolarme con el importante papel de consejero, mi alma se dolía y lamentaba de la ilusión perdida. En aquel período de mi juventud no había llegado aún a la conclusión de que el Destino me había condenado a un eterno celibato. Hoy me parece que hasta nací con las cualidades de un soltero viejo. ¡Cuántas jóvenes me confiaban sus secretos! ¡Cuántas damas me elegían como su mejor amigo! Bastaba que comenzase a interesarme alguna muchacha para que en seguida me desconcertase dándome un encargo para un rival feliz o haciéndome confidente de tiernas esperanzas que no me interesaban. ¿Por qué me sucedía esto? Yo no soy muy feo, ni cojo, ni afeminado; tampoco puede decirse que sea muy torpe. ¿Es que por ventura hay seres desgraciados hechos de un material especial para solteros? Después de todo, quizá esto no sea una desgracia tan grande.

III

En Moscú me encontré con Lidochka. Antes de su llegada busqué y encontré un profesor. Era un antiguo actor, ya retirado del teatro, pero cuyo nombre recordarán seguramente nuestros padres: Slavin-Slavinsky.

Cierto día, Lidochka, diciendo a los suyos que iba a visitar a una tía, acudió al *Passage*, donde estaba citada conmigo, y juntos nos encaminamos a Presnia. Nos costó gran trabajo encontrar la casa donde vivía Slavinsky: era un piso modesto, de techos bajos y decorado con baratísimos papeles pintados. En las paredes había retratos de artistas y estaban colgadas multitud de coronas con cintas en las que se leía: "La desgracia por exceso de espíritu", "Quin o El genio del libertinaje", "El inspector", "Romeo y Julieta". Los retratos tenían dedicatorias: "A nuestro querido Slavinsky", "Al genial", "Al gran artista", etc., etc. En el salón estaban esperando, además de nosotros, un señor con lentes, afeitado, de cara arrugada, y gesto desdeñoso, y dos señoras de cierta edad, feas las dos.

Apareció el profesor. Su enmarañada melena de grises cabellos, los ojos audaces y la nariz de abiertas aletas, le daban el aspecto de un león viejo. Cambió dos palabras con el señor afeitado, saludó secamente a las dos señoras, acercóse a nosotros y se paró mirando interrogativamente a Lidochka; por la experiencia adquirida durante muchos años, adivinó que ella era el motivo de nuestra visita.

—¿En qué puedo servirles? —preguntó.

Lidochka ruborizóse intensamente. Me figuré cuánto se habría preocupado pensando en esta pregunta; pero ningún obstáculo podía detenerla ya; recobró el dominio sobre sí, y clavando su mirada en los ojos del profesor, repuso:

—Yo quisiera estudiar declamación con usted.

Cualquier persona hubiera respondido lo mismo. Cuando durante mucho tiempo se prepara una frase, ésta, infaliblemente, resulta pobre, vulgar o afectada.

Slavinsky miró con toda atención a Lidochka durante unos segundos, y le dijo:

—Haga el favor de pasar a mi despacho.

Lidochka me miró suplicante, el profesor me saludó y con un gesto deferente me cedió el paso. Nos sentamos en las butacas y Slavinsky se puso a pasear a lo largo del despacho.

—¿Por qué desea usted dar clase conmigo? —preguntó al cabo de un largo silencio—. ¿Es que piensa seriamente dedicarse al teatro o sólo es por distracción?

Lidochka, reuniendo todas sus fuerzas, contestó decidida, pero al mismo tiempo con temblorosa voz.

—Quiero dedicarme al teatro.

—Muy bien. Pero, desde luego, usted contará con que sólo podrá ser contratada en teatros de provincias.

—Al principio, sí, pero más adelante...

Slavinsky meneó la cabeza como diciendo: "Estas palabras las oigo lo menos por milésima vez".

—Dígame la verdad; con seguridad que usted habrá tomado parte en algunas representaciones de aficionados.

—Efectivamente.

—Y de seguro que, para desgracia suya, ha obtenido un éxito.

—Sí. Tuve algún éxito; pero ¿por qué dice usted que para mi desgracia?

Slavinsky paróse ante ella, y en su grave rostro se dibujó una sonrisa cariñosa.

—Porque en el mundo no hay veneno más fuerte que la gloria, y al mismo tiempo no hay nada más dulce, hija mía. Hasta en las dosis más pequeñas actúa fatalmente. Un éxito brillante, los aplausos, el nombre impreso, y ya está una envenenada y sintiendo el irresistible deseo de tomar una porción mayor de tan dulce veneno. Yo sé muy bien lo que hay ahora dentro de esa preciosa cabecita: millares y millares de espectadores, lágrimas de entusiasmo, el rugido enardecedor del público, y gloria, gloria, mucha gloria. ¡Y, sin embargo, muchacha, el camino está lleno de espinas! ¿Para qué mentir? Yo lo recorrí con cierto honor, y si tuviese que comenzar mi vida de nuevo, créame, preferiría ser artesano o comerciante.

"Yo ya soy viejo —continuó— y, además, no tengo ningún interés en mentirle. Por este estudio ha pasado mucha gente joven que, lo mismo que usted, volaba en alas de la esperanza. Pero no me pregunte dónde estarán ahora; unos diez o quince lograron cierto renombre; en cuanto a la gran mayoría, ni siquiera se oye hablar de ellos. Un gran tanto por ciento tomó el camino descarriado de la borrachera, del éxito equívoco alcanzado a fuerza de payasadas y groserías, de las intrigas y comadreos de bastidores... Y, amiguita mía, nada quiero decirle de cuánto me molestan los que, como los oficiales retirados y los hijos mimados de ricos comerciantes, no tienen nada que hacer y quieren tomar lecciones para distraerse, o las señoritas que perdieron toda esperanza de casarse y ven en el teatro un último recurso. ¿Vió usted la pareja que había en el salón? Pues esa es una cruz por la cual creo que me serán perdonados muchos pecados. Por eso, cuando el azar trae a mi casa un ser joven y decidido, me parece que con mis propias manos lo empujo para precipitarlo en un sucio y profundo pantano. ¡Usted no puede imaginarse qué inmunda cloaca es el teatro de provincias!

Slavinsky habló aún mucho más. No me acuerdo de todas sus palabras; pero me pareció que su caluroso discurso era por demás convincente.

Lidochka se puso en pie, y sin levantar la vista comenzó a ponerse los guantes con evidente nerviosidad. Slavinsky precipitóse hacia ella. En su gesto de enojo leyó que sus palabras no habían producido ningún efecto, y comenzó a excusarse. Confesó que se había acalorado, que había exagerado un poco y que desde luego estaba dispuesto a darle lecciones.

En aquel apasionado discurso, sólo Dios sabe cuál había sido su guía. ¿Un calculado fingimiento de sinceridad o una verdadera y cordial compasión?

—¿Qué sabe usted de memoria? —le preguntó Slavinsky cuando nos sentamos de nuevo.

Lidochka no sabía más que fábulas y ni aun éstas se atrevía a declamarlas sin libro. El profesor sacó de su biblioteca un tomo encuadernado en tafilete rojo, y abriéndolo al azar se lo entregó a Lidochka diciendo:

—Haga el favor de leer.

Miré lo que le daba y reconocí la incomparable escena de despedida de Romeo y Julieta, en la que aquél, al amanecer, baja por la escala que cuelga de la ventana de su amada.

Lidochka, al principio, comenzó a leer tímidamente; se equivocaba; algunas veces leía demasiado de prisa; la escena le era desconocida por completo; pero, de todos modos, me pareció que la leyó bastante bien. El profesor la seguía con gran atención, frunciendo un poco las cejas cuando Lidochka se equivocaba.

—Bien, muy bien —le dijo cuando terminó y levantó tímidamente sus ojos hacia él—. Tiene usted disposición, aun no me atrevo a decir que talento, pero desde ya, podrá ser una actriz útil en el teatro. Pero para eso tiene que estudiar, estudiar y estudiar. Hágame el favor de escuchar cómo leo yo la misma escena.

La leyó, ¡y cómo la leyó!

Salimos de su casa bastante desmoralizados, a pesar de que el profesor fué excesivamente amable con nosotros. Por la expresión del rostro de Lidochka vi que su resolución de ser actriz era irrevocable.

Esta fué nuestra última entrevista. El Destino me llevó al poco tiempo a otro rincón de provincia. Me encontré en un ambiente casi prehistórico, donde no sólo no existía nuestro círculo de aficionados a representaciones teatrales, sino que no había faroles de alumbrado público, y hasta se carecía de autoridades locales. En cambio, estaba de guarnición —lo que hoy no hay— todo el regimiento de húsares de N. N.

Si fuesen ahora, ¡cómo saltarían de contento las señoritas! Pero en aquellos remotos e incultos días la estada de los húsares sólo era motivo de intranquilidad, y las viejas beatas, cuando, acostadas por la noche, oían en la calle el ruido de las espuelas, persignábanse y recitaban los salmos del rey David. A mí mismo todavía hoy se me encrespa el pelo cuando me acuerdo de las alegres aventuras de los húsares.

Sin embargo, entre ellos había buenos muchachos, y sobre todo buenos bebedores. Uno de éstos, el subteniente Alferoff, vivía en el mismo piso que yo. La causa que nos unió fué siempre un misterio indescifrable para mí; pero lo cierto es que vivíamos en la mayor intimidad, aunque a veces pasaban semanas enteras sin que nos hablásemos. El subteniente Alferoff no brillaba desde luego por su cultura, y esta cualidad hacíase más evidente cuanto más se frecuentaba su trato. Hablaba poco, mejor dicho, no hablaba, disparaba las palabras; tenía un vocabulario exclusivamente personal; decía cosas como éstas: cabeza yegüesca por cabeza de yegua, damona en vez de dama, etcétera. Cuando estaba en casa, lo que ocurría raras veces, adoptaba invariablemente la misma postura: echábase en el sofá, con las largas piernas cruzadas, dobladas por la rodilla y levantadas en el aire; la camisa, de color, desabrochada; una guitarra en las manos y en un ángulo de la boca un cigarrillo. Todo su repertorio musical, ejecutado con voz de bajo extraordinariamente falsa, reducíase a dos canciones: una, en tono mayor, la cantaba siempre en los intermedios de las francachelas, cuando tenía dinero. Era así:

Desenfrénanse los caballos, retumban
[con los cascos,
espumajean, se desgarran, piafan;
las damas y damiselas, con miradas de
[desesperación
siguen a los caballeros que se van...

La canción en tono menor era notable por su absurdo texto. Me acuerdo sólo que en ella se decía:

Qué agradable es
morir de fiebre
cuando late el corazón
como un perrito joven.

Como puede verse, el subteniente Alferoff era un buen muchacho bajo todos conceptos.

Un día, a la hora que yo estaba disfrutando las delicias de la siesta, entró corriendo en mi cuarto haciendo piruetas y agitando en sus manos una gran hoja de papel colorado. Yo lo miré con asombro.

—¡Dentro de tres días llegará a este pueblo una compañía dramática! —me gritó—. ¡Compañía! ¡Una compañía! ¡¡Una cooompañía!!

Y cantando una polca que habría hecho sudar al mejor bailarín, comenzó a correr por mi cuarto. Como conocía bastante el gusto estético de Alferoff, le pregunté, siempre asombrado:

—Pero ¿por qué te causa tanta alegría eso?

—¿Cómo por qué? —se asombró a su vez Alferoff—. ¿Y las actrices? ¡Hurra! ¡Viva la compañía dramática!

Saqué de sus manos el cartel y leí lo siguiente:

La compañía Ruso-Ukraniana de artistas dramáticos, bajo la dirección del señor Maksimenko y con la participación de los artistas de los teatros Imperiales, señor Yugin y señora Verina, tendrá el honor de dar dentro de breves días, en casa del señor Soloveichik, una serie de representaciones de las más notables obras de autores rusos y *demás* extranjeros.

Entre otras cosas, el miércoles 22 de septiembre se pondrá en escena

LA MALDICION DE UNA MADRE

DRAMA EN CINCO ACTOS

obra que obtuvo ruidosos éxitos en gran número de capitales europeas y *por muchas celebridades de provincias*.

A continuación se realizará un *divertimiento variado*, en el que intervendrán todos los artistas de la compañía.

Al leer la lista de los actores sentí gran consternación: Sapega-Nicolisky, Smielskaia, Malinin-Aucharsky, Andreieva-Dolskaia y al final una Guedich-Baratinskaia.

IV

En nuestra monótona y aburrida vida de pueblo, hasta los ejercicios militares del destacamento local eran un espectáculo que atraía a toda la vecindad; así que no hay que decir que para la primera representación las localidades fueran disputadas casi a puñetazos, a pesar de que el llamado teatro era un antiguo y espacioso almacén de cereales restaurado y acondicionado a toda prisa.

Aquella tarde, mi amigo el subteniente vistióse con un esmero especial y hasta se perfumó. Al entrar en el teatro hacía tanto ruido con el sable y las espuelas, que todos se dieron vuelta.

La espaciosa sala del teatro estaba iluminada por tres o cuatro lámparas; para poder distinguir algo, los ojos tenían que acostrumbrarse a la obscuridad. Las localidades iban ocupándose rápidamente. El fondo de la sala, separado por una barrera de las butacas, estaba ocupado por una multitud de judíos y soldados (que presenciaban el espectáculo de pie), atraídos por el bajo precio de la entrada; éstos producían el ruido característico de las salas de espectáculos, formado por conversaciones en alta voz, risas, toses y pataleos.

Detrás del telón, que representaba una laguna con dos cisnes y una torre que surgía del agua, oíanse martillazos precipitados, un trajín producido por muchos pies y rápidas e inarticuladas frases. Entre el escenario y la sala estaban sentados, mirando al público, cinco músicos: dos violines, una flauta, un trombón y un bombo con platillos. Era la orquesta completa de Gerschko Schpilman, la que solía tocar en todas las bodas de judíos.

Una voz estentórea gritó desde la entrada general:

—¡Ya es hora de que empiece!

Y como una réplica, desde distintos sitios se oyó gritar:

—¡Que empiece! ¡Que empiece!

Gerschko dió dos golpecitos con la flauta sobre el atril, miró a los músicos, que en el acto empuñaron los instrumentos, y dió la señal con la cabeza, al mismo tiempo que acercaba la flauta a sus labios; de este modo Schpilman tocaba y dirigía simultáneamente. La orquesta ejecutaba *Mainfis*, el baile popular de los judíos.

Al fin en el escenario sonó una campanilla y se levantó el telón.

Me parece que la obra era una traducción, con un argumento tan descabellado, que no logré comprender en qué consistía. Lo que sobre todo produjo un gran efecto inesperado en el público fueron los apellidos extranjeros. Por ejemplo, salía a escena un joven, acercábase a la heroína, y con la mano puesta sobre el corazón se presentaba a ella así:

—Marquesa: yo soy Fernando di Capo di Monte, sobrino de su viejo amigo D'Argenteüil.

El entusiasmo del público de la general llegaba al colmo; oíanse voces de: "¡Así, así! ¡Vamos, acéptalo, dile que sí!"

Recuerdo que en la obra había un padre jesuíta que era el resorte oculto de todo el drama, siempre hablaba con voz temblorosa y reía constantemente con una risa silbante de malhechor teatral. Otro de los personajes era un joven descendiente de una antigua y noble familia; este papel lo interpretaba un actor que vestía botas de caza con espuelas, cubría su cuerpo hasta la cintura con una malla gris y sus piernas con unos pantalones de los húsares de N. N.

Según me enteré después, los muebles para el escenario y el vestuario de los artistas se consiguieron unos días antes del espectáculo merced a los ingenuos admiradores del arte.

Por instigación del mencionado jesuíta, alguien había calumniado al noble descendiente con botas de caza, atrayendo sobre él la maldición de su madre. El joven noble despedíase de su amada, se marchaba de la ciudad y, afectado por el dolor, vagaba por los bosques. Allí, como de paso, mataba al padre jesuíta, e inquieto por su amada, retornaba a la ciudad; en esta escena aparecía ante el público con el cabello revuelto, vestido con una larga blusa, sujeta a la cintura por una cuerda, y teniendo un cuchillo de cocina en la mano. Sorprendía a su amada en brazos de un amigo traidor y les daba muerte a ambos. Lo llevaban a la cárcel; pero por el camino, después de declamar un monólogo, se fugaba y arrojábase al río, adonde lo seguía inmediatamente su madre, enterada, aunque demasiado tarde, de su error.

En resumen, un *dramón* muy del gusto de las compañías de provincias: mucha sangre, largos monólogos, con profusión de maldiciones, y nombres extranjeros.

Conforme la obra avanzaba, crecía en mí una sensación de pesadez y opresión; sentía conmiseración y vergüenza por aquellos actores. Miré a mis vecinos de localidad y todos tenían las caras dolorosamente arrugadas.

El actor gritaba, hacía muecas, golpeábase el pecho, y yo lamentaba que él mismo no se diese cuenta de lo desagradable que era aquello y de cuánta pena daba verlo. Sentía una ganas terribles de gritar:

—Pero hombre, ¿por qué escogió usted una profesión tan ingrata y difícil? Si no tiene disposición para nada, ¿por qué no se dedica a picar piedra para las carreteras? Es una ocupación honrada, más fácil y provechosa que esa absurda farsa con la que sólo inspira una compasión dolorosa.

El actor que encarnaba al noble descen-

diente era de lo más notable; a juzgar por la voz, ya tenía cierta edad. De seguro que alguna vez había visto de pasada a un buen actor y grabara en su memoria los gestos y ademanes artísticos, exagerándolos hasta el colmo. En los momentos intensamente trágicos no caminaba como caminan todas las personas, aunque estén dominadas por un gran dolor, sino que, cuando no se tiraba al suelo, doblaba la cabeza sobre el pecho e inclinábase hacia adelante, como una estatua que está a punto de caer; la caída parecía inminente, pero, de pronto, sus pies daban dos rápidos pasos hacia adelante, echaba hacia atrás la cabeza, giraba los ojos y extendía en el aire las manos, que hasta entonces había mantenido con los dedos crispados. Y al mismo tiempo ¡cuánto celo ponía en su papel! No llevaba peluca, y puedo asegurarlo, yo mismo vi cómo efectivamente se arrancaba el pelo. Cuando se golpeaba con los puños el pecho, los golpes resonaban en todo el teatro y el entusiasmo de la entrada general y del paraíso era indescriptible.

Cuando terminó el primer acto salí a la puerta a tomar el fresco y fumar un cigarrillo. Alferoff acudió radiante de alegría y haciendo sonar su sable:

—He estado y vi —me gritó ya desde lejos—. Una es monísima.

—Pero ¿a quién viste?

—A las actrices; tres son muy feas, y una, preciosa.

—Y qué, ¿hablaste con ellas?

—No; hasta ahora sólo las vi por la rendija de la puerta; el presentarse solo es muy molesto. Voy a decirle al capitán que me presente; él es hombre que no se apura por nada. Allí está fumando; ven, vamos a hablarle.

Este capitán, último representante de los famosos y ya casi extinguidos capitanes de guerrilleros voluntarios del tiempo de las guerras contra Napoleón, era un venerable y terrible ejemplo de anacronismo en aquella época de mi juventud. Capaz de beber grandes cantidades de toda clase de vinos y licores, poseía una voz que tenía fama en toda la división de caballería; trataba despóticamente a los hombres y con una cortesía caballeresca a las mujeres. Nos acercamos a él.

—Querido capitán —dijo Alferoff hablándole con zalamería y a la vez con sonrisa de azorado—, quisiera conocer a las actrices. ¿Es posible?

El capitán le miró frunciendo el ceño:

—¿Y yo qué tengo que ver con eso?

—El presentarme solo es un poco violento para mí...; no puedo encontrar un motivo que no sea forzado.

—¿No puedes? Y tu nariz, ¿te la sabes ya limpiar solo? —dijo el capitán con su potente voz de bajo profundo—. Ve directamente al escenario y preséntate así: "Soy Alferoff, subteniente, pero en realidad todavía no dejé los pañales y la faja". ¡Qué tonto eres Alferuschka! ¡Qué joven y qué tonto! ¡Vamos!

Alferoff marchó satisfecho tras el capitán, y yo volví a ocupar mi sitio en la asfixiante sala.

Gerschko ejecutó otra vez *Mainfis* y el telón levantóse lento y torpemente. En el fondo de la escena los actores se movían, y cerca de la batería estaba sentada, de frente al público, una mujer; ésta, durante el primer acto, no había salido a escena, porque sino yo lo hubiese notado en seguida. Al principio no me di cuenta de por qué llamaba tanto mi atención; después su rostro me pareció tan conocido, que esperaba impacientemente oír su voz:

"¿Cuándo empezará a hablar? —pensaba para mis adentros—. En cuanto hable sabré quién es."

Y cuando empezó a hablar la reconocí en seguida. Era Lidochka.

¡Cuánto había cambiado en aquellos tres años! No era sólo que hubiese envejecido y adelgazado, era aún bastante joven y bonita para cautivar a personas como el alegre subteniente; pero su rostro, sus cansados gestos, su nerviosa y fatigada voz dejaban adivinar su largo y oculto sufrimiento, que ni aun se disimulaba por la afectación del escenario.

Cuando dejé a Lidochka era una muchacha graciosa y traviesa, casi una niña, y ahora, con asombro y profunda pena, veía en ella una mujer hastiada de la vida. Aquella expresión dolorosa no era producida seguramente por el trabajo artístico, sino por la vida licenciosa de entre bastidores. A mi memoria vino el recuerdo del *debut* teatral de Lidochka; ahora en ella ni siquiera quedaba rastro de su primitiva, ingenua y encantadora sencillez. Presentábase en escena con gran desenvoltura, yo diría que hasta con excesiva desenvoltura, y cuando sonreía mostraba los dientes exageradamente, lo mismo que hacían todas, hasta la última actriz. También reía con la misma risa falsa y convulsiva y, como ellas, en los momentos trágicos retorcíase las manos volviendo los codos hacia adelante. Miré el programa y vi que el pseudónimo teatral de Lidochka era Verina.

Cuando terminó el tercer acto vi a Alferoff que venía apresuradamente hacia mí, pisando a los espectadores de mi fila de butacas y arrastrando el sable por encima de sus rodillas.

—Vamos al escenario; allí te están esperando todos nuestros compañeros. ¿Viste a Verina? ¡Corazoncito mío! Me prometieron presentarme a ella ahora mismo. Le regalaré un ramo de flores, ¿no te parece?

Fuimos por un pasillo estrecho, dando la vuelta alrededor del teatro, subiendo y bajando muchas escaleras, en la más absoluta obscuridad. Alferoff, ya conocedor del camino, me servía de guía, llevándome de la mano.

Penetramos en un local grande y húmedo, que tenía el piso de tierra y una angosta escalera que llevaba directamente al escenario. Dos rincones, separados del resto de la sala por tabiques de tablas que impedían las miradas indiscretas, servían de cuartos de vestir a las actrices y a los actores.

Al principio me fué difícil ver algo a través de la nube de humo producido por el tabaco y dos quinqués humeantes, de luz incierta. La sala estaba llena de gente; además del capitán, Alferoff y yo, hallábase allí el médico oficial del distrito, gran charlatán, obsceno y cínico. Sobre la mesa, colocada en medio de la habitación, se veía, en desorden, latas de sardinas, queso, manzanas, vino tinto, aguardiente y dulces.

Notábase en seguida que aquella gente no se conocía todavía lo suficiente y aun no estaba bastante borracha para sentirse a su gusto. Por eso, cuando Alferoff y yo entramos aparentaron una alegría ruidosa, riendo con exageración.

Alferoff, antes que nada, me condujo hacia las tres actrices que, como por instinto, habíanse sentado juntas y apretadas en un estrecho sofá de junco. La primera de ellas, ya vieja y de expresión cómica y bondadosa, me agradó mucho. Alferoff me dijo que era la señora Venelskaia, y ella misma, estrechándome fuertemente la mano, añadió sonriendo:

—La vieja cómica.

La otra presentóse ella misma, pronunciando su nombre con tono desenvuelto y vocalizando claramente: Andreieva Dolskaia. La mirada atrevida de sus grandes ojos grises, el pelo negro y rizado y la boca, de pronunciados labios, hablaban elocuentemente de sus groseros instintos. La tercera era una rubia marchita, nerviosa y enfermiza, con estrabismo, pero bastante agraciada su mano delgada y larga estaba fría como la nieve.

Los actores caracterizábanse por sus sucios trajes y una completa ausencia de ropa interior. El primer galán joven, que era el más descarado y cínico de toda la compañía, tenía bastantes pretensiones de elegancia. Llamábase Yugin. Debía de sufrir una exasperación crónica de amor propio, porque su cara ni por un momento perdía el gesto de estar dispuesto a ofenderse.

—¿Es usted, acaso, pariente del célebre Yugin? —le pregunté con intención de decirle algo agradable.

Adoptó inmediatamente la actitud de ofendido, metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón, echando atrás la cabeza y adelantando el pie derecho.

—¿Me quiere usted explicar por qué es célebre? ¿Es porque está en el teatro Imperial? Pues sepa usted que allí es donde suele encontrar acomodo la gente que no posee talento.

—Pero perdóneme. ¿Por qué juzga usted de modo tan radical? —le pregunté empleando el tono más suave posible—. Allí gozan de facilidades para poder dedicarse al estudio del arte con toda tranquilidad; por lo menos eso me parece a mí.

No había terminado aún de hablar cuando Yugin comenzó a reír con una risa amarga.

—¿Le parece a usted así? —exclamó con aire entre irónico y ofendido—. ¡Y así les parecerá a todos los que nada tienen que ver con el teatro y, sin embargo, se permiten opinar! Dice usted *estudiar*, y yo le diría que lo que está matando al arte puro es el estudio. ¿Cómo podría yo hacer vibrar los nervios de los espectadores si cada gesto y cada postura estuviesen estudiados con antelación? Hoy día, ser célebre es poseer una técnica sin que el actor ponga ni una pizca de sentimiento ni emoción.

—¿Pero cómo es posible que sin estudiar...?

—Muy sencillo —me interrumpió—. Yo, por ejemplo, jamás tomo parte en los ensayos ni estudio mi papel. ¿Y por qué? Porque soy un artista nato y represento la obra según la voy sintiendo en mí mismo. Pero, claro, ¿acaso este público entiende algo de arte? ¡Oh, cuando yo trabajaba con Coselsky, Ivanov y Atorjok! Ellos me apreciaban, y el público sabía comprenderme; puedo estar orgulloso de ello.

—¿Qué está usted hablando de Coselsky? —interrumpió una voz femenina, que vino a mezclarse en la conversación—. Su Coselsky hace ya mucho tiempo que decayó en tal forma que pasó a ser un actor de última fila. En cambio, cuando trabajaba yo con Novicov...; ¡ése sí que es un verdadero artista!

—¡Su Novicov es un perfecto polichinela —disparó groseramente el galán joven, palideciendo y perdiendo su aplomo artificial— y además usted nunca trabajó con él!

—Usted es un embustero —repuso la voz femenina—. En Karkov le llenaron el escenario de manzanas podridas, y aun se atreve a decir que lo acogieron con entusiasmo.

El empresario, un hombre gordo, pacífico y astuto, logró, con gran trabajo, calmar a los dos artistas.

—¡Arseni Petrovich! ¡María Yakovlevna! —clamaba, lanzándose ya sobre el galán joven ya sobre la actriz, mientras ambos se miraban con caras enfurecidas, como dispuestos a pegarse—. ¡Por Dios, por Dios les ruego! Nos va a pasar otra vez como en Ariagsk; al final, la policía hará bajar el telón.

—Oiga, señor, no tengo el honor de conocer su nombre —dijo dirigiéndose a mí y asiéndome por una manga—. ¡Hábleles! Quizá pueda influir algo, y el caso es que no son malos; pero el galán joven tiene algo aquí dentro... —y golpeábase el pecho con el puño—. ¡Artista al fin! Es un hombre inteligentísimo, que cursó casi todo el bachillerato. Usted mismo acaba de oír el dominio con que se refería a cuestiones de arte...

Este simpático y bonachón empresario se pasó toda la tarde yendo de uno a otro para suplicarnos que no les diéramos más de beber a los actores. Estaba sumamente inquieto por el actor trágico que desempeñaba el papel del noble descendiente.

—Anchavsky, querido amigo —rogaba el empresario—, usted me va a matar. La vez pasada, en *El rey Lear*, hubo que sacarlo de la escena agarrándolo por los pies. ¿Para qué necesita usted emborracharse? Si no fuese por el maldito aguardiente, usted sería el orgullo del teatro ruso.

El trágico, un viejo de ojos llorones, estaba sentado delante de un espejo pintándose la cara con un lápiz pardo, al mismo tiempo que con sus dientes triscaba un pepino.

—No temas, Iván Ivanovich —dijo tranquilizando al empresario—. Anchavsky no te hará traición, porque conoce su medida. Pero nosotros los trágicos sin el aguardiente no podríamos vivir. ¡Son emociones demasiado fuertes!

En aquel momento lo llamaron a escena, y con pasos inseguros ascendió por la escalera. A su encuentro bajaba Lidochka, llevando en una mano una bolsa pendiente de un largo cordón y recogiéndose la falda con la otra.

* * *

No puedo describir lo que pasó en su cara al verme: un esfuerzo para recordar, una gran perplejidad, luego una alegría súbitamente encendida y apagada con la misma rapidez, alarma y, finalmente, un gesto firme de dureza. Yo corrí hacia ella.

—¡Lidia Mijailovna! —exclamé agitado y buscando con mis ojos su mirada—. ¡Lidia Mijailovna, en qué extrañas circunstancias nos volvemos a encontrar!

Lidochka frunció con hostilidad sus imperiosas cejas, y repuso:

—Sí; me parece que nos conocemos un poco; pero en nuestro encuentro no veo nada extraño.

Y volviéndome la espalda fué hacia el sofá en que estaban las demás actrices.

En aquel tiempo yo tenía muy poca experiencia de la vida y me sentí profundamente mortificado, sobre todo porque la escena había tenido lugar ante varios espectadores, en los que percibí una risa contenida.

"¿Por qué me habrá contestado tan secamente? —pensaba yo, al mismo tiempo que, en mi turbación, no sabía dónde colocarme—. No creo haber expresado más que una gran alegría por verla."

Entretanto, Alferoff, haciendo sonar sus espuelas, hacía rato que estaba al lado de Lidochka diciendo tonterías:

—Aquel gran placer que todos los espectadores experimentaron al ver que pudo incorporar...

Al llegar aquí enredóse y confundió de tal modo, que de repente cortó su discurso pidiendo estrepitosamente champaña.

Saltaron los tapones; todas las sillas se acercaron a la mesa, y la habitación se pobló de un confuso ruido de voces masculinas y femeninas. El médico comenzó a prodigar obscenidades a derecha e izquierda; el capitán, con sus carcajadas estrepitosas, hacía temblar los tabiques de tablas; Alferoff, entusiasmado, agitábase estúpidamente. Pronto las caras de las mujeres se colorearon, encendieron cigarrillos y adoptaron posturas demasiado atrevidas.

Todos hablaban a la vez y nadie escuchaba; sólo Lidochka permanecía seria y callada. Yo trataba, inútilmente, de encontrar su mirada —¡quería decirle tantas cosas!—; ésta se deslizaba sobre mí como si yo fuese un objeto inanimado. A las amabilidades de Alferoff no juzgaba necesario responder.

Cuanta más bulla hacían *Los talentos artísticos y sus admiradores* más se inquietaba el empresario.

—¡Señores, menos ruido! Les suplico, señores, que no hablen tan alto. Están en el último acto, ¡el momento cumbre de la obra...! Por Dios, señores; van a hacer fracasar todo el efecto. Hasta en la sala se les oye.

De improviso llegó hasta nosotros una estrepitosa explosión de aplausos y carcajadas. Todos se miraron asombrados, y por sus gritos comprendí lo que había sucedido: Anchavsky, aunque, según él, conocía su medida, al llegar el momento trágico no pudo levantarse de la silla a pesar de los desesperados esfuerzos de los dos carceleros que le acompañaban en la escena.

Cuando apareció en lo alto de la escalera que conducía a los camerinos, el empresario lanzóse sobre él rebentando de rabia, llenándolo de injurias y reproches.

—¡Miserable! ¡Borracho! ¿Le parece bien lo que hace conmigo? —vociferaba amenazándole con los puños—. Usted se hubiera muerto de hambre sin mí; yo lo saqué de la miseria y usted... se porta conmigo como un canalla. ¡Borracho!...

—Amigo mío —le interrumpió Anchavsky—, estoy desfallecido bajo el dulce peso de las coronas de laurel. ¡Déjame!

Miró a su derredor y cayó sin fuerzas en una silla que había a mi lado, y de repente, ocultando el rostro entre las manos, rompió a llorar desconsoladamente.

—Nadie me comprende —oí que decía entre sollozos—, nadie me comprende.

—...y nadie tiene piedad de mí —oí que exclamaba una voz desde el lado opuesto de la mesa—. ¿Sabe usted por qué está tan atormentado? —me preguntó la actriz del pelo negro, mujer envidiosa e intratable—. Porque la semana pasada su esposa se escapó con otro.

—¡Su esposa! ¿Es posible? —pregunté con interés.

—Sí, su mujer. Su mujer del teatro.

—¿Cómo *del teatro?*

—¡Oh qué raro es usted! Vean, amigos, qué señor tan ingenuo tienen aquí —dijo con grandes aspavientos y dirigiéndose a todos— que no sabe lo que es la mujer del teatro.

Algunos volviéronse hacia mí y yo me turbé intensamente.

—¿Le extraña a usted eso? —me dijo con palabra altiva el primer galán (me parece que hasta me llamó *joven*) —. Nosotros somos artistas libres, no empleados de la iglesia eclesiástica; por eso no tenemos necesidad de ocultar nuestras relaciones con la mujer y prescindimos de las conveniencias sociales; nosotros amamos cuando y cuanto queremos. Con la expresión *mujer del teatro* quiere decirse la mujer a la cual, además de ciertos lazos fisiológicos, nos unen intereses artísticos.

En este tono siguió hablando sin que yo le escuchase, porque me inquietaba lo que, a pesar del ruido y las carcajadas de los demás, estaba sucediendo al otro lado de la mesa entre Lidochka y Alferoff. Por sus cejas fruncidas y sus labios apretados por la ira comprendí que ella estaba molesta. Alferoff, ya completamente borracho, balanceábase con aire imbécil, tratando con esfuerzo de levantar sus párpados, que se cerraban abrumados. Hasta mí llegó la excitada, pero aun contenida voz de Lidochka, que le decía:

—Usted no tiene derecho a insultarme. Nunca me vi obligada a oír palabras tan asquerosas y groseras. ¿Es posible que no haya comprendido aún que no quiero hablar con usted.

Alferoff se inclinó y repuso:

—Es lo mismo; nadie nos oye. De todo corazón y desinteresadamente le ofrezco el cuarto, los caballos..., todo, ¿comprende usted? No pido nada. No, no, ¡por Dios!, nada; si acaso, más adelante, como premio a mi buena conducta; pero ahora no, no...; *l'apetit vient en mangeant*.

—Y tú, ¿por qué estás escuchándonos? —me preguntó, con sonrisa de borracho, al notar mi mirada.

Entonces Lidochka también me miró y sus ojos brillaron de indignación.

—Dígame, por favor —expresó alzando la voz con intención de que la oyeran todos—, ¿trata usted así a todas las mujeres desconocidas o sólo lo hace con las que no tienen a su lado un hombre que las defienda?

Alferoff quedóse estupefacto. De todas partes se oyeron preguntas: "¿Qué pasa?" "¿De qué se trata?" "¿A quién han ofendido?"

—¡Qué delicadita! —exclamó la actriz de pelo negro, sentada al otro lado de la mesa—. ¡Como si tuviese algo que perder la nena!

Lidochka la miró con ojos como chispas. Sus mejillas palidecieron de repente y en seguida ardieron con un color vivo y a manchas.

—Yo, señora Dolskaia, no perderé nada —le lanzó en plena cara—. Solamente empeoraría la escandalosa reputación de que gozan ya las compañías ambulantes. Este señor tiene tal opinión formada de las actrices, que desde la primera palabra me propuso que sea su querida. ¿Quiere usted más? ¿No le basta esta ofensa?

De repente todos se alborotaron de un modo increíble. Las actrices pusiéronse a gritar todas a la vez y los actores se insultaban mutuamente, recordándose algunas ofensas pasadas y acusándose unos a otros de ser ladrones e ineptos para la escena.

El médico del distrito inclinóse sobre la mesa, y poniendo las manos a modo de bocina gritaba con voz aguda:

—¡Duro! ¡Muérdele!

Anchavsky, que se había dormido en su silla, se incorporó, y con paso vacilante dirigióse hacia Lidochka, situada en medio de un grupo de vociferantes actores.

—¡Hija mía! —le gritó abriendo sus brazos—. ¡Divina Ofelia! ¡Apoya tu cabeza martirizada sobre mi pecho y lloremos juntos!

Pero Lidochka estaba a punto de desvanecerse. Acudí a ella, empujé al trágico y la tomé de la mano; me siguió maquinalmente, temblando de emoción. Alguien, servicialmente, le echó sobre los hombros el abrigo y el chal y ambos salimos a la calle.

No sé si llegarían a sus oídos; pero de nuestra espalda partió un torrente de insultos.

—¡Como si no supiéramos todos lo desvergonzada que es Verina! —chillaba, más que nadie, Dolskaia—. Finge ser una inocente perseguida; ¡como si no estuviésemos enterados de que en Tiflis tuvo un chico!

V

La calle iba cubriéndose de copos de nieve, que caían silenciosamente, semejantes, en la obscuridad de la noche, a estrellitas blancas. Los pies pisaban la nieve recién caída como si fuese una aterciopelada alfombra.

—¿Por qué no habla usted nada? —exclamó, irritada, Lidochka cuando nos alejamos un centenar de pasos del teatro.

—¿De qué podría hablar? —dije encogiéndome de hombros.

Ella rióse nerviosamente.

—Yo esperaba que al ver el escándalo de esta tarde, usted hubiese estallado de indignación. ¡Me ha saludado tan compasivamente! "¡En qué extrañas circunstancias nos volvemos a ver!" Comprendí muy bien su exclamación, aunque quizá se le haya escapado involuntariamente.

"Con ella —continuó—, usted quería decirme: Antes eras un mujer de mi clase, a la que debía tratar con todo el respeto que las relaciones sociales imponen. Ahora te encuentras convertida en una cómica; por mi posición y dinero tienes obligación de divertirme durante dos horas. ¡No vayas a figurarte que nos volvemos a encontrar como iguales!"

Comprendí al instante que Lidochka buscaba un pretexto para desahogar la indignación que hervía en su pecho, y permanecí callado. Pero ella irritóse aún más y prosiguió:

—Usted se presentó entre bastidores diciendo: "Estas actrices deben de ser interesantes; de costumbres libres, conversaciones alegres y amores baratos; será curioso verlas de cerca." Después de todo, por el motivo que le impulsaba, era desde luego bastante menos grosero que aquel bestia de subteniente que se presentó como un... Usted vino a vernos como a una gentuza extraña, rara, y sobre todo, inferior; pero sepa que esa gentuza es más buena y más pura que todos ustedes, planchados y lamidos por fuera, pero llenos de vicios asquerosos por dentro. Usted ha podido observar que damos grandes escándalos, bebemos aguardiente, peleamos y recibimos regalos humillantes; pero en cambio no ha visto cómo toda la compañía de actores ambulantes y hambrientos empeña hasta sus últimos trapos viejos para ayudar al compañero enfermo; cómo los empresarios astutos nos engañan igual que a niños o corderitos. No puede figurarse cómo nos hace sufrir la desdeñosa y perversa curiosidad de ustedes. ¡Oh, cómo los odio a todos, protectores del arte, mecenas de camerinos! ¡Es cien veces mejor ahogarse en nuestro pantano que recibir sus favores viles y humillantes! ¡Adiós! Ya estoy en mi puerta. Le doy las gracias por su amabilidad, aunque yo sola lo mismo hubiese podido encontrar el camino.

Abrió la puerta y siguió adelante sin volver la cabeza.

—¡Lidia Mijailovna! —exclamé tendiéndole los brazos—, ¿es posible que nos despidamos así? Acuérdese de que nunca fuimos enemigos.

Ella se detuvo.

—¿Qué más podemos decirnos? ¿Acaso usted tiene algo de común con una cómica vagabunda? Pero, de todos modos, si desea formarse una idea más acabada de cómo vivimos. ¿Por qué no pasa? No tema, que yo no tengo *marido del teatro*.

Sus palabras seguían siendo mortificantes, pero el tono de su voz era más suave; se conocía que le había pasado el punzante deseo de insultar y, por otra parte, mi silencio terminó de desarmarla por completo.

Entré en su casa. Lidochka ocupaba una sola pieza ¡y qué pieza! Unas ventanas pequeñísimas, un techo abohardillado, con las vigas descubiertas y las paredes de un blanco azulado por la humedad. Su mobiliario componíase de una cama de hierro, una mesa con un espejo adornado con un paño bordado, dos sillas viejas y una lámpara sucia y sin pantalla. Lidochka encendió esta última y dejóse caer casi desvanecida en una silla, abandonó las manos sobre las rodillas y sus tristes y cansados ojos se fijaron con fuerza en la luz. Aquí, más aun que en el teatro, me extrañó la expresión de sufrimiento que trasuntaba su rostro. Obedeciendo a un impulso involuntario de compasión, me acerqué a ella, así una de sus manos, pálidas y finas, y la besé. De repente, no sé si por mi caricia o porque no pudo dominar más tiempo la tensión de sus nervios, Lidochka apretó convulsamente su rostro contra mi pecho, me abrazó con fuerza y rompió a llorar con grandes sollozos, que hacían temblar su cuerpo.

Siempre sucede lo mismo; se oculta en el alma un dolor durante muchos años, y cuando estalla y sale al exterior es imposible contener las lágrimas de desahogo.

Lidochka, con llanto de histérica y besándome las manos, me refirió la triste historia de su vida.

Después de nuestra entrevista con el profesor Slavinsky en Moscú, volvió tranquilamente a su casa. Es posible que su pasión por el teatro se hubiese desvanecido sin más consecuencias, pero el encuentro de una antigua amiga de colegio, actriz de provincias, reavivó la llama. Sabe Dios cuál fué el motivo que impulsó a esta actriz a declararse satisfecha de su vida: torpeza natural, insensibilidad y poco discernimiento, vanagloria femenina o el instinto vengativo de actriz fracasada; pero el caso fué que esta entrevista decidió para siempre el porvenir de Lidochka.

Se hizo actriz. Al comienzo todo le parecía color de rosa; pobreza, hambre, deudas, el miserable ambiente del teatro, no contaban para ella. Pero pronto se mezcló con el arte el amor; la desgracia le hizo tropezar con un actor, cuyo nombre no digo porque todavía es bastante conocido: buen mozo, embustero, de ardiente palabra y corazón frío, presumía de ser el Quin ruso, tenía excentricidades y caprichos de artista, y Lidochka veíase obligada a admirarlo y a tomar las manifestaciones de su brutal carácter como si fuesen rasgos de genio.

Cuando le dijo que antes de tres meses sería madre, él, furtivamente, como un verdadero ladrón, la dejó abandonada a su destino.

El niño se murió. Luego siguió una sucesión de días tristes, de míseros aplausos y de orgías nocturnas. Se acostumbró a beber; así al menos evitaba que la angustia le royese día a día el corazón. Al principio, sus padres la perseguían con cartas, y ella estaba casi dispuesta a volver a su casa; pero después que el niño hubo nacido, despertóse el orgullo innato en su alma: si no había vuelto antes, cuando aun era tiempo, ¿cómo podría volver ahora que la necesidad la obligaba? En este orgullo singular reconocí a la Lidochka de antes.

—Perdóneme por lo que le dije durante el camino —me expresó mirándome con sus hermosos ojos suplicantes—. ¡He sufrido tanto! Apenas le vi acudió a mi memoria todo el pasado sin mancha. No haga caso de lo que le conté de los artistas, ¿Se acuerda usted de cuando estuvimos en casa de Slavinsky? Tenía razón de sobra, aunque de él también habría mucho que hablar; es poco decir que el arte teatral es un camino de espinas: es una continua inmundicia. Créame; no pasa día sin que alguien se crea con derecho a insultarme. Yo dejaría esta maldita vida; pero ¿cómo? Puse al corriente a mis padres de todo lo sucedido ¿comprende usted? *De todo;* con esto destruí todos los caminos y ahora me es imposible retroceder. ¿Cómo podría levantar la vista ante ellos? ¿Cree que pudo pensar en volver? ¿Es posible? Dígame por amor de Dios, ¿es posible eso?

Era tanta la insistencia en estas preguntas, y con tal ansiedad esperaba mi respuesta, que comprendí con qué frecuencia debía atormentarla la idea de regresar a su casa. Hice lo posible para tranquilizarla hablándole con sinceras y sencillas palabras; le dije que no sólo era posible, sino que su deber era regresar a casa de sus viejos padres; que ahora, enferma y con el alma dolorida, sería doblemente amada por ellos —como lo es siempre el hijo enfermo— y que nunca es tarde para descansar física y moralmente.

Lidochka me escuchaba con suma atención, sin dejar mi mano y suspirando profundamente, como un niño después de un largo y sentido llanto. Sus ojos, húmedos todavía por las lágrimas, brillaban alegres por la esperanza. Pasamos a nuestros recuerdos, y durante largo rato estuvimos sentados, con las sillas muy juntas, sin acordarnos del incidente de la tarde y sin cansarnos de hacer mutuas preguntas y contestarnos como dos hermanos que después de una larga separación se encuentran. Lidochka unas veces se reía con risa avergonzada, otras suspiraba como no dando crédito a lo que pasaba en su alma.

Cuando la lámpara comenzó a extinguirse, yo, disculpándome, me levanté para despedirme.

—Lo espero mañana —dijo Lidochka estrechándome fuertemente la mano—. No olvide que haré cuanto me diga; tengo tanta fe en usted, que con su auxilio nada me será difícil.

* * *

Otra vez aquella noche, lo mismo que me pasara algunos años antes, después de haberme despedido de Lidochka, tardé mucho tiempo en dormirme y también de nuevo tuve la idea de declararle mi amor. El relato de su vida nómada me había conmovido y deseaba con todas mis fuerzas hacerla descansar, acariciarla y consolarla de su dolor.

"La mujer que ha sufrido tanto debe de saber amar mucho —pensaba dando vueltas en mi lecho—, y ha de ser la más dulce esposa y madre. Claro está que una vez que sea mi esposa nadie se atreverá a reprocharle su vida pasada."

Así pensaba yo, porque hasta entonces no había tropezado en mi vida con ninguna persona del carácter de Lidochka; pero al día siguiente ocurrió algo inesperado, extraño y, según mi manera de pensar de entonces, hasta absurdo.

Alguno de los lectores, con seguridad habrá oído en la iglesia la siguiente impetración: *Por las almas cristianas afligidas y atormentadas que esperan el consuelo de Nuestro Señor.*

Lidochka era justamente una de aquellas almas.

Estas personas suelen ser de las más desequilibradas. El Destino las castiga tan sin cesar que su alma se deforma y exas-

pera de tal modo que es difícil reconocerlas. Son delicadas, sencillas, compasivas, de corazón bondadoso y siempre dispuestas al sacrificio; pero al mismo tiempo están poseídas de un orgullo diabólico, un orgullo absurdo y excesivamente susceptible; dudan de sí y de los demás, se martirizan escarbando y ahondando en todas sus sensaciones y tienen un enorme y necio amor propio.

Llega un momento en que le abren el corazón a uno y le descubren lo más sagrado e inviolable de su alma; pero pasado aquel minuto lo aborrecen, precisamente por su confianza anterior, y se apresuran a desahogar su odio con el insulto. Más tarde comprendí que Lidochka era uno de estos seres desgraciados perseguidos por el Destino.

Por la mañana, el asistente de Alferoff me despertó. (El subteniente había pasado la noche fuera de casa.) Cuando Cirilo me entregó una carta, el corazón me dió un vuelco.

—¿De parte de quién? —le pregunté.

—No lo sé, señor. La trajo un judío —dijo—. Como no tenía que esperar contestación, se fué.

La carta era de Lidochka y decía lo siguiente:

A Nicolás Arkadievich:

Muy señor mío: Creo que usted estará tan avergonzado como yo de lo sucedido ayer. Todo lo que le dije no fué más que la consecuencia de una momentánea debilidad nerviosa. Aunque usted es rico en prudentes consejos y los prodiga con esplendidez, yo prefiero mi querida libertad y mi arte, al cual seguiré dedicándome con toda mi alma, dejando a un lado inútiles prejuicios e importándome poco las reprobaciones ajenas.

Escribo con mucha prisa porque el coche de Alferoff me está esperando.

Le repito otra vez que entre nosotros no puede haber más que el recuerdo de una mutua vergüenza.

VI

Miré mi reloj: ya era mucho más de las doce. Me vestí apresuradamente y salí a la calle en busca de Lidochka. En su casa, una hebrea sucia y vieja me expresó que "la señorita acababa de salir en un coche tirado por dos caballos tan buenos como pudiera tenerlos el gobernador".

Hubiera estado mucho tiempo indeciso, sin saber a dónde dirigirme, pero de repente tuve la idea de ir a buscarla al teatro. Aun no había llegado a los *camerinos* cuando ya oí el ruido producido por numerosas personas. Abrí la puerta y ante mis ojos se presentó un espectáculo que me llenó de angustia.

En el centro de la habitación, sobre la mesa cubierta de botellas de champaña llenas y vacías, estaba en pie Lidochka, despeinada, sofocada y levantando con su mano un cubilete en el aire, como una perfecta bacante. A su alrededor, sentados unos y de pie otros, estaban Alferoff, el médico, el capitán y cinco o seis de los más distinguidos haraganes de la ciudad. En el fondo, mirando con perplejidad y cierta alarma lo que ocurría, había un grupo de artistas. Nadie notó mi presencia, pues la atención de todos estaba fija en lo que Lidochka, con música expresiva, cantaba desde su pedestal:

¡Oh qué bien hemos comido!
¡Con buen vino nos convidaron!
¡He bebido! ¡He bebido!
A tal extremo he llegado,
que estoy dispuesta, os aseguro...
¡Ja, ja, ja, ja, ja!...
¡Callad, esto no se puede decir!

De pronto nuestras miradas se cruzaron; ella vaciló y el cubilete cayó de su mano, tintineando, al suelo. Todos se volvieron hacia mí.

—¡Señores! —exclamó Lidochka, y sus ojos brillaron con malicia—. ¿Quién de ustedes quiere beber en mi zapato?

—¡Yo¡ !Yo! ¡Yo! —gritaron a coro muchas voces.

—¡No pueden ser todos a la vez! ¡Alferoff, quitámelo!

Tendió a Alferoff su pequeño pie y él le sacó el zapato y dentro de éste metió un cubilete.

—Van a beber a la salud de Nicolás Arkadievich —siguió diciendo con excitación Lidochka—. Anoche trató de hacerme volver al camino de la virtud. ¡Vivan los jóvenes virtuosos!

—¡Hurra! ¡Hurra! —vociferaron ruidosamente los borrachos.

—¡Pues no tiene mal gusto! —gritó el médico, dominando con su voz las de los demás—. ¡Bien merece por eso un vaso de vino!

Yo me enfurecí.

—Lidia Mijailovna, la felicito —dije haciendo una profunda y burlona reverencia—, realmente es usted una excelsa artista; pero hasta ahora, yo no había comprendido bien los motivos que la impulsaban a dedicarse al teatro.

Salí de allí seguido por una carcajada general. Pero ¿qué me importaba? Sólo yo sabía cuál era el verdadero motivo de aquella escena, en la que me tocó hacer el papel más ridículo. Y hay que convenir que era un mal papel, que la venganza y la injusticia me asignaban.

Fin de "LA CAIDA DE LIDOCHKA"

EL BUDA VERDE

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 95)

un consuelo a la pena de no poder verlo ya...

—¿Cuál es? —preguntó el sargento.

—Ésta —repuso el profesor tomando de la mesa su Buda verde, de piedra esculpida—. Es una copia exacta de aquel gran Buda.

El sargento Toyura se inclinó para examinarlo, y el doctor Sze le aplicó un fuerte golpe en la sien, con la imagen.

Tomando la imagen con las dos manos, el doctor Sze la levantó muy alto y la dejó caer sobre el cráneo del sargento. Repitió varias veces la operación hasta que, sin aliento, puso de nuevo el Buda sobre la mesa.

—¡Le pegó catorce veces! —cuchicheó el menor.

—¡Quince! —corrigió el mayor.

Al recobrar su respiración normal, el profesor les dijo:

—Vengan conmigo.

Los niños lo siguieron. El anciano tomó al sargento por la cabeza, y ellos por los pies. Así arrastraron el cuerpo hasta la habitación contigua. Con ayuda de la bayoneta, el doctor Sze levantó unas cuantas baldosas del piso, teniendo mucho cuidado de no romperlas.

—¿Vamos a enterrarlo? —preguntó el mayor, muy excitado.

—No habría tiempo.

Los tres trabajaron juntos, empujando el cadáver dentro del agujero. Entre el piso y la tierra de abajo apenas había bastante espacio para acomodar al sargento Toyura. Tuvieron que empujarlo repetidas veces, y pusieron la bayoneta al lado del soldado.

Colocaron otra vez las baldosas, y el doctor Sze se arrodilló, buscando una posible señal de la operación. Después se levantó con aire satisfecho.

—¿Quieren trabajar en la fábrica? —preguntó el doctor Sze.

—No —respondieron los niños al unísono.

—Entonces, acompáñenme.

Fueron a la pieza de estudios, y sin otra ayuda que sus dedos, el doctor Sze comenzó a levantar una baldosa del piso. Los chicos lo ayudaron y al fin pudieron hacer un gran agujero.

—¡Un momento! —dijo el profesor.

Salió apresuradamente, regresando con dos albóndigas de arroz.

—Coman en silencio, como se les ha enseñado. No hablen ni hagan ningún ruido. Quédense tranquilo hasta que yo venga a buscarlos. ¿Han comprendido?

—Sí.

—Entonces, métanse debajo del piso.

—¡Ni una palabra ni ningún ruido hasta que venga a buscarlos! —repitió el profesor.

El doctor Sze colocó otra vez las baldosas, y los discípulos quedaron en la oscuridad. El suelo era negro y frío. Al principio, el miedo les impidió comer, pero más tarde comenzaron a mascar silenciosamente, como les ordenara, las albóndigas de arroz. Podían oír el ruido de su respiración, quo trataban de aminorar.

De pronto, escucharon fuertes golpes en la puerta del profesor, semejantes a los que diera el sargento Toyura. Oyeron las pisadas del doctor Sze, y el ruido de la puerta al abrirse. Después de eso hubo más pisadas, muy fuertes. Hablaban, pero las voces resonaban tanto que no podían entender las palabras.

El mayor sintió que el más pequeño temblaba de frío y de miedo. Apretó sus manos en las de él, y el otro dejó de temblar.

Arriba sonaban voces airadas, pero cada grito estaba seguido por la voz suave del doctor Sze. Las fuertes pisadas tenían lugar ahora encima de sus cabezas. El niño menor comenzó a respirar anhelante, luego en forma más ruidosa, y después casi como un gemido. Rápidamente, en la oscuridad, el mayor puso su mano sobre la boca del otro, que calló.

En la habitación seguían caminando. La puerta se abrió y cerró. Ahora reinaba una calma inmensa y con algo de eterna.

Al fin oyeron un ruido encima de ellos. Apareció la luz y el rostro del doctor Sze.

—¡Salgan! —les dijo el profesor.

Salieron, ayudando a su maestro a volver a poner las baldosas en su lugar, cepillaron sus ropas como él les ordenara, y lo vieron ir de un lado a otro de la casa, examinando cada rincón y poniéndolo todo en orden.

Por último, el doctor Sze se dirigió a la sala de estudios, sentándose en el piso y diciendo:

—Sigamos con nuestra lección.

Los discípulos sentáronse frente a él, con las piernas cruzadas. El doctor Sze tomó el Li Chi:

—Ahora aprenderemos cuál es la conducta correcta, empezando por las obligaciones de los hijos por la mañana. "Al primer canto del gallo, el hijo debe abandonar el sueño".

Hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Qué debe hacer el hijo al primer canto del gallo?

Esperó, sin recibir respuesta, y repitió:

—¿Qué debe hacer el hijo al primer canto del gallo?

Pero tampoco le contestaron. Levantó la vista. Los discípulos no lo escuchaban; estaban contemplando, fascinados, el gran Buda verde, de piedra esculpida. Sobre la cabeza de la imagen había una gran mancha roja, de sangre. Sin hacer caso de la lección, los niños la miraban con fijeza.

—¡Olvídense de su yo! —dijo el doctor Sze.

JOSE MATIAS

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 15)

hibido o el encanto más perfecto de un silencio compartido, amparado en la sombra propicia de la fronda.

Nunca, nunca, sus bocas se unieron en un beso. Deje ese gesto incrédulo. Nunca cambiaron un beso. Un furtivo y ansioso apretón de manos, bajo los árboles benévolos de doña Mafalda, fué el extremo límite, el exaltado tope que la voluntad de ambos fijó al mutuo deseo. Usted, naturalmente, dirá que no se explica cómo dos frágiles cuerpos pudieron mantenerse así durante diez años, en tan anormal y mórbido renunciamiento... Faltóles, seguramente, para arribar a la perdición, una puertecilla en el muro, una media hora propicia... Además, la bella Elisa moraba poco menos que un convento en el que rejas y cerrojos eran substituídos por los rígidos hábitos del triste y diabético Mattos Miranda. Mas en la pureza de aquel amor entraron también en gran parte distinción moral y nobleza de sentimiento.

Se sabe ya que el amor espiritualiza al hombre y materializa a la mujer. Para José Matías, que había venido al mundo desvariadamente espiritualista, aquella espiritualización fué cosa fácil y lógica, mas hasta la humana y sensual Elisa encontró exquisito placer espiritual en aquella ideal adoración del romántico enamorado, semejante a la del monje que no osa siquiera rozar con los dedos temblorosos y enrollados en el rosario la túnica de la Virgen ante la que se halla postrado.

José Matías disfrutó en aquel amor huérfano de materia un sobrehumano goce. A lo largo de una década, cual el Ruy Blas del padre Hugo, erró deslumbrado por el interior de su radiante sueño, sueño durante el cual moró realmente Elisa en lo hondo de su alma en una efusión tan completa que se tornó consubstancial con su ser. Usted podrá creerlo o no, pero lo cierto es que él dejó el cigarro y no fumaba ni aun cuando paseaba a caballo, completamente solo, por los alrededores de Lisboa, desde que una tarde, en la quinta de mi tía abuela, notó que el humo desagradaba a Elisa.

Modos nuevos, maneras extrañas, derivadas de la alucinación, creó en mi amigo Matías aquella presencia real de la bellísima criatura en su ser. Como su tío el general comía temprano, a la hora tradicional del Portugal antiguo, el sobrino se iba a cenar, después de San Carlos, a aquel delicioso y nostálgico café Central en el que el lenguado parecía frito en el cielo y en el cielo destilado el sublime Collares.

¿Por qué —dirá usted—, por qué José Matías cenaba siempre con la mesa cubierta de flores y gran profusión de encendidos candelabros? Pues porque cenaba con su Elisa. Porque la divina Elisa estaba allí, invisible, acompañándolo. Por eso aquellos silencios diluídos en una sonrisa religiosa y amable. ¡Estaba siempre con ella, en presencia de ella! ¡Si hasta recuerdo haberle visto alguna vez arrancar de la habitación tres grabados clásicos de faunos y ninfas!... Elisa, la divina y hermosa Elisa, poblaba idealmente aquella atmósfera y él había hecho purificar las paredes, mandándolas forrar de seda rosa.

El amor, particularmente un amor de tan elegante idealismo, arrastra el lujo, y mi amigo José Matías prodigó esplendorosamente el lujo que ella participaba. No podía, decorosamente, andar con la imagen de Elisa en un coche de plaza, ni tolerar que la excelsa imagen se sentase en las sillas de rejilla de la plaza de San Carlos. Por ello utilizó carruajes de sobrio y elegante gusto, y en el palco de la Opera, al que se abonó, hizo instalar, destinada a ella, una poltrona pontifical, de seda blanca bordada con estrellas doradas.

Como había descubierto, por otra parte, la generosidad de Elisa, tornóse a su vez fastuosamente generoso, al extremo de que no hubo en Lisboa desde entonces quien repartiera con más risueña naturalidad billetes de banco. Más de cien mil pesos se le fueron así con el amor de aquella criatura a la que jamás había hecho ni el obsequio de una flor.

¿Y qué hacía mientras tanto, se preguntará usted seguramente, el bueno de Mattos Miranda? El bueno de Mattos Miranda, amigo mío, no afectaba en ningún modo la serenidad ni la placidez de aquella felicidad. ¿Es que el espiritualismo de José Matías era tan absoluto como para interesarse exclusivamente por el alma de su Elisa, desdeñando las sugestiones de su cuerpo inferior y mortal? No seré yo quien tal afirme.

Realmente, aquel grave diabético, digno y serio, siempre de bufanda, con sus barbas grises y sus gruesos lentes de oro, no suscitaba ideas inquietantes de marido fogoso, cuyo ardor se reparte y abrasa fatal e involuntariamente...

Filósofo, no he comprendido yo aun aquella consideración casi afectuosa que parecía sentir José Matías hacia el hombre que, aun cuando fuera desinteresadamente, gozaba del derecho a contemplar a la divina Elisa aflojándose las cintas de las enaguas... ¿Era reconocimiento por el hecho de que había sido Mattos Miranda quien descubriera en una perdida calle de Setúbal —donde José Matías jamás habría podido descubrirla— a aquella bellísima mujer? ¿Era gratitud porque la mantenía en aquella situación, bien nutrida y vestida, transportada en finos carruajes de muelles asientos y rodeada de comodidades y holguras? ¿O es que había recibido el buen José esa confidencia que tan llevadero hace el sacrificio porque de tan sutil modo lisonjea el egoísmo: "No soy tuya, pero tampoco de él"?

No sé esto a ciencia cierta, pero de lo que no me cupo duda nunca es de que aquel olímpico y magnánimo desdén por la corporal presencia de Mattos Miranda en el templo donde habitaba su diosa, proporcionaba a la dicha de José Matías una unidad perfecta: la unidad de un cristal que refulge por todos lados, totalmente puro, sin rayaduras ni mácula. Y aquella felicidad —escandaloso lujo para un mortal— duró, como le he dicho, diez años, amigo mío...

Un día, sin embargo, la tierra trepidó para José Matías en un horroroso cataclismo. El consejero Mattos Miranda, debilitado ya por la diabetes, se fué para el otro mundo en pos de una pulmonía. Yo acompañé por estas mismas calles, en un desvencijado coche de plaza, su entierro espectacular, en el que iban hasta ministros, pues el difunto había formado parte de instituciones oficiales.

Después del sepelio, y aprovechando el vehículo, fuí a ver a mi amigo en Arroyos, no por un impulso de morbosa curiosidad ni para expresarle indecentes congratulaciones, sino para ofrecerle en aquel deslumbrador momento el moderador influjo de la Filosofía...

Hallábase con Matías un amigo más viejo e íntimo, aquel brillante Nicolás de la Barca, a quien acompañé también luego a este cementerio en el que reposan ahora, bajo las lápidas, tantos camaradas con los que soñé otrora...

Requerido por un urgente telegrama de José Matías, había llegado Nicolás aquella madrugada de su quinta de Santarem, en la Vellosa. Un criado se dedicaba a arreglar dos grandes valijas cuando yo llegué. Mi amigo Matías se marchaba para Oporto esa misma noche, y estaba ya ataviado con un traje de viaje, totalmente negro y con unos zapatos de cuero amarillo.

Tras estrecharme vigorosamente la mano, y mientras Nicolás de la Barca preparaba un grog, empezó a vagar en silencio por la habitación, como alelado, conmovido por una sensación que no era impulso emotivo, ni júbilo discretamente disimulado, ni asombro de su destino sublimado de modo tan brusco.

Nada de eso. Si en su libro *Expresión de las Emociones* no nos confunde el bueno de Darwin, mi amigo sólo embarazo experimentaba y trasuntaba en aquella ocasión. Frente a nosotros, en la casa de la Parreira, todas las ventanas estaban cerradas bajo la triste melancolía de la tarde gris. ¡Y, sin embargo, sorprendí aún a José Matías mirando furtivamente hacia la terraza, con una expresión que reflejaba desasosiego, inquietud, ansiedad casi aterrada! No sé cómo explicarme. La mirada de mi amigo semejaba la que se lanza hacia una jaula insegura en cuyo interior forcejea una leona.

Aprovechando un instante en que él entraba en la alcoba, dije por encima del grog a Nicolás de la Barca:

—Yo creo que hace muy bien en irse a Oporto...

—En efecto; él considera que eso es más delicado... —me respondió Nicolás encogiéndose de hombros—. Yo aproveché para decirle que sólo durante los meses de luto riguroso...

Acompañamos a José Matías a las siete hasta la estación de Santa Apolonia. De regreso, mientras una lluvia furiosa azotaba el coche, filosofamos un poco.

—Unos meses de luto; luego, mucha ventura y muchos hijos... He ahí un poema perfectamente acabado —dije sonriendo.

Y Nicolás de la Barca apostilló muy serio:

—Un poema acabado en hermosa y suculenta prosa. Elisa, la divina Elisa, queda con toda su divinidad y... la fortuna del consejero, unos veinte o veinticinco mil pesos de renta... Juro que es la primera vez que veo recompensada la virtud...

* * *

Transcurrieron, mi buen amigo, los meses del luto protocolar; pasaron luego otros y el buen José Matías permaneció en Oporto. Durante aquel agosto halléle definitivamente instalado en el hotel Francfort, en el que entretenía la tristeza de los días caliginosos fumando —había vuelto al tabaco—, devorando novelas de Julio Verne y libando cerveza helada hasta el caer de la tarde, hora en que vestíase, se perfumaba y acicalaba para ir a Foz a cenar.

Pese a que se acercaba el ansiado final del luto y con él el de la larga espera, no sorprendí en José Matías muestra alguna de alegría elegantemente soslayada ni de rebeldía contra la lentitud del tiempo, viejo tantas veces moroso y tropezador. Al contrario, la sonrisa de iluminada seguridad que aquellos años le alumbrara cual un nimbo beatífico había dejado paso a una seriedad grávida de arrugas y sombras, propia de quien lucha con alguna duda inevitable, presente siempre, desazonadora y dolorosa.

Si quiere que le diga la verdad, creo que José Matías, aquel verano en Francfort, preguntábase a cada instante, mien-

tras bebía cerveza helada o se calzaba los guantes camino a Foz: "¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?" Un día, mientras almorzábamos, se puso a exclamar ante mi asombro, abriendo el periódico y sonrojándose:

—¡Cómo! ¿Estamos ya a 29 de agosto? ¡Dios santo, ya acaba agosto!...

Torné, amigo mío, a Lisboa. Muy seco y muy azul, pasó el invierno. Consagréme a mis *"Orígenes del Utilitarismo"*. Un domingo, en la época en que se vendían ya claveles en los estancos, vi en Rocío, dentro de una berlina y con el sombrero adornado con plumas rojas, a la divina Elisa. Y el *Diario Ilustrado* me reveló esa misma semana, en una breve y casi tímida noticia, el enlace de doña Elisa Miranda con... ¿Con quién se imagina usted, caro amigo mío? ¡Pues con... don Francisco Torres Nogueira, propietario de Lisboa!...

El amigo a quien daba cuenta yo de esta noticia crispó los puños oyendo tal nueva y se golpeó con ellos los muslos. También mis manos se crisparon, mas las levanté al cielo, donde se juzgan los hechos terrenales y despotriqué a gritos, rabiosamente, contra la falsía, la pérfida volubilidad y la engañadora malicia de las mujeres en general y en especial de aquella Elisa, más pérfida e infame que todas las demás. ¡Engañar tan pronto y despiadadamente, no terminado todavía el luto a aquel casto, noble y espiritual José Matías! ¡Traicionar así su adoración de una década, mansa y purísima!...

Tras impetrar al cielo con los puños cerrados, los apretaba yo todavía contra la cabeza exclamando:

—Pero ¿por qué? ¿Por qué, Dios santo?

¿Lo hacía por amor? Mas, ¿acaso no había amado ella apasionadamente, con un amor que no podía haberse saciado ni desilusionado, puesto que fué siempre inmaterial y platónico, a mi camarada Matías?

¿Fué por ambición? Pero si Torres Nogueira era un amable ocioso, como Matías, y apenas poseía, en fincas hipotecadas, los cien o ciento veinte mil pesos que mi amigo acababa de heredar del vizconde Garmilde en feraces y no gravadas tierras...

¿Por qué, entonces? Pues porque los enhiestos bigotes negros de Torres Nogueira decían más, a su sensualidad, que el rubio y sugestivo bozo de José. ¡Oh, por algo dijo San Juan Crisólogo que la mujer es un puñado de impureza colocado en las puertas de la mansión de Satanás!...

Bueno, mi buen amigo, sucedió que una tarde, mientras vociferaba yo de tal manera contra la perfidia de la divina Elisa me tropiezo en la calle de Alecrín con Nicolás de la Barca que se apea de un coche, llévame hacia un zaguán y aferrándome convulso por el brazo me dice, presa de enorme agitación:

—¿Sabías? ¿Sabías que fué José Matías quien rehusó? ¡Pues así fué! Ella le escribió, se trasladó a Oporto a implorarle, lloró... ¡José no accedió ni a recibirla! Negóse a casarse; no se quiere casar.

Vacilé, sorprendido y desolado.

—Ella, entonces —prosiguió informándome Nicolás de la Barca—, despechada, perseverantemente perseguida por Torres Nogueira, harta de viudez, y pesarosa del destino de aquellos treinta años suyos en flor — ¡vive Dios, qué iba a hacer, la pobre! —, se casó...

Agité los brazos, desesperado.

—Pero —interrogué—: ¿y aquel maravilloso amor de José Matías?

—¡Subsiste! Subsiste siempre, más sublime y apasionado si cabe —proclamó solemnemente el más íntimo amigo de José—. ¡Pero no quiere casarse!...

Nos contemplamos en silencio y nos separamos luego, encogiéndonos ambos de hombros con esa resignada sorpresa que experimentan en presencia de la Incognoscible los espíritus cautos. Sin embargo, yo, filósofo y espíritu imprudente por ello, me dediqué a agujerear la actitud de José Matías con la punta de una psicología afilada expresamente para tal objeto. Ya cerca del alba, extenuado, llegué a la conclusión a que se arriba siempre en Filosofía: a la conclusión de que me hallaba ante una Causa Primaria en la que la punta de mi Instrumento se quebraría inevitablemente sin ventaja alguna para mí ni para el mundo...

Elisa, la divina Elisa, casóse y siguió viviendo con su marido en la Parreira, en medio del confort y el sosiego de que disfrutara ya con su difunto consejero.

A mediados del verano, José Matías regresó de Oporto instalándose en Arroyos en la casa de su tío Garmilde, en la que ocupó de nuevo sus antiguas habitaciones, con balcones dando al jardín, florecido de dalias que no cuidaba nadie.

Llegó agosto, el agosto de Lisboa, cálido y silencioso. Mi amigo se iba los domingos a comer con doña Mafalda de Noronha, en Bemfica, donde los pasaba solitariamente, pues Torres Nogueira no tenía relación con mi respetable tía abuela.

La bella Elisa discurría por las tardes entre sus rosales, luciendo vestidos claros. La única transformación que se operó, pues, en aquel apacible rincón de Arroyos estuvo a cargo de Mattos Miranda, ahora en el cementerio de los Placeres, en un vistoso sepulcro de mármol, y de Torres Nogueira, que le sucedió en el envidiable lecho de Elisa.

Pero eso era aparentemente, pues habíase producido allí otra notable y dolorosa mudanza. ¡La del buen José Matías! ¿Se imagina usted cómo dejaba transcurrir sus días estériles aquel desdichado? ¡Con la mirada, el afán, el alma y su ser todo prisioneros en la terraza, en las ventanas y en los jardines de la mansión de su amada!...

Claro que ahora no lo hacía con sus balcones abiertos de par en par, extáticamente, con la faz iluminada por una sonrisa de serena y confiada beatitud. Lejos de ello, desde detrás de las cortinas bajadas, a través de una leve rendija, furtivamente, acechaba como un criminal los pasos de Elisa, devastado el rostro por la angustia y por la derrota.

Y usted se dará cuenta, claro está, de las causas por las cuales padecía en tal forma aquel pobre corazón. ¿Porque Elisa, a quien él cerrara los brazos, había corrido a otros brazos más acogedores y prestos? ¡No, señor! Vea usted la enrevesada sutileza de aquel amor. José Matías creía firme, devotamente, que la divina Elisa, en lo más puro y recóndito de su alma, en ese inabordable fondo espiritual hasta el que no llegan las imposiciones de las conveniencias, ni los impulsos del amor propio ni los ímpetus de la carne, lo amaba a él, sólo a él, con una pasión que no había desaparecido ni se había alterado, que florecía en toda su fuerza aun sin ser regado ni ejercitado, al estilo de la antigua Rosa Mística...

¡Lo que le atormentaba, mi caro amigo, lo que le había poblado la frente de arrugas en poco tiempo, era que un hombre, un varón, un bruto, se hubiera adueñado de aquella mujer que era de él!... ¡Que aquel hombre, aquel bruto, mancillase con sus ásperos bigotes negros, del modo más legal y más santo, más socialmente normal, con el auspicio de la Iglesia y de las Leyes, los labios que jamás osara él rozar, poseído hasta la reverencia y casi el terror, de su divinidad!

¿Sonríe usted? Pues, ¿y Mattos Miranda? —piensa—. ¡Oh, amigo mío, aquel era diabético, y austero, y gordo, y estaba ya en la Parreira, con su obesidad y su diabetes antes de que él conociera a la divina Elisa y le consagrara para siempre el corazón y la vida! Torres Nogueira, en cambio, irrumpió bestialmente a través de su casta adoración, con sus recios bigotes negros y sus nervudos brazos, con el ímpetu de un antiguo picador de toros, para apoderarse de aquella mujer.

Pero, ¡por todos los diablos!, él había desdeñado a aquella mujer cuando ella se le ofreciera en la frescura y en la pureza de un sentimiento que desdén alguno hubiera hasta entonces secado o abatido. ¿Qué pretendía? ¡Y la tenebrosidad de espíritu de José Matías! Seguramente que transcurridos unos meses había olvidado aquella afrentosa declinación cual si se tratase de un pequeño desacuerdo de índole material o social, que hubiera tenido lugar poco antes en el norte y al que la distancia y el tiempo despojaban de realidad y de amargura.

Ahora, en Arroyos, frente a las ventanas de Elisa, exhalando aromas en la sombra las rosas de los dos jardines, su dolor actual, su dolor auténtico era que él amara en sublime pasión a una mujer, que la hubiera situado entre las estrellas para adorarla más espiritual y sublimemente, y que un varón de negros bigotes y nervudos brazos hubiera arrancado de entre las estrellas a esa mujer para empujarla sobre un lecho...

Caso complejo, sin duda, amigo mío. Mucho, por deber de filósofo, medité en torno de él. Y deduje que José Matías estaba atacado de hiper-espiritualismo, de una intensa y nociva inflamación de espiritualismo, que sentía pavor por las materialidades del casamiento, como por ejemplo, las zapatillas, el sudor de la piel, el llanto de una criatura debatiéndose en una cuna mojada... Y ahora se desesperaba y rugía porque cierto señor más materialista se hubiera apresurado a aceptar a la divina Elisa en camisón.

¿Era José Matías un imbécil? Nada de eso. Era un ultrarromántico, desvariadamente divorciado con las duras realidades de la vida, que no concibió jamás la superior belleza de zapatillas y pañales mojados en una casa donde entra el sol y el amor reina...

¿Quiere saber usted, por otra parte, lo que hizo más insoportable aquel suplicio? ¡Pues el hecho de que la pobre Elisa siguiera profesándole el antiguo amor! ¿Qué? Se le antoja infernal, ¿no es eso? Al menos, si su viejo amor no estaba intacto, si no lo conservaba, en su esencia, firme como antaño, experimentaba por Matías una curiosidad irrefrenable y reeditaba los gestos de aquel amor...

Acaso, no lo sé, fuera sólo aquella circunstancia fatal de la proximidad de los jardines. De todos modos, después, en septiembre, cuando su marido salió para los viñedos de Carcavellos, para asistir a la vendimia, Elisa reanudó desde la terraza, entre las rosas y las dalias en flor, la tierna remesa de miradas dulces con que extasiara durante diez años el pobre corazón de mi amigo.

Me parece difícil que, como bajo el benévolo régimen de Mattos Miranda, se intercambiasen cartas por sobre el muro del jardín. El nuevo señor de la Parreira, el hombre de los negros bigotes y los brazos nervudos, imponía a Elisa recogimiento y cautela aun desde lejos, desde sus viñas de Carcavellos.

Por otra parte, Elisa era decididamente honesta, y sentía, sabiéndolo bello y cuidadosamente hecho por el Creador, el sa-

grado respeto de su cuerpo.

En fin, mi buen amigo, no derrochemos más psicología en torno a Elisa, que está viva, a espaldas del muerto, que murió por ella. Fué, en resumen, el hecho que la viuda de Mattos Miranda y su adorador platónico recomenzaron, a través de los jardines florecidos, la vieja unión ideal. Y en octubre, en vista de que Torres Nogueira permanecía en Carcavellos, José Matías abría ya de par en par otra vez las ventanas de su casa para extasiarse en la contemplación de la terraza de la Parreira...

Dijérase que un hombre, espiritualista a tal extremo, debía reincorporarse a su antigua perfecta felicidad habiendo reconquistado la idealidad de su antiguo amor. ¿Qué debía importarle que otro se ocupase del cuerpo mortal de la mujer amada si él reinaba en su alma inmortal? ¡Pues no! El desdichado sufría lo indecible y para liberarse de aquel tormento, él, un ser tan sereno y de tal armonía espiritual, terminó por convertirse en un agitado.

¡Ah, mi amigo, qué vida escandalosa la suya! Durante un año, desesperado, conmovió, aturdió, espantó a Lisboa. Datan de aquella época muchas de sus extravagancias. ¿Llegó a oídos suyos la de la cena? Ofreció una cena a cuarenta mujeres, recogidas de entre las más sucias y abominables en las tortuosas callejuelas del Barrio Alto y de la Mouraria. Luego las hizo montar en asnos, y colocándose al frente de la estrafalaria cabalgata, a lomos de un alto caballo blanco y provisto de una descomunal fusta, llegó hasta los altos de Gracia para saludar grave y melancólicamente la aparición del sol...

Todo aquel grito no mitigó sin embargo su pena y, entonces, empezó a entregarse a la bebida y al juego. Se pasaba el día espiando la terraza fatal a través de alguna rendija de las persianas cerradas (había regresado ya de sus viñedos Torres Nogueira) y a la noche, cuando se apagaban las luces en las ventanas de Elisa, abandonaba su casa en una berlina, la misma siempre, la del "Gago", para arribar a la ruleta del Bravo y más tarde al club del Caballero a jugar frenéticamente hasta la hora de cenar, en un reservado de restaurante iluminado por haces de velas, y con el Collares, y el champaña y el cognac corriendo a mares.

Varios años, siete justamente, duró aquella vida picoteada por las furias. Fuéronse así, jugadas y bebidas, las fincas que heredara de su tío el vizconde. Cuando sólo le quedaba la casa de Arroyos y lo que le dieran por la hipoteca de ella, dejó de vérsele de pronto por restaurantes y garitos, escenario de sus antiguas correrías.

¡Supimos entonces que Torres Nogueira, víctima de una anasarca, se moría irremediablemente!

Aproximadamente por aquella época, y a raíz de un enrevesado negocio de Nicolás de la Barca, que tenía que hacer frente a un vencimiento y me telegrafiaba alarmado desde su quinta de Santarem, fuí en busca de José Matías, a las diez de una cálida noche de abril.

El sirviente que me guiaba por el mal alumbrado corredor, desguarnecido ya de las valiosas arcas y tallas de la India del vizconde, me confesó que su señor no había concluído de comer aún. ¡Recuerdo todavía, con un estremecimiento, la penosa impresión que me causó el desdichado!

La mesa, situada frente a una ventana con cortinas de Damasco, refulgía a la luz de dos candelabros, adornada con una canastilla de rosas blancas y algunas de las nobles flores de Garmilde. Cerca de ella, desplomado en un sofá, desabotonado el blanco cuello, lívida y decaída sobre el pecho la ajada faz, una copa vacía en la mano inerte, estaba, desmayado o muerto, mi amigo José Matías.

Sobresaltóse y alzó bruscamente la despeinada cabeza cuando lo toqué en el hombro.

—¿Qué hora es? —interrogó casi inconsciente.

Respondíle con alegre gesto y estentórea voz que era tarde, que habían pasado ya las diez, y entonces, incorporándose, llenó con premura la copa utilizando la botella más próxima y empezó a beber despacio, con la mano agitada visiblemente por un convulsivo y continuo temblor.

Luego agregó, tocándose los húmedos cabellos:

—¿Y bien, qué sucede?

Casi desfallecido, sin dar muestra de comprensión, escuchó como en un sueño el recado de Nicolás de la Barca que le trasmitía. Finalmente, suspirando, sacó una botella de champaña del baldecito en que se helaba, llenó otra copa y murmuró repetidamente:

—¡Qué calor! ¡Tengo una sed!

Pero no bebió. Alzó de la poltrona el pesado cuerpo, dirigióse con vacilantes pasos hacia la ventana, corrió las cortinas, abrió las vidrieras... Y se quedó rígido, como sobrecogido por el silencioso y oscuro hechizo de la noche sin luna.

Espiándolo, comprobé que dos ventanas, en la casa de la Parreira, brillaban iluminadas. Y a la luz de aquella claridad, como nimbada por ella, se erguía una figura blanca, de pie al borde de la terraza, como ensimismada en alguna contemplación, envuelta en los amplios pliegues de su bata clara.

¡Era, mi caro amigo, la divina Elisa! Tras ella, en el fondo de la alcoba, el marido se debatía seguramente bajo la opresión de la anasarca. Y ella, mientras tanto, permanecía inmóvil enviando de vez en cuando una mirada tierna, una sonrisa plácida al arrobado José Matías.

El infeliz, fascinado, casi sin respiración, se embebía en el encanto de aquella visión sublime. Y se expandía entre ambos, en la cálida languidez de la noche, el perfume de las flores de los dos jardines...

De improviso, requerida por algún gemido del desgraciado Torres Nogueira, Elisa desapareció. Y la casa de la Parreira, cerradas bruscamente las ventanas, se sumió en el silencio y en las sombras...

A José Matías entonces se le escapó un sollozo desgarrado, un frenético sollozo de angustia. Vaciló. Aferróse a la cortina con tan extraña ansia que la desprendió y vino a caer, extenuado y sin amparo, en los brazos que me apresuré a extenderle.

Dificultosamente, lo arrastré hasta el sofá, como a un ebrio o a un muerto. Pero poco a poco, ante mi espantado asombro, abrió los ojos, sonrió con una sonrisa inerte y lenta y empezó a decir, casi totalmente recobrado:

—Es este endiablado calor, ¿sabe? Pero, usted querrá tomar café...

Rehusé y abandoné la casa. El, sin preocuparse por mi partida, desplomado otra vez en el sofá, sacó un gran cigarro y se puso a encenderlo con trémula y vacilante mano...

* * *

¡Dios mío! ¡Vamos ya por Santa Isabel! ¡Aceleradamente van arrastrando hacia el polvo y el gusano final al desdichado José Matías! Bueno, mi excelente amigo, pues sucedió que Torres Nogueira dejó de existir aquella curiosa noche. Durante el luto, la divina Elisa se refugió en una quinta, la "Corte Moreira", que una cuñada suya, también viuda, poseía al pie de Beja.

¿Y José Matías? —preguntará usted—. José Matías desapareció, evaporóse sin que yo volviese a tener noticias de él, ni aun vagas, puesto que el amigo por el que podía haberlas tenido, Nicolás de la Barca, se había ausentado a la isla de Madeira con su postrer trozo de pulmón, sin esperanza alguna, pero por deber de tuberculoso, clásico y hasta social.

Mi *Ensayo de los Fenómenos Afectivos* túvome atareado durante todo aquel año. Mas una vez, a principios de verano, mientras descendía por la calle de San Benito, la vista levantada en busca del número 214, donde catalogábase la librería del Morgado de Azemel, vi en el balcón de una casa nueva y de esquina, introduciendo hojitas de lechuga en la jaula de un canario, a... ¡a la divina Elisa, hermosa como siempre, más maciza y armoniosa, en suculenta y deseable madurez, pese a los cuarenta y dos años que festejara en Beja!

Pertenecía por lo visto aquella mujer a la noble raza de Elena, que cuarenta años después del sitio de Troya seguía deslumbrando a los hombres y a los dioses. Aquella misma tarde, de labios de Secco, Juan Secco, el bibliotecario que catalogaba la librería del Morgado, supe la nueva historia de esta magnífica nueva Elena.

Elisa, la divina Elisa, imposibilitada de poseerlo como tercero y legítimo marido, tenía ahora un amante. El galán de sus tormentos era, en efecto, casado. Casado en Beja con una española que, al año de esa boda y otros amores menores, se había ido a Sevilla a pasar allí la Semana Santa y se había quedado allí cautiva en los brazos de un rico y gallardo ganadero.

El, pacato apuntador de obras públicas, permaneció en Beja, donde enseñaba vagamente un vago dibujo... La hija de la cuñada de Elisa era discípula suya, y en la quinta "Corte Moreira", donde el hombre guiaba el esfumino de la niña, lo conoció y amó la tía, tan vehemente en su pasión que lo arrancó en seguida de Obras Públicas para llevárselo a Lisboa, ciudad más a propósito que Beja para un idilio escandaloso y clandestino.

Juan Secco, que es de Beja y fué a pasar allí las últimas Navidades, conocía muy bien al apuntador profesor de dibujo, a las señoras de la "Corte Moreira" y descifró inmediatamente la novela al ver a Elisa en el balcón de la esquina y sorprender una vez, desde esas ventanas del número 214 donde catalogaba la librería del Morgado, al mozo de referencia enfilando tranquilamente hacia el portal de ella, magníficamente vestido y calzado, luciendo guantes claros y con todo el aspecto de ser mucho más feliz en aquellas particulares obras que en las Obras Públicas...

Yo conocí también al amante de Elisa desde aquella misma ventana del número 214. Hombre arrogante, robusto, blanco, de barba rizada y oscura, en inmejorables condiciones de cantidad, y acaso de calidad, para llenar las necesidades de un corazón viudo, y "vacío", por lo tanto, al decir de la Biblia.

Poseedor el Morgado de Azemel, por irónico azar de la herencia, de una estupenda colección de los filósofos del siglo XVIII, el catálogo de su librería interesábame sobremanera, razón por la cual frecuentaba yo el número 214. A las varias semanas de aquella mi labor consultiva, una noche que salía de la librería —Juan Secco trabajaba de noche—, detúveme, para encender un cigarro, frente a un portal abierto. Y ¿a quién cree usted que descubrí, a la temblorosa luz del fósforo? ¡A José Matías, amigo mío, a José Matías, agazapado en la sombra!...

¡Y qué José Matías aquel, santo Dios! Encendí otro fósforo, para examinarlo más detenidamente. ¡Desdichado amador! Se había dejado crecer la barba, extraña barba indecisa, blanda y sucia como amarillento bello. Se había dejado crecer el pelo, que le salía en secos mechones bajo el viejo y también sucio sombrero. Y, en contraste con aquel único crecimiento, todo él aparecía en lo demás disminuído, menguado, ruinoso.

Vestía una ajada y poco limpia levita y unos pantalones negros provistos de grandes y agrandados bolsillos, en los que enterraba las manos con ese gesto tradicional, sugestivamente triste, del vagabundo veterano.

Conmovido y espantado, apenas pude interrogar balbuciente:

—¡Hombre!... ¿Usted aquí?... ¿Qué hace usted?...

Y José Matías, tratando de vencer con un acento seco, para librarse pronto de mi presencia, su característica mansedumbre, respondió con voz enronquecida por el alcohol:

—¡Pues ya ve! Aquí, aguardando a un individuo...

Juzgué inútil insistir y continué mi camino. Pero, un trecho más allá, me detuve a comprobar algo que inmediatamente había sospechado. El negro zaguán donde encontrara emboscado al infeliz, estaba situado precisamente frente al balcón donde la divina Elisa daba de comer a su canario...

Bueno, pues sepa usted, amigo mío, que José Matías vivió agazapado en aquel portal durante... ¡tres años!

❦ ❦ ❦

Tratábase de uno de aquellos portales de la vieja Lisboa, sin portero, continuamente abiertos y continuamente sucios, verdaderas cavernas asomadas a la calle y de los que nadie se toma el trabajo de arrojar a los parias vencidos por el dolor o la adversidad.

Había junto a él una taberna, y José Matías bajaba indefectiblemente, al anochecer, pegado a las paredes, la calle de San Benito para introducirse sigilosamente en las tinieblas del portal.

Empañadas en invierno por el cierzo, abiertas de par en par en verano, las ventanas de Elisa lucían ya iluminadas a esa hora. José Matías, inmóvil, en los amplios bolsillos del pantalón las manos trémulas, permanecía mirándolas extasiado. De media en media hora, cautelosamente, abandonaba su observatorio para colarse en la taberna de al lado. Tomábase su vaso de vino o su copa de aguardiente y regresaba, tranquilo y manso, a su contemplación sempiterna.

Cuando se cerraban y apagaban las ventanas de Elisa, aun a avanzadas horas de la noche, de aquellas negras y glaciales noches de invierno, permanecía, aterido de frío, golpeando con los zapatos rotos en el suelo mojado o encogido al fondo, en el rellano de las desvencijadas escaleras, con las pupilas turbias clavadas en la oscura fachada de aquella casa donde sabía a la ingrata compartiendo el lecho con otro varón...

En los primeros tiempos, para fumarse apresurada y furtivamente un cigarrillo, se encaramaba hasta el segundo rellano desierto, con objeto de que la lumbre no denunciara su presencia. Pero luego fumaba sin descanso, ansiosamente, apurando con furor el cigarro para que su brasa, avivada, alumbrase su faz. ¿Y sabe usted por qué, amigo mío? Pues porque Elisa supiese que en el interior de aquel mísero portal, adorando mansamente sus ventanas, con el místico arrobo de siempre, montaba inconcebible guardia su infeliz José Matías...

Y usted no querrá creerlo, pero es la pura verdad, que todas las noches, desde entonces, ya fuera espiando tras las cortinas, ya asomada al balcón, mientras el apuntador, tendido en el sofá leía el Diario de la Noche, Elisa se quedaba mirando inmóvil hacia el zaguán con aquel antiguo y expresivo gesto de correspondencia con que contemplara tantas veces a su amador por sobre las rosas y las dalias de los jardines de la Parreira. José Matías lo había comprobado, con el alma deslumbrada, y desde el momento de la feliz comprobación chupaba desesperadamente su cigarro para que la brasa guiara como un farol, a través de la oscuridad, los ojos amados y demostrara que allí seguía él, apasionado y transido, prolongando a lo largo del tiempo su fiel adoración.

Jamás circulaba, de día, por la calle de San Benito. ¿Cómo hacerlo, con su vieja levita incolora, rota por los codos y sus pobres zapatos torcidos y agujereados?

Porque ha de saber usted que aquel hombre de sobria y fina elegancia había caído fatalmente en la sórdida miseria de los harapos. De dónde sacaba todos los días los centavos necesarios para el vaso de vino y el plato de bacalao es una cuestión que no puedo dilucidar yo ahora. Pero aquí es necesario loar la nobleza de la divina Elisa que, con gran delicadeza, valiéndose de diversos subterfugios había tratado de hacer aceptar a José Matías indigente, una pensión vitalicia.

Sugestiva situación, no se lo niego. La opulenta Elisa, rica y hermosa, pasando sendas mensualidades a sus dos amantes: el del cuerpo y el del alma. Mas José intuyó en seguida el origen de la terrible dádiva y la rechazó al punto, sin rebelión arrogante ni escandaloso orgullo, casi enternecido, casi con lágrimas pugnando por abrirse camino bajo los párpados inflamados por el alcohol.

Sólo, pues, muy avanzada la noche, aventurábase José Matías a descender la calle de San Benito y deslizarse a su escondrijo. ¿Y el día, en qué lo empleaba? —preguntará posiblemente usted—. El día se lo pasaba siguiendo, vigilando, acechando al amante de Elisa. Se había apoderado de él una extraña, una frenética, una horrible curiosidad por el hombre que su amada eligiera...

Mattos Miranda y Torres Nogueira, sus dos antecesores, habían entrado pública y honorablemente, por la puerta de la Iglesia, en la alcoba de Elisa. Y lo habían hecho con otros objetivos además del amoroso: para poseer un hogar, hijos, estabilidad y sosiego en la existencia. Este otro, en cambio, era lisa y llanamente el amante que ella escogiera y que mantenía sólo para que la amara. No surgía de esa unión otro motivo racional que el de que se uniesen dos cuerpos.

Estudiábalo, así, incansablemente. Examinaba su físico, su vestimenta, sus modales, ansioso de comprobar cómo era aquel hombre que Elisa había preferido entre todos los de su sexo. El apuntador, por un escrúpulo de decencia, habitaba en el otro extremo de la calle de San Benito, frente al Mercado. Y aquel sector urbano en donde estaba seguro de no ser sorprendido en su decadencia por los ojos de la amada, constituía, por la mañana, el cuartel general de José Matías. Allí podía observar al rival que acababa de abandonar el lecho de Elisa.

Luego, no lo dejaba ya. Seguíalo sigilosamente, como un ratonero que rastreara empecinadamente desde lejos. Yo creo que aquella vigilancia tenía otro objetivo. El de comprobar si el hombre, en medio de las tentaciones de Lisboa, terribles para un apuntador de Beja, guardaba fidelidad a Elisa. ¡Espiaba al amante de su amada en bien de la felicidad de ella!...

¡Inusitadamente excesivo el espiritualismo y la devoción del pobre José Matías! Sabiendo suya el alma de su amada, alma que adoraba fervorosamente, no quería que el cuerpo de ella fuera menos leal e íntegramente adorado por el hombre a quien ella se lo había entregado.

El apuntador, no obstante, no podía menos que ser fiel, y lo era sin el menor esfuerzo, a una mujer tan bella y tan rica, que lo aplanaba con sus sedas y sus brillantes.

Pues bien, amigo mío: estoy por creer que aquella felicidad, carnal tributo a la divina Elisa, fué para mi pobre camarada la postrer felicidad que disfrutó en la vida. Y estoy por creerlo así, porque una lluviosa mañana del invierno pasado hallé al apuntador comprando flores a una florista de la calle del Oro mientras, frente a él, en una esquina, enflaquecido y harapiento, José lo espiaba con visibles señales de gratitud y afecto. Acaso aquella noche, aterido de frío, golpeando las baldosas con las suelas encharcadas, los ojos enternecidos clavados en las cerradas vidrieras, el infeliz musitase confortado:

—¡Pobre mi buena Elisa! ¡Cómo la habrán alegrado esas flores!...

❦ ❦ ❦

Tres largos años duró aquello.

Por fin, anteayer, Juan Secco llegó a mi casa para decirme despavorido:

—¡Acaban de llevarse al hospital a José Matías! Dicen que tiene una congestión en los pulmones...

Lo habían encontrado, al amanecer, sobre las baldosas, acurrucado dentro de su levita andrajosa, respirando entre estertores, vuelto hacia los balcones de Elisa el rostro cubierto de muerte.

Volé al hospital. Había muerto. Con el médico de guardia, subí a la enfermería. Levanté el paño bajo el que reposaba. En la abertura de la sucia y desgarrada camisa, pendiente del cuello por un cordón, conservaba una bolsita de seda, pulida,

pero también invadida por la suciedad. Contenía, seguramente, cabellos, o flores, o acaso algún fragmento de encaje de Elisa, guardado religiosamente tal vez desde los principios del idilio, de las tardes felices de Bemfica...

Manifesté al médico que era conocido mío y le pregunté si había sufrido al morir.

—Tuvo apenas — respondióme el facultativo — un instante comatoso. Luego abrió desmesuradamente los ojos. Dejó escapar un "¡Oh!" espantoso y extraño y concluyó...

¿Qué encerraba aquel "¡Oh!" postrero del pobre José Matías? ¿Había sido un clamor del alma ante el asombro y el pavor de la muerte? ¿O era que el alma misma, reconociéndose al fin inmortal y libre, decía su grito triunfal? No lo sé yo, ni lo sabe usted, ni llegó a saberlo Platón, el divino, ni lo sabrá jamás el último filósofo en el último crepúsculo de la Humanidad...

Bueno, hemos llegado al cementerio. ¿No le parece que debemos asir las borlas del féretro?... Realmente, es bastante singular ver a este Alves *Copao* seguir con tanto sentimiento a nuestro pobre y empedernido espiritualista... Pero, Dios santo, mire usted para allí. ¿Ve usted en la puerta de la Iglesia a aquel individuo de levita y guardapolvo blanco que permanece a la espera? ¡Es el ex profesor de dibujo de Beja! ¡Y vea qué magnífico ramo de violetas lleva!

¡La divina Elisa, amigo mío, ha mandado a su amante carnal a acompañar hasta la tumba y a cubrir de violetas a su amante espiritual! ¡Y nunca, en cambio, habría pedido a José Matías que depositase flores sobre el sepulcro del apuntador!

¡No es ni más ni menos que la Materia, aun sin comprenderlo ni obtener de él su dicha, adorará por los tiempos de los tiempos al Espíritu y siempre se tratará a sí misma con rudeza y desprecio a través de los goces que de sí recibe! ¡Consuelo grande, amigo mío, el tal ex profesor de dibujo con su ramo de violetas, para un metafísico que, al igual que yo, glosó a Spinoza y a Malebranche, rehabilitó a Fichte y demostró acabadamente la ilusión de la sensación!

Eso sólo justifica nuestro gesto de acompañar hasta su morada última a este incomprendido José Matías que fué acaso mucho más que un hombre, o quizá menos que un hombre todavía...

Tiene usted, efectivamente, mucha razón. Hace frío. Pero... ¡qué bella tarde! ¿No?

Fin de "**JOSE MATIAS**"

SUICIDA PERFECTO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 33)

rlencia blancuzca. Tenía ojos de reptil, con los párpados levemente caídos, y llevaba guedeja descuidada. Sus manos, grandes y largas, eran de tétrico y repulsivo blancor. Sin dejar de mirar recelosamente al visitante, le preguntó con sequedad enfadosa:

—¿Qué desea usted de mí?

Juan Pollo se mostraba algo sorprendido. Había pensado encontrarse con un monstruo horrendo, de mirada centelleante y sanguinaria, y se hallaba delante de un hombre vulgar, aunque de aspecto desagradable. Pero lo que más le admiró, fué la voz aflautada y un poco débil de aquel ser. Queriendo congraciarse por anticipado con él, le ofreció una de sus mejores sonrisas al tiempo de repetir amablemente:

—Vengo a verle como cliente.

—No entiendo bien su propósito. ¿Es usted un presunto reo?

Juan Pollo replicó convirtiendo su amabilidad en humilde petición:

—Soy un hombre que necesita de sus buenos servicios.

El morador de la casita seguía desconfiando, pero movido sin duda a curiosidad por la extraña situación, respondió a Juan Pollo:

—No acostumbro dialogar con las personas que tienen que someterse al resultado de mis funciones. Pero como es la primera visita de este género que recibo, haré una excepción con usted. ¡Pase!

Y se arrimó a la pared y lo miró pasar con aire de hombre habituado a presenciar ciertos desfiles. Ya dentro se sentaron los dos, y Juan Pollo le manifestó con firmeza:

—He decidido suicidarme por motivos que sería ocioso exponer. Pero no tengo confianza en ningún procedimiento. Y he pensado que sus manos seguras y hábiles...

El hombre de los párpados caídos alzó un poco éstos al interrumpirle con su vocecilla fina, pero enérgica:

—¿Cómo?... ¡Usted me ofende!

Juan Pollo se apresuró a extremar su sonrisa humilde:

—Perdón..., yo le explicaré. No se sobresalte. Tenga la seguridad de que su dignidad profesional quedará a salvo.

El diálogo se avivó repentinamente:

—¡No, no! Usted está en error. Yo ejerzo un ministerio.

—Bueno, pero usted...

—Yo soy un ministro. Los textos oficiales así lo proclaman: "Ministro de justicia que ejecuta las penas de muerte".

—Conforme. Pero usted habrá tenido que actuar en algún caso.

—Por fortuna para la sociedad. ¡Tengo una brillante hoja de servicios! En veinte años, ciento cincuenta y ocho casos. ¡Entre ellos, cinco mujeres!

—¡Esto es lo que le va a decidir en mi favor!

—No sé lo que quiere decir. ¿Qué broma es ésta?

Juan Pollo creyó llegado el momento de razonar:

—Puedo asegurarle, y usted quizá lo sepa mejor que yo, que ni en una sola de esas ciento cincuenta y ocho personas que han dejado de respirar por la acción de su elevado ministerio, tenía el menor deseo de morir. Ni las más contritas ni las más desesperadas. ¡Y no quiero pensar en algún inocente que podría haber entre ellos! Sin embargo, han perecido a sus manos en virtud de las funciones que le concede la ley.

—¡Es la ley!

—Conforme. Pero, para satisfacción de usted, yo me encuentro en situación opuesta a la de esos desdichados. Yo quiero morir. Yo he decidido suicidarme. Quiero desaparecer de este mundo y nadie podrá evitarlo. Dispuesto a ello, usted podría ejercer el más piadoso y generoso de sus actos, haciéndome perecer por el procedimiento normal o por otro particular que quizá tenga perfeccionado. ¡Me someto a todo! ¡Me entrego a usted con entera confianza!

El verdugo, que había estado escuchando con visible desdén, profirió encogiéndose de hombros:

—Esas son filosofías, señor, que no alcanzo a comprender. Si yo fuese un filósofo no podría ejecutar a ningún reo. ¡Triste papel sería el mío!

Juan Pollo comenzaba a desilusionarse:

—¡Quizá tenga usted razón! Pero, ¿no cree que bastaría esta macabra paradoja de la vida para renegar de la existencia? Al que quiere morir, no lo matan, y al que desea seguir viviendo, lo agarrotan. ¡Mundo vil!

Aun porfió buen rato Juan Pollo. Ofreció garantías, cartas para el juez, una fuerte cantidad remuneradora... Pero el verdugo se mostró inconmovible, y, lo que es peor, se sintió de nuevo ofendido por semejantes proposiciones. Llegado a este punto, el ejecutor de la justicia exclamó con profundo desprecio y muestras de impaciencia:

—¡A menos que cometa usted un crimen!... ¡Y cuánto más horroroso, mejor!... La ley se encargará entonces de eliminarlo por mi mediación... Ya que usted quiere morir a mis manos...

Juan Pollo no se indignó. Pero experimentó de repente malestar tan profundo, que las ideas claras que tenía sobre el suicidio se le enturbiaron y oscurecieron. Y, cargado de preocupaciones, abombada su frente por pensamientos de tristeza, abandonó la casa del verdugo. Este lo dejó marchar con indiferencia algo despectiva, mientras, con sus manazas blancas y tétricas, hacía una caricia a su hijo que, agarrado a la falda de su madre, asomaba tras él en aquel momento.

Juan Pollo, desalentado y afligido, comenzó a subir las cuestas hasta las calles del centro. Su andar era el andar mecánico de un autómata. Estaba anonadado por la desilusión más grande de su vida. Algunos transeúntes se volvieron, alarmados o curiosos, para mirarlo; otros impidieron, a buen seguro, que fuese atropellado por los vehículos al cruzar la calle. Pero en uno de los cruces, un automóvil lo embistió con fuerza incontenible. Juan Pollo, sin sombrero ya, y con los brazos aspados, dió un grito de espanto. En aquel segundo trágico había recobrado por completo la lucidez mental. ¡Morir así, no! ¡Un instante, un instante más de vida! Era tarde. Cayó bajo las ruedas y en el acto quedó convertido en un guiñapo inerte. ◈

EL DOLOR: TIRANO DERROTADO

Por el Doctor Syntax

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"

La vida quiere que sus súbditos, los seres vivientes, cuiden y defiendan a todo trance el patrimonio que les han confiado, la existencia, y para lograr ese propósito ha inventado el dolor y el miedo.

De no ser espoleados por esos dos aguijones, los animales pronto sucumbirían; los leones, los tigres, los lobos se morirían de inanición, pues dado que no sentirían las angustias del hambre renunciarían a cazar; los pájaros se estrellarían contra las ramas de los árboles, pues no se cuidarían de los golpes que pudieran recibir al volar entre ellas y, por la misma razón, los galgos en sus correrías dejarían jirones de su piel y hasta de sus vísceras en las zarzas y obstáculos del camino. Pero no cabe duda de que la naturaleza ha exagerado la intensidad del dolor que el animal debe soportar para protegerse; por exceso de precaución hace sufrir más de la cuenta, y también inútilmente. Por ejemplo, un caballo cae en una zanja y se rompe una pata. Sufre dolores intensísimos que no le reportan ningún beneficio, pues con ellos no se cura de su fractura. El martirio que padece es absolutamente negativo y se morirá de dolor, de hambre y de sed después de varios días de agonía, a menos que acierte a pasar por el lugar donde se encuentra un hombre compasivo, que ponga fin a sus torturas disparándole un tiro. El hombre, desde luego, no se halla en ese caso, porque dado que en general le gusta disfrutar los goces de la vida, tratará de evitar todo peligro.

Sin embargo, la ausencia de dolor acarrea graves inconvenientes, como pudo comprobarse hace poco con un soldado del ejército estadounidense que era completamente insensible al dolor. No se le podía poner de ayudante del cocinero, porque se quemaba las manos y los brazos con agua hirviendo, y en cierta ocasión, habiéndose producido una cortadura en un pie al caminar descalzo en la playa, sólo se dió cuenta del percance cuando al mirar hacia atrás vió que iba dejando un reguero de sangre. Cuando se trataba de cumplir las tareas del servicio militar, únicamente estaba protegido por sus sentidos: el tacto, el equilibrio, la vista y el olfato; pero a pesar de ello se encontraba en gran desventaja respecto a sus compañeros.



"LA CORONA DE ESPINAS" DEL DR. WOLFF

El Tirano sufre una derrota decisiva

Pero si bien este ejemplo prueba que se necesita cierta capacidad de sufrimiento para poder vivir, muchos otros nos demuestran que se sufre con exceso.

El hombre, desde tiempos inmemoriales, se ha rebelado, sin gran eficacia por cierto, contra esa injusticia. Probó muchas drogas, intentó poner en práctica toda clase de métodos para zafarse de las ataduras con que lo tiene sujeto su peor enemigo, pero sin éxito. Empero, hace cerca de un siglo, en 1847, este verdugo que nos inflige las torturas más atroces, sufrió su primer derrota decisiva cuando Simpson aplicó por vez primera el cloroformo como anestésico. Desde entonces ha sido posible desmenuzar, descuartizar al cuerpo humano y romperle todos sus huesos sin que sintamos el menor dolor. Pero no se puede tomar cloroformo como quien aspira el perfume de las flores, porque la acción de este anestésico presenta algunos inconvenientes e implica ciertos riesgos. Por esta razón se le usa casi exclusivamente en las operaciones quirúrgicas. Por lo tanto no se puede recurrir al cloroformo ni tampoco a otros anestésicos, como ser el éter etílico y otros usados últimamente con gran resultado mediante inyecciones, para hacer desaparecer o calmar los terribles dolores producidos por ciertas enfermedades o lesiones. Empero, desde 1847, fecha esta a la cual no se le ha dado todavía su verdadero significado, puesto que inaugura el comienzo de una nueva era en la que el hombre consigue modificar la condición humana, dado que en parte al menos se libera del tirano que lo martiriza, se hacen rápidos progresos no sólo en lo que atañe a la elaboración de sustancias o agentes que producen la anestesia general y local, sino también en lo que se refiere a la atenuación de ligeros dolores, como ser neuralgias, jaquecas, dolores de muelas, etc.; todos conocemos los efectos de la aspirina y otros productos similares.

EL DR. G. WOLFF, ENEMIGO DEL DOLOR

No cabe duda de que la condición del hombre de hoy, comparada con la del que vivía en 1840, es fundamentalmente distinta; el hombre de hoy sufre menos. A éste se le puede cortar un brazo o una pierna sin que sienta absolutamente nada, mientras que el contemporáneo de San Martín o Bolívar sufría en ese trance un tormento espantoso.

Investigadores mártires

Pero aun falta mucho para liberarnos totalmente del dolor. Continúa la lucha enconada entre nuestro tirano y los investi-

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 110)



EL DOLOR ES UN AMIGO, SI, PERO UN AMIGO QUE, CELOSO DE SU CONDICION DE VIGIA, SACRIFICA TODAS LAS OTRAS

EL DOLOR: TIRANO DERROTADO

(CONTINUACION DE LA PÁGINA 108)

gadores que lo han acorralado en sus últimos reductos que, desgraciadamente, son poco menos que inexpugnables. Ahora bien, estos investigadores, para conocer mejor los secretos del enemigo que deben atacar, y dado que éste tiene su guarida en el cuerpo humano, investigan en carne propia, infligiéndose tormentos que recuerdan los que se han impuesto en algunos campos de concentración durante la última guerra.

El doctor G. Wolff, del hospital de Nueva York, que también es presidente de la Asociación de Investigadores de Enfermedades Nerviosas y Mentales, ha diseñado un aparato que bien podría llamarse "la corona de espinas"; consiste en un anillo de metal provisto de tornillos que se ajustan a la cabeza. Dichos tornillos, al apretarse, ejercen presión sobre pequeños discos de caucho aplicados contra el cuero cabelludo. Cuando esos tornillos se aprietan fuertemente causan un dolor intenso y constante. Con este dispositivo, el doctor Wolff ha podido probar en que forma el dolor altera el funcionamiento del corazón y cómo la presión sobre el cuero cabelludo hace que el dolor se propague a los músculos del cuello.

Asimismo, el doctor Wolff ha diseñado un dispositivo ingenioso para medir el umbral del dolor. En este aparato, que tiene un pequeño agujero, la "víctima" coloca la frente, y una parte de la misma es iluminada por una lámpara de 1.000 vatios durante tres segundos. La intensidad de la luz es controlada por un reóstato. Comenzando con luz muy débil los experimentos se repiten una vez por minuto hasta que la "víctima" llega a percibir el dolor.

La importancia de estos experimentos es muy grande cuando se piensa que la función primordial de todas las drogas analgésicas es la de elevar el umbral, o expresado en otras palabras, impedir que puedan sentirse los dolores de poca o de regular intensidad; la aspirina, el alcohol y la morfina llenan esos fines, pero hasta que el doctor Wolff y sus colaboradores tomaron cartas en el asunto no se había logrado medir con exactitud los efectos anestésicos de las sustancias mencionadas. Sabemos ahora que la morfina eleva el umbral del dolor en un 200 por ciento, la codeína en un 50 por ciento, el alcohol en un 45 por ciento y la aspirina en un 33 por ciento.

Asimismo, esos investigadores lograron determinar el efecto máximo de cada una de esas drogas y demostrar que arriba de ciertas dosis, las mismas no producen ningún efecto adicional.

No menos interesantes fueron las experiencias realizadas por el doctor Wolff en lo que se refiere a la influencia del estado de ánimo de la víctima sobre el dolor. De esta suerte, no sólo ha podido comprobar algo que ya era conocido desde tiempo atrás, esto es, que la distracción, la autosugestión y la hipnosis elevan el umbral del dolor, en tanto que la preocupación y la depresión lo bajan, sino que además ha logrado medir los efectos del estado psicológico sobre el dolor.

La central telefónica humana

Otros investigadores se han dedicado a completar la anatomía del sistema nervioso en función de las sensaciones dolorosas, y han logrado hacer diagramas que se parecen al de una central telefónica automática: pueden observarse muchas líneas que al unirse forman cables que corren por la columna vertebral hasta el cerebro. Ahora bien, los doctores no sólo han probado que los mensajes que transmiten los nervios son mensajes eléctricos, sino que asimismo han medido la cantidad de electricidad contenida en una punzada dolorosa y también la velocidad de esa vibración cuando se dirige al cerebro. En los nervios de tamaño mediano, el mensaje alcanza una velocidad máxima de veinticinco metros por segundo, pero los impulsos nerviosos más rápidos son transmitidos a razón de 120 metros por segundo, o sea la velocidad de un avión de caza.

Las vitaminas y el dolor

Como no podía menos que suceder en esta era de las vitaminas, los doctores han investigado qué relación podía tener con el dolor la presencia o ausencia de las mismas. Pudieron descubrir que los alcoholistas sufren de una falta de vitamina B¹, pues esas personas comen poco y por lo tanto consumen las reservas de vitamina B¹ que su organismo contiene. Cuando esto ocurre, el alcoholista siente que le arden las manos y los pies, y esta sensación puede convertirse en una picazón constante. A veces, hay debilidad y hasta parálisis muscular. La cura consiste en suprimir el alcohol, pero si el paciente ingiere grandes cantidades de vitamina B¹ en sus alimentos, aunque no abandone la bebida desaparecerán sus dolores.

¿Está el hombre destinado a liberarse del dolor?

Aun cuando esta interrogación parezca ingenua, los progresos realizados durante los últimos cien años autorizan a dar una respuesta optimista. Desde 1847 el demonio del dolor ha sufrido tantos reveses que no es aventurado pronosticar su derrota total. Quizá dentro de cien o doscientos años la ciencia reduzca el dolor al simple papel de informador, que dará la voz de alarma cuando algún agente interno o externo ataque el organismo del hombre. De esta suerte el ser humano habrá convertido a su peor enemigo en un fiel aliado. ◈

LA MADRE CRISANTA

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 23)

Tras de su aparente naturalidad, sentí asomar la baba viscosa de sarcasmo con que la ciencia tradicional escupe a la de avanzada.

—Y tamién escrebida. El hijo'el almacenero, qu'es un come letras capaz 'e hacerle esperar medi'hora al mesmo comesario, hasta que se lée la hoja 'e diario o d'eso que yaman ravistas, en que ha de engolver la compra, me dijo que usté'scribe, y a veces cosas de noh'otros...

—Sí, es verdad, pero de lo que han escrito esos hombres a lo mío hay tanta diferencia como entre la extensión y grandeza de la pampa y este pequeño rincón sin horizontes de su patio.

—¡Ajá! ¡Ansina que no sabe qué pensar...!

Y se quedó mirándome tan enigmáticamente, y tan profundo fué el pozo de silencio en que caímos por largo, larguísimo rato, mientras afuera la tormenta armaba su acostumbrada baraúnda... que por la médula espinal fué subiéndome un terror atávico, letal; creo que hubiese gritado si no...

Si no hubiese advertido ella, inefablemente:

—Ya pasó tuito...

Me levanté de un salto y casi corrí a la puerta, mirando agradecida el dispersarse de las nubes. Con socarrona gentileza la dueña de casa me ayudó a montar. Por mi parte, corrida, no pensaba volver, así que tras agradecerle su hospitalidad ya me marchaba, cuando le oí algo inesperado:

—Güelva, m'hija. Hay curiosidades malas, pero la suya es güena...

Le respondí con una sonrisa que debió ser como el rayo de sol que a la sazón triunfaba de las nubes en retirada. Y me alejé al galope, más por excitación que por apuro, porque en la estancia, acostumbrados a mis solitarios paseos a caballo, y como no era el primer chubasco que me sorprendía al descubierto, supondrían que habría encontrado un refugio. Pero no les revelaría dónde; efectivamente, la curiosidad que me despertaran los informes sobre la "madre" local, variables desde la definición de "mano santa" y "sábelotodo", a la de "charlatana" y "saca-plata", era tan buena como ella lo adivinara.

Parecía ser que el comisario y el juez no querían perseguirla, porque le salvara la vida a un hijito del primero y con sus "trabajos" le consiguiera el puesto al segundo.

Claro que en las ciudades también hay "madres" Tal y Cual, pero el decorado campero es mejor estuche para las piedras legítimas.

Demás está decir que aproveché su invitación. Varias tardes conversamos luengos ratos, aunque ¡cuán poco adelantaba en mi estudio! Siempre se las ingeniaba para averiguar lo que quería, de mí, de la vida ciudadana, etc., sin dar margen a interrogatorios.

Desde lejos veíamos venir, a pie, en sulkys, caballos, carros... y hasta autos y bicicletas —que el pueblo se modernizaba en transportes, pero no en espíritu—, numerosos clientes, madres con niños enfermos, hombres furtivos, mujeres sollozantes, bien a consultar a la curandera, bien a la echadora de cartas, bien a la espiritista... Ellos no podían distinguirnos en la acostumbrada penumbra del rancho. Y la "madre" Crisanta me hacía salir por la cocina a esperar en el patio posterior, donde no podía ver ni oír nada.

Una tarde llevé ánimos suficientes y le espeté extemporáneamente:

—El alma humana es tan compleja que resulta dificilísima de conocer. ¡Ah, si yo pudiese escuchar las confesiones de cientos de personas, como es privilegio de los curas, de los médicos o de... usted, por ejemplo, cuánto mejor podría escribir! ¿Por qué no me cuenta algún caso y cómo lo soluciona?...

Los ojos le brillaron de malicia india.

—Güeno, le contaré un caso que puede serle de utilidá, ya qu'es mujer y soltera por añadidura... Se trata 'e la Hipólita, la sirvienta 'el juez; es fea, pobre, mayorcita y se h'antojao pal casorio del... caburé d'estos pagos, Juan Valdés, po... ¿Lo ha óido mentar? ¿No...? Güeno, es joven, güen mozo y aunque no tiene un cobre es muy rico 'e humos, y me ha dao 'e rebote muchísimo trabajo con las poyeras de unas cuantas leguah a la redonda... —Rió sensualmente, mostrando sus huesudos dientes amarillentos de tabaco...

Y contra mi voluntad me sonrojé como en los que llaman "buenos tiempos".

—Vendrá mañana en cuanto caiga la noche. Viá decirle que tiene qu'estar usté pa ayudarme. Eso sí, eh, tiene qu'hacer tuito con respeto, porque de no, m'estropea el hechizo.

❦ ❦ ❦

Al otro día fuí la primera en llegar, luego de haber asombrado con mi misteriosa salida nocturna, mal excusada, a toda la estancia. A poco cayó Hipólita, tan nerviosa, que aceptó sin saber qué la explicación sobre mi presencia.

—¡Madre Crisanta, me jué muy difícil atrapar el murciélago, uno me se vino encima y m'hizo cáir 'e miedo 'e la escalera, mire qué coscorrón! ¡Tamién esa casa abandonada 'stá tan oscura...! ¡Si, truje tuito, la corbata que le robé a Juan!, ¡cuando l'eche 'e menos, es l'única que tiene pa disfrasarse 'e pueblero los domingos!... Y l'áhuja con el hilo juerte, y la vela... y unos pesos pa dirle pagando 'e a poco...

¡Ajá! Guárdalos entoavía, cuando te matrimoniés me pagás tuito arrejuntao... pa que veán lo sigura qu'estoy... Vamos yendo...

Encendió la vela, y a su tétrica llama enfilamos hacia el camposanto. Nadie podía espiarnos; quién se atreviese a pasar cerca huiría hasta el boliche a jurar haber visto una "luz mala". Por mi parte, procuraba no mirar a diestro y siniestro, pero era peor, no sólo marchaba a tropezones por el sinuoso terreno, sino que con el rabillo del ojo veía agigantarse y moverse las sombras de los ángeles de piedra, como si danzasen la escalofriante "Danza macabra" de Saint-Saëns. Por fin la "madre" Crisanta ordenó el alto junto a una vieja tumba, de lápida borrada, que oficiaría de mesa de sacrificios. Mientras hacía sostener a la consultante el repelente y asustado murciélago, tomó la filosa aguja enhebrada en un fuerte hilo y lo pasó por los ojos de la víctima. Sentí tanto miedo, asco y lástima al mismo tiempo que ya no pude mirar más, pero no había manera de evitar el oír los desesperados chillidos del sacrificado, sobre una letanía ininteligible, rezada en forma de melopea por la hechicera. Cuando me pidió la caja para volver a encerrarla, se me cayó al suelo y ante su mirada de reproche procuré dominarme; así, al pedirme luego que le alcanzase la corbata, lo hice temblando, pero sin dejarla caer. Entregó aguja e hilo a Hipólita:

—Ya 'stá hechisada, hacé cinco puntos en cruz sobre la corbata, repitiendo con fe: "Juan Valdés, yo t'hechiso por el poder y juerza 'e Lucifer, Belcebú y Astarot pa que no veas ni el sol ni la luna, en tanto que no te casares conmigo. Por tanto te conjuro a que..."

No sé si bajaron la voz o si el martilleo de mis sienes las tapó, pero no las oí más. Al fin, la supuesta bruja cavó un hoyo en el suelo, donde enterró la caja con el infeliz murciélago. Y tomando un puñado de esa tierra, se la entregó a Hipólita, creo que recomendándole que la tirase frente a la casa de Juan, recitando cierta oración mágica... Entonces me indicó que las precediese, alumbrándolas, mientras se retrasaban para las últimas instrucciones.

Me despedí muy luego pretextando lo avanzado de la hora. Y, asqueada por el procedimiento visto, me propuse no regresar. Determinación que me ayudó a cumplir la llegada de otros huéspedes a la hospitalaria estancia. Como también provenían de ciudades, sus ideas, conversaciones, chistes, prácticas deportivas, me rodearon nuevamente de mi ambiente habitual, rescatándome del hechizo que la superstición local me produjo.

Unos veinte días después, atravesaba el patio con un amigo que me contaba de qué calamitosa manera había perdido su favorito en las últimas carreras a que asistió en Palermo, cuando oí que uno de los peones, recién llegado de un mandado al poblado, le decía a la cocinera:

—¿A que no adivina, doña, quién se casa el sábado?... ¡Juan Valdés!...

—¡No! ¡Imposible!... ¿Y quién atrapó al chúcaro?...

—¡Cosa de no cráir! ¡Esa mohca muerta 'e la Hipólita!...

* * *

Como muy ladina, la "madre" Crisanta sabía que al enterarme de la novedad iría a verla. Por eso, en cuanto me tuvo enfrente, como si sólo hubiese transcurrido un día desde mi anterior visita, me tendió el mate acostumbrado, pero ceremoniosamente, como si fuese una pipa de paz... Y viéndome tan desconcertada, temerosa quizás de que mis pocas luces se apagasen, explicó:

—Mire, m'hija, creo en cuanto hago como en Tata Dios, pero tengo la obligación 'e no fayar y aplico tantos remedios que a la postre ni yo mesma sé cuál hiso la cura, ¿compriende...? Por un ejemplo, la otra noche l'aconsejé a la Hipólita que le contase al Juan qu'el jues —aquí pa nohotros y pa tuito 'el pueblo su verdadero padre—, le'iba a dejar heredera. El jues tamién se lo dió a entender a mi pedío. ¡Claro que l'única heredera v'a a ser su concubina, que par'eso l'hice un trabajo!... ¡Pero no le hace, la Hipólita y el Juan ya estarán acoyaraos!...

Estupefacta y descontenta, argüí:

—¡Tarde o temprano, Juan sabrá que se lo mintió y ese matrimonio será un infierno!...

—¡Ajá! ¿Ande hay alguno que no lo sea, gurisa inesperta?... ¡Pero no le hace, con otra brujería conseguiré que la Hipólita conserve a su hombre! Si les diese tuitas lah seguridades en un principio, ¿de qué viviría yo?...

Aturullada, sin saber lo que hacía, saqué un cigarrillo por primera vez frente a ella. Cuando me ofreció una brasa para encenderlo, recapacité, avergonzándome de mi pervertida costumbre de ciudad, máxime ante una señora anciana, de modo que farfullando una excusa lo aplasté bajo mi bota...

La "madre" Crisanta rió mientras sacaba su pipa, la cargaba y encendía. Y en tanto el humo denso y acre le salía de la boca en forma de eses sarcásticas:

—¿En las novelas lo importante no es que él y eya se casen? ¡El infierno 'e despuéh es pa la vida real! ¡Y güeno!...

Me fuí trastabillando como una criatura que aun no sabe caminar bien, sintiendo pesarme en las espaldas la mirada entre sobradora y compasiva de aquel oráculo criollo, cuyo único secreto fuera acaso el de conocer el alma humana... ◈

EL MALON BLANCO

(CONTINUACIÓN DE LA PÁGINA 29)

menal borrachera con que se desquitó de la larga abstinencia; se ríe, también, porque aun le parece estar viendo cómo se le agrandaron los ojitos azules a don Guillermo, el gerente de la casa de comercio, mientras leía el permiso extendido "a don Miguel Cayulef, para señalar, con muesca y martillo arriba, a la derecha, seiscientos veinticuatro ovinos de su propiedad". ¡Y qué atento era el hombre! Don Miguel aquí..., don Miguel allá..., ¿no querría probar un vinito recién recibido de San Antonio? ¡Bueno a carta cabal! ¿Y una cañita de la Habana? ¡Caña legítima, eh, no como esa que fabrican en los "boliches" a base de extracto y a la que se le agrega pimienta y otros excitantes para hacerla más fuerte! Ahora, no podía dudarlo, iba a tenerlo de cliente..., ¿verdad? ¡Claro que a lo mejor estaba un poco resentido porque en una oportunidad le negó crédito, pero don Miguel era hombre sensato y tenía que darse cuenta de las cosas; él no era más que un empleado; estaba obligado a proceder de acuerdo con las órdenes de sus superiores y no podía fiar a quien no estuviera afincado en la zona... ¿Comprendía, don Miguel? ¡Y no iba a comprender! Por eso, tiene ahora cuanto necesita. Ha bastado una firma... bueno, él no sabe firmar, pero las cosas se arreglaron ante el juez de paz, con dos testigos, que fueron los propios dependientes de la casa. ¡Y, en seguida no más ha comprado una punta de cosas! No se acuerda bien, porque la caña y el vino lo tenían bastante mareado; sin embargo, tiene el convencimiento de que, cuando llegue la "villalonga" del reparto, le ha de traer todo lo necesario para que su "señalada" sea de esas que no se olvidan en mucho tiempo. Porque, vamos a ver: ¿Caña compró? ¡No iba a comprar, si era riquísima! Lo menos veinte litros... o treinta. Y una botella de anís, que le recomendó don Gillermo "pa las mujeres"..., y vino..., y queso..., y dulce..., y frutas en conserva..., ¡y quién sabe cuántas cosas más!

¡Ah! También unas "pilchas" para el recado... una cincha, una encimera, estribos "capachos", muy de su gusto porque defienden de las espinas, dos matras, un cojinillo de los buenos y un "pegual" de tres argollas...; tenía que hacerlo, para que la gente no se riese viéndolo con aquel apero de bajeras de lona y aquel sobrepuesto rabón que dejaba asomar las raídas cabeceras de los bastos.

II

En el mismo instante en que abre la puerta del corral para dar salida a las ovejas, que ha curado, como quiera no más, según se adivina por el polvo amarillo que le cubre las manos y mancha a trechos el delantal de arpillera, Miguel Cayulef distingue al jinete que se acerca y reconoce a su vecino, el austríaco don Otto Flachs, cuyo puesto queda a sólo tres leguas, camino de Río Chico.

—*¡Boinos* tardes, don Cayú! ¿Parece *trabacando foirte?*

Pocas ganas de conversación tiene el indio, pero don Otto no da mayor importancia a su mutismo; apenas le estrecha la mano, cuando ya le alcanza una botella que ha sacado de las amplias maletas que caen sobre las ancas y los costados del caballo.

—*¡Proba este canya* macanudo! — dice, simplemente. Y como la caña es buena de verdad y la botella está casi llena, Cayulef se ablanda de pronto e invita a su visitante "a tomar unos amargos".

—¡Cómo no! Yo *custa* mucho *mato marco...* y *canya tamén* — concluye don Otto, inclinándose para trasponer la bajísima puerta que da acceso a la cocina. Mas, no han podido sentarse siquiera, cuando el ladrido de los perros y el rezongo del motor de un auto, que se detiene en el patio, los obliga a salir, a tiempo que don Guillermo, acompañado por uno de sus empleados, avanza hacia ellos y los saluda con su característica obsequiosidad.

Al volver a la cocina, el rostro cetrino de Cayulef se ha tornado terroso y un gesto duro le contrae el entrecejo y le empequeñece los ojos.

Tras unos comentarios sin mayor importancia, el gerente se dirige a él:

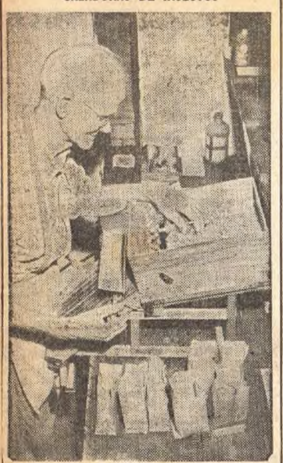
—¡Bueno, don Miguel, he venido a ver si arreglamos eso de que hemos conversado; tengo que completar un arreo para fin de mes y necesito que me entregue doscientas cincuenta ovejas, por lo menos!

El indio tarda un rato en contestar. ¿Doscientas cincuenta? ¿Sabía don Guillermo lo que le pedía? ¡Era arruinarlo, eso, arruinarlo, porque todas las ovejas estaban con cría y lana

(CONTINUA EN LA PÁGINA 114)

LA GRANJA

CAZADORAS DE INSECTOS



Para librar a las plantaciones cítricas de los insectos que las invadieron, este fruticultor cuenta con un poderoso ejército de "mariquitas" que devoran incesantemente a los dañinos insectos. Las "mariquitas" están encerradas en cápsulas hasta que se lleven a la lucha.

COSECHA



Cuando esta fruticultora comenzó la cosecha de pomelos, descubrió entre ellos uno tan grande, que aquí nos lo muestra complacida, para que veamos el gran tamaño que tiene. Ella afirma que pesa cerca de un kilo.

LA COCCIDIOSIS

Una de las más graves y frecuentes enfermedades que atacan a los conejos es la coccidiosis, infección parasitaria producida por un esporozoario y que puede manifestarse de tres distintas maneras: intestinal, hepática y rinofaríngea. Aquí trataremos solamente de la primera de ellas, que es la más común y reviste tres formas distintas: aguda, subaguda y crónica.

Coccidiosis intestinal

Se caracteriza esta infección por unas manchas blanquecinas de 1 a 2 milímetros de diámetro, que aparecen en el intestino ciego y en la última parte del duodeno. Además, la mucosa está siempre inflamada, ulcerada y recubierta de exudado hemorrágico.

Síntomas

La forma aguda, que se observa exclusivamente en los gazapos, produce en muchas ocasiones la muerte sin haberse notado en los animales atacados otros síntomas que falta de apetito y tristeza.

Pero, en cambio, en su forma subaguda, los conejos atacados tienen fiebre, anemia y diarrea, y cuando, además, se les note un aumento desmedido en el volumen del vientre y tengan babeo, entonces la enfermedad está en su período más grave y el conejo suele morir en tres o cuatro días.

En otros casos, la coccidiosis intestinal tiene un desarrollo crónico, y los animales pueden soportarla sin mayores contrariedades. Inclusive llega a creerse que los conejos no padecen en absoluto... Esta forma es la que debe vigilarse más, pues los animales atacados son los trasmisores del mal a



EN SU ELEMENTO



Estos patos que tan satisfechos parecen hallarse en su elemento preferido son agasajados por estos visitantes, que les arrojan bocados al agua, para que los palmípedos se disputen la posesión.

por Emilio Pérez



DE LOS CONEJOS

todos los moradores de la conejera mediante sus deyecciones.

Para prevenir este peligro, nada mejor que criar los conejos en jaulas con pisos de alambre tejido y a cierta distancia del suelo, evitar que el alimento esté en contacto con las deyecciones y colocar la conejera en lugares bien secos y frescos.



Además, todos los recipientes que se hayan usado en las jaulas donde hubiera enfermos, deben hervirse durante media hora por lo menos.

Tratamiento

Para la eliminación de la coccidiosis, el tratamiento a seguir debe estar condicionado al grado de infección que sufran los conejos. Los remedios más eficaces son los siguientes:

Por cada animal adulto enfermo se dará una dosis de timol a 10 centígrados por píldora; aceite timolado al 10 %; para cada conejo de ½ kilo de peso, 1 c. c., y ½ y ¼ de c. c. a los gazapos más jóvenes. Este tratamiento se repetirá durante 15 ó 20 días.

Siendo el mes de agosto uno de los más propicios para intensificar la cría de conejos, conviene contar con planteles sanos y fuertes, que así rendirán el beneficio que el cunicultor exija de ellos.

Y ahora, como remate final a estas líneas, consignemos en cifras el incremento y desarrollo que año tras año viene alcanzando en nuestro país la cría del conejo y que se trasunta proporcionalmente en las ventas realizadas en la capital federal: año 1941, 90.830; año 1945, 200.562, cuyo valor se triplicó en el quinquenio mencionado. ◈

ALIMENTANDO A LAS CABRAS



Estos dos pequeños granjeros que vemos aquí dando de comer a las cabras, son los cuidadores mas agradecidos con que pueden contar estas "vacas del pobre", pues ambos fueron criados con leche caprina. No cesan de llevar toda clase de alimentos a los animales, que los esperan ansiosamente.

MISCELANEA



Se comprobó que suministrando directamente por vía bucal grandes dosis de vitamina D a los pollitos afectados de raquitismo, se curan más pronto que administrándosela mezclada en las comidas.

La abeja nace al tercer día de haber sido depositado el huevo en la celda. Por la posición se conoce exactamente el tiempo que tiene: el primer día está parado; el segundo, algo inclinado, y el tercero, acostado, para dar nacimiento al insecto.

Para retardar la descomposición de las naranjas se descubrió que dándoles un baño en una solución compuesta del 27% de formalina y el 63 % de sodio de ortofenilfenol, antes de envasarlas, se consigue tal propósito.

El método empleado en nuestro país para la deshidratación de huevos es el de pulverización. También existen otros métodos, entre ellos el de cintas metálicas.



La raza ovina Hampshire Down se obtuvo del cruce de las Wilshire Horne y Berkshire Knot, y está considerada como la oveja que produce más carne, pero de escaso vellón. Se calculan en 500.000, aproximadamente, los animales de esta raza en nuestro país.

La "cola de zorro" es una gramilla que buscan mucho las ovejas, aunque suele darles grandes disgustos. En efecto, cuando crece en abundancia, al agacharse las ovejas para comerla, suelen metérseles las puntas en los ojos, ocasionándoles la ceguera.

BUZON DE GRANJA

Todas las preguntas que sobre temas de granja nos formulen nuestros lectores serán contestadas, sucintamente, en la página 114 de este magazine. La correspondencia debe dirigirse a "La granja", revista "LEOPLAN", Esmeralda 116, Capital.

Lea su respuesta en la pág. 114

adelantada, prometiendo un buen rinde para la esquila próxima! El pensaba pagar, claro que pensaba pagar; para eso iba entregando los cueros; entregaría la lana y, tan pronto como fuera posible, la caponada que resultara. Pero doscientas cincuenta ovejas ahora y al precio ése no podía ser..., ¡no!..., de ninguna manera...

Y Cayulef, que empezó a hablar con voz ahogada, termina, excitado, casi a gritos, ante la sorpresa de don Otto, que no acierta a explicarse la escena o que, quizá por explicársela bien, no desearía encontrarse presente.

El gerente, siempre melifluo, insistía:

—¡Era lamentable que don Miguel tomara las cosas en aquella forma! ¿Acaso no había firmado un documento ante el juez, comprometiéndose a entregar en octubre tantas ovejas como fueran necesarias para cubrir su crédito? ¿Acaso no se había fijado el precio en cinco cincuenta para las con cría adelantada y medio peso menos para las otras? ¿Qué culpa tenía él? Don Miguel debió haberlo pensado antes y no ponerlo en un trance tal; a él le dolía tener que ejecutarlo... Porque entonces ya no serían doscientas cincuenta... El juez no trabajaba de balde...

Pero el indio lo interrumpe:

—¡El no ha firmado semejante cosa...; estaba borracho...; don Guillermo le dijo que tenía que entregar los cueros, la lana y el caponaje..., nada más, y después le ha salido con que el papel decía otra cosa! No entrega sus ovejas; prefiere venderlas a otro y pagar con plata, pues tiene quien le ofrece siete pesos y hasta siete y medio por animal...

—¡Bien, bien! — responde el gerente, mientras se despide de don Otto, que sólo atina a murmurar un *¡Carramba..., carramba!* —, lo lamento, amigo Cayú, pero tendré que darle intervención al juez...

No alcanza a terminar. Cayulef, con un alarido salvaje, que debe ser idéntico al de sus guerreros antepasados araucanos, se le echa encima de improviso, empuñando la botella de caña, y lo derriba de un mazazo. Y se ensañaría, golpeándolo hasta cansarse, si no fuera que don Otto y el dependiente se le cuelgan de los brazos y lo inmovilizan.

III

Río abajo, en un recodo del Ñorquincó, tiene ahora su rancho Miguel Cayulef; un rancho de adobe y "tejuela", que alguien abandonó por inservible y que el indio ha reparado a medias.

De su riqueza pasada, apenas si le quedan algunas ovejitas, las necesarias para no morirse de hambre y darse el gusto de carnear algún corderito de vez en cuando; las demás "se fueron todas", pero Cayulef, temeroso de la justicia de los hombres, no las siente, porque gracias a ellas se libró de ir a la cárcel por toda la vida, según le aseguraron el comisario y el juez.

Y como don Guillermo, que no conserva del hecho más que una ancha cicatriz que disimula bajo el cabello al peinarse, ha sido ascendido y trasladado a una importante población de la costa, Miguel Cayulef suele llegarse, de tarde en tarde, hasta la casa del negocio, donde no falta un conocido que lo invite con unas copas de esa riquísima y legítima caña de la Habana, a la que sigue teniéndole siempre la misma afición. ◈

Aquí le contestamos

IGNACIO ELGROVE, *Capital*. — Edgar Allan Poe, famoso novelista y poeta norteamericano, nació en Boston, Massachusetts, el 19 de enero de 1809, y murió en Baltimore, el 8 de octubre de 1847. En LEOPLÁN se han publicado hasta el presente las siguientes obras del genial escritor: "Aventuras de Arturo Gordon Pym", "El escarabajo de oro", "La carta robada", "El crimen de la calle Morgue", "El misterio de Marie Roget", "El gato negro", "El pozo y el péndulo", "El barril de amontillado", "La máscara de la muerte roja", "El demonio de la perversión", "El retrato oval", "El corazón acusador" y "El cuervo".

UN ATENIENSE, *Córdoba (Capital)*. — Penélope, gran figura de la Mitología, era hija de Icario y de Peribea de Esparta, esposa de Ulises, rey de Itaca. De este matrimonio nació Telémaco, quien era todavía niño cuando Ulises partió para Troya. Muy reconocidos por sus gentiles elogios.

> En esta sección contestamos todas las preguntas de carácter general que nos formulen nuestros lectores. No se devuelven los originales de colaboraciones espontáneas ni se mantiene correspondencia sobre ellas. La correspondencia debe dirigirse siempre a Esmeralda 116, Buenos Aires.

J. F., *Rosario de Santa Fe*. — Precisamente, en el número 292 de LEOPLÁN, correspondiente al 17 de julio último, se publicó una novela larga de Alejandro Dumas: "Las aventuras de John Davys". Tendremos en cuenta sus amables sugerencias.

LÍRICO, *Viña del mar (Chile)*. — Se trata de "Amor oculto", de Manuel Palacio, seleccionado por Menéndez y Pelayo entre "Las cien mejores poesías líricas de la lengua castellana". Gustosos se la transcribimos a continuación:

Ya de mi amor la confesión sincera
oyeron tus calladas celosías,
y fué testigo de las ansias mías
la luna, de los tristes compañera.
Tu nombre dice el ave placentera
a quien visito yo todos los días,
y alegran mis soñadas alegrías
el valle, el monte, la comarca entera.
Sólo tú mi secreto no conoces,
por más que el alma con latido ardiente,
sin yo quererlo, te lo diga a voces;
y acaso has de ignorarlo eternamente,
como las ondas de la mar veloces
la ofrenda ignoran que les da la fuente.

2ª El autor de "El vicario de Wakefield" es Oliverio Goldsmith.

L. S. *San Juan, (Capital)*. — No, esa obra fué escrita por Stendhal, autor también de "La cartuja de Parma", "El rojo y el negro", y otros muchos famosos libros.

AGUSTÍN, *La Plata*. — El título en inglés de esa novela es "For whom the bell tolls", y su traducción al castellano es literal. El autor es norteamericano.

A. R. C., *Misiones*. — Conviene que nos aclare mejor su pregunta, pues no sabemos si usted desea que se le informe sobre la conservación de naranjas y limones, o, por el contrario, sobre la de los jugos de ambos frutos. Esperamos su aclaración.

ANTONIO FERNÁNDEZ, *Tigre*. — En efecto, en las islas del Delta pueden darse magníficamente esos frutos, pues dichos árboles necesitan tierras húmedas y ligeras.

LORENZO ARIAS, *Tucumán*. — En agosto debe comenzarse a intensificar la cría y desarrollo del conejo. En cuanto a la apicultura, la primavera es la estación más beneficiosa para incrementarla.

JACINTO SPÓSITO, *Santiago del Estero*. — El precio mayor obtenido por un ejemplar de esa raza de gallos fué de mil doscientos pesos.

PRECIOS DE SUSCRIPCION

"LEOPLÁN"

Anual................ $ 9.60
Semestral............ „ 5.—

Estos precios rigen para todo el país, América y España.